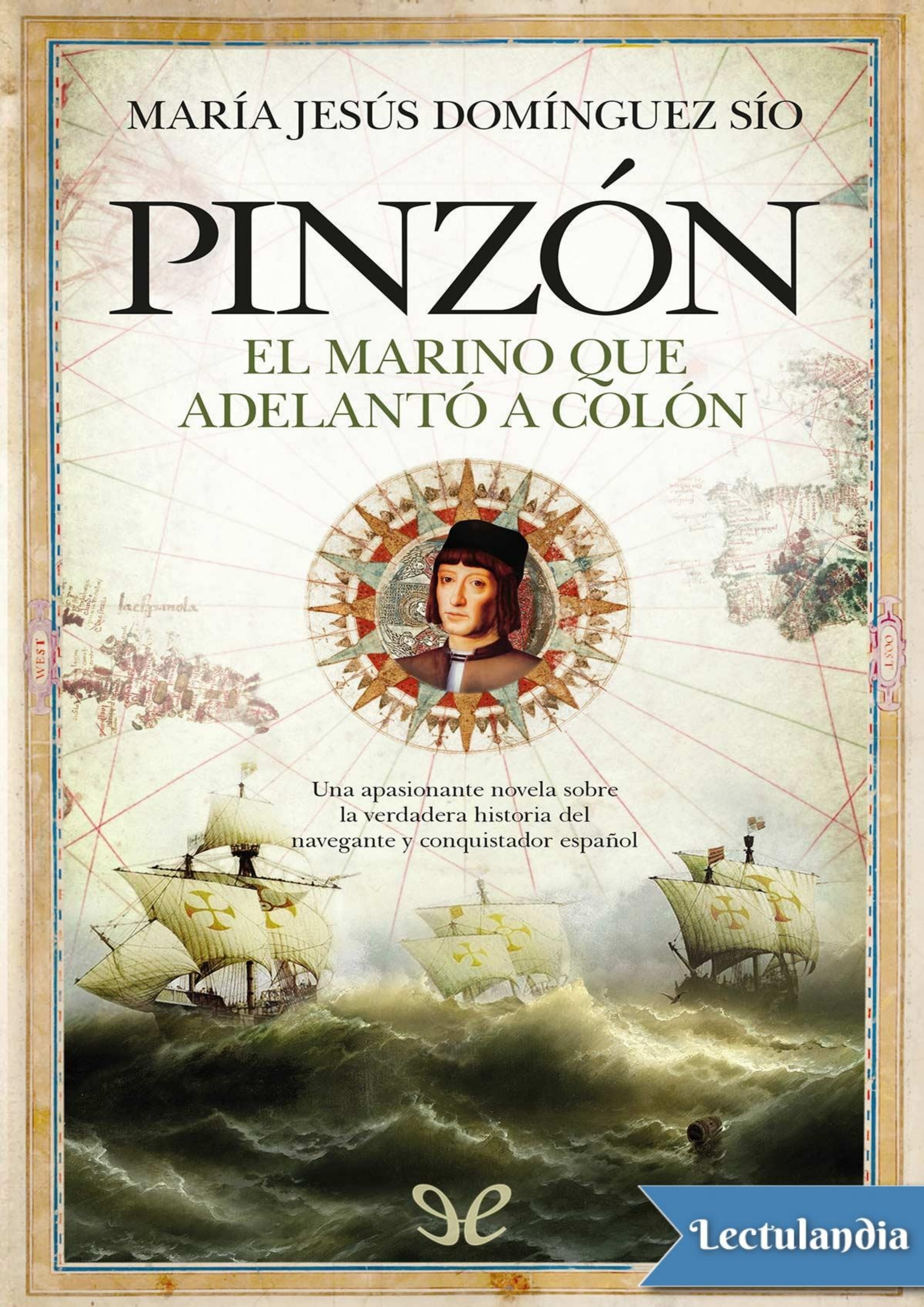
MARÍA JESÚS DOMÍNGUEZ SÍO
PINZÓN
EL MARINO QUE ADELANTÓ A COLÓN
Una apasionante novela sobre la verdadera historia del navegante y conquistador español
WEST
OOST
Lectulandia

Martín Alonso Pinzón fue un español que compartió e hizo posible el sueño de Colón, aquel extranjero de cultura superficial y secretas informaciones con la ambición de romper el límite del non plus ultra. Pero desde el mismo anhelo compartido, los caracteres contrapuestos de los protagonistas en un escenario nuevo de improvisadas exigencias favorecerán finalmente la incomunicación.

El sentido práctico de Pinzón chocará con el misticismo providencialista de Cristóbal Colón hasta un punto crítico de disidencia, el firme rechazo del capitán Palermo a la creación de la colonia de Navidad creada contra el parecer de capitanes, pilotos y maestres. Maestro de la autopropaganda, Colón describe sus propios méritos y disfruta solo de la gloria del triunfo, pero los hechos muestran, pese a su discurso, que Martín Alonso Pinzón fue en las Indias el codescubridor en vanguardia.

María Jesús Domínguez Sío

Pinzón

El marino que adelantó a Colón

ePub r1.0
Titivillus 12.07.2024

Título original: *Pinzón. El marino que adelantó a Colón*
María Jesús Domínguez Sío, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A la memoria de mis padres, María y Manuel,
grandes admiradores de la belleza atlántica.

La contemplación estaba viciada, no porque no comprendiéramos los signos sino porque los textos fueron corrompidos. Los extrapoladores entraron a hurtadillas por debajo del velo. La letra estaba muerta. En el lugar de las ofrendas se pudrieron las heces amarillas del sumo sacerdote, de las palomas y de los mercaderes.

José Ángel Valente

Nota

Los personajes de la novela son casi en su totalidad históricos, recreados a la luz de la bibliografía; lo mismo podemos decir de la trama argumental, apenas modificada en algún aspecto necesario para dotar al relato de vital plasticidad.

CAPÍTULO I

NOTA PRELIMINAR

La estatua de Martín Alonso Pinzón, que ilustra el paseo de su nombre en Baiona, es quizá el origen anclado en mi inconsciente de la idea reivindicadora. La imagen tiene el aire provisional de una obra de encargo pensada para conmemorar el hermanamiento entre Palos de la Frontera y Baiona, los dos pueblos que fueron alfa y omega del Descubrimiento. La figura del capitán, encima de una roca erosionada por el mar, muestra la traza del hidalgo con jubón, calzas y amplia capa apoyado en lo que parece una proa crucificada. Al contemplar el gesto a la luz del presente, se podría interpretar como símbolo destinado del avezado navegante y aventurero intrépido. También los redondos huecos de la peana del *santo* hablan de la mar, su martillo y cincel, con vacíos que se me antojan significativos de la amnesia documental en torno al capitán de la Pinta.

En el oleaje de olvido y recuerdo que define a la humanidad, lo construido con material de memoria me parece lo mejor; los poetas aseguran que el recuerdo, aun involuntario, es arte, consuelo de nuestra precariedad; de ahí que, en la fraternidad de los *sapiens*, el homenaje a un héroe maltratado por la historia pueda alentar a descendientes y allegados, seres capaces de crear vínculos con evocaciones y sueños como lianas en la selva. El regreso a la memoria desde un progreso alienado añadiría un ladrillo de esperanza al baluarte defensivo; en el caso que nos ocupa, cualquier fragmento de efecto mariposa podría ayudar a una reconstrucción más fiel del claustro colombino. Esa es la idea.

Pero si solo vemos el Paseo en el precario ajetreo del presente, la estatua de Martín Alonso Pinzón en Baiona se redime a diario por el sentimiento de convecinos y veraneantes. Los mayores pasean ante ella, se sientan en los bancos y, subyugados por la belleza del horizonte, van contrayendo la nostalgia azul de los viejos marineros. Saudade que surge a sus pies entre las

rocas de la Concheira, con aroma de alga, choque de ola y rizo de espuma. Algún contemplador, a veces, vuelve la cabeza a tierra para disfrutar la algarabía de niños y triciclos, libres como golondrinas en gloriosa indiferencia de quien los mira, de la estatua del prócer, o del encanto ambiental. Situado entre su alegría, el espíritu del capitán Martín Alonso Pinzón verá de nuevo el cobijo baionés pintado en el verde azul de la esperanza y la mar.

Al regreso de la evocación lírica fundacional, pienso en cómo organizar el relato y, barajando opciones, decido finalmente darle forma en dos planos con la vaga idea de unir creación y crítica. Al lado de la narración de los hechos, iría el laboratorio mostrando el resultado en diálogo con el proceso activo. La opción supone la existencia de dos narradores: uno en el presente, que irá haciendo comentarios, expresando dudas o intercalando críticas, mientras otro, situado en el pasado, contará la historia de un ser humano malbaratado por las circunstancias. Este sería el tema. Nada nuevo: un hombre utiliza a otro hombre mientras sirve a sus intereses, luego lo olvida y, con el primer pretexto, se deshace de él como de un harapo. El infortunado se muere y el vivo disfruta del éxito conseguido por los dos; además, para hacerlo con total impunidad, borra la memoria de su víctima y tergiversa aquellos hechos que pretenden, con su insistencia, contradecir la versión del ganador.

Si esta historia fuese una novela al uso, tendría que inventar la trama que desarrollara el argumento pero, en este caso, me viene dada por las crónicas en su mayor parte, si bien en perfiles demasiado gruesos y no siempre compatibles con la verdad. Los testimonios de las tripulaciones con las expresivas voces de los protagonistas del Descubrimiento han sido desdeñados por muchos historiadores debido a la calificación de parcialidad que les adjudicó la historia oficial colombina. Se trata de un relato difundido por muchos estudiosos en la estela del hijo del almirante, Hernando Colón, y su amigo fray Bartolomé de las Casas, con el telón de fondo de la leyenda negra antiespañola.

En tal circunstancia, creo que estoy escribiendo un texto híbrido, en mestizaje de géneros líricos, ensayísticos y narrativos. ¿Se podría llamar novela histórica? A parte del escaso talento de la autora, creo que sí, pero con salvedades y condicionantes. Desde mi primer interés en el tema, observo el desequilibrio entre la inmensa documentación colombina y la muy poca existente sobre Martín Alonso Pinzón, personaje despachado mayoritariamente con breves perfiles en estereotipo. Por eso al escribir, noto que estoy hablando demasiado del nauta genovés. Sé que su figura es imprescindible como antagonista y creadora del contexto, sí, pero una vez

presentado, ante la precariedad de datos sobre el capitán de la carabela Pinta, ¿qué hacer?, ¿tendré que inventármelos? Parece claro que solo me queda conjeturar basándome en hechos conocidos y en el relato de sus contemporáneos, sean parientes, amigos o subordinados.

VISITA CONVENTUAL

Fray Antonio de Marchena, padre prior o guardián del monasterio de Santa María de la Rábida, disfruta el contento de enseñar a Felipe López, el novicio de clara inteligencia, medio pariente suyo, con la mejor disposición para el piadoso aprendizaje. Por otra parte, el fraile se siente especialmente reconfortado al poder intercambiar experiencias y afectos con el nuevo huésped, un franciscano de Venecia, *fra* Pánfilo Pulci, erudito religioso, que recorre la Península documentándose sobre los monasterios de la orden. Fray Antonio le ha dicho a su discípulo que debe quedarse y asistir en silencio a la conversación con el extranjero pues, sin duda, será de enorme interés para su formación. *Fra* Pánfilo acaba de llegar de Portugal, donde ha convivido con las hermanas de Santa Clara-a-Velha de Coimbra, en la margen izquierda del Mondego. Ya de camino a Castilla, el fraile quiso ver la reconstrucción de la iglesia de San Francisco en Évora, primera fundación franciscana en Portugal allá por los lejanos inicios del siglo XIII. El templo de estilo gótico fue muy mimado por los monarcas, sobre todo, por el actual, João II, cuyo escudo luce en el interior, así como la cruz de la orden de Cristo, emblema de los navegantes portugueses en su aventura oceánica; pero lo que más profundamente impresionó al fraile fue otro voluntario desvío en su camino: la peregrinación al monasterio jerónimo de la Virgen de Guadalupe, considerada entonces la imagen más milagrosa de España. Parece que sintió ante el cenobio un arrobamiento parecido al que años más tarde paralizaría el verbo del mismo Lope de Vega cuando escribe: «Guadalupe es tan bella / que no podré decir nada / por más que yo diga de ella».

—¡*Pace e bene, mio caro fratello*! —saludó fray Antonio, usando por cortesía la lengua del huésped—. Vea, aquí me acompaña mi querido discípulo, Felipe.

—¡Paz y bien, mi querido cofrade y joven Felipe! El Señor nos bendice con la armonía del cielo y de la tierra en una mañana resplandeciente. Parece como si nuestro padre Francisco siguiera exclamando: «*Fratello sole! Sorella luna!*» —se entusiasma en castellano *fra* Pánfilo, cruzando la deferencia.

—Efectivamente, así es. Sin duda su espíritu se conserva entre estos muros, donde dice la piadosa tradición que vivió un tiempo —asiente el anfitrión.

—Pero ¿san Francisco estuvo aquí, padre prior? —preguntó Felipe, liberando su sorpresa.

—Eso aseguran algunas piadosas crónicas, hijo mío.

—Sí, lo mismo me dijo la priora de las clarisas de Coimbra, dona Amelia da Transfigurãçao do Cristo. Para ella y sus monjas es un hecho histórico la presencia de nuestro padre de Asís en su convento. Hay algunas fuentes, sin embargo, que lo ponen en duda pero, *se non è vero, è ben trovato!* —apostilló el veneciano.

—Además, y en todo caso, esa sería siempre la voluntad de nuestro Padre, si le fuera humanamente posible —zanjó el prior.

—¡Sin duda alguna! Su celo apostólico quedó bien probado en sus más que arriesgados viajes.

—¡Y tanto! San Francisco fue, en la aventura humana, un Marco Polo piadoso: dos viajeros italianos de grandísima influencia histórica. Y vuestra presencia aquí, padre Pulci, muestra bien la continuidad de su legado.

—¡Muy acertada comparación! En efecto, Marco Polo nos dejó una herencia fastuosa en su libro, publicado a principios del siglo pasado, pese a la grandilocuencia del título: *El libro de Marco Polo ciudadano de Venecia, llamado Millón, donde se cuentan las maravillas del mundo*. ¡Nada menos! —recitó el visitante de carrerilla.

—Sí pero, aun con su retórica, la audacia y creatividad de vuestros compatriotas ha aumentado la grandeza de la República Serenísima, *caro fratello*.

—Así es, mi querido hermano. Por la privilegiada situación diplomática que conquistaron en Oriente, los Polo vivieron cosas insólitas. No olvidemos que Marco fue embajador del gran Kan de Tartaria, el reino de los mongoles. Por eso puede relatar, por ejemplo, su visita a la tumba de los tres Reyes Magos en la ciudad persa de Saba y legarnos su estupor ante el pelo y la barba que todavía conservaban los cuerpos yertos.

—Sí, pero a mí lo que más me asombra es la providencia divina que permitió a Marco encontrar el narrador necesario en Rusticelo de Pisa, compañero de celda en la prisión genovesa que compartieron al regreso del veneciano. Fue una suerte que gracias al libro no se perdieran sus valiosos recuerdos.

—Yo creo que fue designio del Señor para servir a la fraternidad entre los hombres. Pues nuestros sentimientos hacia los orientales mejoraron mucho al conocer, desde la mirada favorable de Marco, todo el inmenso poder del gran kan de Pekín, Kubilai, señor del Kanato de la Horda de Oro y del Turkestán.

—¡Razón tenéis, en verdad! Los mongoles eran temidos como hordas feroces, pero las descripciones de Polo nos llevaron del horror a la curiosidad. Desde entonces se soñaron viajes y alianzas bendecidas por el papa para dividir a los sarracenos; de ahí surgió el impulso evangelizador de la cruzada del Oriente.

—Bien sabido es. Y todo se pudo realizar porque la invasión mongola de China destruyó el confucianismo y Kubilai instaló el budismo y el taoísmo tibetano, cultos más benévolos y apropiados a una universalización de las creencias.

Felipe, sentado en la silla, con las manos cruzadas bajo su sayal de novicio, permanecía quieto como una escultura, escuchando sin pestañear la erudita charla de los religiosos. Sabía que el apreciado fray Antonio, una vez terminada la visita, buscaría conversar con él para corroborar su aprendizaje con preguntas y matizaciones; él se sentía muy agradecido a la protección y afecto familiares que le mostraba el prior, así que llegado el momento, de ningún modo quería defraudarlo. Los frailes seguían apasionadamente enfrascados en la culta charla y el novicio pondría sus cinco sentidos en comprenderla.

—En efecto se dieron entonces un cúmulo de circunstancias favorables al cambio. Por ejemplo, la fábula del Preste Juan, soberano de un opulento reino cristiano en Asia Central y enemigo de los musulmanes. Con su enorme difusión desde el lejano siglo XII, el relato resultó irresistible para unos reinos europeos deseosos de aliarse.

—Pero —interrumpió débilmente Felipe mirando a fray Antonio—, ¿el Preste Juan existió realmente?

—Bueno, fue un caso más de transformación de la fábula necesaria en hecho histórico. Incluso un obispo consejero de Federico Barbarroja difundió una supuesta carta del Preste donde pide ayuda a Europa para reconquistar los Santos Lugares, perdidos tras el fracaso de la Segunda Cruzada —reflexiona en alto *fra* Pánfilo—. He podido comprobar que entre las monjas clarisas de Santa Clara-a-Velha esa creencia pervive; la he discutido con su priora.

—No me sorprende nada. ¡Dios nos asista! ¡Pobres hermanas! El embeleco se extendió hasta el punto de que, como sabe su paternidad, el

mismo Marco Polo habla de la muerte del Preste en su reino cristiano, tan hospitalario para los viajeros —completó fray Antonio.

—Cierto es, y el sueño de las riquezas asiáticas, como virus en epidemia, afectó a todos sin distinción entre magnates, artesanos o campesinos. Coincidió también con avances agrícolas, aumento de población y florecimiento de las ciudades, especialmente en las repúblicas de mi país —describió *fra* Pánfilo didácticamente.

—¡En efecto! Y eso aumentó la demanda de objetos exóticos que multiplicó los desplazamientos. En ese aspecto, la palabra de Polo fue un poderoso reclamo; aún recuerdo mi fascinación ante sus descripciones del brillo de sedas, diamantes, zafiros o amatistas procedentes de Birmania, Golconda o Ceilán —confesó fray Antonio.

—Sí, sí, a mí me produjo el mismo impacto. Y, gracias al Señor, el impulso religioso que unió a Europa en las Cruzadas aumentó el conocimiento sobre el Oriente Próximo, con rutas de transporte marítimo que luego servirán a viajes comerciales —añade *fra* Pánfilo, apasionado.

—Así fue, a fe mía, y en este sentido, nuestros predecesores aquí en la Rábida, los monjes guerreros del Temple, representan la avanzadilla con una flota que carga hombres y productos de Francia a Palestina. Muchos peregrinos a Tierra Santa navegaron a bordo de galeras templarias, agrupadas en convoyes para evitar el doble peligro, turco y berberisco —ilustró fray Antonio en entusiasmado consenso.

Al oír tan estimulante información, el atentísimo Felipe empezó a comprender que su destino de franciscano gozaba de más perfiles que el estrictamente religioso. Además de latín, teología e historia sagrada debería profundizar en humanidades, ciencias de la naturaleza, lenguas y saberes profanos, si quería acercarse a su casi venerado modelo: fray Antonio, el sabio astrónomo, que se comportaba con la humildad de un lego y ofrecía a todos la generosidad del padre bueno. Ahora mismo, por ejemplo, estaba cumplimentando con el mayor afecto al religioso extranjero, haciendo que se sintiera feliz y comprendido, más allá de la obligada atención a un invitado. Sin duda, el Señor había dado al padre Marchena, no solo el don de una preclara inteligencia y gran voluntad de conocimiento, sino además, la sensibilidad del artista y del diplomático para tratar a personas de la más variada condición social. Eso explica el afecto que le profesan todos, desde el último mendigo a los monarcas… Pero la urgencia de no perder el hilo evadió a Felipe de sus momentáneas reflexiones. El invitado proseguía:

—Así ha sido, en efecto, pero además de nuestra santa religión, el otro gran acicate para desplazarse, como sabe su paternidad, fue la necesidad de especias orientales para enriquecer y conservar los alimentos. La afanosa búsqueda de pimienta, azafrán, comino, nuez moscada y clavo provocó, a Dios gracias, la riqueza de mi pueblo veneciano y de sus rivales genoveses.

—Tan cierto es como que la lucha de las dos repúblicas, ferozmente antagonistas, ha afectado mucho a nuestro reino, a Portugal y al norte de África, lugares llenos de comerciantes genoveses, deseosos de evitar la rivalidad veneciana para enriquecerse más con la diferencia de precio —completó fray Antonio.

—Así es, mi reverendo hermano. ¡Los caminos del Señor son infinitos!

IBERIA

La península ibérica fue en esos estertores del siglo XV el jardín donde florecieron las inminencias, resultó el lugar señalado por un índice causal: unos hombres elevados al aire de los sueños por innovaciones geográficas y sociales encuentran la llave de insólitas puertas hacia la riqueza y la difusión de la fe. Los portugueses, pioneros de la avanzadilla atlántica, abren ruta alternativa a las Indias mientras dibujan el mapa de la costa africana. Cosmógrafos y cartógrafos europeos, vistos popularmente como brujos y nigromantes, estudian heredados portulanos con islas imaginarias, como la fabulosa Antilla y sus siete ciudades. Al tiempo, medran los avisos sobre el peligro del viaje oceánico allende las Canarias, pues los veleros del mar Tenebroso retarían animales fantásticos como el octopus o los grifones y deberían bregar con abismos, huracanes o infernales calmas chichas.

Con este bagaje mental, Colón llega a Castilla para ofrecer un fabuloso proyecto a los Reyes Católicos, una nueva ruta a las Indias orientales que evitaría a la cristiandad la servidumbre comercial de los turcos, impuesta desde su toma de Constantinopla en 1453. La derrota europea provocó la ruina de muchos banqueros y mercaderes, en especial genoveses, florentinos y venecianos, cuya economía se basaba principalmente en el tráfico de las especias. El inexpugnable muro otomano fue el temido impedimento para la ruta tradicional hacia el este y un acicate en la búsqueda de otras vías, como la que obligó a Europa a mirar hacia occidente.

El navegante Cristóbal Colón viene de Portugal, donde había una próspera colonia de sus paisanos desde que el rey don Denís, en 1317, para reforzar la

defensa lusa contra la piratería berberisca, nombrara primer almirante de su flota al genovés Manuel Pessagno. Simultáneamente, el monarca permitió el establecimiento de una comunidad ligur, dedicada al comercio de trigo, aceite y oro, con Flandes, Inglaterra y norte de África. Actividad comercial que resultó más útil todavía cuando la peste del siglo XIV crea migraciones de campesinos famélicos hacia la costa, en busca de oportunidades. El heredero de don Denís, Alfonso IV, aumenta entonces la flota comercial e inicia la exploración de las Canarias bajo el mando del mismo almirante Pessagno, cuyos descendientes sirvieron a la armada lusa durante cinco generaciones.

El mismo obstáculo turco motivó las expediciones portuguesas por el litoral africano e islas adyacentes, desde los tiempos de Juan I el Grande y de su hijo, el infante don Enrique el Navegante, conquistador de Ceuta en 1415. El proyecto oceánico del país luso fue coronado por el éxito cuando Vasco de Gama consigue doblar el cabo de las Tormentas y llegar a la India en 1498. Don Enrique, como luego hicieron ciertos consejeros de los monarcas católicos, se fio más de la práctica marinera de sus hombres que de todas las antiguas teorías. Por eso, simultáneamente a sus incursiones por la costa africana, los monarcas lusos intentaron también abrir la vía occidental hacia las Indias, pero sin conseguirlo. Se sabe, por ejemplo que Alfonso V otorga licencia y privilegio, en 1475, a su mayordomo Fernán Téllez para descubrir y colonizar la isla de Siete Ciudades o cualquier otra, siempre que no estuviese situada cerca de Guinea ni perteneciera a los reyes de Castilla. Asimismo su hijo y sucesor, João II, acordó varias licencias similares, como la del capitán de la isla Terceira, Fernán Dulmo, para tratar de encontrar la sospechada tierra firme al oeste. La fallida expedición zarpó con dos carabelas que nunca regresaron, pero la recluta de pilotos y tripulación más el acopio de provisiones fueron actos públicos conocidos, cuya novedad singlaría rauda por los puertos, empezando por los onubenses más cercanos.

Y, mientras tanto, a medida que el dominio portugués se iba afianzando en las colonias atlánticas, los marineros de Palos, Moguer, Huelva y Ayamonte mantenían un próspero intercambio comercial con sus vecinos, en viajes a Canarias, Madeira, las Terceras, Guinea y Mina de Oro. Viajaban en busca de mercaderías diversas, pero fundamentalmente de esclavos, que se vendían libremente en los puertos andaluces mediante el pago del veinte por ciento a la Corona, el famoso quinto real. Estos tratos ibéricos, como suele suceder, no estaban exentos de discordias, más bien eran frecuentes las trifulcas y rifirrafes entre marineros, derivadas fundamentalmente de mutuos abordajes corsos y piratas. La situación empezó a cambiar cuando el tratado

de Alcáçovas-Toledo, en 1479, hizo que la corona de Castilla reconociera el monopolio portugués de las colonias africanas y prohibiera las expediciones de los marinos del río Tinto. Los viajes, sin embargo, siguieron produciéndose al aire de la supervivencia, pero con un cambio radical en la consideración de sus protagonistas: de héroes en defensa de los derechos de su reina, pasaron a ser considerados villanos en rebeldía. La disyuntiva era morir de hambre o desobedecer el tratado, así que continuaron asaltando las naves del país vecino y visitando sus posesiones. No en vano los marinos de Palos y Moguer se habían destacado luchando en la guerra de Sucesión mostrando siempre ante el enemigo su extraordinaria destreza marinera.

Por otra parte, la proximidad y el cruce de residentes en ambos lados de la frontera acrecentaba las relaciones y la recíproca información. En los puertos castellanos del sur vivían avecindados, a fines del siglo XV, algunos portugueses parientes políticos de Colón, como sus cuñados, Pedro Correa, capitán donatario de la isla de Porto Santo, residente en Huelva, casado con Iseu Perestrello, o Miguel Muliart, marido de Violante Muñiz, otra hermana de Felipa, la fallecida esposa de Colón. Además, a su vez, Violante era cuñada de Pero Vázquez de la Frontera, marino de Palos, que había estado al servicio del rey de Portugal en una expedición frenada por el mar de los Sargazos. De todos estos parientes y conocidos, Colón recabaría indicios de las tierras occidentales, tema preferente de conversación portuaria en aquel tiempo.

Muchos se preguntan los motivos que llevaron a elegir el puerto de Palos como punto para la zarpa de la armadilla descubridora. Hubo, sin embargo, poderosas razones para que Colón eligiera esta periférica y alejada comarca como base de su legendario periplo. Era, sin duda, zona de excelentes navegantes, forjados entre la pesca, el comercio y la actividad corsaria; un lugar muy relacionado con el Algarbe portugués, la escuela de Sagres y el lucrativo mercado negrero de Lagos. Pedro Mártir de Anglería ilustra esta idea diciendo que todos los palermos sin excepción están dedicados a las actividades marítimas y el padre Bartolomé de las Casas considera que «no había marinos más familiarizados con las expediciones a occidente y más conocedores de las Canarias, y del África vecinas». En consecuencia, en ningún sitio iba a encontrar Colón mejor información ni más comprensiva acogida a su proyecto que en el lugar donde se asentaba el monasterio franciscano de la Rábida.

Además, el proyectista genovés, en su situación de extranjero viudo con un hijo, necesitaba un hogar donde dejar al pequeño Diego mientras acometía

la difícil senda del pretendiente cortesano. Entre los parientes que residían en las villas onubenses de la Tierra Llana, elegiría el de una tía materna del niño, Violante Muñiz de Perestrello. De las propiedades de esta cuñada de Colón y de su marido, el mercader Miguel Muliart, en San Juan del Puerto, da fe un documento del Registro del Sello de Corte así como de su participación en la actividad repobladora del condado de Niebla, ventajas que proporcionaba a los extranjeros la casa ducal de Medina Sidonia. Parece que estos parientes políticos del navegante habían conseguido una relación de proximidad con los duques, en atención al origen noble de ella, más preciado en la zona, dados los pocos hidalgos con que contaban. El testamento de Colón y ciertas acciones, de una generosidad inusual en él, a favor de Violante Muñiz dejan constancia del entrañable vínculo que hubo entre el descubridor y su cuñada.

La elección de la villa de Palos también hacía menos costoso el proyecto para los reales patrocinadores, atendiendo a que el lugar estaba obligado a servir a la Corona con dos carabelas por el tiempo de dos meses a causa de ciertos actos ilegales en la mar. El aplicar esta sanción por conducto del navegante genovés humilló mucho a las autoridades locales, porque los reyes no actuaron de la forma protocolaria esperada, dirigiéndose a los señores propietarios de la villa, condes de Miranda, de Cifuentes y duque de Medina Sidonia, sino a Colón, un extranjero. Eso hizo que los alcaldes palermos acataran la real orden pero considerándola un injusto privilegio dado al proyectista.

A tales circunstancias se suma el hecho de que el puerto de Sevilla, al ser una de las salidas de los judíos expulsados por los reyes en esas mismas fechas, estaría atiborrado de barcos; el decreto de expulsión era la medida con que pretendían la deseada unificación religiosa, una vez ganada la guerra de Granada. Al pueblo de Moisés, residente en Sefarad desde hacía más de mil años, le cayó encima la orden como una losa, pese al esfuerzo de los predicadores cristianos por bautizar a los hebreos para evitar el éxodo. Por otra parte, en el deseo real de fortalecer la Corona frente al poder de los nobles, tampoco el Puerto de Santa María podía ser elegido para no depender del duque de Medinaceli, señor del lugar. A la sazón, no había en Andalucía ningún embarcadero de realengo, de ahí que los monarcas acepten la decisión colombina y, como un eslabón más en su dominio de la política atlántica, el puerto de Palos pase a ser propiedad de los reyes. Para lograrlo, compran la mitad del señorío palermo a los hermanos Silva, en la persona de Pedro, maestresala real y conde de Cifuentes, el 24 de julio de 1492, justo en los preliminares del primer viaje. Naturalmente el real esfuerzo de inversión en

un momento de precaria economía, debido al desembolso de la guerra, muestra la deliberada selección del lugar como punto alfa en la derrota de unas naves con carácter de armada real. Además, la acreditada excelencia del muelle, lugar de encuentro de marineros de variadas geografías, la cultura naviera de sus hombres y su experiencia en la navegación atlántica lo elevaba a la máxima idoneidad para alcanzar el triunfo.

NUBOSIDAD VARIABLE EN LAS VILLAS

Invierno de 1484 en Palos. En los confines de la calle de la Ribera, entre unas casas bajas, primorosamente enjalbegadas, destaca otra por sus postigos pintados de azul añil, recuerdo de un viaje a la Mina portuguesa del marinero que la construyó. Al entrar en el modesto hogar, en la decadente luz de la tarde, resalta el fogón al fondo expandiendo el fulgor y el calor necesarios al cuerpo y al espíritu. Dos mujeres de distinta generación se afanan en su labor al arrimo de las llamas, las dos miran protectoras a un niño de siete años que parece hipnotizado por el fuego. Ilduara, la anciana, teje en un estrecho telar lo que parece el fragmento alargado de una colcha de colores pardos. Rosarillo, su nieta, colabora con la abuela usando el huso para hilar el rústico vellón.

—Bernal, hijo, no te pongas tanto cabe el fuego, que luego al acostarte tendrás frío. ¡Y deja de jugar con el atizador, que te vas a quemar! —ordena la anciana en tono suave con una media sonrisa.

—¡Es que le encanta enredar con las llamas! El otro día lo sorprendí con el fuelle, aventándolas, como nos ha visto hacer a nosotras —añadió Rosarillo riendo.

—¡Es un pícaro redomado! Lo aprende todo enseguida…, pero a veces no se sabe qué es mejor. Cuando hay peligro, querríamos niños menos espabilados —razona Ilduara, aprensiva, mirando al nieto con ternura.

—¡Pero qué dice vuesa merced, abuela…! Es una suerte que Bernalito sea tan listo y decidido como padre, que en gloria esté, bien sabe que mientras él vivió siempre trajo a la familia todo lo necesario —argumentó la joven, defensora casi maternal del hermanito.

—¡Tienes razón, hija! No sé lo que me digo cuando veo que el niño se nos puede malograr —zanjó la mujer santiguándose—, pero es que en la familia ya hemos sufrido bastante: la desgracia de mi pobre hijo en la mar y luego, la enfermedad de Juana, tu madre, tosiendo siempre y consumiéndose en su

viudez, que si no llega a ser por la ayuda del patrón, no sé qué sería de nosotros.

—Sí abuela, pero eso ya pasó, madre está recuperada y siempre viene contenta del trabajo en casa de los Pinzón, ya ves lo mucho que quiere a la señora doña María y las prendas que ella le da para Bernalito y para mí.

—Es verdad y todo eso se lo debemos también a mi hijo, tu padre, que navegó muchos años con el señor Martín y llegaron a apreciarse de verdad.

—Claro, en la mar pasan tantas fatigas juntos que me parece natural el apego y sí, todo el mundo alaba la ayuda que nos dio el patrón en la desgracia, dicen que tuvimos suerte de que padre faenara con los Pinzón.

—Es verdad, siempre os lo he dicho, pero… ¡Hija, da un poco de pan y una escudilla de leche al niño, qué apenas ha comido y está muy delgado!

—Sí, abuela, ya voy. ¡Bernalito, la merienda!

—¡Voy!, pero no me pongas mucho, Rosa, que no tengo hambre.

—¡Pero bueno!, ¿no dices que quieres ser marinero como padre? Pues tienes que comer mucho para estar fuerte, si no, no te enrolarán en ningún barco.

—Además, si te lo comes todo, te contaré el cuento de las caballas —añade la abuela segura de dar en la diana.

—¿Sí, abuela? ¿Me lo contarás?

—¡Eso es!, ¡ve a merendar y ya verás!

—Bien —comenzó la abuela—, te has portado como un hombre, así que ahí va el cuento de las caballas:

Hace muchos años, érase que se eran dos señores muy orgullosos y ricos, don Enrique y don Pedro, que estaban peleados porque los dos querían poseer los mismos astilleros para hacer barcos y las mismas playas para pescar. Eran las de Morla, Julián y Mazagón, que tú conoces bien y te gustan tanto. Los dos armaron hasta los dientes a los caballeros y a los criados de a pie para defender sus derechos. Los dos querían que los suyos pelearan como leones y ganaran, porque en esas playas atracaban barcos pesqueros cargados de caballas, una riqueza y una delicia para todos. La lucha fue terrible, con muchos heridos y algún muerto pero, aunque cada grupo creía ser el victorioso, ninguno de los bandos quedó satisfecho del resultado. Todos estaban agotados por el combate, así que regresaron, unos a Moguer con don Pedro y, los otros, a Palos y Niebla con don Enrique.

—Abuela, ¿y los muertos?, ¿qué hicieron?, ¿los dejaron en la playa? —interrumpió el niño, interesadísimo.

—¡No, hijo mío! Los criados de los caballeros recogían a los heridos y a los muertos en unas carretas, para curarlos o enterrarlos, según el caso.

—¡Ah! Y si llevaban la carreta a la playa, ¿es que ya sabían que iba a haber muertos?

—Pues claro, hijo, en todas las luchas y batallas hay heridos y muertos. Es muy triste.

—¿Y después?, ¿qué pasó, abuela?, el cuento no termina así.

—No, no terminó así. La lucha duró mucho tiempo, porque cada bando se creía el dueño de las playas. Y los de Moguer robaban las caballas de los barcos de Palos y los de Palos hacían lo mismo con los de Moguer. Así estuvieron a la greña durante años, hasta que el rey se enteró y mandó intermediarios para que se hicieran las paces entre las villas, pero estaban tan indignados los unos con los otros que casi matan a uno de los enviados del rey.

—¿Y se murió también el criado del rey? —preguntó Bernal con una sonrisa, que lo delataba como sabedor de la respuesta.

—¡Ah, veo que te acuerdas! Es lo que más te gusta, lo de Carmelina.

—¡Sí, abuela! ¡Cuenta lo de Carmelina!

—Pues en Palos, muy cerca de aquí, vivía Carmelina, una joven muy buena que aprendió a coser primorosamente, y lo hacía tan bien que muchas señoras le encargaban sus vestidos. La madre viuda, Catalina, también se dedicaba al hilo y la aguja, pero dejaba para su hija los trabajos más delicados y costosos. Así, con lo que ganaban entre las dos, eran felices y podían permitirse comer caballa los domingos. Les gustaba tanto ese pescado que lo consideraban un festín, por eso siempre estaban enteradas de si escaseaba o había abundancia y de las luchas de los bandos en la playa. Las dos estaban deseando que se hicieran las paces.

—No me extraña que les gustara la caballa, abuela, ¡qué rica está como la prepara Rosa! Pero la comemos muy poco.

—Bueno, hijo, los pobres hacemos lo que podemos, pero ¿te sigo contando el cuento o no?

—¡Claro, abuela! ¡Sigue! ¡Sigue!

—¡Bien!

Carmelina quería mucho a su novio, Sancho de Rama, un pescador con el que se iba a casar, por eso desde hacía unos meses reservaba un tiempo para bordar las ropas que serían su ajuar.

—Abuela, ¿qué es ajuar? ¡Ah! ¡Creo que ya me lo has dicho! Son las cosas que llevan las mujeres cuando se casan, ¿no?

—Sí, hijo, las ropas y otros avíos necesarios. ¿Seguimos o no?

—¡Claro abuela! ¡Sigue! ¡Sigue!

—Carmelina estaba muy contenta, pero cuando le contaron lo ocurrido y vio al criado del rey en la calle, tambaleándose lleno de sangre, pidió a su madre que la dejara traerlo a casa. Así fue cómo las dos cuidaron de él y de su caballo hasta que el hombre, ya curado, pudo cabalgar y volver a la corte. El caballero se quedó tan agradecido por las atenciones de las dos mujeres que regaló a Carmelina tres monedas de oro para los gastos de su boda. Meses después, Carmelina y Sancho se casaron y en el convite que hicieron para la familia y los amigos, ¿a qué no sabes qué comieron?

—¡Pues claro, abuela! ¡Caballa, mucha caballa!, ¡ja, ja, ja!

—Y gracias a la bondad de Carmelina con el enviado del rey, no hubo castigo para los señores, ni para nadie de Palos, de Niebla, ni de Moguer. Dejaron de pelearse las villas y hoy todos pueden comer caballa tranquilamente.

En este momento, la narradora, después de una pausa expresiva, cerró con la esperada frase ritual:

—En fin, creo que debemos ser agradecidos y decir: ¡Viva Carmelinaaa!

—¡Vivaaa Carmelinaaa! —corearon, muertos de risa, Bernalito y su hermana.

PRENAUTA

Algunos, en el curso de la propaganda antiespañola, han creído que Cristóbal Colón descubrió América por casualidad. Se vio en él a un visionario empecinado en un proyecto refractario a la ciencia; sería la idea de un presuntuoso sin conocimientos profundos que ignora cuanto ignora, por eso Juan II de Portugal, bien asesorado por los mejores cartógrafos de su tiempo, la rechazó. Lo mismo ocurrió en Francia e Inglaterra cuando el hermano de Cristóbal, Bartolomé Colón, trató de conseguir patrocinio para la empresa del acceso al Oriente por el Poniente. Como es sabido, a pesar de los muy altos valedores de que gozó para conseguir el apoyo real en Castilla, los informes negativos de los técnicos le acarrearon a Colón siete años de esfuerzo. Los monarcas, enfrascados en la guerra de Granada, solo con el entusiasmo y la alegría de la victoria aceptaron la idea colombina y sus altas exigencias.

Pero a pesar de la difundida idea del afortunado azar, varios de los primeros cronistas colombinos y cada vez más historiadores contemporáneos

defienden la existencia de un predescubrimiento fortuito, unos dieciséis años antes del primer viaje. El hecho sería conocido por Colón en la isla portuguesa de Porto Santo, al nordeste de Madeira. De este modo, en azarosas y dramáticas circunstancias, el genovés habría podido heredar la experiencia de Alonso Sánchez de Huelva, un marino que, al volver de uno de sus viajes comerciales a Guinea, arrastrada su carabela por una tempestad, arribó a las costas occidentales y permaneció con su tripulación un tiempo en Bohío, nombre indígena de la isla, bautizada La Española por Colón, que hoy alberga los países de Haití y República Dominicana.

Frente a la naturaleza de pionero, que adjudica a su padre Hernando Colón en la *Historia del almirante*, avalados por ciertos indicios, otros creen en el descubrimiento del prenauta como guía del ligur. Los mismos monarcas castellanos sugieren esa idea cuando le escriben, después del primer viaje: «y parécenos que todo lo que al principio nos dixisteis que se podía alcanzar, por la mayor parte todo ha salido cierto, *como si lo hobiérades visto antes que nos lo dixérades*». Un autor contemporáneo de Colón, Gonzalo Fernández de Oviedo, al narrar el momento en que Rodrigo de Triana grita el hallazgo, añade: «Y de haber salido tan verdadero el almirante en ver la tierra en el tiempo que había dicho, se tuvo más sospecha que él estaba certificado del piloto que se dixo que murió en su casa». Más tarde el Inca Garcilaso de la Vega confirma la existencia del prenauta y anula su anonimato al nombrarlo Alonso Sánchez de Huelva. Mucho después, en los años treinta del siglo XX, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, en su *Recordación Florida*, hace lo mismo al decir que, en el archivo del Cabildo de Santiago de los Caballeros de Guatemala, encontró dos listas de conquistadores del reino donde se incluye el siguiente aserto: «Juan Sánchez de Huelva, *descendiente de Alonso Sánchez de Huelva, que fue el piloto que dio los papeles a Colón*».

Por otra parte, en su carta del 15 de febrero de 1493 al escribano de ración del Rey Católico Luis de Santángel, Colón divide en dos estos descubrimientos, la tierra firme «de allá» —la del Catay, perteneciente al rey de reyes, gran kan de Tartaria, como había visto en el mapa de Toscanelli— y la tierra firme «de acá», la costa norte de América del Sur, hallada dos años antes por el prenauta. Por eso habla el genovés de encontrar perlas, inexistentes en la futura Española, pero no en las costas venezolanas de Paria, Cumaná y la isla de Cubagua, donde se criaban las llamadas *margaritas*.

Ya antes del Tratado de Alcáçovas, en que portugueses y castellanos se repartieron las tierras africanas y Portugal salvaguardó la ruta de Guinea, los palermos conocían las exploraciones portuguesas enviadas por don Enrique el

Navegante a la costa occidental e islas de África, desde Ceuta a Costa Verde. Las ibéricas relaciones fluían por su proximidad al promontorio de Sagres y al puerto de Lagos, donde comenzaban muchas de las pioneras iniciativas del infante. A lo largo de los cinco años de la guerra de Sucesión entre Castilla y Portugal (1475-1479) entre los partidarios de Juana de Trastámara, hija de Enrique IV, y los de su tía Isabel, hay constancia de muchos viajes comerciales de marineros andaluces a Guinea para mercadear con esclavos y el oro de su mina.

Que los marineros del río Tinto tuvieran fama de expertos en los viajes africanos da verosimilitud a la aventura del predescubridor onubense, arrastrado hasta las Antillas por los alisios del nordeste y la corriente ecuatorial. Los desorientados nautas, superado el terror oceánico, bendecirían la bondad de los naturales de la costa venezolana y del puerto de Bohío. Al disfrutar de su hospitalidad, del beneficio del clima y de los banquetes que tan generosamente les ofrecían, se sentirían glorificados por la providencia gozando del poco sentido de la posesión de unas tribus pacíficas, que vivían de la agricultura, la pesca y la recolección de frutos. Les chocaría la felicidad aparente de su vida comunitaria y su capacidad para compartir lo material en armonía con la naturaleza, pero lo más asombroso, sumado a la generosa colaboración en la aguada, en la reparación de la nave y la recolección de pertrechos y alimentos, habría de ser un rito perturbador, incluido con el banquete en la ceremonia de bienvenida: la ofrenda de sus mujeres en comunión de hospitalidad. Los marineros, hombres de austera moral cristiana, no podían creer que gozaran la afectuosa y libérrima aproximación de las nativas, jovencísimas, desnudas, deseosas de mantener coyunda con hombres tan blancos y barbados, extrañamente envueltos en telas y bajados del cielo en casas con alas.

ASOMBRO Y RECONOCIMIENTO

Los recién llegados, después del primer asombro, observaron cierta distinción entre las mujeres: algunas llevaban como tapa pubis una telita blanca de algodón, pero las más jóvenes iban en nudismo completo, arremolinadas y solo envueltas en alegre excitación. Los marineros las miraban, atónitos, sin atreverse a hacer avances, con la prudencia que les prestaba su aplastante inferioridad numérica. Como imantados, no podían apartar la mirada de los cuerpos juveniles, la cara enmarcada por brillantes y negros cabellos, dos

hileras de dientes blanquísimos de sonrisa incitante, pechos turgentes, vientres planos y piernas torneadas en grácil y espontáneo movimiento… Como luz suplementaria, su nube de alegre regocijo fascinaba a los visitantes, cohibidos ante lo insólito. De pronto el silencio en la femenina charla pareció subrayar la idea unánime: una de ellas, la más audaz o la elegida para el rito de iniciación, se apartó del grupo, adelantándose hacia los españoles. Los hombres observaban la escena como si les fuera en ello la misma vida; todos, como el inminente afortunado, percibían el fulgor de un nuevo Pentecostés. De pronto, como si su espíritu fuese arrebatado por el don de lenguas, creyeron escuchar:

—Yo soy Flor de Mango, hija de Gran Manatí. ¿Tú vas a venir conmigo al palmeral?

—¡Sí, mi dama! ¡Lo que vuesa merced ordene! (mirando con recelo a los taínos adultos, quienes sonreían, sin embargo) ¡Veo que estamos como Adán y Eva en el paraíso! (ante el apremio femenino) ¡Sí, sí! ¡Voy inmediatamente! ¡Voy, voy! ¡Así arda en el infierno que voy!

Sin dejar de sonreír, la joven cogió de la mano al extranjero y lo condujo bajo la copa del frondoso árbol al que debía su bello nombre. Mientras tanto, apartaba con sus pies desnudos algunos frutos caídos entre la hojarasca. En la ignota lengua que todos quisieron entender, habló, decidida, perfilando el mensaje con la gracia de su sonrisa y una cándida mímica, huérfana de ambigüedad. Entendieron claramente:

—Tú y yo nos tumbaremos aquí para hacer música hombre mujer: tú baqueta, yo tambor. ¿Tú quieres?

—¡Ja, ja, ja! (¡Qué resuelta la doncella!) ¡Señora, en esta lucha me doy por vencido antes de iniciar batalla! Lo que vos queráis se hará, vuestros deseos son órdenes para un soldado en disciplina. ¡Ja, ja, ja!

Pasado un tiempo, pese al agrado imprevisible de la hospitalidad isleña, una vez carenada la carabela, reparado el velamen y recogida el agua, se impuso el inquietante retorno. Para el capitán y la tripulación, el mayor desasosiego era la propia certeza de encontrarse en lugar ignoto, sin carta de navegación ni guía sobre corrientes, vientos ni rumbo, pero confiaban en Dios y en la Virgen del Rosario, patrona de los navegantes, y así, armados con su fe, se hicieron a la mar. Todo parecía ir bien mientras mareaban entre islas, todo pintaba de esperanza la agradecida tripulación hasta que, ya engolfados en el océano, empezó a manifestarse entre ellos un extraño mal, una afección inmune a cualquier remedio, que les hacía languidecer hasta morir. Y para colmo, ya cerca de las Azores, los debilitados supervivientes afrontaron,

además, una tormenta inmisericorde que les desarboló la nave mientras amenazaba desencuadernarla entre crujidos. Entonces la pelea se lidió en dos frentes: el doloroso e íntimo, unido al de la furia del temporal. Empapados, sin un segundo para el descanso, la comida o el sueño, el capitán y sus tripulantes se batían heroicamente, aferrados al clavo ardiente de la supervivencia. Para todo lo del oficio, actuaban al unísono, como autómatas en la caja de música, pero el estrépito de los cadáveres al precipitarse por la borda producía desgarradores arpegios. La lotería con capricho de fatalidad se instaló en la tripulación hasta dejar solos al capitán y dos de sus marineros. Entonces, exhaustos, con el trinquete y las velas rotas, al borde mismo de la claudicación, divisaron una isla de perfiles reconocibles:

—¡Estamos frente al archipiélago de Madeira! ¡Loado sea Nuestro Señor!

—¡Gracias, Dios mío, por responder a nuestra súplica! ¡Al fin arribamos a puerto! ¡Gracias, Virgen del Rosario, gracias!

El más joven de los marineros, emocionado, entonó el arranque de la Salve, cuyos compases corearon los tres, sin dejar de faenar contra la tormenta:

—¡Salve, Estrella de los Mares / de los Mares Iris de Eterna Ventura. / Salve, Fénix de Hermosura / Madre del Divino Amor!

Sintiéndose bendecidos, los tres hombres dirigieron su rumbo hacia la conocida isla de Porto Santo, bautizada así por los colonos portugueses en alusión a su carácter de refugio de mareantes. Precisamente uno de sus tres descubridores, Bartolomé Perestrello, el hidalgo de estirpe lombarda, afincado en Lisboa y futuro suegro de Colón, había sido nombrado capitán donatario y primer gobernador de la isla por el infante don Enrique el Navegante, señor del archipiélago, por orden de su hermano el rey Duarte. El capitán ejercía las funciones de jurisdicción, concesión de tierras, monopolio de los medios de producción y venta de sal. La familia Perestrello se trasladó entonces a vivir en la recién fundada capital, Vila Valeira, pero a la muerte del gobernador, sobre 1457, su viuda, Isabel Moniz, administró la capitanía hasta que los escasos recursos de la isla la obligan a venderla e irse a Lisboa con sus hijos.

Veinticinco años más tarde, sin embargo, Bartolomé Perestrello el Mozo, cuñado de Colón, consigue recobrarla y convertirse en su tercer capitán. En esta circunstancia, Cristóbal vivió en la casa isleña de su familia política, con su mujer Felipa Moniz, hija de Isabel, tercera esposa de Bartolomé, dama noble, emparentada con el conde de Barcelos, fundador de la real casa de Braganza. Allí, en Porto Santo, nació el primogénito de Felipa y Cristóbal, Diego Colón Perestrello.

—¡Cristóbal, es un niño y se parece a ti! —le dijo Felipa sonriendo con toda su cara enrojecida por el esfuerzo.

—¡Gracias, amada esposa mía! Mi hijo parece fuerte y decidido a disfrutar de la vida. ¡Mira, mira cómo mueve las piernecitas! ¡Es precioso!

—Sí, Cristobalito ha nacido aventajado. La partera dice que es de los más grandes y recios.

—¡Diego! Su nombre ha de ser Diego, como el apóstol. ¡Así estará llamado a grandes hechos!

—¿Diego? ¡Es hermoso! Me gusta el nombre que has escogido, esposo mío, *¡Dieguihno! ¡Noso fillo!*

La alegría se instaló en la casa con el feliz acontecimiento, festejado a los siete días por la familia y unos pocos amigos de la colonia sentados a una mesa abastecida para la ocasión. El banquete supuso gran esfuerzo y dificultad por lo precario de las condiciones isleñas con su escasez de agua, de alimentos, y piratería endémica. Solo la incipiente exportación de miel o los tintes, extraídos de la resina sangre de drago o de líquenes como la urchilla, útiles para conseguir el color morado, mitigaba un poco la situación. Pero aun cuando los colonos tenían la obligación de cultivar las tierras en un plazo prefijado, su vida en el lugar resultaba dura. Los Perestrello habían invitado solo a funcionarios portugueses destacados en la isla. Como suele ser habitual, la colonia vivía estrechamente relacionada, en la fe de la ayuda mutua como único baluarte frente a la hostilidad del medio. Pese a todo, cada invitado se arregló para ofrecerle algo al recién nacido: un sonajero hecho con los frutos secos de ciertos árboles, una espadita de madera o una tela blanca a modo de mantilla o arrullo. A los postres, se entonaron cantigas de don Denís para engañar, con el gozo momentáneo, la nostalgia de Portugal.

—*… se a Deus e a vós aprouguesse, / que, u vós estades, / estevesse convosc'! / E por esto me terria / por tan ben-andante / que por rei nen ifante / des ali adeante / non me cambiaria*[1].

Cuando la fiesta terminó y los miembros de la familia quedaron solos en casa, doña Isabel, la matriarca, suegra de Colón, llamó a su yerno al cuarto que fue antiguo despacho de su marido, el gobernador.

—Cristóbal, en este día de alegría y bienvenida a mi nieto, quiero hacerte un regalo que, sin duda, por tu curiosidad hacia las cosas del mar, vas a apreciar en lo que vale.

—¡Señora madre mía, no me atrevo a creer lo que imagino!

—¡Pues sí, Cristóbal! Lo he estado pensando y creo que eres el más adecuado para poseer las cartas de marear y todos los documentos náuticos de

mi esposo, que en gloria esté. Como armador y consignatario de barcos, atesoraba cuanto caía en sus manos, indicador de corrientes, rumbos, islas, mapas…

—¡Muchas gracias, madre mía! Ahora sí que me siento aceptado en la familia, Pues, verdaderamente, me tratáis como a un hijo. Bien sabéis que estos informes cartográficos son preciosos y ahora mismo os prometo poner todo el empeño en hacerlos fructificar. El legado que ponéis en mis manos es ya para mí una profecía de felices horizontes.

—Eso espero, querido Cristóbal. Quiero contribuir a la prosperidad familiar que anuncia el feliz alumbramiento de Felipa: ¡un primogénito varón, Dieguito, y los dos están bien! Es todo lo que pedí a Nuestro Señor Jesucristo. Mi hija se siente muy satisfecha contigo y eso es lo más importante para una madre.

Casi simultáneamente a la afortunada celebración, le llegaría al ligur la noticia de la arribada de una lamentable carabela con sus únicos tres tripulantes enfermos. El hecho resultaba un estímulo para el marino, reducido circunstancialmente a la monotonía de la vida familiar y condenado a la evocación nostálgica de sus viajes atlánticos: aquellos periplos hacia San Jorge de la Mina en el golfo de Guinea o los del litoral norte de Inglaterra. Al conocer la noticia, Colón quiso ver al capitán enseguida, ávido por saber más de la fabulosa *Terra incógnita*. Llegado al puerto, bien porque le conmoviera la maltrecha y desarbolada nave con la extrema debilidad de los hombres, bien pensando en la valiosa información que traían, se ofreció para socorrerlos, invitándolos como huéspedes a la casa de su suegra. Los tres enfermos, sin embargo, fueron de mal en peor, pese a los cuidados recibidos a lo largo del tiempo en que el ligur los alojó. Mientras tanto, el capitán iría relatando la experiencia vivida como un consuelo liberador en sus últimos días, tanto mayor cuanto sentía agravarse la ponzoña de las heridas.

Después de la agotadora lucha marítima, con la obsesión de ver sus cadáveres devorados por los peces, al ya único superviviente le emocionaban los cuidados de quien le brindaba una muerte digna en la fraternidad de los hombres de la mar. La débil llama de su lucidez se tiñó de gratitud para trasmitir al anfitrión el valioso legado de su experiencia en la Antilla: le describió rumbos, corrientes, vientos, situación de bajos y arenales, valles, montes, fuentes, y las costumbres de la población. Luego, sacó debajo el jergón el morral donde guardaba documentos y cartas náuticas y se los entregó a Colón en silencio, con emocionada solemnidad, como en ritual religioso entre creyentes. Por razones distintas, los protagonistas se sintieron

reconfortados. Era liberador tener un heredero al que poder corresponder con el accidental e inquietante descubrimiento, su único tesoro. Entre los papeles había también dibujos de unas islas que él llamó Puerta de las Indias, y, sobre todo, uno de Bohío, con el boceto de Monte Christi y del Cibao, rico en minas de oro.

Nunca sabremos si los aparentes caprichos del azar obedecen a leyes ignoradas de científica geometría, pero vislumbramos en el mensaje del capitán onubense la antorcha olímpica que Cristóbal Colón llevará a la meta. Sería un encuentro afortunado para ambos, que iba a desmentir la imagen del descubridor genovés como un cartógrafo iluminado. Resulta muy verosímil que el hombre enérgico y tenaz que fue Colón tuviera como brújula, sextante y astrolabio la inestimable referencia del prenauta confirmando las generales intuiciones: la existencia del Cipango, la derrota adecuada para encontrarlo, y la del tornaviaje buscando, proa al norte, los «buenos vientos».

CAPÍTULO II

COLÓN: LUCES Y SOMBRAS

Los panegiristas de Colón idealizan el retrato del navegante presentándolo como un soñador, alegre, elocuente, afable con los de fuera, en familia suave y placentero, de equilibrada gravedad y discreta conversación; también lo ven sobrio en la comida y en el vestir, a más de religioso y devoto cumplidor de los sacramentos. Con frecuencia, lo muestran invocando a la Santísima Trinidad, a Jesús, María, San Francisco y San Fernando o suplicando a la reina la promesa de invertir las ganancias del Descubrimiento en liberar Jerusalén; en fin, parecen realizar la hagiografía de un santo. Pero elogios como los de fray Bartolomé de las Casas —«varón de gran ánimo, esforzado… Paciente y muy sufrido, perdonador de las injurias»— aparecen discutidos por opiniones antagónicas y por los propios actos del almirante. Francisco López de Gómara, por ejemplo, lo tacha de «antojadizo y rudo», aunque matiza los epítetos pensando que quizá sus frustraciones, salud y falta de sueño, causaron su «pésimo carácter». Parece que la enfermedad de Colón, diagnosticada por el doctor Marañón, era reumatismo poliarticular crónico, con grandes complicaciones cardíacas, pero se supone que eso le iría afectando, sobre todo, a partir del primer viaje y en épocas posteriores. En 1492 solo tiene unos cuarenta años, claro que su vida de navegante, según él, comenzada a los catorce, no es la más adecuada para un reumático. Por otra parte, un compatriota suyo, Girolamo Benzoni, lo dibuja como «iracundo y suspicaz», frecuentemente arrogante, soberbio y trapacero, pero, muy eficaz en la seducción.

Sus virtudes serían las de un soñador ambicioso y persistente, un visionario, que se considera elegido por la providencia, versátil, de fe inquebrantable, buen padre y afectuoso con los suyos. El cardenal Mendoza, uno de los seducidos por el carisma del genovés, le escribe a los monarcas un perfil favorable: «Colón es astuto, inteligente, capaz y versado en

cosmografía, ayúdenlo, el riesgo es escaso y la ganancia podría ser mucha». De los que se acercaron al personaje con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento, Castelar lo ve asimismo un hombre frío, calculador y hábil adulador del poderoso. Pero es el escritor Vicente Blasco Ibáñez quien añade unas notas a la personalidad colombina perfectamente ilustradas en su comportamiento con Martín Alonso. El valenciano afirma que poseía un «carácter complejo, en el que se mezclaban virtudes y defectos, imperando sobre tal amasijo espiritual un orgullo rencoroso, incapaz de olvidar generosamente una suspicacia, una vanidad, que le hacía sospechar traiciones y envidias en todos los que osaban discutir sus afirmaciones». Más cercano a nosotros, Agustín Remesal, lo identifica como un primer agente de publicidad, que actúa siempre a mayor gloria de sí mismo.

Su biografía está llena de incógnitas. Ausencias solidarias de su desmedido afán de gloria personal, para el que sería grave obstáculo un origen familiar humilde, o judío, como asegura Salvador de Madariaga. Así pues, dados los valores imperantes en su época, el hijo del cardador genovés escondió la humildad de sus padres y todo aquello que fuese susceptible de rebajar la alcurnia pretendida, como sus actividades corsarias o las relaciones extraconyugales con la madre de su segundo hijo. La actitud de Colón respecto de su genealogía le sugiere a Menéndez Pidal la figura de la zorra que borra su rastro con la cola para defenderse. A mí, la imagen del calamar y su defensa tintada, más acorde para un marino. Lo cierto es que, hasta su venida a España, todo en la vida del futuro almirante se muestra vago y lleno de enigmas. Por ejemplo, si era genovés, ¿por qué hablaba mal el dialecto de su república e, incluso, la misma lengua italiana? Por lo visto, se expresaba en una especie de coiné mediterránea, lengua común con mezcla de italiano, catalán, árabe, portugués y castellano, los dos últimos más dominados, junto a ciertas nociones de latín. Seguramente el vivir en la pobreza alimentó en un hombre ingenioso e imaginativo la obsesión por la obtención de bienes y jerarquía social.

Una de sus declaraciones fue la de haber servido como capitán en un barco de René d’Anjou, soberano de Provenza, pero la afirmación resultaba contradictoria con su edad cuando afirmaba tener treinta años. También decía haber participado en un combate naval cerca del cabo San Vicente entre unos barcos piratas y cuatro naves genovesas de los Colombos, unos almirantes al servicio de Francia. En esa ocasión, en el buque donde navegaba él mismo, se produjo un incendio que lo obligó a tirarse al agua y nadar aferrado a una tabla hasta las playas de Lisboa. Como es natural, nadie iba a pedirle

documentación a un náufrago y todo el episodio tiene el sabor clásico de un relato literario: Colón, como Ulises en la *Odisea*, consigue salvarse del naufragio y arribar a la playa después de una lucha heroica con los elementos. Solo falta la bella Nausica.

En cualquier caso, para reivindicar la figura de Martín Alonso en el primer viaje, no tendré que entrar en el bosque enmarañado de los orígenes colombinos. Empezaré observando la peripecia del genovés desde el momento en que llega a nuestro país. Sabemos que, por una serie de oscuros motivos, entre marzo y mayo de 1485, salió clandestinamente de Lisboa por mar. Su situación era muy precaria: se había quedado viudo, estaba endeudado, le habían rechazado su proyecto por acientífico, y quizá se vio implicado en una revuelta nobiliaria. Además, había sacado irregularmente de los archivos oficiales de Lisboa los escritos secretos del cartógrafo florentino Paolo dall Pozzo Toscanelli al monarca João II. Todo esto lo obligaba a alejarse con sigilo; se dirigió al puerto de Palos que, como el aledaño Algarbe portugués, era comarca conocida por sus expertos marinos.

En esta apurada situación, llega con su hijo Diego al monasterio franciscano de Santa María de la Rábida, orden andariega y evangelizadora, cuya regla permitía acoger a todo extranjero, peregrino o necesitado, que se acercase pidiendo algo de sustento. En aquel momento, entre sus religiosos, se contaba como prior el admirado cosmógrafo fray Antonio de Marchena y en la comunidad, fray Juan Pérez, ambos con muy buenas relaciones cortesanas. El convento tenía la ventaja de estar situado en el camino hacia Huelva, donde vivían los familiares con quienes el proyectista pretendía dejar al niño al tiempo que indagaba información náutica de su pariente y de la atmósfera marinera. Por otra parte, los franciscanos gozaban de una nutrida tradición viajera, promovida por su fundador, San Francisco de Asís, dedicado en su tiempo a reconciliar la parte oriental y occidental del mundo. Por este carácter pionero, Emilia Pardo Bazán señala al santo como «el sucesor directo de los Apóstoles (…) que fue en nave de vela a Siria, predicando al soldán de Egipto, en busca del Preste Juan por las estepas de Tartaria». La tradición viajera de la orden abierta por su fundador va a ser reforzada apenas un siglo después por Raimundo Lulio, autor que vislumbra el Descubrimiento con aquellas palabras premonitorias: «Así como a esta parte estriba en nuestro continente (el Mar Grande o de Inglaterra), que vemos y conocemos, en la parte opuesta del Poniente estriba en otro continente, que no vemos ni conocemos desde acá».

Pero Colón no parece haber leído a Lulio, por eso su empeño no era encontrar ese continente nuevo, sino abrir una vía alternativa hacia las Indias. Fue un hombre que concibió su proyecto siguiendo el cúmulo de ideas, escritas o verbales, que había podido ir acumulando junto a su hermano Bartolomé, por eso era el más adecuado para comprender y aprovechar la experiencia del prenauta. Pero, siguiendo a Toscanelli, utilizó en sus cálculos una medida errónea que le hizo empequeñecer muy considerablemente el océano. Si embargo, pese los informes negativos de los cosmógrafos castellanos que, como los portugueses, juzgaron las ofertas de Colón «imposibles y vanas y de toda repulsa dignas», su elocuencia de profeta logró seducir a influyentes cortesanos que, a su vez, convencieron a los monarcas. De este modo y contra toda lógica, en el ambiente de euforia y providencialismo provocado por el triunfo en la guerra de Granada, los informes científicos se arrojaron a la papelera y prevaleció la intuitiva sinrazón sentimental.

PRIMERA ESTANCIA COLOMBINA EN EL TINTO

Otoño de 1485. Cristóbal Colón llega por mar a Palos, la pequeña villa marinera onubense. Desde el puerto se dirige al convento cercano de Santa María de la Rábida, pero al poner el pie en tierra, da un rodeo para no atravesar las marismas que justifican el nombre del pueblo, Palos, «laguna» o «pantano». Con sus casi dos mil habitantes, afincados en la confluyente desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, la villa formaba un yermo cenagoso cuajado de juncos puntiagudos, vivero de mariscos, cuyas conchas iban destrozando los pies de los viandantes enfangados hasta la rodilla. El extranjero, advertido en el mismo muelle, se ladea hacia el frondoso monte y va subiendo lentamente, con su hijo Diego de siete años de la mano, la cuesta de unos tres kilómetros. Los dos, progresivamente imbuidos de la belleza ambiental, disfrutan el arrullo de vencejos, abejarucos y zampullines. El niño se emociona ante las garcetas, patos, espátulas, gaviotas y ánades que deambulan pacíficos entre naranjos, almendros y romerales. Los viajeros no detienen su camino para tomar aliento en la fragancia del aire hasta alcanzar la meseta que sustenta el monasterio. Al poco rato, incitado por la sed infantil, Colón avanza hacia el portón conventual y allí levanta tres veces la aldaba, en llamada de apremio, decisión y gozo, como un peregrino que alcanza su sagrada meta.

—¡Paz y bien, hermano! ¿Podría, por el amor de Dios, darme un vaso de agua y algo de sustento para esta criatura? Venimos en romería marítima desde Portugal y no hemos encontrado ningún lugar donde aprovisionarnos desde que desembarcamos.

—¡Paz y bien, hermanos! Entren con Dios en esta casa de misericordia —invitó sonriente fray Vicente, atento a la mirada cándida y curiosa del niño y al acento del padre, como de italiano, de hablar florido y ampuloso.

Fray Vicente, el hermano portero, volvió la cabeza hacia fray Juan, religioso culto, antiguo cortesano en la Contaduría Real de Castilla y confesor de la reina, que en ese instante se encontraba en charla trivial en los aledaños de la portería. El franciscano miró a los dos recién llegados y, dirigiéndose solo al hombre de porte respetable, como de extranjero caído en desgracia, añadió afable y cordial:

—¡Paz y bien! ¡Entren, entren! ¡Ya me contará luego qué le ha traído a visitarnos en estos lejanos lugares, hermano! ¡Pasen y gocen de la protección y el descanso de nuestro padre San Francisco!

Cristóbal Colón escucha, sonríe y asiente en silencio mientras se adentra lleno de satisfacción en la acogedora paz conventual. En su mente resuenan las proféticas palabras del coro de la tragedia *Medea* de Séneca, aprendidas de memoria cuando las descubrió en una biblioteca lisboeta. Las guardó celosamente, como un legado escrito ante notario solo para él, *Cristóforo*, argonauta traído por los mares hasta aquel recóndito espacio fundacional. Se puso a recitarlas mentalmente:

«Vendrán en siglos tardíos / años en que el ancho mar dé rienda a sus ataduras / con que ahora preso está. / Tierras jamás conocidas / de sus aguas brotarán / Y el diestro Typhis[2] entonces / nuevo orbe descubrirá. / Aunque la escondida Thule[3] / hoy es último lugar, / en aquel tiempo futuro / un *plus ultra* se hallará».

El ligur sentía la emoción de lo ineludible, el inicio de algo grande, luminoso y volátil, entrevisto en el horizonte como fuego de San Telmo. Pero en el lugar piadoso, le contenía y refrenaba la prudencia, una voz interior le aconsejaba calibrar bien la dosis de sinceridad y silencio de ciertos hechos, con elipsis y circunloquios sabiamente distribuidos en su relato. Omitiría los explícitos motivos de rechazo del monarca portugués: sus propias exigencias en el pago del servicio y la acusación de poca fiabilidad de sus cálculos propinadas por los expertos. Sentía necesario velar su verdadera intención de conseguir el apoyo de unos frailes influyentes en la Corte con motivos

neutros, familiares, como por ejemplo, dejar a su hijo Diego bajo la tutela de los tíos de Huelva. Eso fue lo que argumentó.

Fray Juan percibe en el modo de hablar y de moverse del recién llegado algo de nobleza dolorosa, de contención apasionada, que le deja entrever su experiencia cortesana y confesional. Esa intuición primera se corrobora y enriquece en charlas y paseos sucesivos con el extranjero en trato de favor, como huésped fraternal y preferente. Es la seducción colombina, el carisma personal, que empuja con ímpetu de oleaje las grandes esperanzas del marino al fraile para que, anegado en ellas, las asuma y aliente. A medida que lo escucha, fray Juan va asimilando la idea colombina, vislumbrada como un proyecto evangélico fascinante. El religioso medita largamente en sus ventajas: por un lado, sería colofón y recompensa de la lucha española contra el infiel, un glorioso epílogo para la dilatada contienda cristiana, de Covadonga a Granada; desde otro ángulo, el papa y los príncipes de la cristiandad colaborarían con Castilla en esta acción evangelizadora, nuestro reino sería así glorioso pionero en la propagación de la verdadera fe; y, en consecuencia, aumentaría su hegemonía política. Estaba claro, era una grandísima empresa que exigía los más grandes patrocinadores. Él mismo hablaría con la señora, tan piadosa, que sin duda iba a acoger el proyecto con mirada favorable, pero ¡ay!, quizá los soberanos no tengan ahora recursos, enfrascados como están en la guerra de Granada.

CONVERSACIÓN CIENTÍFICA

El marino palermo Pedro Vázquez de la Frontera era persona muy respetada en un pueblo donde todo lo relacionado con la mar se tenía en gran consideración. De joven, había participado como piloto en la primera gran expedición oceánica portuguesa, la de Diego de Teive, organizada hacia 1452 por el infante don Enrique en busca de la isla de las Siete Ciudades, partiendo de la de Faial, en las Azores. Pero a la sazón, varados en el mar de los Sargazos, decidieron retornar buscando los vientos propicios de occidente y entonces fue cuando descubrieron la isla de las Flores. Gran aficionado a la cartografía, ciencias naturales y artes del mar, en ese momento, Pedro se dirige al monasterio franciscano de Santa María de la Rábida para hablar con su amigo fray Antonio de Marchena, el acreditado astrónomo que lo ha mandado llamar. Desconoce el motivo, pero se siente privilegiado por la amistad del prior y el gozo de compartir la común afición con el idealista que

entrelaza ciencia y misticismo guiado por los astros hacia lo alto. El fraile estrellero era muy apreciado por los reyes y, como párroco de Palos, se relacionaba igualmente con aristócratas y pueblo llano; disfrutaba también la amistad de Bartolomé Díaz o Vasco de Gama, entre otros grandes marinos portugueses, y conocía cuanta leyenda volaba por los puertos, venida de Oriente, como las especias y otras riquezas de fábula. El marino palermo lo admiraba como religioso y científico, siempre disfrutaba de su conversación, pero ahora, además, desea enterarse de una novedad que intriga al pueblo: la llegada de unos pintorescos visitantes. Por eso, en cuanto llega, después del saludo, el hombre plantea el asunto a bocajarro:

—Se comenta en todo Palos la llegada de un extranjero y un niño a este convento, ¿qué me cuenta su paternidad al respecto?

—Hijo mío, ya sabes que la gente, enojada con su propia vida, se dedica a escudriñar la ajena descuidando la salvación de su alma. Pero es verdad que hace tres días, fray Juan Pérez recibió en el atrio de esta casa a un marino con su hijo pequeño y, atendiendo a lo tierno de la criatura y a nuestra tradición hospitalaria, les dio hospedaje en cristiana caridad.

—¿Y qué negocio ha traído por estos pagos al extranjero, si su paternidad quiere calmar mi curiosidad, tal como provee a la indigencia de los peregrinos?

—Pues claro, maese Pedro, se lo contaré a vuesa merced, un entusiasta de la ciencia naval que, sin duda, va a encontrar especial interés en el personaje. Él mismo se ha presentado como marino de la Liguria, genovés, viudo, residente en Portugal y venido a Huelva al arrimo de unos familiares políticos con quienes dejar al hijo. Necesita libertad de movimiento a fin de buscar patrocinio para su idea: un revolucionario proyecto de navegación, ya lo verá vuesa merced —aclara el padre sonriendo.

—¡Caramba, fray Antonio!, ¿qué me dice? ¡Pues sí que ha venido desorientado el hombre…! Más bien se diría que posee buena información sobre la tradición científica y la influencia cortesana de vuestras paternidades. Quizá conoce los logros geográficos de Raimundo Lulio en su siglo o acaso supo que el prior de este monasterio es uno de nuestros más sabios astrónomos: ¡fray Antonio de Marchena! ¡Nada menos! Él invocaría vuestro nombre como quien enciende una luz.

—No violente la modestia de este humilde fraile, amigo mío. Lo he hecho llamar para que hable con nuestro huésped. Los dos comparten intereses y se entenderán bien, pero será mucho mejor que sea él mismo quien le explique su empresa. Se llama Cristóbal Colón.

—Muy complacido estaré de platicar con el extranjero y con vuestras paternidades. Ardo en curiosidad por conocer el proyecto.

Fray Antonio se levanta, abre la puerta y agita la campanilla para llamar a un lego. Cuando llega, le ordena buscar a fray Juan Pérez y al peregrino y encaminar a los dos a su celda. El mandadero cumple eficazmente haciendo que el invitado y fray Juan le precedan hacia el aposento del prior. La celda es luminosa, abierta al patio de las Flores, donde se celebran las reuniones de los religiosos con los visitantes y personajes de la villa. Sin más adorno que el orden y la pulcritud, la estancia respira sencillez franciscana. En la pared frontera a la puerta preside el ambiente un Cristo crucificado, alto custodio del guardián y sus decisiones. Dos sillones frailunos de roble y cordobán en los extremos de la mesa; a sus flancos, largos bancos de nogal, lisos, corridos por las paredes laterales sin ningún tipo de tapicería. Una puerta da al patio gótico mudéjar, pero en este momento aún permanece cerrada.

—¡No se impaciente, maese Pedro, siga sentado! Enseguida vendrá el que esperamos, en cuanto termine sus devociones, pues el huésped es cristiano, muy próximo a la congregación de Franciscanos Menores Observantes. Conoce nuestra historia y sabe que la orden inició la reforma en el siglo pasado para observar la pureza de la Regla.

—Eso explica que se haya acercado hasta aquí desde dondequiera que venga —razona como para sí el marino.

—Claro, nos ha confesado que él mismo es nuestro hermano en el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, nuestro glorioso padre de Asís, quién, según piadosa tradición, visitó nuestro cenobio en su tiempo.

—¡Ahora veo claro! Lo que me dice su paternidad refuerza los lazos de simpatía que el convento tiende al peregrino y la atención a su bienestar y al de su criatura —concluyó maese Pedro.

—Vuesa merced conoce bien la tradición hospitalaria de nuestra orden, pero no negaré que la presencia del niño y la actitud y palabras de su padre han despertado, cabe la caridad cristiana, un interés suplementario. Aun en la humildad de su situación, el extranjero muestra un porte noble. Es alto, rubio, de ojos claros, con una expresión apasionada y fervorosa de gran persuasión. Su castellano, entreverado de lusismos, resulta muy creativo e indica que nuestro hombre sabe hacer de la limitación virtud. Ahora verá vuesa merced si digo verdad, pues creo que oigo pasos cada vez más próximos.

—¡El Señor os dé la paz, señores!

—¡Él os dé paz y bien, hermanos! ¡Seáis bienvenidos a esta humilde charla en cristiana concordia! ¡Maese Pedro, aquí tenéis a nuestro estimado

huésped: Cristóbal Colón, como vuesa merced, experto en los misterios de la mar y admirador de su poder!

—Es un honor conocer a hombre tan bien recomendado.

—El honor es mío y las buenas recomendaciones cobijan de igual modo a vuesa merced. Estos beatísimos padres bien me han hablado de vuestra afición cosmográfica y náutica. Sobre ello, he encontrado en el pueblo un ambiente marinero que alienta y alimenta.

—Cierto, nuestra marinería es pionera en las expediciones africanas, como sin duda vuesa merced sabe. En leal rivalidad con la vecina flota lusitana, se ha arriesgado surcando mares conocidos e ignotos, yendo a las islas Afortunadas y a la Guinea —explica maese Pedro satisfecho.

—Doy fe de que su fama trasciende la comarca y de que el puerto de Palos es conocido en Lisboa donde, tan solo seis años atrás, antes de Alcáçovas, el tratado que prohibió a los castellanos navegar de las Canarias para abajo, se temían sus incursiones al litoral africano.

—¡Vive Dios que bien lo sabemos! Cierto es que ahora los límites están más claros para los dos pueblos peninsulares… Pero el padre prior me ha hablado de un proyecto apasionante de vuesa merced. Grande sería mi gratitud si accediese a compartirlo conmigo.

—Más grande será para mí el placer de hablar en libertad con oyente tan interesado. En fin, mi empresa se basa en un razonamiento simple. Si todos asumimos que la Tierra es redonda, cosa que ya afirmaban los pitagóricos desde el siglo VI antes del nacimiento de Nuestro Señor y ha sido, a su vez, demostrada por Aristóteles, Hiparco de Nicea y Claudio Ptolomeo en su obra *Almajestum*. Por cierto, vertida al latín por vuestros compatriotas de la Escuela de Traductores de Toledo. Pues bien, a la luz de esta sencilla afirmación, he estado estudiando la posibilidad de llegar al Oriente por Occidente en una ruta nueva.

—Entonces, ¿vuesa merced, como yo mismo, desdeña la unánime consideración de que un engolfamiento en el mar Tenebroso sea empresa suicida? —preguntó excitado maese Pedro.

—Es verdad que se le atribuyen simas, tormentas, huracanes, monstruos, precipicios e innúmeros peligros, pero valdría la pena revisar la idea a la luz de sus beneficios, sobre todo, cara a la evangelización de infieles en el Oriente —intervino fray Juan.

—Este siervo de Dios no podría haberlo expresado mejor que mi hermano en Cristo —añadió fray Antonio—. Es verdad que ya Platón, al hablar de Atlantis en sus dos diálogos, *Timaios* y *Kritias o la Atlántida*, mostró una

grandísima isla oceánica, hundida entre terremotos después de haber sido derrotada por Atenas. Dice también que desde ella se podía navegar a otras islas y a otro continente, pero su cataclismo y naufragio dejó un abundante y espeso limo que hizo el océano innavegable. Sin embargo, también yo considero que valdría la pena intentarlo, pues al fin y al cabo, lo que pretende el relato de Platón es ensalzar el valor de su pueblo griego.

—Claro es lo que dice su paternidad. Lo mismo haríamos nosotros con el intento: demostrar que el valor no solo está en el éxito sino en la prueba, cuanto más si con la prueba coronamos el éxito. El avance de la cristiandad estaría asegurado —remató fray Juan, apasionado.

Al oír esto Colón, levantándose, con voz vibrante y mirada visionaria, terció:

—Y habría que añadir a esa ventaja, la económica y comercial, de tráfico de las especias, medio de supervivencia para tantos con su precio, subido como espuma de leche hervida, desde el origen asiático hasta Europa. Pero ya saben lo peligrosísimo de ese comercio hoy por la infiel hostilidad de turcos y bereberes.

—Por eso nuestros vecinos, los portugueses, siguen en su afán de abrir la ruta africana de la costa occidental —intervino Pedro Vázquez.

—¡Cierto es! Sé bien que Portugal continúa en su empeño de llegar a las Indias doblando el cabo de las Tormentas, pero mi ruta del este sería más corta, más rápida, más económica y con el solo obstáculo de las aguas —casi arengó Colón.

—¿Y cómo se os ha ocurrido esta idea, maese Cristóbal? Sin duda, mientras navegabais por el océano con vuestros amigos de Portugal, ¿no es así? —inquirió fray Juan Pérez.

—Verdad es que mi hermano Bartolomé y este su servidor, los dos, marinos desde muy jóvenes, cuando estamos en tierra, nos dedicamos al estudio, confección y venta de cartas marinas. Así es como hemos encontrado a varios autores que dibujan islas más allá del mar Tenebroso. De ahí he sacado la idea.

—Efectivamente —terció maese Pedro—, ya en los mapas de Alejandro Magno y Marino de Tiro hasta el de Ptolomeo se diseñan costas transoceánicas.

En ese punto de la conversación, fray Antonio de Marchena, con la naturalidad de quien domina el tema, vuelca sobre sus contertulios un torrente de datos eruditos para enriquecer la idea.

—Muy cierto y además, desde Ptolomeo se ha avanzado en precisión científica y se han corregido errores. Uno de los que enmienda lo escrito por el griego es el geógrafo árabe del siglo noveno, Al-Juarizmi, en su *Libro de la imagen de la Tierra*, así como los judíos mallorquines del XIV, Abrahán y Jafuda Cresques, en su mapamundi. En nuestro tiempo, el cardenal francés Pièrre d'Ailly hace lo mismo en su *Imago mundi*. Además, en la *Nova cosmographia per totum circulum*, muestra ya una tierra al otro lado del océano, con bahías y penínsulas hasta el mar de las Serpientes, y más al sur, montañas de oro, hombres luchando con dragones y una isla triangular, llamada Curiga.

Al momento, unos golpes discretos en la robusta puerta de la celda dejaron en suspenso la docta charla del prior que, con cara alegre y aire de conocer al interruptor, ordenó:

—¡Pase, hermano, adelante con el refrigerio!

—¡El señor os dé la paz a su paternidad y a la compañía!

—La paz sea también contigo —respondió el prior haciendo sitio en la mesa a las viandas.

El lego va colocando con cuidado los cuatro vasos de metal, la jarra cerámica de agua de anís y un plato hondo con pastas de almendra. Al terminar, sin decir palabra, recoge la bandeja de madera y se va con la cabeza baja, en actitud de humilde recogimiento. Cuando la puerta se cierra, fray Juan Pérez se acerca a la mesa para escanciar la bebida y ejercer la ceremonia del anfitrión ofreciendo un vaso y el plato de pastas a cada uno de los presentes. Después, será Pedro Vázquez el que reconduzca la conversación, interceptada por la merienda:

—Las sabias palabras del padre Marchena me recuerdan ahora otra carta marina conservada en la biblioteca del papa, la de un benedictino alemán, un tal Andreas Walsperger, que dibuja una península enorme situada allende el mar Tenebroso. Creo recordar que la llama «Cola del dragón», y al norte de ella, sitúa un castillo que representa el paraíso terrenal.

—¡Claro, claro! —añade el prior entusiasmado—. La biblioteca del papa cuenta también con la obra de otro cartógrafo teutón de gran prestigio, Einrich Hammer y en su mapa también utiliza el mismo nombre para esa península, que se une por un istmo a la China en el continente asiático.

Colón escuchaba solo a medias aquella conocida información caída en su mente como en una olla hirviendo. Al mismo tiempo, recordaba la reciente conversación con el hermano lego Pedro de Velasco, en ese momento acogido al amparo de la religión, pero antaño participante en la misma expedición

portuguesa de Diego de Teive, donde fue joven piloto. El hombre le contó cómo en el retorno, impelidos por un viento noroeste, después de haber navegado más de ciento cincuenta leguas, descubrieron la isla de las Flores, la más occidental de las Azores, siguiendo las muchas aves de tierra que volaban hacia su nido. La historia impresionó a Colón y le reafirmó en el acierto de su llegada al puerto de Palos, donde contaban con el cenobio franciscano de la Rábida, auténtica universidad marítima con experiencia en islas occidentales y donde se palpaba la relación continua con la marinería portuguesa, la más intrépida del mundo en oceánicas navegaciones. Lástima que ese mismo nivel de excelencia les hiciese contar con los servicios de afamados y orgullosos cartógrafos, como aquel otro alemán, presidente del Consejo, Martín Behein, que le rechazó el proyecto en Lisboa. Recordaba muy bien su apenas reprimida arrogancia en el ambiente lusitano de secretismo para el arte de marear y los viajes atlánticos. Por asociación de ideas, evocó la sociedad secreta de los pilotos de João II, la Orden de la Rosa, y sus crípticas reuniones en Madeira, donde él había merodeado más de una vez ante las casas de los juramentados, edificios con un rosal rojo y otro blanco en la fachada, símbolos de su esforzada fe de pioneros. Revivió también el relato de su suegra sobre las apasionadas conversaciones de antaño en la casa familiar del difunto marido, gobernador de la isla, Bartolomé Perestrello. Pero, así como el sonido de la esquila lleva al pastor de su corazón a sus asuntos, la voz clara de fray Juan lo devolvió al presente.

—Nuestros hermanos y predecesores en este lugar, los templarios, desde el siglo XII acumularon también una gran sabiduría marítima, hoy resguardada en los archivos de la Orden de Calatrava. Como expertos navegantes, recogieron relatos, mapas y reflexiones de otros cartógrafos y estudiosos. Conocían la esfericidad de la Tierra y, seguramente, alguna vez pensaron en viajar al Poniente para acceder a las Indias, como propone nuestro huésped.

Colón seguía oyendo sin escuchar. Él ya sabía todo eso. No en vano había pasado largas jornadas en ese archivo, leyendo sus documentos con la ilusión de encontrar la forma de acceder al Cipango y a Catay, tan encumbrados por Marco Polo. Asimismo había manejado el mapa de Jefuda Cresques, y su propio hermano, Bartolomé, había estudiado náutica nada menos que con Einrich Hammer, el alemán investigador del papa. Cristóbal intervino raudo:

—Creo que ha llegado el momento de abandonar supersticiones y crear una nueva vía para mayor gloria de la cristiandad. El camino al Oriente surcando el mar Tenebroso es posible y necesario. Llevo años estudiando esa ruta y la mayor dificultad estriba en encontrar los dineros para el viaje.

—Eso demostraría que los límites conocidos no son tales, ni las Columnas de Hércules en el Imperio romano, ni el Finisterribus del Salento para la Magna Grecia, ni siquiera el Finisterre gallego y español de hoy serían el límite de las tierras del mundo —reflexionó en voz alta fray Antonio.

—En efecto, pueden estar seguros de que, si consigo quien sufrague la expedición, a la vuelta del viaje habremos culminado la hazaña de romper el *non plus ultra* en honor y beneficio de España y de la cristiandad. Pues creo y afirmo, ante vuestras paternidades y el honorable piloto maese Pedro, que allende el océano existe una *Terra incognita* con islas ricas y pobladas, al alcance de quien ponga los medios para descubrirlas. Asimismo creo y afirmo lo mucho que me placería que el *plus ultra* fuera español y universal —remató Colón.

Ante estas encendidas palabras, pronunciadas con voz campanuda, y retóricas inflexiones, los religiosos y el palermo, conmovidos por una alquimia fervorosa de patriotismo y religión, no articularon palabra. Un silencio aquiescente fue la respuesta, un silencio en que fray Juan pensó de nuevo en la reina, su generosa patrona y antaño fiel penitente en el sacramento de la confesión. ¿Qué pensaría ella del proyecto de aquel extranjero? Piadosa como era, ¿no iba a favorecer una nueva evangelización de infieles? Pero ahora, con la guerra de Granada, quizá no tuvieran tiempo ni recursos… Como si leyera el pensamiento de la real señora, el fraile trajo a su mente la alternativa a la precariedad monárquica. Quizá los grandes magnates, las casas de Medina Sidonia o Medinaceli podrían ayudar a Colón y al reino patrocinando la empresa en vista de sus ventajas religiosas, científicas y económicas.

—Si Dios, como esperamos, nos ayuda en esta guerra, abordamos tiempos de gloria para la cristiandad, pero también de pobreza en la economía real, y la empresa que intentáis parece muy costosa —expresó Pedro Vázquez adivinando el pensamiento de fray Juan.

—¡No, si pensamos en las ventajas! —corta Colón—. He calculado que costaría poco más de un cuento, es decir, poco más de un millón de maravedís.

—¡Pues no parece tanto, vive Dios! ¡Sobre todo, si se piensa encontrar riquezas y especias! Tiene razón vuesa merced —asintió el palermo convencido.

CALLE DE PALOS. JUEGOS DE NIÑOS

Inspirados por la atmósfera bélica que respira la comarca, en un descampado aledaño a la calle de la Ribera, Bernalito juega a la guerra con otros niños. A la hora de repartir papeles, se establecen las acostumbradas jerarquías: los hijos de pescadores serán los cristianos, influidos por las imágenes de valientes caballeros que, en aquel año del Señor de 1485, pasaban hacia el frente o volvían de él con sus peones, siervos y pajes. En la admiración de la chiquillería fulguraban como luminarias nombres de grandes magnates, hermanados en la nueva cruzada: el conde de Tendilla, Gonzalo Fernández de Córdoba, Villena, Pacheco, los Manriques… En la infantil distribución de cargos, los oficios subordinados se adjudican a niños de la judería o a los gitanitos que, en grupo aparte, miraban el juego sin atreverse a participar. Las familias de los egipcianos, como se les llamaba, habían llegado recientemente y se hallaban establecidos a las afueras del pueblo con sus bestias de carga, sus carros, fraguas y calderos. Los hombres destacaban como herreros y cesteros, actividades artesanas similares a las de alfajemes, alfayates, curtidores o zapateros pero, en el caso, consideradas de rango inferior por la marginación de su raza. Y, sobre todos los menestrales, quedaba clara la predilección que un pueblo marinero otorgaba a los pescadores.

Como siempre ha sido, los niños reproducían en sus juegos la jerarquía social, así que Bernalito, por su carácter indómito y por hijo de marinero cristiano, era el director de escena. Dos palos de madera de distinta longitud y un trapo de color pardo, que había pedido a su abuela, le sirvieron para montar las gualdrapas de su cabalgadura y un cordel atado a la cintura, a modo de talabarte, para ceñir espada de caballero.

—¡Adelante, mis guerreros, vayamos a luchar contra el sarraceno! ¡Santiago y cierra España! ¡Viva la cristiandad! —gritaba enardecido.

—¡Vayamos, vayamos, mi señor! ¡Viva la cristiandad! —contestaban los demás, previamente aleccionados.

—Nuestros señores, los reyes, van triunfando en esta guerra, pero queda por ganar Granada, la capital del reino nazarí. Mis caballeros, vayamos a hincar la rodilla en tierra ante don Fernando, él nos guiará hasta el triunfo. ¡Adelante mis bravos! —arengaba con ardor.

—¡Adelante, adelante! ¡Marchemos! —gritaban los de a pie yendo hacia el río Tinto.

En ese instante, ante el alboroto de la chiquillería, dos ancianas, sentadas en escabeles de madera a la puerta de sus casas, les increpan y amonestan.

—¡Diablo de zagales! ¡A ver si se callan, que no nos dejan oír el ensayo de vihuela de maese Diego! ¡Váyanse al arenal y peleen allí, endiablados!

—¡El enemigo nos echa! ¡Cuidado, mis valientes! ¡Atención! ¡Hagamos como que obedecemos, de momento! ¡Ya volveremos al ataque! —comunica el capitán en voz baja.

Bernalito no quiere molestar a quien ha dado la hirsuta orden. La señora Domitila, amiga de su abuela Ilduara, que cuando hornea pastas de manteca, siempre le reserva algunas y, además, cuenta historias fascinantes en las tardes de visita. Aún recordaba lo que le impresionó escucharla hablar de la prisión de Isaac Bastida, padre de una familia de conversos, antiguos judíos, conocidos y apreciados por la vecindad. Las ancianas se mostraban muy apenadas por la crueldad de la orden, ejecutada sin previo aviso. Una mañana como otra, se había presentado en la casa el alguacil armado para arrestar a don Isaac alegando varios delitos contra la fe en denuncia de voz anónima registrada por los inquisidores. Lo acusaron de comer carne en Cuaresma, de seguir recitando los Salmos en vez del *Paternoster* y el *Credo*, de comer ajo frito con aceite, en fin, de herética pravedad. Desobediencia revelada en la práctica de ritos hebreos, como demostraban ciertos hechos probados: que la chimenea de su cocina no humeara los sábados, que encendiera luminarias los viernes o que enterrase a los padres con mortaja judía bajo cristiano sudario. Los familiares de la Inquisición se habían preocupado de comprobar esto último, enviando a sus esbirros a desenterrar el cadáver para dar fe de los hechos. De este modo, sobre el dolor de ver profanados los entrañables sarcófagos, la familia sufrió la angustia de ver al padre en presidio, declarado hereje y entregado al brazo secular para la ejecución de la sentencia: confiscación de bienes, público escarnio y pena de exilio para toda la familia. Al librarse el reo de la muerte en la hoguera, castigo aplicado a rebeldes y contumaces, la condena se consideró benévola.

Bernal había estado muy atento a la conversación. No acababa de entender algunas palabras dichas entre susurros, pero sentía la tristeza de las ancianas y la gravedad del hecho. Él conocía bien a los niños de los Bastida, a menudo había jugado a pescadores y corsarios con el más pequeño, Abrahán, de su misma edad. No, no le gustaba la idea de no volver a verlos, por eso recordaba bien el diálogo de las ancianas:

—Iduara, te imaginas cómo deben sentirse, después de haber vivido en paz entre nosotros. A mí no me parece justo que se queden con sus bienes y no les dejen llevar armas ni caballos ni monedas de oro ni de plata, ¿cómo se van a desenvolver entonces allá donde vayan?

—A mí tampoco Domitila, pero nosotras no sabemos nada, ni si son verdad todas las infamias y pecados que se les achacan, aunque de la familia

Bastida no, no lo creo. Pienso que son buena gente y que algún rufián los ha denunciado con calumnias interesadas. Me da mucha pena que se vayan.

—Tienes razón Iduara, ¡y yo maldigo al malandrín, alevoso, bellaco y mal nacido que lo hiciera! Pero quizá hayan cometido algún desaguisado, ¿qué sabemos nosotras, pobres ignorantes?

—La gente murmura y a lo mejor barrunta algo o se inventa cosas, ¡quién sabe! Dicen que Esther, la hija mayor, al ver que se llevaban al padre, lloraba y, ya desaforada, prorrumpía en lamentos y reproches ante Elvira, la criada, asegurando que había de venir el Mesías y ellos estarían salvados porque Adonay elegiría a los justos para arrebatarlos hacia la Jerusalén celestial. ¿Te imaginas, Domitila? ¡Qué horrible! ¡Pobre zagala! ¡Dios los ampare!

—Sí, amiga mía, ¡Dios los ampare! La tal Elvira es más lenguaraz y chismosa que badajo de campana. En el río, le oyeron decir que Esther se lavaba cuando le bajaban los flujos mensuales, y que el anciano abuelo Bastida se volvió hacia la pared al agonizar, como usan los judíos. ¿Quién sabe si sus cotorreos no habrán contribuido a la desgracia de la familia?

—¡El Señor la perdone, si así es! El destierro nada menos, qué terrible, un mal sueño. Y menos mal que en estos tiempos la Santa Hermandad tiene a raya a ladrones y criminales. Bien sabes que antes atacaban a los caminantes sin que nadie lo evitase, en tal caso, aún sería peor para esos desdichados.

—Bien dices, Iduara, con las ballestas y espadas meten tanto miedo a los truhanes que, en cuanto ven sus mangas verdes y sus birretes morados, huyen despavoridos.

Bernal había visto a los cuadrilleros de la Santa Hermandad y, con su apariencia y su rango de defensores de la justicia, le habían causado una impresión formidable. Le parecían héroes, aunque en un rango inferior al de los caballeros, admirables con sus relucientes armaduras, escudos y espadas. Pero pese al pintoresquismo de los defensores de la ley y a la gallardía de los caballeros, unos y otros quedaban siempre por debajo de los marinos. No cabía duda, a bordo se gozaba la belleza de la mar y se era libre para viajar a países lejanos con ciudades fascinantes como Venecia, Chipre o Alejandría. Ser marino era lo mejor.

Bernal volvía de su ensoñación a medida que iba cesando el griterío. De pronto, se vio cerca del Arenal y el río Tinto le devolvió la bravura y la osadía de su rango:

—¡A formar en alarde, mis valientes! ¡Presto embarcaremos, dispuestos para el combate! ¡Qué tiemble el enemigo ante nuestras proas!

JOÃO ÁRIAS DE TAVIRA

Juan Arias había nacido muy cerca de la frontera castellana, en Tavira, ciudad atlántica y portuaria del Algarbe portugués. El contraste con la riqueza ambiental, fluyente de actividades comerciales con epicentro en el puerto, le permitió conocer muy pronto la propia situación de desposeído. La miseria de su nacimiento en el refugio de una choza próxima a los pantanos de la ría Formosa había condicionado su vida de niño sin infancia. Sus primeros recuerdos estaban asociados al hambre, al frío húmedo, al llanto de los pequeños y a los gritos destemplados de la madre, que se desahogaba golpeándolo si no atinaba a desempeñar las tareas exigidas, casi siempre superiores a su capacidad. En ese ámbito, alguna vez aparecía un hombre tambaleante, al que debía llamar padre. Entonces pasaban algunos días comiendo mejor y asistiendo a un descanso en la busca diaria por aledaños de mercados o puestos de fruta. Pero la presencia masculina, intermitente y fortuitamente benéfica, al cabo de cierto tiempo, terminó por desaparecer. Muchas veces, sentado a la puerta de la choza con la permanente inquietud de las carencias, *Joanihno* contemplaba con envidia el surco de los pájaros en bandadas. Sí, le gustaría ser una de esas garzas de vuelo decidido y explorador pero, a sus siete años, estaba condenado a la dependencia inmóvil; no alcanzaba aún a discernir de modo claro que había nacido al oeste del Edén. Había visto a otros niños en el centro del pueblo, bien vestidos, comiendo golosinas en una especie de huerto urbano, protegidos por madres o sirvientas, jugando despreocupados hasta el regreso a una casa, donde tendrían comida, calor y afecto. Él también era un niño, pero ¿dónde estaba el huerto, la merienda, el juego, la casa confortable y la madre cariñosa? No lograba poner palabras a la injusticia, pero la sentía aguda como navajazo en el vientre.

Si el crío fuera un zoólogo del siglo XXI, clasificaría su destino como el del pájaro subadulto divagante, pero sin saberlo, lo intuía, imperioso: tenía que huir. Sin embargo, todavía no era tiempo, debía aguantar hasta los diez años, igualándose a los muchachos que había visto sobreviviendo en la calle, cobijados de noche bajo un cobertizo del arrabal y trabajando durante el día de trajinantes en el mercado, la plaza o el puerto. Uno de ellos, Antón, al que conoció cuando escapaba de robar dos manzanas, le ayudó a esconderse, y le hizo confidencias de amigo mostrándole su ambición marinera: quería entrar en la tripulación de un barco mercante. Un estibador del puerto, Crisanto, se convirtió en protector de Antón a cambio de su ayuda en la estiba; le había

prometido enrolarlo en el navío esperado; solo tendrían que transcurrir los dieciocho meses que faltaban para sus trece años. Ese era el sueño que devanaba haciendo cuanto podía en el puerto: de recadero, de aguador, acarreando fardos, cántaros, conduciendo animales… cualquier esfuerzo era bien recibido por la ilusión del mozo.

—Y cuando navegue por todos los mares, me acordaré de ti, *Joãninho*. Pronto seré grumete y, subido en una verga, otearé el horizonte. ¡Quiero ser el primero en ver los barcos piratas! —le contó el muchacho para impresionar al pequeño, que lo miraba arrobado.

—¡Claro, eso le gustará al capitán! Pero después de verlos, tendrás que bajar a luchar y puede que te maten —advirtió *Joãninho*, pinchándole el globo al amigo.

—Le diré a Crisanto que me enseñe a manejar bien el cuchillo, la espada y todas las armas de los marinos. ¡Lucharé para vencer, como un bravo!

—Pues yo creo que será mejor que te hagas rico y, si ves que los piratas son fuertes, puedes irte con ellos. Mi padre me dijo que tienen tesoros y los reparten entre todos —aconsejó el niño.

—Bueno… Ya veremos cómo me hago rico, pero creo que no seré pirata. Siempre andan mutilados y llenos de cicatrices. Si a uno le falta un ojo, a otro, una pierna o un brazo —zanja el futuro marinero, negando con la cabeza en gesto decidido de resuelta dignidad.

Las conversaciones con Antón mostraron a *Joãninho* un camino, no el celeste itinerario de las aves migratorias, tan envidiado hasta entonces, ni el terrestre de los emigrantes a Castilla, como su desaparecido padre; era la senda escrita en alta mar por las quillas de los barcos, y era también, como su intuición primera, un camino azul promesa. Sí, el niño de prematura madurez ya vislumbraba una meta, empezaría por ayudar a Antón en los portes del puerto y solo pensaría en una cosa: cómo hacerse rico. En su ferviente imaginación infantil, no le parecía muy difícil el propósito pues, si viajaba, conocería muchos lugares llenos de accesible opulencia. Desde ese momento, como si se encendiera una intensa luz en confusa forma de índice, el niño João Árias de Tavira invirtió en esa dirección toda la potencia de su fragilidad y fue como si lo arrebatara un brazo de mar.

CÓRDOBA Y SEVILLA

Desde la Rábida, animado por fray Juan Pérez, Colón se va a Córdoba, donde permanece la Corte preparando la toma de la serranía de Ronda, de marzo a septiembre de 1485. El pretendiente acudía todas las mañanas al palacio, sede del Real Consejo que debía examinar su proyecto. Era el primer escrutinio de la idea colombina, concluido en un rechazo donde se iba a ser refrendado dos años después por la Junta Examinadora de Salamanca. Colón llegaba con la esperanza de ver su nombre en la lista del orden del día para debatir personalmente con los consejeros pero, al considerar impracticable su idea, no estaban dispuestos a recibirlo. El postulante, alentando el desaliento, pensó en pedir audiencia a los reyes para que reconsideraran la decisión con informes de una junta de cartógrafos y cosmógrafos que pudieran comprender los fundamentos científicos de su viaje. Nunca aceptó el hecho de haber sido rechazado, precisamente, porque comprendían el error de sus cálculos.

Entre tanto, el navegante va cultivando en Sevilla su amistad con los judíos Isaac Abravanel y Abrahán Senior y con el banquero florentino Juanoto Berardi, agente comercial de la banca Médici, su introductor ante el importante funcionario Luis de Santángel, y quizá su prestamista. Visita también a don Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, en su palacio de Sanlúcar, al que muestra una carta de presentación de fray Juan Pérez. Pero aunque el aristócrata era un hombre afortunado con el privilegio de las almadrabas, propietario de una flota dedicada a la pesca de atunes en los aledaños del estrecho de Gibraltar, estaba más volcado en asuntos militares que marítimos colaborando activamente con sus barcos en la guerra de Granada. Por tanto, recibe al proyectista correctamente, pero no se muestra receptivo a la colaboración.

Más tarde también le presentaron a don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli y conde del Puerto de Santa María, descendiente de reyes y gran humanista, que se sintió seducido por la innovadora idea del navegante hasta el punto de convertirse en su anfitrión durante casi dos años. De este modo, entre 1490 y 1491, Colón viviría en las casas ducales de Rota y El Puerto de Santa María, donde actuó como técnico naval en los astilleros del aristócrata a las órdenes de Jorge Bocanegra. Este marino de Marchena, jefe de las atarazanas y constructor de carabelas, se hizo amigo suyo y fue gran defensor del proyecto colombino ante el duque. Medinaceli dio ánimo y esperanza al genovés hasta querer convertirse en patrocinador del primer viaje pero, debido a la trascendencia política del asunto y por deseo de la reina, que le contestó diciendo que «tal empresa como aquella no era sino para reyes», terminó inhibiéndose. El Puerto en esos años gozaba de un extraordinario

auge comercial, basado fundamentalmente en las salinas, la actividad pesquera, los astilleros, y en su carácter de surgidero naval e invernadero de flotas. En el lugar hacían escala barcos de las repúblicas italianas y actuaba una colonia de mercaderes y banqueros. El corregidor de la ciudad, Diego Valera, era cronista real y hombre de gran confianza de Medinaceli y de la reina Isabel. Con todos ellos se relacionaría Colón en ese tiempo, visitaría a diario los muelles hablando con marineros y armadores de la conquista de Canarias, a donde los monjes de la Rábida habían enviado misiones; de Guinea y los viajes portugueses; de la piratería o del Atlántico y su fabulosa Antilla. Sin duda, la consabida habilidad del proyectista para hacer relaciones útiles le ayudaría a aprovechar el tiempo.

Pese a esto, Colón decide volver a Córdoba donde cree que permanecen los reyes, aunque cuando llega ya se habían trasladado a Jaén el 6 de septiembre. Luego pasarán el invierno en Sevilla hasta el 4 de marzo, en que se van por miedo al calor y su secuela de enfermedades infecciosas. Al no encontrarlos en Córdoba, donde permanece hasta fines de 1485, el pretendiente se apresta a seguirlos.

COLABORADORES COLOMBINOS

Parece evidente que los reyes Isabel y Fernando tuvieron gran intuición para elegir a sus colaboradores en el deseo de crear un impulso hacia la hegemonía y la gloria. Cuando todo iba mal para Colón en Castilla, pese al rechazo científico, es en ese aliento sin embargo donde el navegante encuentra otras vías de salida, potentes remedios que fluyen de la ambición y el sentimiento. Parece un ejemplo más de la lucha humana universal entre pasión y razón, en este caso resuelta a favor de la primera. No estoy contando nada nuevo; son hechos conocidos a los que debo aludir para iluminar el contexto. Pero la pregunta surge imperiosa, ¿no aburriré con ellos al lector? Cervantes en su tiempo llamó a ese personaje individualizado, «desocupado lector», pero en mi época siento que el calificativo no es verosímil. No puede llamársele «desocupado» a alguien que, además de su lucha por la supervivencia diaria, defiende su lectura en medio de una catarata caníbal de reclamos audiovisuales. Sin embargo, la cuestión insiste en buscar respuesta: ¿no estaré cansando al «ocupado» lector con datos históricos excesivos? Después de todo el esfuerzo de documentación, ¿tendré que manejar aún más el mandoble

cercenador? Parece que eso habré de intentar, mientras pido indulgencia e invito al ocupado lector a darse un paseo por el laberinto cortesano.

Un factor de salvación para el proyectista genovés fueron sus grandes protectores en la Corte; uno de ellos, Alonso de Quintanilla, contador mayor del reino castellano y miembro del Consejo Real, quien al escucharlo hablar de las tierras desconocidas, se compadecía de su pobreza, lo invitaba a su mesa y lo relacionaba con influyentes personalidades, empezando por el cardenal Pedro González de Mendoza, llamado por su omnipotencia el tercer rey de España. Colón conoce, por fin, al prócer en 1489, cuando era huésped de su sobrino, el duque de Medinaceli, en El Puerto de Santa María. El cardenal Mendoza fue de los primeros cortesanos en recibir favorablemente las confidencias del navegante, junto con otros personajes que lo escucharon entre la incredulidad general, como el dominico fray Diego Deza, maestro del príncipe don Juan, o fray Hernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel, para quien el genovés traía una carta de presentación escrita en la Rábida por fray Antonio de Marchena. Fray Hernando, llevado del mismo celo apostólico que sus hermanos en Cristo, fue quien propició la primera entrevista del aspirante con los reyes.

Colón también obtuvo la simpatía y la ayuda de algunos aragoneses del séquito del rey Fernando, bastante eficaces en borrar las reticencias del monarca frente al proyecto. Estrechamente relacionados entre sí por su origen e intereses, los aragoneses formaban en Castilla un poderoso tejido de influencia cortesana. Uno de ellos, Luis de Santángel, fue el que decidió finalmente la expedición, al poner el dinero sobre la mesa y percibir tan solo un interés mínimo por servir a los reyes en tan gran asunto. Judío converso, había sido cobrador del impuesto sobre la seda llegada de Lombardía en el almojarifazgo valenciano y tesorero del reino aragonés donde, como «escribano de raciones», administraba también la economía de los oficiales de la Casa Real de Aragón. Además, con su socio Francisco Pinelo, era arrendador de las rentas de la Santa Hermandad, por eso, como tesorero de la Hermandad de Sevilla, estuvo con los reyes en Santa Fe en 1492. Otros colaboradores aragoneses fueron Juan Cabrero, camarero del rey Fernando, casado con la influyente amiga de la reina, Beatriz de Bobadilla, y Gabriel Sánchez y Gutierre de Cárdenas, mayordomo mayor del príncipe Juan, esposo de Teresa Enríquez, prima del rey.

Además de las anteriores, ayuda importante tuvo Colón entre sus paisanos, tan prósperos e influyentes mercaderes en el reino de Granada que se describía el lugar como colonia genovesa. Entre ellos, los Centurione,

antiguos asociados del navegante que habían sido banqueros del papa, presentes en Sevilla, Córdoba, Jerez y Cádiz, este último puerto usado como salida hacia África y al tráfico de esclavos. Destacaban también como traficantes de oro y esclavos los Spinola y los Negrón, potentes familias genovesas que frecuentaban los puertos de Cádiz, a las que Cristóbal tendría acceso. Poco a poco, la ayuda de todos ellos iría abatiendo los obstáculos para la conquista del surco azul de la mar.

PRIMERA ENTREVISTA REAL

Después del primer rechazo, en octubre de ese año 1485, Cristóbal Colón sigue el itinerario real hasta Alcalá de Henares. Allí la reina Isabel, a punto de dar a luz a la infanta Catalina, futura reina de Inglaterra, pospone la fecha de la audiencia. El pretendiente en corte, armado de paciencia, comprendía que su gestión había de cocerse a fuego lento, estaba claro que un menesteroso extranjero en busca de patrocinio para una empresa estrambótica no podía esperar atención preferente en un momento crítico por los gastos dobles de gobierno y guerra.

Al fin, después de pasada la cuarentena de la reina, el 20 de enero de 1486, gracias al influjo de poderosos intermediarios, los reyes reciben a Colón en el palacio arzobispal de Alcalá, residencia del cardenal Mendoza. El escepticismo real, justificado por el informe negativo de los consejeros, no excluye cierto interés al escuchar las encendidas razones del marino. Colón describe palacios recubiertos de oro, cestas de perlas a hombros de pescadores, vestidos femeninos recamados de piedras preciosas, opulentos castillos, puertos con muelles de mármol, puentes, todo lo que había leído en Marco Polo o Juan de Mandeville sobre las ciudades del gran Kan. Simultánea y didácticamente, el pretendiente les hacía contemplar, en el mapamundi que había dibujado junto a su hermano Bartolomé, las ricas islas y tierras prometidas allende el océano.

—Altezas, sin duda los cartógrafos castellanos conocen la existencia de la Antilla y otras islas del Occidente, ocultas por el velo de la superstición para los marinos de nuestro tiempo, pero este vuestro humilde servidor podría acceder a ellas con facilidad, pues el Cipango está a 750 leguas de la isla del Hierro en las Canarias, navegando en línea recta hacia poniente por el trópico de Cáncer.

—Ambicioso proyecto nos presentáis, maese Cristóbal, os escuchamos con atención —contesta el rey Fernando, en actitud tolerante y magnánima.

—Vuestras altezas saben muy bien que desde la caída de Constantinopla en manos de los turcos, hace ahora treinta y tres años, son interceptadas las rutas de caravanas y es imposible el comercio entre el Oriente y el Occidente.

—Efectivamente y de ahí el poderoso incremento en el precio de productos —intervino la reina— como las telas finas, sedas, rasos y brocados, que nos traen de Oriente vuestros paisanos los mercaderes genoveses o los venecianos.

—Vuestra alteza apunta a un hecho indiscutible, como lo es también que la especiería aumenta al menos doce veces su precio desde la compra original hasta las manos de un cliente europeo. Por eso, como bien sabéis, los navegantes portugueses, desde los tiempos del infante Enrique hasta hoy, se esfuerzan en abrir una vía africana hacia el Oriente. Sin embargo, si vuestras altezas patrocinan mi proyecto, este humilde siervo vuestro llegaría antes, abriendo por el poniente una ruta más corta, rápida y económica que la portuguesa.

Con ardor en el semblante, más gesto y elocuencia de visionario, el genovés va describiendo las enormes riquezas en oro, especias, maderas nobles o minerales de las fabulosas islas, así como la preeminencia de Castilla entre las naciones como pionera del camino de Indias. Finalmente, de modo aún más arrebatado, les pondera la ingente labor evangelizadora que captaría para la fe de Cristo tantas almas infieles.

—Incluso se podría liberar Jerusalén y recobrar para la cristiandad el Santo Sepulcro y el resto de los Lugares Sagrados —remató el orador en broche de oro.

Los soberanos, sorprendidos por el porte y la retórica del extranjero, se muestran predispuestos y conmovidos. Los ojos de Isabel refulgen de emoción apostólica por la catequesis vislumbrada.

—¡Basta, maese Cristóbal! Presentaremos el proyecto de vuesa merced al escrutinio de una junta extraordinaria, organizada al efecto, y presidida por el que fuera prior del Prado, fray Hernando de Talavera.

—¡Mil gracias os sean dadas, altísimos soberanos! Expreso ahora mi gratitud hasta que pueda pediros albricias con que celebrar el triunfo, si Dios quiere, en un futuro venturoso —exclama Colón con seductora sonrisa y suspiro de alivio.

Sin embargo, la Junta de Salamanca, presidida por el padre Hernando de Talavera, rechazó los planes colombinos como «vanidosos, irrealizables y

basados en razonamientos demasiado irreales como para merecer el apoyo del gobierno». Los monarcas, diplomáticamente, difuminan el rechazo asegurando que se podría replantear el asunto en más favorable circunstancia, cuando se haya concluido la guerra contra el infiel. Pero el mismo repudio a los cálculos colombinos va a ser ratificado por los expertos del Consejo en la Vega de Granada en 1492.

SEGUNDA VISITA COLOMBINA A PALOS

Colón regresa a Córdoba, donde se mantiene como mercader de cartas de marear y de «libros de estampa», como llamaban a los novedosos ejemplares impresos, para diferenciarlos de los tradicionales, manuscritos e iluminados. Desde el invento de Gutenberg, esos libros eran todavía una novedad en Castilla, solo manejados a partir de 1470 cuando empezó a funcionar en Segovia la primera imprenta española. En el nuevo afán de cultura y humanismo que irradiaba la corte de Isabel y Fernando, los nuevos libros, más accesibles que los manuscritos, eran muy apreciados por aristócratas y clérigos. Mientras espera, el navegante sigue conviviendo con Beatriz Enríquez de Arana, de quien tendrá su segundo hijo, Hernando, nacido en agosto de 1488. Removido entonces por la noticia que le escribe su hermano Bartolomé de que el portugués Bartolomé Díaz había doblado el cabo Tormentoso, Colón piensa en volver a Portugal. Para ello envía una carta al rey João, del que recibe pronta y acogedora respuesta. El monarca le llama «querido amigo» y lo invita a regresar a Lisboa sin miedo. Como un acicate, él mostrará la misiva a los reyes de Castilla en Murcia pero sin resultados, como tampoco los tuvo de su posible estancia lisboeta. Sin embargo, los monarcas siguen ayudándolo económicamente y emiten en mayo de 1489 cédula de mandato dirigida a todas las ciudades, villas y lugares del reino ordenando dar posada y mantenimiento a bajo precio a Cristóbal Colón, tratándolo así como a un funcionario real.

Al año siguiente, la Corte está en Sevilla para celebrar la boda de la infanta Isabel con Alfonso de Portugal, hijo de João II. Colón también se encuentra allí, cansado de esperar el fin de la guerra de Granada. Entre los aristócratas que arropan los esponsales se halla el duque de Medinaceli, que invita al proyectista y lo aloja en su palacio de El Puerto de Santa María. Todavía en julio de 1491, el inminente fin de la guerra se pospone de nuevo al incendiarse el campamento cristiano de Hoyos de Huéscar y levantarse en

ocho meses el de Santa Fe. El Consejo se ratifica en el rechazo al proyecto colombino, por lo que, a fines del verano vuelve el genovés a Palos, derrotado y decidido a que su hermano presente la idea a Carlos VIII en París.

Con el ánimo decaído, se encamina al monasterio de la Rábida donde lo recibe su amigo fray Juan Pérez, que lo aloja afectuosamente. En ese momento, el guardián o prior del convento y, por tanto, párroco del pueblo, volvía a ser fray Antonio de Marchena, el fraile astrónomo, protector del genovés desde su primera estancia en la villa en 1485. Colón ignoraba que fray Antonio hubiera vuelto a ser prior de la Rábida después de su destino como custodio de los franciscanos observantes de Sevilla durante tres años. Se cree que el fraile tuvo una entrevista con la reina en 1489, por deseo del cardenal Mendoza, para argumentar con su prestigio de cosmógrafo a favor del proyecto colombino. La presencia de los dos frailes en ese tiempo en la Rábida había de ser contrapeso esencial en el desarrollo favorable de los acontecimientos. El ligur ve una señal divina en el consuelo y la esperanza insuflada por los religiosos en sus horas bajas. Por su experiencia de fino cortesano, fray Juan era idóneo para reestablecer la comunicación del navegante con los soberanos que, en ese momento, se hallaban con su corte en el campamento de la Vega de Granada.

—Pero, maese Cristóbal, ¿cómo es eso? ¿Dónde está vuestro tesón, dónde, vuestra fortaleza? *Sursum corda!* ¡Arriba ese ánimo! ¡Confianza! Bien conoce que los caminos del Señor son inescrutables, ¿cómo, pues, se deja abatir así? ¿Dónde está su fe?

—Fray Juan, vuestra paternidad sabe de mi entusiasmo, de mi larga lucha buscando patrocinio entre los grandes señores y en el laberinto cortesano. Todo ha sido inútil; han tachado mi proyecto de fantasioso y sin fundamento. ¿Qué puedo hacer, sino irme en busca de soberanos más comprensivos? Sin duda los franceses lo entenderán, mi hermano Bartolomé tiene allí buenas relaciones.

—¡Eso no será, si puedo evitarlo! Conozco a nuestra reina y sus sentimientos de buena cristiana. Solo pido a vuesa merced que me deje hacer un último intento, mientras espera unos días entre nosotros, tranquilo y esperanzado. Fray Antonio está de acuerdo conmigo en que no puede irse a Francia. ¡Vea, ahí viene!

—El Señor os dé la paz, fray Juan y maese Cristóbal, ¿por qué será que adivino el tema de la conversación? —intervino sonriente fray Antonio.

—Estoy seguro de ello, mi querido superior en Dios, y precisamente quiero convencer a nuestro invitado de que espere entre nosotros el resultado

de mi gestión.

—Sin duda fray Juan acertará en su intento, estimado maese Cristóbal, pues bien me consta el afecto que le profesa nuestra querida soberana, que Dios guarde.

—¡Él oiga a vuestra paternidad!

—¡Amén! —entonaron los dos frailes a coro.

Fray Juan Pérez se fue a su celda, dispuesto a escribirle una encendida carta a la reina. Le diría que, después de la victoria de Granada, bien se veía que Dios estaba con los buenos cristianos como ella; le diría que sus súbditos deseaban ardientemente extender la luz de la fe en dominios incógnitos y sombríos; le diría que tomara el intento colombino como una ofrenda de gratitud al Altísimo por las gracias recibidas. En fin, le diría también que era muy poco el trabajo para lo mucho de la ganancia, si Dios fuera propicio…

La reina le contestó a vuelta de correo de entonces, a los catorce días, ordenándole presentarse ante ella a la mayor brevedad. ¡Alegría e inquietud conventual! Pese a la prohibición de la Regla franciscana de montar a caballo, Fray Juan galopa de noche en el peligroso trayecto de un territorio desestabilizado por la guerra hasta Santa Fe de Granada. Allí sus ardientes palabras obtienen de su benefactora la seguridad de dejar al genovés en la esperanza del triunfo. En consecuencia, la soberana envía a Colón la orden de acudir presto al campamento ante la real presencia y, con ella, manda dineros para que el navegante se merque una mula y un atuendo convenientemente digno.

SANTA FE. DICIEMBRE, 1491

Colón llega por fin a Santa Fe, población recién construida en la granadina Vega del Genil como un campamento militar que pudiera exhibir la real voluntad de permanencia. Geografía, piedra, ladrillo y huestes escribirían un claro mensaje para los nazaríes refugiados en la Alhambra: lo inexorable de su derrota frente a las tropas cristianas. Así cuando los nobles musulmanes divisaran las rotundas construcciones de los alarifes castellanos desde el adarve de las murallas sentirían el flagelo moral de su rendición. Granada era en aquellos dramáticos momentos una ciudad superpoblada con los refugiados venidos de todas partes del reino, regida por Boabdil, monarca ávido de rendirse, pero temeroso de la facción más fanática, religiosa y nacionalista de sus súbditos.

La construcción del campamento cristiano, inspirada en la Brihuega alcarreña, siguió un plano a escuadra donde una plaza rectangular albergara la iglesia y un palacio de piedra, la Casa Real, edificio que, consolidada la victoria, se convertiría en hospital, socorro de pobres, peregrinos y enfermos. Hasta ese momento previo no cesaban de llegar tropas de distintos lugares de la cristiandad para afrontar la nueva cruzada. Los caballeros competían por conseguir victoriosas hazañas que les ganasen la fama; españoles, ingleses, franceses o italianos relucían en sus brillantes armaduras, algunas con espaldares de oro o plata; todos querían impresionar, identificados con su montura en blasones, ropilla y gualdrapas. Este tráfago internacional, convocado por el deseo de neutralizar, con una victoria cristiana, la amenaza turca haría pensar a Colón en la liberación de los Santos Lugares como propaganda del propio triunfo. Desde el momento en que entra en Santa Fe por la Puerta de Granada, el aspirante puede leer el rótulo, grabado en piedra: «El Rey Fernando y la Reina Isabel, esta Ciudad que ves, en muy pocos días levantaron. Erígese para destruir los enemigos contrarios a la Fe, por eso creen que se le debe llamar Santa Fe».

En la mente del proyectista resuenan como una música las cálidas palabras de fray Juan transmitiéndole el alentador mensaje de la reina. Colón medita en el simbolismo de su nombre y piensa que él, Cristóforo, el portador de Cristo lleva la misma «santa fe» en su pecho, ella es su fortaleza contra obstáculos y menosprecios. Se acerca al que es el edificio principal de la Plaza de Armas, el palacio que alberga la Junta extraordinaria, presidida por el cardenal Mendoza. Allí se dirige la inquietud y la esperanza del postulante, que se sabe humilde en su persona, pero grande en la ambición. Es invierno, va vestido adecuadamente, con la dignidad ocasional que le prestan los regios recursos: bonete oscuro, acuchillado de grana, sayo verdoso, calzas de lana azul marino y zapatos bermejos de cuero cordobés.

Antes de entrar a la estancia del Consejo, Colón busca y encuentra a los cortesanos que considera amigos: al comendador de la orden militar de Calatrava, Francisco de Bobadilla, hermano de Beatriz, la marquesa de Moya, en ese momento alcalde de Santa Fe, así como a Luis de Santángel, del que va a recibir muy oportunos avisos. En efecto, después de los primeros saludos, el influyente cortesano aconseja al genovés interesar a la reina en el aspecto religioso de la expedición mientras él promete hacer lo mismo, en el político, con el rey.

—Veo claramente los beneficios materiales de vuestro proyecto, estimado amigo, como también veo que ninguna de las cortes que habéis barajado se

hará cargo de él, sino Castilla —le informa el alto funcionario.

—Curiosa afirmación. Sospecho que me revelaréis su causa, ya que parecéis muy seguro, querido amigo —responde, ávido, el proyectista.

—No es difícil, si pensamos en los intereses de cada país. Portugal se vuelca en la senda africana, como muy bien sabéis; las repúblicas de Italia no colaborarán en su propio empobrecimiento al apoyar una idea que acercará las Indias más a los puertos ibéricos que a sí mismas; tampoco Inglaterra o Francia, inmersas en sus problemas, están interesadas en el asunto. Solo Castilla puede acometerlo, esté seguro.

—Veo que habéis reflexionado en ello y muy bien podríais tener razón. ¡Bien! Estoy en Castilla. Pero decidme, ¿cómo he de interesar a los monarcas?, ¿cuál sería, según su señoría, el mejor modo de conseguirlo?

—A mí me parece que ya tiene un apoyo muy apreciado, el de los padres de la Rábida, fray Juan Pérez y Marchena. Ahora hay que implicar a la marquesa de Moya, verdadera hermana espiritual y confidente de la reina y, para eso, me tenéis a mí.

—Tan solo por intentarlo, tendréis mi reconocimiento perenne, haré lo que me aconsejéis, pues veo juntas vuestra sabiduría y la decidida adhesión a mi idea.

—En verdad, en eso de moverse entre bastidores cortesanos, sí podré ayudarlo a encontrar la actitud adecuada. ¡Veamos! Vuesa merced trae un proyecto revolucionario y benéfico, no comprendido y aun vilipendiado hasta ahora, lo que le convierte en víctima de los prejuicios de unos y otros. ¡Bien! Pues, muéstrese como tal, humilde, incomprendido, generoso. No se violente por el rechazo de los consejeros ni censure a nadie. Cate que en este ambiente todo se sabe.

—Así lo haré, si vos me lo aconsejáis. Confieso que en algún momento he podido pensar, y quizá dejarlo entrever, que me hallaba entre zafios arrogantes que desprecian cuanto ignoran.

—¡Más bien lo ha dejado bastante claro, amigo mío!, ¡ja, ja, ja! La prueba es que ha llegado a mis oídos, y ese, os lo aseguro, no es comportamiento adecuado para un pretendiente en corte.

—¡Siento escuchar eso! ¡La Santísima Trinidad me ampare!

—¡Permaneced tranquilo! Ayudaré a vuesa merced como si de un negocio mío se tratase. Estoy seguro de que, cuando nuestra reina sienta el proyecto como un amplio impulso para la cristiandad, poco le importarán los argumentos en contra. Se decidirá ella sola, bien aconsejada por algunas de sus damas, por mis amigos, y por mí. ¡No lo dude!

Las palabras de Santángel resultaron premonitorias como vaticinios de oráculo. El genovés contó con la ayuda de Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, de quien, por su enorme influencia sobre Isabel, se decía: «en los reinos de Castilla, después de la reina, la Bobadilla». Los dos convencieron finalmente a la señora, pese a técnicos y cortesanos de contrario consejo, por eso el nauta se despide de la marquesa con deferencia y, a la vuelta del primer viaje, escribe la carta a Santángel.

Con este rearme moral, Colón entra en la austera y castrense cámara del Consejo. Solo unos tapices en el claroscuro, junto al crepitar de las velas en los hachones comunican cierta nobleza al ambiente. Unas cuantas sillas de tijera con respaldo de cuero repujado y taracea de madreperla muestran el botín de guerra en su estética sarracena. El ligur saluda al cardenal:

—¡Vuestra eminencia reverendísima y los sabios científicos que le acompañan sean con Dios y tengan muy buenos días!

—¡Seáis muy bienvenido, maese Cristóbal! Precisamente aquí nos hallamos debatiendo vuestro negocio. Su reverencia el cardenal Mendoza ha hecho una apasionada defensa de la idea, actitud que ciertamente comparto en mi humildad —saludó fray Hernando de Talavera—, pero los cartógrafos no aprueban vuestros cálculos. De todas formas, quisiéramos saber en cuánto estimáis el coste de la empresa.

—He calculado que sería suficiente algo más de un cuento y medio de maravedís castellanos o veinte mil florines de Flandes.

—Momento delicado para pedir a sus altezas que provean inversiones nuevas, todo se ha empleado en esta guerra —intervino don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla—; sin embargo, yo mostraré a sus altezas mi opinión favorable a vuestros propósitos.

—¡Dios se lo pague, señoría! ¡Reciba toda mi humilde gratitud!

El conde de Tendilla, don Íñigo López de Mendoza y de la Vega, era nieto del primer marqués de Santillana, sobrino preferido del gran cardenal Mendoza y primo de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, mecenas de Colón. Sin embargo, pese a la alta jerarquía de los defensores del genovés, la opinión de los expertos fue contraria a la de sus padrinos, argumentando que no les cuadraban los cálculos sobre las distancias aportadas. Y es que Colón había utilizado como unidad la milla italiana, de poco más de un kilómetro, en lugar de la milla árabe de casi dos kilómetros, de ahí la considerable diferencia. El resultado era el acortamiento del diámetro terrestre y, en consecuencia, de la distancia entre las Canarias y las Indias. Ya Eratóstenes en el siglo III antes de Cristo había estimado un cálculo bastante aproximado

de 40 000 kms para el diámetro de la Tierra, pero Posidoro, 100 años a. C., lo reduce a 30 000. Ptolomeo copia el yerro, que pasa de él a Toscanelli y de este a Colón en un equívoco de efecto dominó. De ahí que ningún científico coetáneo pudiera aprobar sin oprobio los cálculos colombinos.

Pocos días después, imprevisiblemente, la reina podría haber accedido a recibir al navegante en audiencia privada, sin la ayuda de su querido esposo. Se hallaría acompañada por la más importante de sus damas, doña Beatriz de Bobadilla, sentada a su derecha en el estrado de la Sala de Damas. Ambas en actitud alejada del rígido ceremonial cortesano, ataviadas con sencillez, sin briales, joyas ni chapines de altos corchos, solo adornado el vestido verde de la reina con una pequeña randa de encaje en el cuello. La estancia muestra la parquedad de la milicia, donde apenas un tapiz añade algo de calor al del brasero, colocado como un mastín a los pies de su augusta dueña.

—Y bien, maese Cristóbal… ¿Así que con poco más de cuento y medio se podría organizar una armada para descubrir las islas incógnitas, según vuesa merced dice?

—Efectivamente alteza, creo que sería bien poca inversión para una empresa que, como el cuerno de la abundancia, se desbordaría en beneficios materiales y espirituales.

—No os negaré que he pensado en el proyecto y me parece digno de nuestro esfuerzo. El que Castilla se convierta en pionera de evangelización y catequesis entre los nuevos pueblos isleños me place en verdad. Y si se añaden logros materiales a la ampliación de límites, navegando allende el Finisterre, creo que merece la pena. Tendré que reflexionar seriamente en cómo ayudaros.

La soberana, ya decidida a amadrinar el proyecto colombino, convencida en los últimos momentos por dos mujeres queridas, Beatriz de Bobadilla y doña Juana Velázquez de la Torre, ama del príncipe Juan, desarrolla esta idea en voz alta y piensa en lo que ha de decir a su secretario Juan de Coloma para que principie los preparativos. Pero al mismo tiempo, le asaltan dudas sobre la viabilidad de la idea, ¿por qué el informe de los expertos ha sido tres veces negativo? ¿Por qué otras opiniones de personas intachables y sabias, como el padre Antonio de Marchena, el cardenal Mendoza o fray Diego Deza, inclinan la balanza a favor? Desde luego, de realizarse, la empresa debe ser enteramente castellana. Fernando, aunque encargó un mapa a un navegante valenciano después de su primer contacto con Colón, nunca se mostró apasionado por la idea. Está demasiado ocupado con sus posesiones mediterráneas. Sí, será empresa castellana pero ¿cómo financiarla entre el

dispendio y la ruina impuestos por la guerra? Castilla está sin dineros, no como Aragón, que no ha sufrido tal sacrificio. ¿Podrían pedir un préstamo que se devolvería enseguida con el éxito obtenido? ¿Y si, finalmente, lo dispuesto por Dios para el viaje fuera el fracaso? Tampoco sería tanto, se podría reintegrar al prestamista con facilidad en cuanto se restableciese el libre comercio y la recaudación en las arcas públicas…

—Maese Cristóbal, bien he visto que vuestro entusiasmo de marino no excluye la piedad de cristiano. Los dos militamos en la misma iglesia y, si Dios quiere, nos favorecerá a ambos con el éxito del proyecto. ¡Manteneos en la esperanza y no os alejéis de esta Corte!

—¡Dios os guarde, alteza! —se inclina Colón, conmovido por la gratitud. Después de años de espera y marginación, al fin, siente la luz de la realidad sobre el ideal común.

Luego, cuando Isabel habla a su esposo en la intimidad de su alcoba y le cuenta la entrevista con el ligur, constata la persistencia de los reparos de Fernando sobre la fiabilidad del viaje. En ese momento, siente el camino franco para cumplir su deseo de reina.

—Mi querido esposo y señor, no os preocupéis ni sintáis ninguna obligación de comprometer los intereses de Aragón. Castilla tomará bajo su amparo el proyecto del extranjero y si no llegan los dineros para su realización, empeñaré mis alhajas en su beneficio.

—Ya veo que el genovés os ha convencido, bien noto vuestro entusiasmo, pero en cuanto a la hipoteca de vuestras joyas, mucho me place verlas adornando vuestro hermoso cuerpo. ¡No consentiré un sacrificio que sería también el mío, mi amada reina!

No hubo necesidad de vender ni empeñar las joyas de la soberana. El aragonés Luis de Santángel ofreció a la reina un préstamo para afrontar los gastos de la armada: diez y siete mil florines aragoneses, equivalentes a un millón ciento cuarenta mil maravedís castellanos, dineros que serían reembolsados al año siguiente por orden del rey Fernando, con intereses de quinientos florines más, a cargo de la Corona de Castilla.

Pese a las dudas y vaivenes, la decisión estaba tomada. Sin embargo, sobrevino la sorpresa, primero, y la indignación, después, cuando Colón expuso los gajes y derechos a que se sentía acreedor. En sus siete años de postulante, había tenido tiempo de fantasear con ellos y lo había hecho, sin duda, dando rienda suelta al alto concepto que tenía de sí mismo. Eran tan altos privilegios que lo equiparaban a un grande de España, a un noble de la familia real. Primero debía nombrársele almirante perpetuo de la mar océana

y virrey de las tierras descubiertas, ambas dignidades con las prerrogativas inherentes y hereditarias, y otras añadidas, como la de presentar a los reyes una terna de personas para cualquier cargo en las tierras descubiertas; además, exigía el derecho a la quinta parte de las mercancías traídas de Indias y al diezmo de piedras preciosas y minerales, más el octavo de los beneficios del primer viaje. Al oír las pretensiones colombinas, entre las que solo la del almirantazgo ya lo equiparaba nada menos que con el tío del rey, almirante de Castilla, don Alonso Enríquez, el monarca expresó su repulsa y los cortesanos compartieron el sentimiento. ¿Pero quién se cree ese extranjero andrajoso? ¿Está loco? ¿Cómo se puede ser tan excéntrico y soberbio?

—¡Qué lástima! Lo ciega la ambición —resumió el sentir general fray Hernando de Talavera.

Colón, ofendido por la incomprensión de quienes sentía como altivos cortesanos enrocados en sus crestas de linaje, se alejó, digno, en la torre de su firmeza. Él era el elegido de Dios para la mayor empresa del Occidente Cristiano. ¿Cómo se atrevían a desdeñar sus justas reivindicaciones? ¿Es que no eran conscientes de lo que les ofrecía? Todo se mostraba muy claro para él, solo los prejuicios cortesanos explicaban el desencuentro, pero no iba a desfallecer, se encaminaría a la corte francesa, donde su hermano Bartolomé llevaba muy avanzadas relaciones. Dios iba a ayudarle, estaba seguro, no importaba cuánto sacrificio debía aún arrostrar. Atesoraría la fe ciega del fanático y del mártir para desdeñar obstáculos y aferrarse a lo excelso de la meta.

Encastillado en su idea, se dirige al sur. Pasaría por Córdoba para visitar a Beatriz, luego iría a la Rábida a despedirse de sus amigos, los frailes, y desde allí, ya se arreglaría para enrolarse en un barco rumbo a Francia, luego, por tierra, a París. Y así, mecido por las olas de sus pensamientos y por el balanceo de la mula al paso, el jinete sintió de súbito un vacío en el estómago y una intensa sed de caminante. Sabía que estaba muy cerca de Granada, pero, sumido en sus divagaciones, apenas había reparado en el camino. Por el paisaje, intuía sin embargo que iba transitando la Vega, ya acabada Sierra Elvira, aunque esta vez no hubiera parado mientes en los plateados abedules ni en el rojo y verde cromatismo de sus abetos y acacias. Vio de refilón alguna ardilla trepando por un tronco, así como abundantes abejas y mariposas libando de las flores rosas de la adelfa; se dio cuenta de su ensimismamiento pasado, de los cerros, dehesas y cuevas que había visto sin mirarlos, como si transitara un paisaje cotidiano. De pronto, se encontró ante el puente árabe de Pinos Puente, sobre el río Cubillas. Admiró de nuevo sus

rotundos y característicos sillares almohadillados y sus tres arcos de herradura invitando al caminante a la otra orilla del barranco. Era agradable volver a ver al viejo amigo pisando en dirección opuesta sus cincuenta metros de largo. Mientras el paisaje conocido le tranquilizaba circundándolo en agreste belleza, su penuria en la intendencia, por el contrario, le traía desazón y fatiga. En esas estaba cuando vislumbró al borde de la carretera una construcción de adobe y techo en terracota de tejas árabes oscurecidas por el musgo y el tiempo. Se acercó para interpelar a los que parecían arrieros moros trajinando con sus mulas en el pajar.

—¡A la paz de Dios, hermanos!

—¡Él os guarde, cristiano!

—Decidme por vuestra gracia, ¿es esta venta o mesón donde podamos reparar fuerzas mi mula y yo?

—¡Acertado estáis, caminante! Pues, si se tercia, Hamed, el ventero, os asará una buena perdiz, pero no podréis beber el vino a que estáis acostumbrado.

—Con un buen jarro de agua fresca me conformo, que el camino me ha dado sed de agua en abundancia.

La conversación prolongó la cortesía entre los hombres con una música de fondo, imperceptible al principio, pero de ritmo gradualmente intenso y nítido. Estaba claro, desde el norte del sendero llegaba el golpeteo de unos jinetes, aparentemente cristianos, a galope tendido. Colón, vuelto hacia el camino, inmediatamente reconoce en la figura principal a un criado de la reina, un alguacil de corte, caballero en su jaca alazana, exhibiendo el flamante escudo de Castilla en el tabardo y las gualdrapas.

—¡Maese Cristóbal, deténgase y escúcheme! ¡Soy heraldo de la reina! ¡La real señora me ha mandado tras vuesa merced por la posta! ¡En su nombre, os ruego que os volváis! ¡Su alteza acepta todas vuestras estipulaciones!

—¡Dios sea alabado! ¡El Altísimo ha escuchado mi ruego! ¡Gracias, Dios mío! ¡Serán, al fin, descubiertas la Antilla, Cipango y la *Terra Incógnita*! ¡*Laus Deo*!

La emoción le quitó hambre, sed y fatiga de repente. Sin embargo, después de unos segundos que empleó en calmarse y volver a la situación, vio a los castellanos exhaustos y a sus corceles piafando sudorosos. Entonces, ya recobrado para el mundo, sonrió benevolente mientras invitaba a los recién llegados a solazarse con él en la venta.

—¡Entremos, si les place, caballeros, que el camino de vuelta a la Corte pide fuerzas! ¡Holguemos y recobremos el resuello!

—Bien decís, señor navegante, pero permitidme que, por orden de su alteza, sufrague yo los gastos del condumio. Ella me dio instrucciones al respecto.

—Como súbdito leal, obedezco. Los deseos de su alteza son órdenes para todos. ¡Vamos, pues!

A PALOS CON DOCUMENTOS REALES

Colón aún debe esperar a la firma de las Capitulaciones el 17 de abril de 1492 en la ciudad-campamento de Santa Fe. Unos días después, el 12 de mayo, el navegante sale hacia Palos con los documentos reales, la clave para abrir camino terrestre al periplo marítimo. En ellos se ordena a los alcaldes palermos que en pago de las multas, impuestas por ciertas querellas subversivas contra la autoridad monárquica, pongan en manos del portador dos naves equipadas con todo lo necesario. Los escritos conservados hacen suponer que las «querellas subversivas» consistirían muy probablemente en haber ido al abordaje pirata, entre otras, de unas naves del reino de Aragón, protegidas por la jurisdicción del rey Fernando.

El 23 de mayo, por fin, llega Colón a Palos y, esta vez, se siente confirmado y satisfecho al dirigirse al cenobio franciscano. Las reales órdenes se leen en el púlpito de la iglesia de San Jorge delante de todo el pueblo, congregado por su párroco, fray Antonio de Marchena. Los palermos, ante tan gravoso castigo, se manifiestan dispuestos a acatar la orden, pero reacios a cumplirla. El asombro es grande al ver al extranjero, antaño indigente a la sopa boba de los frailes, ahora engalanado y ungido con el respeto que le da la protección real. Desde ese día, Colón se apresuró a clavar la convocatoria para el enrolamiento de marineros en la puerta de la iglesia y de la lonja, pero para su asombro, nadie se apuntó a la recluta. El navegante notó el cambio en la actitud del pueblo hacia él: le restringían el saludo, algunos niños le arrojaban piedras y uno de los alcaldes, Lorenzo de Escarrana, le manifestó claramente su disgusto. El edil lo acusó de desleal por haber recordado el hecho en la corte para usarlo en beneficio propio, sin importarle perjudicar a una villa a la que solo debía gratitud.

Colón se indigna y escribe a la gran amiga y consejera de la reina, Beatriz de Bobadilla, para que informe a la soberana de su disgusto. Isabel envía a su contino u hombre de armas, Juan de Peñalosa, y sustituye al alcalde por el corregidor, Juan de Cepeda, para que ambos apremiasen con su autoridad al

embarco de la gente. El corregidor Cepeda manda guarnecer de artillería la fortaleza en previsión de un motín popular. A partir de este momento, nadie en Palos quiere enrolarse con el extranjero, los marineros son hombres libres y no confían en él; además, nunca lo han visto a bordo de un navío, solo en tierra, mal vestido con la capa raída, no aceptan, por tanto, su sorprendente arrogancia de futuro almirante. En el muelle, las plazas y las tabernas de Palos, el viaje se enjuicia como el proyecto de un lunático, que no tenía nada que perder y llevaría a una muerte segura a la tripulación. ¿Quién se atreve a surcar el mar Tenebroso, si todo el mundo sabe que es innavegable? ¿Qué harían cuando monstruos y serpientes les impidieran seguir el rumbo? ¿Qué opondrían a los vientos huracanados, a sus horrendas galernas y tempestades? ¿Cómo salvarían los precipicios que formaban las aguas en terrible catarata? Por otra parte, los marineros de Palos estaban acostumbrados a enrolarse libres, con sueldos negociados previamente con los armadores, y a participar de los beneficios. Eso hacían cuando iban a Canarias, Guinea, Inglaterra o, incluso, el mar Báltico. Pero ¿navegar ganando una miseria? ¡No! Era menester una clara respuesta: repulsa y vilipendio para el extranjero.

Pese al prestigio de los personajes enviados por los reyes, la experiencia del peligro, afrontado en vano por expertos navegantes portugueses, hizo muy difícil el rol. Muchos se negaron abiertamente y otros, después de haberse enrolado, se pusieron enfermos o esgrimieron peregrinas excusas. Ni siquiera la amenaza fue eficaz cuando, por iniciativa y presión de Colón, los palermos vieron, con asombro, aprestarse contra ellos la artillería del castillo. En esa circunstancia, cuando los soberanos fueron informados de la situación, decidieron liberar a cuatro presos de su pena capital a condición de que se enrolaran.

Entre tanto, el navegante disfruta de nuevo la hospitalidad de los monjes amigos, encantados con el giro a favor de una idea que han hecho suya. Fray Antonio de Marchena escucha las cuitas de Colón, siente su entusiasmo y provee. En su faceta de cosmógrafo imaginativo e idealista, se siente plenamente identificado con la idea del extranjero. Enseguida piensa en relacionar a su huésped con Martín Alonso Pinzón, el navegante más prestigioso, audaz y experto en el arte de marear que hay en toda la comarca. Martín, con su interés cosmográfico añadido, y sus hermanos Vicente y Francisco, también marinos, podría ser excelente colaborador del nauta, sin ninguna duda. Ha sabido, sin embargo que el llamado Pinzón el Mayor, mentor y guía de su numerosa familia, está en Roma en viaje comercial. Habrá que esperar a su regreso para presentarle al genovés.

—No olvido, fray Antonio, que el patrocinio de la reina a mi proyecto se lo debo a sus paternidades, y tengo presente la ardiente y generosa actitud de fray Juan al galopar en la noche de Palos a Santa Fe para interceder como valedor de mi empresa. Por su mediación, me recibió y escuchó la señora. Siempre os estaré agradecido por vuestra inapreciable ayuda.

—La grandeza de la idea y sus posibilidades misioneras nos convencieron a los dos, maese Cristóbal. Nuestro apoyo era un deber de religión y patriotismo, ¿cómo podíamos permitir que hiciera Francia algo que le correspondía a Castilla? Pero dejemos eso y pensemos en lo que es menester ahora que tenemos la autorización de los monarcas. Hay en la villa una familia de marinos que vuesa merced debe conocer. Ya he hecho las diligencias oportunas para que su más ilustre representante, Martín Alonso Pinzón, en cuanto regrese, venga al monasterio a verle.

—Estaré encantado, fray Antonio, de poder colaborar amistosamente con hombre de tan altas prendas como decís. En este negocio, como bien sabéis, queda todo por hacer: la selección de los barcos, el rol de los marineros, la carga de agua y bastimentos… Si ese marino de Palos es el de más prestigio en la comarca, por algo será. Yo estoy seguro de que nuestro amor a la mar nos hará hermanos.

—¡Amén! Todos lo tienen por hombre honrado, valiente y expertísimo en la marinería, único en barruntar vientos y tempestades, en tomar la altura con el astrolabio o con la ballestilla**[4]**, si hay sol; o bien, en la media noche, deducir la hora fijando la posición de las Guardas. Los marineros le consultan asaz en todo lo de la mar. Incluso mis cofrades discuten con él de cosmografía, porque Martín Alonso, además de audaz navegante, ha procurado ilustrarse por sí mismo sobre cartografía y cosmografía. Antes de salir hacia el puerto de Ostia, *verbi gratia*, me aseguró que consultaría las cartas geográficas de la biblioteca de la Santa Sede.

—Mi querido padre y amigo. Las palabras de su paternidad al dibujar el perfil del personaje me impresionan y agrandan mi deseo de conocerlo.

—¡Calma, hijo mío, que todo llegará si Dios quiere! Piense en lo adelantado desde aquel día de 1485 en que vuesa merced llegó al convento con Dieguito.

—Casi siete largos años han pasado desde entonces, efectivamente. Ahora empiezo a ver el fruto de tanta espera, ¡pido a Dios que sea para bien!

—¡Amén! ¡Dios Nuestro Señor dará buenos vientos al impulso de su mayor gloria! ¡No lo dudéis!

CAPÍTULO III

COLÓN INVESTIGA A PINZÓN

A la caída de la tarde, Colón baja del monasterio a la villa para sentir, mientras camina, el latido popular de paisanos y marineros. Era consciente del impacto que provocaba su encumbramiento en un pueblo marinero, un lugar adonde llegaba mitigado el eco de los grandes sucesos terrestres, pero se mantenía muy al día de los avances atlánticos de los portugueses. En ese momento, al proyectista le indignaba la hostilidad de los hombres del mar frente a su idea. Más allá del temor a lo desconocido, los percibía como un gentío irreverente y libertario, de gran resistencia pasiva por su independencia, su práctica del corso y su costumbre de mayor ganancia que las pagas reales. Ya olvidadas sus experiencias de navegante de fortuna, lejos de identificarse con ellos, Colón se veía muy superior a los marineros palermos, aquellos pueblerinos analfabetos que firmaban dibujando un barco. En contraste, sentía gran intriga por el personaje de Martín Alonso Pinzón, tan alabado por los frailes; le gustaría conversar con la gente del pueblo para sondear alguna información potencialmente útil.

El día resultaba espléndido con un sugerente cielo azul deshaciéndose en el atardecer dorado y musical. Gracias al envío desde la fronda de un concertado canto de pájaros, el caminante va deleitándose en la conversación del vencejo y el abejaruco cuando, vuelto el rostro a lo alto, contempla un vuelo de patos en forma de uve. La visión se le antoja un mensaje que solo él puede descifrar; es sin duda un buen presagio: la uve de la victoria que le anuncia el cielo. Siente, de pronto, un baño de esperanza y fortaleza y, henchido de renovada vitalidad, pospone la preocupación por el fracaso del rol y se dirige a la taberna más concurrida por los pescadores. Nada más franquear la puerta, nota la expectación que causa su presencia: el inicial estruendo de la conversación disminuye y muchos hombres se vuelven a mirarlo. Tranquilamente, con expresión afable y plena conciencia de su

protagonismo, se encamina hacia una larga mesa común mirando de frente a los parroquianos.

—¡A la paz de Dios, buena gente! —dice con su acento peculiar.

—¡A la paz de Dios, buen hombre!

—¿Vuesa merced es el extranjero que viene con el mandamiento de nuestros señores, los reyes doña Isabel y don Fernando? ¿El que se aloja donde los frailes de San Francisco, no es así? Pues, ¡sea vuesa merced bienvenido! —se adelanta afable y expresivo el marinero calafate Juan Pérez.

—¡Efectivamente, así es! Casi todos los palermos me han visto en la iglesia de San Jorge con el padre Marchena y los demás frailes franciscos.

—¡Sí, sí, cierto! Pero sepa vuesa merced que a nosotros, que estuvimos allí, no nos parecen bien las órdenes reales. Como vuesa merced sabe, son tiempos duros y esos castigos de entregar dos naves aprovisionadas resultan una carga muy pesada para armadores, patrones y marineros. Nosotros, las gentes de la mar, a duras penas sacamos para el pan de nuestros hijos y no es de ley que por ser pobres se nos obligue a ir —terció el marinero Sancho de Rama.

El genovés de astucia florentina que era Colón, viendo que la conversación tomaba un rumbo indeseado, introdujo una larga cambiada, dirigiéndose, confidencial, al que acababa de hablar:

—*Dura lex, sed lex*, dicen en mi tierra… La ley es dura pero nos obliga. Comprendo muy bien el sentimiento de vuestras mercedes, distinto siempre entre los que obedecemos y los poderosos. Pero yo he venido aquí hoy porque quería conocer mejor a la marinería de Palos, después de haber oído alabarla tantas veces en Lisboa. Me han ensalzado, por ejemplo, a un armador y capitán de barco, un tal Martín Alonso Pinzón. Los frailes quieren presentármelo cuando vuelva de Roma, para invitarlo a participar en el proyecto patrocinado por sus altezas. Yo no sé nada de él, más allá de su oficio, ni siquiera qué edad tiene, pero creo que entre hombres de la mar es fácil el entendimiento. ¿Qué piensan vuesas mercedes?

Al oír la franqueza del extranjero, con voz campanuda, liberado de inhibiciones por el vino, y sintiéndose portavoz de sus compañeros, el marinero Diego Bermúdez comenzó, obsequioso, el relato:

—Si él quisiera ir, Martín Alonso sería el mejor compañero para vuesa merced. Es persona muy respetada y de gran aprecio entre nosotros. Nació aquí, en Palos en 1440, lo recuerdo porque es de la edad de mi tío Sebastián y los dos jugaban de niños en la calle. Su familia es gente principal, propietaria de barcos y tierras. Por ser el primogénito, se llama como su padre, Martín

Alonso Pinzón, que también era marino, armador y hacendado. Su madre fue Mayor Vicente, por eso el tercero de sus hijos toma su nombre, Vicente Yáñez Pinzón, muy buen marino asimismo, igual que el segundo, Francisco Martín Pinzón. Los tres han navegado mucho desde niños y algunos de nosotros, de las villas de Palos, Moguer y Huelva, fuimos a veces parte de su tripulación.

—¡Sí! Y además de la pesca, navegábamos también por el Mediterráneo y por el Atlántico, en libertad, trayendo y llevando mercaderías de puerto a puerto o, a veces, —bajando la voz— corriendo al corso, ¡ja, ja, ja, vuesa merced comprende…! —completó el relato el marinero Alonso de Palos.

—Mi padre peleó junto a él siendo muy joven, en la guerra de Castilla contra Portugal, por eso siempre le tuvo mucha ley y decía que era el hombre más valiente y templado que había en esta tierra y que a su navío le temían los portugueses en aquellos tiempos pasados, que no había barco que le osase aguardar —dijo Fernand Yáñez el Mozo.

—Pero Martín Alonso, nuestro hombre, ¿está casado? —inquirió Colón.

—Sí, se casó, no una sino dos veces —responde sonriendo Sancho de Rama— la primera con la hidalga María Álvarez, hermosa mujer, con ella vivió en la calle Nuestra Señora de la Rábida, y de ella tuvo sus cinco hijos, dos varones y tres hembras: Arias, Juan, Mayor, Catalina y Leonor —recita de carrerilla los nombres—. La tercera de las niñas, Leonor, por desgracia, está enferma de gota coral.

—Ella es la mayor preocupación de su padre, que la quiere muchísimo —completa Juan Pérez con voz conmovida.

—Sí es su gran desvelo cara al futuro. Por eso, después de un tiempo de viudez, Martín Alonso se volvió a casar con Catalina Alonso, y ahora vive toda la familia en su misma casa de la calle de la Rábida —sigue Sancho de Rama.

—Son gente bienquista en las altas esferas, entre los señores duques y marqueses; tienen una familia muy grande con influencia en toda la comarca, pero también los pobres los apreciamos, porque saben ser justos con los de abajo. Empezaron como nosotros, de grumetes, y llegaron jóvenes a maestres o capitanes, después de pasar por todos los oficios del mareante —informa Juan Pérez actuando al alimón con su compañero.

—Sí, claro y, sobre todo, Martín Alonso es persona reconocida y respetada por su dominio de la mar, su valentía y su honradez. Los marineros admiramos además su fortaleza y templanza en las situaciones difíciles. En medio de una galerna, por ejemplo, cuando el miedo nos paraliza a todos, él

se mantiene firme, sabe lo que tiene que hacer y lo hace. Por eso da harta tranquilidad ir con él, nos sentimos seguros ante los imprevistos, con su olfato para la dirección del viento, las formas de medir la altura del sol, o las reparaciones de la nave, incluso sobre la marcha —revela con apasionada admiración Sancho de Rama.

—Sí, entre nosotros se considera afortunado el que tiene por capitán a Martín Alonso —resume Fernando Yáñez el Mozo.

PINZONES Y NAVES

Se dice que los primeros miembros del grupo, afincados en Andalucía, llamaron «La asturiana» a su casa en Moguer, de ahí que se les atribuya ese origen, pero las fuentes son confusas y oscilan entre Aragón y Asturias como punto alfa de un antepasado, caballero, que luchó en la conquista de León. La familia de Moguer, instalada después en Palos de la Frontera, obtendría su nombre de un abuelo ciego, cuyo don de canto convirtió su apodo en apellido de sus descendientes. Para entender mejor la asociación de imágenes del apelativo, conviene recordar que existía entonces el hábito cruel de cegar los pájaros domésticos para que cantasen mejor. Pese a lo denostados y olvidados que fueron los marineros del Tinto en los escritos de los Colones, el apellido Pinzón alcanzaría la gloria en 1492 con la decisiva participación de los tres hermanos, herederos de una secular tradición onubense de valor y aventuras marítimas. Martín Alonso hereda el nombre del abuelo Martín Pinzón, que fue buzo, ocupado en rescatar barcos naufragados y sus mercancías, aunque, a medida que se hacía mayor, fue sustituyendo el peligroso oficio por otros menesteres náuticos que legó a su único hijo, el valiente marino, también salvador de náufragos, Martín Alonso Pinzón. Este sería el padre de los tres hermanos y homónimo de su primogénito, el codescubridor de las Indias y compañero imprescindible de Colón en el primer viaje. Martín Alonso padre tenía un barco dedicado al comercio de altura, en el que sus hijos aprendieron el oficio, y un astillero donde construía veleros artesanalmente, con tres navíos en el tiempo en que llega al pueblo el navegante genovés.

En Palos vivían dos ramas de la familia Pinzón: la de Martín Alonso, llamado Pinzón el Mayor, con dos hermanos varones: Francisco Martín Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón; y la de su primo, Diego Martín Pinzón, apodado el Viejo, que viajó con Martín Alonso y Francisco, en la Pinta, hombre casado con abundante familia. Mayor Vicente, la madre de Martín

Alonso, natural de Moguer, poseía una finca con viñas y olivos que legó a Martín como mayorazgo, lugar donde pasó grandes temporadas en la niñez y su refugió al regreso del tornaviaje. De los cinco hijos del primer matrimonio de Martín Alonso con la hidalga María Álvarez, las dos primeras doncellas se casaron respectivamente con Diego Hernández Colmenero y Juan Caballero; y la tercera, Leonor, enferma de epilepsia, permaneció soltera, tutelada por sus hermanos.

Los documentos que se conservan de la familia son de carácter jurídico, como suele suceder, y más en tiempos en que la escritura era una técnica solo accesible a una mínima parte de la población. No se escribía sino para cuestiones importantes en la vida de una persona. Sabemos, por ejemplo, que ya huérfana, Leonor, la hija enferma de Martín Alonso, resulta estafada en las posesiones que le correspondieran por Juan Caballero, el marido de su hermana, hecho desvelado por un documento del Consejo Real del año 1500, donde el primogénito, Arias Pinzón, denuncia a su cuñado por haberse quedado con bienes que le tocaron a Leonor en el reparto de la herencia paterna. El demandante argumenta que acude a la justicia informando a los reyes, porque, en calidad de hermano mayor, se los ha pedido al interesado sin conseguir nada.

Otro escrito del Registro del Sello da fe de que a la muerte del cabeza de familia su segunda esposa, Catalina Alonso, al parecer señora importante en Palos, ya viuda, no supo o no pudo llevarse bien con sus hijastros. Todo ello nos presenta a la familia de Martín Alonso humanizada con problemas comunes, muy seguramente exacerbados por la precariedad económica en que los dejó la inversión paterna en el proyecto descubridor. Se sabe que la escasez y la pobreza se fue generalizando en la villa a partir del primer viaje colombino, proyecto en donde se enrolaron veintitrés de los marineros palermos, número que iría aumentando en singladuras posteriores hasta dejar despobladas las pesquerías, vacíos los depósitos de cereal y difícil la vida en la villa. Paulatinamente, los expertos armadores, pilotos y carpinteros de ribera del Tinto fueron absorbidos por los puertos de Cádiz y Sevilla, de modo que, en contra de lo esperado, en Palos se dio la paradoja de que el Descubrimiento provocó la decadencia del pueblo.

PINZÓN EL MAYOR

Martín Alonso estudió en Moguer las primeras letras y en el aprendizaje posterior destacó por su interés y destreza en el dibujo y las matemáticas. Además, conservó siempre una enorme curiosidad intelectual, sobre todo, por la geografía y la cosmografía, ciencias que canalizaban su desbordante pasión por la mar y mejoraban la práctica de su oficio. Al arribar con su familia al animado puerto de Palos, siempre visitado de barcos de cabotaje, seguiría su vida infantil, jugando y fantaseando en tierra con puertos ignotos y prodigiosos hallazgos. En la atmósfera prerrenacentista de la marinera comarca, el niño escucharía con aguda curiosidad a los amigos de su abuelo narrar fabulosas experiencias en el África portuguesa, en Inglaterra, el Mediterráneo e, incluso, en la lejana Islandia. Estimulados por el ambiente, los pequeños palermos imitarían a sus mayores metiéndose en barquichuelas y remando hasta la isla del Saltés, siempre en organización jerárquica, donde las incipientes dotes de mando de Martín con frecuencia le granjearían la autoridad de capitán.

Como sus dos hermanos, Martín Alonso navegó desde niño en los barcos de su padre y su abuelo, donde el oficio se le fue afianzando con el vaivén del oleaje, entre marineros que lo protegían con la doble indulgencia debida al grumete y al hijo del patrón. De su experiencia recibió, viva, la poesía de la mar, impregnada como el salitre en el lenguaje, la solidaridad, el valor, el rezo y el canto. Todo, mientras comerciaban en el litoral peninsular y africano, salpimentado a veces el viaje con alguna aventura corsaria de compartido botín. Este ambiente conformó la intrepidez de su carácter y la rapidez de reflejos del que debe reaccionar con eficacia ante peligrosos imprevistos.

Martín debió asumir pronto su responsabilidad de primogénito en la orientación y cuidado de sus hermanos menores, quienes solían acompañarlo —sobre todo, Vicente Yáñez— a Canarias y a San Jorge de la Mina en la costa occidental africana, a veces perseguidos y otras, perseguidores, de los barcos portugueses. La madurez y compromiso del hermano mayor se extendió también a la dirección de los negocios familiares. Poco hablador, reservado, con dotes de mando y gran voluntad para superar fracasos, audaz y generoso, su facilidad para confraternizar con los marineros lo hizo ser querido y respetado por las tripulaciones, pese al recio carácter con que metía en cintura a los indisciplinados. A ello debió de contribuir también su facilidad para el canto en los momentos de ocio y compañerismo, en donde destacaba como intérprete de fandanguillos, coplas y otros géneros populares de gran éxito. Pero lo más admirado por las tripulaciones era su serenidad en

los momentos críticos, actitud mitificada desde que salvó el barco en el fragor de una tormenta entre las islas Canarias cuando aún no contaba dieciséis años.

A la edad de Cristo, ya era reconocido en la comarca y en la costa portuguesa como experto marino y armador, al que los marineros de Cádiz a Ayamonte pedían trabajos, seguros del beneficio. Su trayectoria y su prestigio entre los poderosos le permitía asociarse, en viajes largos, con prósperos amigos de Huelva, Sevilla y Portugal, confiados en su destreza marinera y negociadora. Sabían que Martín Alonso afrontaba con audacia riesgos de vida o de ruina y que gozaba de la experiencia, el valor y la suerte necesarios al éxito. Habían oído hablar a sus marineros del talante del capitán en ocasión de sufrir un abordaje pirata, vertiginosamente convertido en batalla naval. También en tierra, los hombres de la mar escucharon a sus padres relatar, al amor de la lumbre, las hazañas juveniles de Martín, cuando se batía como prestidigitador de vertiginosa e inalcanzable maniobra, que vencía al enemigo portugués. Fue al comienzo de la guerra de Sucesión castellana, prolongada durante los cuatro años siguientes a 1475, cuando Martín Alonso dejó su trabajo habitual para ponerse a sí mismo con sus barcos al servicio de la causa de Castilla, en actitud patriótica y decidida que sedujo a muchos enrolados con él. Podría considerarse su protagonismo en la guerra precursor del que ejerció en la paz el año 1492. En aquella circunstancia, el joven Pinzón se cubrió de gloria entre el enemigo y su fama aumentó tanto que ningún barco portugués osaba enfrentarse al piloto de Palos de la Frontera. En su hostigamiento bélico al adversario, los marineros del Tinto también actuaban como corsarios de las naves portuguesas en costas peninsulares y africanas, protegidos por patente de los reyes o los señores de la comarca. En cierto modo, la guerra peninsular también fue el primer conflicto europeo colonial, si tenemos en cuenta que, después de los descubrimientos portugueses de San Jorge de la Mina y Guinea, se creó un escenario de rivalidad entre los marinos del poniente español y los del Algarbe por el mercado de especias, oro y, sobre todo, de esclavos. La trata era un lucrativo negocio para todos, armadores, marineros y monarcas, que percibían el quinto real de la ganancia en las mercaderías.

Terminada la guerra con el triunfo de la causa isabelina, Martín Alonso volvió a su actividad naval, pero entonces las cosas habían cambiado para la flota comercial española. Pues justo en ese mismo año de 1479, el Tratado de Alcáçovas-Toledo hizo que portugueses y castellanos se repartiesen las tierras africanas. Portugal salvaguardó la ruta de Guinea hasta las Indias, prohibiendo a los castellanos navegar «de las Canarias para abajo», de modo

que en la costa occidental de África, tan surcada hasta entonces por los marineros del Tinto, ya solo tenían derecho a mercadear los portugueses, sin más peaje que la renuncia a hacerlo en las islas Canarias. Otra cosa es que el tráfico a Guinea, ya clandestino, siguiera haciéndose aun con gran riesgo de la vida, pues el monarca portugués había dado orden a sus capitanes de tratar en son de guerra a los barcos españoles y no hacer prisioneros.

Entonces fue cuando el intrépido capitán Pinzón empezó a interesarse por otros cauces atlánticos inexplorados y muy necesarios, sobre todo, en la circunstancia de pobreza general en Castilla, más la sobrevenida en su propia familia, con la ruina ocasional del padre, al que como primogénito hubo de socorrer regalándole una casa. Martín Alonso continuó sus viajes comerciales mediterráneos hasta Nápoles, con su hermano Vicente, consiguiendo a la vez importantes ganancias y gran información sobre descubrimientos y novedades marítimas. Era propietario de hasta tres naves, pero además alquilaba otras varias como la Condesa, la Pinta o la Niña, por eso las conocía bien y pudo luego recomendarlas a Colón.

MARTÍN ALONSO VUELVE DE ROMA

Desde el 23 de mayo, en que Colón había hecho publicar en la iglesia de San Jorge de Palos las reales órdenes, nadie quiso enrolarse en el estrafalario viaje y, después de repetidos intentos, el ligur solo consiguió reclutar a los cuatro presos, sacados de la cárcel por orden real con el incentivo de conmutarles la pena si participaban en la empresa. El suceso que los llevó a presidio fue el haber sido encausado un marinero de Palos por apuñalar en una riña a su paisano, el pregonero Juan Martín. La sentencia de muerte en la horca pareció injusta a tres de sus compañeros, que asaltaron la cárcel para liberar al reo y huir, de forma que, finalmente, los cuatro fueron condenados.

En el mes de junio, en casa de Pinzón el Mayor se vive la alegría del reencuentro luego de su ausencia y la del primogénito, ambos recién llegados de Roma. Reunidos padres, hijos y hermanos, con algún primo o pariente añadido, en sobremesa familiar, se comenta la estancia del extranjero en Palos, las características de su proyecto y su frustrado deseo de enrolar marineros en la comarca. La familia informa también a Martín Alonso de que nadie ha dado un paso al frente, a no ser los cuatro condenados, que todos conocen. En medio de la conversación, le llega a Martín un recado de Pero Vázquez de la Frontera para que vaya a su casa a tratar un asunto de mucho

interés. Al oírlo, el capitán piensa en las reuniones y buenos ratos que ha pasado con el respetado lobo de mar y sus amigos, el físico García Hernández, y otros marineros, como su primo Diego Martín Pinzón. Allí suelen discutir apasionadamente de cosas de la mar, cruzando la propia experiencia con historias o leyendas, oídas por terceros a supuestos protagonistas. Es época de cambio y reafirmación de lo humano, en donde los seductores relatos de los tertulianos alientan a realizar proezas en busca del oro y la gloria.

Martín Alonso decide acercarse a la vieja tertulia esa misma tarde. En cuanto llega y atraviesa el umbral, siente el cálido afecto de la amistad como una seductora y perfumada brisa:

—¡Amigo mío! ¡Qué alegría tenerlo aquí, sano y salvo, y tan prestamente! Pensé que estaría demasiado fatigado para acercarse hoy. —Pero Vázquez lo abraza emocionado.

—He venido en cuanto me han avisado de que vuesa merced quería decirme algo. El viaje ha sido tranquilo; hemos cumplido nuestros propósitos en Ostia y he despachado en Roma algún que otro asunto que me rondaba por la cabeza y el corazón. Por lo demás, después de una noche en casa, ya estamos recuperados —explica Martín Alonso sonriente.

—Ahora vendrá García Hernández, que también está loco por ver a vuesa merced, y otros conocidos suyos. Pero he de decirle, mientras llegan, que el genovés, amigo de los frailes, ha vuelto de la Corte transformado, con documentos reales que obligan a proporcionarle naves para fletar una pequeña armada con que descubrir la Antilla. Harto conozco el interés del proyecto para vuesa merced; por lo mismo, también el padre Marchena quiere hablarle.

—Precisamente he estado pensando en algo así en mis visitas a la biblioteca de la Santa Sede y tengo muchas ideas, que las obligaciones y el ajetreo de mi vida no me han dejado desarrollar. Esta vez, con la calma del retorno, al haber podido delegar el gobierno del navío en mi hijo Arias, he tenido tiempo para entregarme a mis pensamientos.

—Pues en la Rábida están todos esperándole como agua de mayo, no consiguen hacer despegar el rol y los frailes han puesto en vuesa merced su esperanza. A estas alturas, también el genovés está deseando conocerle, me consta que ya ha hecho sus indagaciones. Fíjese si empieza a desesperarse que me ha consultado, si acaso no debiera pedir a las autoridades que se reclute la tripulación a la fuerza. ¿Se imagina vuesa merced trance más peregrino?

—Sin duda no sabe con quién está tratando, quizá esos métodos den resultado en su país, aunque no lo creo. Y me extraña mucho esa actitud en

navegante experimentado. Ningún buen capitán ignora que el trato con su marinería, por la cuenta que le tiene, ha menester ser justo, de respeto y confianza, siempre —aduce Pinzón, pensativo.

—No, si ya le dejé asaz claro que eso era inviable y, además, peligroso. ¿Quién evitaría en alta mar un motín de marineros forzados? Podría convertirse fácilmente en una condena a muerte para el capitán. Creo que lo comprendió muy bien.

—La verdad, señor, es que ya tengo ganas de conocer a tan singular personaje, pues si los reyes y nuestros amigos frailes creen en él, algo bueno tendrá.

—No se preocupe, tenga por cierto que lo conocerá, precisamente fray Antonio me dijo el otro día que iba a llamar a vuesa merced para presentárselo enseguida. A lo mejor, cuando regrese a casa ya tiene el recado.

—Pues me placerá asaz escucharlo y ya hablaremos del asunto. ¡Ah, ya llegan los demás!

Pese a la inicial negativa de la marinería palerma, con la presencia de Martín Alonso y la de los pilotos seducidos por él para el viaje, los marineros se enrolaron contagiados de la alegría y la seguridad que les daban las personalidades conocidas y admiradas de Pinzones, Niños, Roldanes… Los motivos de Martín Alonso para unirse al proyecto eran coherentes con su carácter activo, aventurero, de gran curiosidad científica y anhelo de gloria. Comprende al extranjero y participa de su deseo de alcanzar lo extraordinario, tal como asegura en las declaraciones de los pleitos Diego Hernández Colmenero encareciendo su valentía: «porque era hombre de gran corazón que trabajaba de hacer lo que otro no podiese, porque de ello hobiese memoria».

El acuerdo que suscribirían las dos partes o se perdió con la enfermedad y muerte de Pinzón o se dejó la contabilidad para después del hallazgo, fiado el uno en la honradez del otro, y nunca se escribió. Pero la promesa de Colón de compartir ganancias con Martín Alonso parece indudable y a ello aluden varios testimonios, como el de Alonso Gallego, que afirma haber oído a Colón mantener con el palermo un diálogo similar a este:

—Tengo de hablaros, estimado colega, de algo embarazoso, que me preocupa. He mostrado a vuesa merced las Capitulaciones de Santa Fe y en ellas ha visto estipulado que debo pagar el ochavo de los gastos, si quiero percibir el mismo porcentaje de ganancias —exponía, humilde, Colón.

—¿Entiendo que la preocupación de vuesa merced consiste en no alcanzar la suma necesaria para proveer a lo estipulado? ¿No es eso? Pues no

padezcáis más zozobra. Yo mismo, como vuestro socio en el proyecto, podré adelantaros los dineros a cuenta de las ganancias de lo conseguido en las Indias.

—¡No sabéis lo que me tranquilizan vuestras palabras, mi estimado cofrade!

—¿Y a cuánto ascendería vuestra necesidad, maese Cristóbal Colón? ¿Os bastaría con medio cuento[5]?

—Señor Martín Alonso, eso sería suficiente. Piense que vamos en este viaje y, si salimos con él y Dios nos descubre la tierra, yo os prometo por la corona real de partir con vos como con un hermano mío.

—En la palabra de vuesa merced fío, señor Colón. Seguramente en vuestra tierra de Liguria debe de decirse algo parecido al refrán castellano: «palabra y piedra suelta no tiene vuelta» —contestó Martín Alonso, estrechando la mano del genovés para sellar la alianza.

Cuando la marinería palerma se enteró de que Pinzón participaba como socio en el proyecto y quería involucrar en él a hermanos, parientes y amigos, el problema se solucionó como por ensalmo. Con esta tranquilizadora noticia, enseguida fluyó la recluta de marineros y se completó el rol de las tres tripulaciones. Todo siguiendo órdenes del oficial de los reyes, Juan de Peñalosa, encargado de hacer cumplir la Real Provisión. Una vez seleccionados los barcos, tras haber desdeñado como inservibles los donados por el Cabildo, la preparación del viaje duró hasta agosto.

Martín Alonso Pinzón fue la ayuda providencial que aportó sus propios recursos económicos, eligió barcos apropiados para el desafío y convenció a los hombres idóneos para realizar con éxito el proyecto, empezando por sí mismo. Si no hubiera sido por él y por sus parientes y amigos, el viaje no se hubiera realizado entonces, porque el genovés se había mostrado incapaz de conseguir las tripulaciones. El capitán palermo fue también la persona fundamental en el acopio de víveres y en el armamento de los buques, además de la autoridad garante de la disciplina en el viaje de ida. Como leal colaborador, secundó a Colón y animó a todos contra prejuicios, censuras u otros obstáculos para el proyecto.

POSIBLE VIAJE DE PINZÓN AL AMAZONAS

Se ha hablado de un supuesto viaje de Pinzón el Mayor al Amazonas en 1488, reseñado por el francés Estancelin[6], aunque hoy algunos estudios lo

descartan como leyenda sin fundamento, tal hace, por ejemplo, el de M. Ch. de la Roncière, de la Biblioteca Nacional de París. La narración de Estancelin señala a bordo a un extranjero apellidado Pinzón, que identifican con Martín Alonso, quien en coherencia con su carácter y su oficio de cortas y largas ausencias, lo mantendría fácilmente en secreto. Pero aun considerando que él no fuera el aludido, quizá se tratase de un pariente cuya experiencia podría haber conocido y, en ese caso, el hecho desvelaría para él la existencia de nuevas tierras allende el océano y disiparía el temor a la travesía atlántica, ya deshechos por la práctica los mitos difundidos desde antiguo. El futuro capitán de la Pinta hubiera experimentado entonces una trayectoria psicológica paralela a la de Colón desde su encuentro con el piloto anónimo, pues de ahí nacería también su curiosidad por conocer mapas y teorías sobre la *Terra incognita* y el interés en visitar la biblioteca de la Santa Sede, aprovechando sus estancias comerciales en Roma. Se sabe que en la Ciudad Eterna, Martín tenía un amigo, familiar del papa Inocencio VIII, con el que se carteaba. El hombre pertenecía a la nutrida colonia española de Roma, que ejerció distintos cargos desde el pontificado de Alfonso de Borja, primer papa español, con el nombre de Calixto III, tío a su vez de Rodrigo de Borja, el pontífice Alejandro VI; ambos siguieron la establecida costumbre papal de repartir prebendas entre familiares y compatriotas. Pinzón, como todo hombre de su época, pensó que en la biblioteca del papa se guardarían las más grandes conquistas de la ciencia humana. Su amigo le tendría seleccionados documentos y mapas sobre la isla de las Siete Ciudades, llamada así en alusión a un legendario viaje de siete obispos ibéricos que, huyendo de la invasión musulmana, se establecieron en ella; sería una tierra del Occidente, allende las Canarias, donde cada uno fundaría su metrópoli, con la precaución de retener al que llegaba para mantener el secreto. Otros llamaron a la isla Antilla o Cipango.

Lo que parece indudable es que, contrariamente a los marineros de su tiempo, Martín Alonso está intelectualmente preparado para buscar información en las bibliotecas y decidido a consultar mapas y legajos para instruirse sobre lo que le interesa. No es un carácter tosco, ávido de codicia, es un marino y armador de experiencia, imbuido de sabiduría náutica. Por eso cuando escucha a su amigo, el médico García Hernández, hablar de un extranjero que está con los frailes en la Rábida tratando un proyecto naval revolucionario, la noticia germina en su ánimo como simiente en campo abonado hasta el florecer de la aventura compartida.

Sería un encuentro providencial para el éxito de la empresa. La declaración del físico muestra que entre Colón y Pinzón existía un concierto económico, donde el andaluz iba asociado al genovés para compartir riesgos y ganancias, cosa que fray Bartolomé de las Casas corrobora:

«Que no alcanzando el millón de maravedises facilitado por los reyes, Pinzón dio medio millón más y que en voz pública andaba el hecho de haber prometido Colón a Pinzón la mitad de todas las ganancias de ese primer viaje».

El mismo hermano del almirante, Bartolomé Colón, reconoció que sin las gestiones de Pinzón el viaje jamás se hubiese realizado, pues fueron hechos unánimemente comentados la gran dificultad para fletar las naves y realizar las levas para el rol de la marinería. Muchos relatan que cuando Colón, Marchena y el físico de Palos estaban ya desalentados, llegó Martín Alonso como diciendo: aquí estoy yo con mi crédito, mi familia y mis amigos y todo lo pongo a disposición del proyecto. Su actitud ha quedado plásticamente descrita por un testigo de las Probanzas del fiscal Villalobos de 1535:

«Traía Pinzón tanta diligencia en allegar la gente e animalla, como si para él e para sus hijos hubiera de ser lo que se descubriere; a unos decía que saldrían de la miseria; a otros, que hallarían casas con tejas de oro; a quien brindaba con buena ventura, teniendo para el cual halago y dinero, e con esto e con llevar confianza con él, se fue mucha gente de las villas».

ENCUENTRO

Martín Alonso tenía cincuenta y dos años cuando conoce a Colón, unos once años más joven. Era entonces edad madura, en que un hombre ambicioso, de profesión arriesgada, piensa en que ya es hora de hacer algo extraordinario para encumbrar una carrera perseguida desde niño. La mar era su elemento y en ella tendría que encontrar, como siempre lo había hecho, su vellocino de oro. Pero también en tierra había librado varias luchas, recordaba ahora aquellos cuatro años de la guerra de Sucesión cuando puso sus barcos al servicio de la causa castellana y fue uno de los cuatro mil hombres de armas que peleó como un bravo junto a ocho mil jinetes y treinta mil peones. Entonces invirtió toda la pasión y fortaleza de su edad en pro de Isabel, que luchaba por el trono frente a su sobrina Juana *la Beltraneja*, protegida por su esposo y tío, el monarca portugués. Pero, como la juventud, aquellos años de sincero patriotismo habían quedado atrás, luego llegaron otros de más

responsabilidad, donde el mayor heroísmo consistía en la tarea diaria de ganarse el pan para la familia. Pensaba que en un pueblo sin apenas más recursos que los de la superficie azul del Atlántico, había de ser esta la ignorada y laboriosa senda para otros mares y otras tierras. Sí, ahora era consciente del vuelo del tiempo. Todavía recordaba, cuando era un niño de apenas trece años, la inquietante noticia de la muerte del condestable don Álvaro de Luna. Su abuelo le hablaba del poderoso valido de Juan II, auténtico monarca en la práctica, cuyo poder no le evitó una muerte ignominiosa, usada como ejemplo disuasorio por Jorge Manrique:

Pues aquel gran condestable,
maestre que conoscimos
tan privado,
non cumple que dél se hable,
más solo cómo lo vimos
degollado.

Evocaba asimismo, más recientemente, la espléndida boda de la princesa Isabel, primogénita de los reyes, con el infante don Alfonso de Portugal, un matrimonio para perpetuar la paz ibérica, realizado en Sevilla apenas hacía dos años. Ahora acababa de ver, el 2 de enero del año del Señor de 1492, la derrota definitiva del reino de Granada y la entrada triunfal de los cristianos en la Alhambra, corazón del poder nazarí. Eran melancólicos ejemplos de la fugacidad de la gloria, pero él era hombre de acción y su mente rápida sabía sustituir los tristes pensamientos por el placer del horizonte al aire de evocadores relatos en la fraternidad de la mar.

Como todos los marinos de la comarca había oído circular por los muelles, similares a cantes de ida y vuelta, fabulosas historias pero, sobre todo, había vivido la cara menos brillante del espejo, con la exigencia diaria de un vaivén diferente, el de los marineros de Palos con sus mercaderías por las rutas de cabotaje. Así era el que acababa de rematar en este junio, cuando volvió, una vez más, a su pueblo desde la Ciudad Eterna, ya documentado sobre la Antilla, y demás islas occidentales. Esta vez traía en el retorno una carga diferente a las sardinas que transportara a la ida; ahora pensaba en un viaje de descubrimiento y peripecia, que diese digno remate a su singladura. Y justamente, tal como le había adelantado el viejo amigo Pedro Vázquez, el padre Marchena acababa de llamarlo para que conociera al genovés, en esos momentos, agobiado por el fracaso del rol.

Cuando Martín Alonso accedió al ámbito germinal del convento franciscano, se produjo entre los marinos un súbito reconocimiento, no en vano estaban los dos emparentados en la estirpe azul de la mar.

—A fe mía, ha sido magnífico que el padre Marchena nos haya presentado, había oído hablar de vuesa merced y me interesa su proyecto coincidente con mi creencia en la *Terra Incognita* allende el océano —exclamó Martín Alonso.

—Agradezco la fe y el aliento y le prometo que, si me ayuda a conseguir unos buenos barcos y a enrolar a las tripulaciones, compartiré con vuesa merced las fabulosas riquezas del Cipango y del Catay —respondió Colón.

—No solo le ayudaré, sino que tomaré la empresa como mía y le aseguro que atraeré a ella a mis hermanos, parientes y amigos. Me sentiría muy honrado si vuesa merced viniera mañana mismo a mi casa para discutir los términos de nuestro acuerdo y así también podría enseñarle el portulano que he traído de Roma, donde están representadas las islas orientales, allende las Canarias.

Colón se dio cuenta enseguida de que estaba ante un hombre superior, bien documentado y franco, que exponía sencilla y abiertamente sus conversaciones náuticas con el bibliotecario del papa y describía con detalle el contenido de sus documentos. Desde una actitud contraria, de secretismo y miedo a ajenas injerencias, el ligur escuchaba sorprendido las libres y vehementes palabras de Martín Alonso. Sabía que Pinzón pensaba coronar su trayectoria con un viaje de descubrimiento; los amigos conocían sus intenciones y el ligur, también, por la información que se había procurado en la villa desde la calle al concejo, pasando por la taberna, el puerto, la alota o el monasterio. Al oír la invitación de su interlocutor, se sobrepuso a sus divagaciones y se apresuró a contestar cortésmente:

—La honra será para mí al asistir. Allí estaré puntualmente antes de caer el sol.

—Será vuesa merced muy bien venido, lo esperaré y hablaremos.

La casa de la calle de la Rábida, en sus dos plantas de mampostería enjalbegada, tenía la sencillez formal del paralelepípedo, con pequeñas ventanas, austera por fuera y por dentro abierta a la luz alegre de un patio lleno de plantas y pájaros. Era el hogar solariego de una familia numerosa, de nombres aparentemente caprichosos en cada uno de sus miembros, por la costumbre de tomarlos de los padrinos de bautismo o de ascendientes ilustres.

Martín Alonso es la autoridad y personaje sobresaliente del grupo, como si también en tierra fuera capitán en la nave familiar. Hombre de mediano

alzado pero atlético, tostado y curtido por la rosa de los vientos, de pelo negro, rasgos regulares, dominados por unos ojos oscuros y penetrantes. Habituado a sentir la preeminencia del respeto personal, pero generoso y llano con sus marineros, de recia personalidad y sin embargo muy cortés y respetuoso con todos, especialmente con los mayores, a los que trataba de «señor», aun siendo marineros. Persona humilde en su profundo sentimiento religioso, expresado en la devoción a los frailes amigos de la Rábida o en el cántico de la Salve en los atardeceres a bordo. Su prestigio se afianza en la prosperidad y destreza marinera, que le convierte en maestro de casi todos en una villa que vive del mar. Añade a estos dones un carácter alegre y práctico, satisfecho sobre todo de los cinco hijos, habidos con su primera esposa, María Álvarez, tristemente fallecida, a la que amó con la pasión alegre y confiada de la juventud. Siempre supo afrontar los reveses de la vida como las tormentas en el mar, con sereno, colaborador y activo estoicismo, haciendo lo necesario para mantenerse a flote. Ante lo inevitable, siente que Dios ha querido probarle en la desgracia con su temprana viudez y la enfermedad de su hija, afección vista por el pueblo supersticioso como posesión diabólica o embrujamiento. La preocupación paterna por su pequeña se acrece con la certeza de verla marginada, excluida del matrimonio o la vida religiosa, únicas salidas decentes de la mujer. Al enviudar, la necesidad del consuelo femenino y de dar una madre a sus hijos le hizo volver a casarse con Catalina Alonso, su actual esposa, con la que vive contento y en paz, en medio de una prosperidad que ha sabido acrecer sobre el patrimonio heredado: viñas, olivares, atarazanas o astilleros, embarcaciones destinadas a los viajes comerciales por África o el Mediterráneo, actividades todas que le convirtieron en jefe de una de las más acaudaladas familias de la burguesía local.

Ahora, en estos calurosos días primaverales de reposo hogareño, espera la llegada del extranjero, soñador de lejanos puertos, con quien comparte, pese al propio pragmatismo, la inquietud visionaria y fantasiosa. Siente, dentro de todo, la satisfacción de sus logros profesionales y familiares. Por eso, en actitud de optimismo confiado, ha pedido a su mujer que mande preparar una merienda de celebración con que agasajar al invitado.

La amplia estancia que hace de sala consta de una mesa larga de roble con dos sillones en los extremos y, en sus lados, cuatro sillas de doble tijera o jamugas, asientos reservados exclusivamente a los hombres de la familia o a sus invitados. En el ángulo izquierdo desde la entrada, un pequeño estrado guarnecido de cojines en distintos tonos de amarillo y ocre indica el lugar

reservado a las mujeres de la familia, sentadas a la morisca, tanto en sus diarias labores de aguja como en el regocijo de las fiestas familiares. La pared del fondo muestra una gran alacena, que exhibe seis platos de cerámica decorada y un aguamanil. A la derecha, una peana adosada al muro sostiene la imagen en cerámica pintada de la Virgen del Rosario en actitud de bendecir la estancia. Enfrente, la escena de caza en el tapiz colgado de la pared completa la iconografía de la bonanza familiar.

—Hágame el honor de sentarse, estimado compañero, y hablemos de los preparativos. Ahora le traigo la carta mapamundi, que me han copiado en la biblioteca del papa.

—Para cualquier cofrade en nuestro gremio de mareantes sería un placer examinarla, mi querido amigo. También yo le enseñaré mis cartas marinas y portulanos. ¡Vaya vuesa merced sin cuidado! ¡Quedo a la espera y me place!

—¡Aquí estoy! ¡Disculpe vuesa merced! ¡Vea, vea, cate los rumbos, los vientos, la altitud, latitud, las islas…! Está todo muy claramente indicado, sin duda quien lo hizo conocía su oficio.

—Sí, sí, cierto es mi caro amigo, esto está claro, pero ahora lo que me preocupa es el rol y también una pequeña cuestión económica. Como ya os he dicho, necesito vuestra colaboración para aportar el octavo de los gastos de la expedición si quiero obtener el mismo porcentaje en las ganancias. Beneficios que, naturalmente, una vez obtenidos, compartiría con vuesa merced como con un hermano.

—Y yo os he asegurado que no tenéis que preocuparos por los dineros, os ayudaré en todo y, fío en vuestra palabra, para tomar la empresa como mía propia y de mi familia.

—Pues a mi vez os prometo que, cuando encontremos el Cipango y el reino de Catay, con sus riquezas en oro, plata, piedras preciosas, perlas y especiería —Colón recita de corrido, como un escolar— las compartiré con vuesa merced. Os daré todo lo que pidáis.

El sello verbal del pacto y la despedida fue un apretón de manos. Nada se sabe de otros posibles documentos escritos, pero los testimonios de Alonso Gallego y de Francisco Medel en los pleitos colombinos no dejan lugar a dudas: «Colón había concertado con él de dalle todo lo quel dicho Martín Alonso pidiese e quisiese».

SELECCIÓN DE LAS NAVES

Martín Alonso pone su conocimiento de los barcos disponibles al servicio del proyecto compartido.

—Los barcos que ofrecen los palermos, remisos a saldar la deuda con la Corona, no pasan el menor examen técnico, ya no digo un escrutinio serio y exhaustivo, como exige el riesgo que afrontaremos, maese Cristóbal.

—Efectivamente, parece que no se han esmerado mucho los cuatro alcaldes de Palos en la elección de los buques o, más bien, hayan elegido deliberadamente los peores, para salir del paso, pensando quizá en un destino nefasto para la expedición, ¡del que el Señor nos libre! —corrobora Colón.

—Esto siempre sucede cuando se trata de pagar a los reyes. Lo que será menester es seleccionar los barcos entre las carabelas, que son las naves más adecuadas al océano, ligeras y rápidas de maniobra —explica Martín Alonso, ejecutivo.

—¡Sí, cierto! Podemos contratar dos carabelas, ya que en el Puerto de Santa María he apalabrado una nao, que he bautizado con el nombre del lugar, Santa María, pese a que la llamaban *Marigalante* o *Gallega*, por haber sido construida en tierras del noroeste. Me parece de gran fortaleza y adecuada para capitana, con sus tres palos, velas redondas, castillo, cofa, y sollado de proa.

—Puede que sea así, pero las naos suelen ser lentas de maniobra, no sé si resultará buena para la navegación entre las islas de la *Terra incógnita* —objetó Pinzón sin querer pinchar demasiado el globo del entusiasmo colombino.

—Su propietario, el cántabro afincado en El Puerto de Santa María, Juan de la Cosa, está entusiasmado y quiere participar en el viaje. Él mismo me ha asegurado reiteradamente la resistencia e idoneidad del barco.

Mientras escuchaba al genovés, Martín Alonso pensaba que su elección no era buena. La nao resultaría pesada al maniobrar, lo sabía. Había estado reflexionando sobre la idoneidad de las embarcaciones y desplegado en su mente el abanico de barcos disponibles. No le cabía ninguna duda, la carabela era la mejor. Imaginó, por contraste, el perfil de la carraca, de aparejo redondo, un solo mástil y vela cuadra, muy estable, pero lenta. Por eso fue reemplazada por el barinel, más grande, con dos palos y trapo cuadrado, con el que ya se podía engolfar ayudados de brújula y cuadrante para medir los grados, según la situación de las estrellas. Pero la carabela con su casco y proa redondos, popa cuadrada, de bordes altos y vela latina prendida de una verga diagonal al palo, era sin duda por su rapidez, ligereza y pequeña tripulación, el barco oceánico por excelencia. Sin embargo, también sabía

algo que no dejaba de preocuparle: que el mejor buque oceánico, como suele suceder con los seres humanos, tenía en sus virtudes su propio riesgo. La fragilidad de su casco y arboladura provocaba frecuentes averías y desgarros que obligaban a los carpinteros de ribera a continuas reparaciones. La cosa se ponía especialmente dramática en temporales y prolongadas tormentas cuando se abría, en la fragilidad de la obra viva, una vía de agua de difícil achique e imposible carenado. Pero aun con sus limitaciones, estaba convencido de que para adentrarse en el océano este navío, pequeño y manejable, era mucho mejor que la nao.

También para los viajes comerciales la carabela fue la más moderna adquisición, pero en los albores del siglo XV solo se usaba en la península ibérica. Los portugueses la importaron de Oriente y guardaron celosamente el secreto de su construcción, por eso aluden a ella como «carabela portuguesa» con exclusividad patriótica, pero olvidan que, a partir del primer cuarto del siglo, el barco se usó y se fue perfeccionando en Huelva, con casco más estrecho, tolda, tilla y mejores cabos. Se le sustituyó, además, el aparejo latino por el cuadrado o mixto, para recoger mejor los vientos y ganar rapidez y gobernabilidad. Resultaba menos pesada por tener solo castillo de popa, sin cubierta, cofa, vela cebadera, gavia, ni tanto aparejo como la nao. Y lo cierto es que las reformas andaluzas la convirtieron en un barco ligero y fuerte de bordo, casi inaccesible a los ataques y de gran estabilidad en aguas atlánticas.

—Mi experiencia me indica aconsejarle a vuesa merced contratar *la Pinta* por su calidad marinera, que conozco bien, aunque los dos palos menores no sean robustos —describe Martín Alonso.

—Pues así se hará, si es como decís, mi estimado amigo —responde Colón conciliador.

—Además, trato mucho y aprecio a sus dueños, Gomes Rascón, un portugués afincado en Palos, y mi paisano y amigo Cristóbal Quintero. Esto hará más fácil el trato, que haré yo mismo, si lo permite vuesa merced.

—Me parece estupendo, Martín Alonso, y me pregunto qué haría yo sin vuestra experta colaboración.

—Así debe ser, maese Cristóbal, para que vuestro proyecto, que ya considero mío, prospere según deseamos.

—*Deo volente, amén*. —Cerró el ligur, agradecido en la ocasión.

La práctica corroboró la elección de Pinzón. Comandada por la experiencia naviera de Martín Alonso, la Pinta fue durante el viaje la más velera de las tres naves y no resulta extraño que vayan a corresponderle muchos de los descubrimientos. Entre sus tripulantes, Francisco Martín

Pinzón acompañará como maestre a su hermano, el capitán, y el joven gallego Cristóbal García Sarmiento será uno de los afortunados pilotos; de marineros destacan, entre otros, los propietarios del barco y Juan Rodríguez Bermejo, llamado coloquialmente *Rodrigo de Triana*.

—El tercer barco podría ser la Niña, he navegado en ella y posee casi las mismas cualidades de la Pinta, con tres mástiles cortos y velas redondas. Antes la llamaban Santa Clara, en honor al monasterio de Moguer —sigue aconsejando Martín Alonso.

—No puedo menos que congratularme de vuestra experiencia, estimado compañero. ¿Seguro que podrá vuesa merced ilustrarme sobre el motivo de su cambio de apelativo?

—Claro es que su actual propietario, mi estimado compadre, Juan Niño, quiso darle el nombre familiar al barco donde faenan los suyos.

La Niña, también tomada por secuestro y seleccionada por Martín Alonso, tendría por capitán a su hermano, Vicente Yáñez Pinzón, que navegaría con Bartolomé Roldán, uno de los pilotos, y varios miembros de la familia del maestre, Juan Niño, el venerable propietario de la carabela: su hermano, el gran marino Pedro Alonso Niño; su hijo Alonso Niño; sus sobrinos, los hermanos Alonso, Francisco y Cristóbal, además de dos parientes, Bartolomé y Alonso Pérez Niño; todos de Moguer y muy amigos de los Pinzón. Frente a las cien toneladas de la nao, las carabelas, solo desplazan alrededor de ochenta. La Santa María será la nave capitana, comandada por Cristóbal Colón, capitán mayor de la armadilla; en ella va también su propietario, Juan de la Cosa, como maestre; de piloto, Sancho Ruiz; en calidad de alguacil mayor, Diego de Arana, un hidalgo primo de Beatriz, la amante de Colón; de veedor y contable, Rodrigo Sánchez de Segovia, atento siempre a la salvaguarda del veinte por ciento de beneficios para la Corona, el llamado quinto real; Rodrigo de Escobedo era a su vez el escribano de los monarcas; maese Juan, médico de Palos; y, además, el judío Juan de Torres, al que pensaban imprescindible como intérprete, pues «sabía diz que hebreo, caldeo y aun algo de arábigo».

Como capitán mayor de la armada descubridora, abocado a convertirse en almirante si la expedición alcanzaba el éxito, Colón tenía la potestad de elegir a los capitanes de cada barco, prerrogativa que ejerce con Martín Alonso. Fue a partir de ese momento cuando el gran palermo inició por las villas la propaganda del proyecto colombino, donde lo más convincente era la seguridad que generaba su presencia en la pequeña armada. Cada uno de los dos aportaba lo que tenía: Martín, la autoridad, el crédito y la buena estrella,

frente al genovés, advenedizo, pobre pero representante, protagonista del marchamo real de la empresa. El carisma de Pinzón obtuvo siempre el respeto afectuoso de la marinería, a bordo, en la taberna, en los corros del muelle o en las calles del pueblo, y desde ese influjo, ejerció el proselitismo colombino con la vehemencia de un San Pablo a los corintios:

—¡Venid acá con nosotros, amigos míos! Que andáis misereando en estos lares y, si os enroláis, yo os aseguro que volveremos ricos, que vamos a encontrar ciudades opulentas y playas con pescadores cargando cestos de perlas. ¡Venid, hombres de la mar! ¡Venid en busca de la fortuna!

—Martín Alonso, ¡habéis conseguido que se apunten casi todos vuestros parientes y amigos! ¡Qué entusiasmo! Se diría que consideráis el viaje una herencia para vuestros hijos —le comentó al verlo en acción su amigo Pedro Vázquez de la Frontera.

—En cierto modo es así, mi querido compadre, llevó mucho tiempo pensando en culminar mi vida marinera con un cierre brillante, honroso y memorable. La ocasión es venida. Llevamos encargo de nuestros reyes y lo cumpliremos.

—Siempre he admirado el arrojo de vuesa merced, Martín Alonso, tanto en la guerra como en la paz. Me ha asombrado en estos años vuestra salomónica conducta en situaciones comprometidas. Los marineros quieren a Pinzón el Mayor porque sabe darles prosperidad y, a pesar del peligro y de su ignorancia sobre la ruta, se apuntan al viaje. ¿Comprendéis bien que arriesgarán su vida porque vuesa merced y los suyos lo hacen?

—¡Bien se ve que sois un amigo, mi querido compadre! Asaz lo comprendo y siento gran responsabilidad por ellos y sus familias, empezando por la mía propia, pero también tengo fe en que la providencia guiará nuestra empresa al ser empeño de los reyes en pro de nuestra nación.

Muchos primos, parientes y amigos de los Pinzón se enrolaron con la garantía de ver que lo primero que hizo el capitán fue involucrar en el proyecto a su hermano Vicente, marino expertísimo a quien ofrece, en nombre de Colón, la capitanía de la Niña, y que también habló con Francisco para llevarlo consigo como maestre. Martín Alonso y Vicente fueron los encargados del rol, que se inició el sábado 23 de junio, poniendo mesa con el escribano, ante la Puerta de los Novios de la iglesia de San Jorge. Todo quedó concluido en un mes. Allí se acercaban los marineros para la recluta; la mayoría firmaban con una cruz o el dibujo de un barquito, para luego cobrar el adelanto de tres meses de sueldo, tomado de las monedas apiladas encima de la mesa en dos grupos: uno de castellanos de oro con la imagen de los

reyes, y otro de plata, de diferentes valores. Cada marinero necesitaba presentar un fiador que se hiciese responsable de su destreza y honradez. Martín Alonso se paseaba por las cercanías saludando animosamente a todos y elevándoles la moral al tratarlos con el respeto afectuoso de personas preciosas y apreciadas. De este modo, el capitán se convirtió en catalizador de todas las actividades que, con su llegada, adoptaron el mismo ritmo vertiginoso que la difusión de su convenio con el extranjero.

Varios vecinos testificaron haber visto a los dos hermanos Pinzón moverse entre las calles de Huelva, Palos y Moguer haciendo el reclamo para el rol de las tripulaciones, convenciendo a remisos, felicitando a valientes y consolando a los niños que, excitados con la aventura, querían participar. También buscaron los víveres y todo lo necesario para *adereçar navíos*, pues organizar el avituallamiento de las naves era tarea de los capitanes.

Pedro Vázquez de la Frontera habló mucho en estos días con Martín Alonso y Colón, animándolos a navegar pese al obstáculo del mar de los Sargazos que, según les dijo, había sido la causa de su fracaso entonces.

—Don Enrique el Navegante se trasladó a vivir a Sagres en el Algarbe, para desde allí divisar bien el océano y dibujar en él sus rumbos y, para mayor gloria de su pueblo, fundó en el lugar un observatorio y una escuela de cosmografía, dirigida por el judío mallorquín Jafuda Cresques —informó didácticamente el marino palermo.

—Ya conocemos vuestra experiencia oceánica con los portugueses. A mí me dejaba fascinado vuesa merced de niño cuando hablaba con mi padre sobre los descubrimientos de João Gonzálves y Tristão Vaz Teixeira, los marineros del infante que descubrieron las islas de Madeira —recordó sonriente Martín Alonso.

—¡Sí, cierto es! Y bien me acuerdo de cómo le gustaba a vuesa merced el cuento de los conejos cuando era apenas un zagal. ¡No cejaba de pedirme que se lo contara una y otra vez, ja, ja, ja! —siguió divertido Pedro Vázquez.

—¿Qué conseja es esa, mi caro amigo, si puede saberse? —inquirió Colón, interesado.

—Historias que se oyen en los barcos, maese Cristóbal. En concreto, esta cuenta cómo el gobernador de la isla de Porto Santo llevó de Portugal una pareja de conejos que se multiplicaron vertiginosamente comiéndoselo todo: las cosechas, los jardines y hasta los edificios amenazaban roer. Los habitantes observaron, atónitos, cómo se reproducían los animales hasta convertirse en una plaga. En un lugar recién repoblado, donde la precariedad era ya suficiente y los suministros de Lisboa, difíciles e infrecuentes, los

portugueses vieron al enemigo exigir combate más fiero que la rebeldía indígena y se apresuraron a disponer fuertes medidas para defender sus huertos. Ese fue el hecho. Pero la imagen de los portugueses, pioneros osados, peleando desaforadamente con los conejos mataba de risa a los niños de Palos, y a Martín Alonso, el que más, ¡ja, ja, ja! —explicó divertido Pedro Vázquez.

—Ya entiendo, ¡ja, ja, ja! —disimuló Colón haciéndose el desentendido. Ni por asomo iba a declarar que quien llevó los conejos a la isla había sido su suegro, Bartolomé Perestrello. La misma actitud adoptaba cuando evocaban la historia del prenauta, como si se tratara de una obra dramática de recordada melodía y libreto apenas conservado.

DIÁLOGOS PALERMOS

Hace unos días que Diego Martín Pinzón se ha enrolado en la tripulación de la Pinta con su primo Martín Alonso. En estos momentos previos al inusual viaje, el experimentado marino sufre la inquietud del peligro, aumentada por las advertencias y recriminaciones de su esposa. Por eso, antes de la visita a casa de sus parientes, los Pinzón, decide ir a la iglesia de San Jorge, el mártir patrono de la villa, a pedir protección para su familia. Cuando pasa por la hermosa tracería mudéjar de la puerta de los Novios, se produce el encuentro a bocajarro con un pescador que entra al templo. Es Sancho de Rama, también enrolado como él en la Pinta.

—¡Buenos días nos dé Dios, señor! —dice el hombre más joven, quitándose el gorro de lana azul marino en señal de respeto simultáneo a la persona y al lugar.

—¡Buenos días!, ¡vaya hombre! Nos encontramos en lugar sagrado antes que a bordo, Dios sabe por cuánto tiempo. ¿No, mi buen Sancho?

—¡Cierto es! Habrá que contar con el apoyo de San Jorge y de todos los santos y vírgenes del cielo, pero, como el señor Martín Alonso y vuesa merced, yo también tengo fe en que nos lo darán.

—¡Claro, hombre, así será, sin duda! Vamos con capitanes y pilotos de la mayor experiencia, ya sabe. Precisamente, ahora voy a hablar de ello con mi primo Martín.

—¡El señor Martín Alonso! A mí y a otros muchos nos ha contagiado su ilusión por buscarnos la prosperidad. En mi caso, después de años

dedicándome a la pesca sin salir de pobre, espero poder ofrecer una vida mejor a mi mujer. Ella harto se lo merece.

—¡Ah, la bella y encantadora Carmelina! Todos reconocen su contribución a la concordia en la comunidad. ¡A fe mía, que los dos merecen la buena fortuna y Dios lo querrá! Pero ¡me voy, que me espera nuestro próximo capitán en la Pinta!

Se dirige a la casa de la calle de la Rábida, donde quiere explayarse sobre los preparativos y retos del viaje con su máximo propagandista. En estos instantes, Diego Martín Pinzón, avezado marino, siente sin embargo la inquietud de las incógnitas y sabe que su primo puede resolverlas casi todas.

Al llegar a casa de Martín Alonso, se lo encuentra discutiendo con su sirviente napolitano, Antón Calabrés, tripulante a su servicio desde hace mucho tiempo. Ahora, ya con más de cuarenta años, el hombre sigue conservando su carácter extrovertido y su afición al canto, cualidades que le permiten captar la simpatía de todos. Cuando acompaña a su amo a bordo, desde oficiales a pajes y grumetes, le llaman siempre con el apelativo correspondiente a su exclamación más reiterada: *Porca miseria!* La antipatía que experimenta el hombre por venecianos y genoveses, estos últimos, omnipresentes en todos los mares, le hace sentirse cómodo entre españoles, sensación muy relacionada con la admiración y afecto que siente por su amo. Por eso, cuando Antón Calabrés conoce a Colón en la villa del Tinto ese mes de julio de 1492, sus prejuicios antigenoveses le defienden de la seducción del personaje. Desde el primer momento, se mantiene distante ante la figura del futuro almirante y coincide con los palermos en no tomarse en serio la repentina superioridad del ligur, tocado por la varita mágica de los documentos reales:

—*Porca miseria! Questo é un uomo prodigio! De postulante seccatore a ammiraglio! Il diletto di Dio! E dobbiamo credere?… Porca miseria!*

—¿Pero… algún día conseguiré que se calle, hombre? ¿Es que no piensa respetar a nadie? Pues que sepa que seré yo el ofendido, si continúa —le increpó, muy serio, Martín Alonso.

—*Bene, benissimo, mío patrone, io sarò muto!* Seré mudo, si vuesa merced lo ordena, pero no olvide que algo sé de la gente de mi tierra y ahora huelo el interés y la prepotencia en la lontananza del horizonte. ¡No lo olvide! *Lei non si dimentichi, prego!*

—¡Mire, Calabrés, debe entender que Colón trae un proyecto revolucionario, avalado por nuestros reyes, y que yo he decidido colaborar en

él activamente! Seremos socios. Así que ya lo sabe, si no lo hace por él, tráguese sus opiniones por mí. ¿Estamos?

—¡Estamos…! *Porca miseria!*

Martín Alonso mantuvo en los prolegómenos y durante todo el viaje la misma actitud digna, de jefe, que puede confraternizar con los subordinados, pero no consiente maledicencias por detrás, ni corrillos de censuras a Colón en su presencia. Él mismo, si tiene que juzgar o condenar algo, se lo dice francamente al genovés, con independencia de su condición momentánea, de capitán mayor o almirante. Cristóbal Colón es el jefe y lo que importa es la armonía y el entendimiento de todos en pro del triunfo final. Por eso le habla de modo directo y leal, según su carácter, sin adularlo ni menospreciarlo. En este momento, el proyectista se afanaba en atraer a Martín Alonso a la causa, seguro de su enorme influencia, de su riqueza y relaciones y de la admiración que suscitaba en los franciscanos Marchena y Pérez. También había captado la intuición e inteligencia de Pinzón para coger al vuelo todo cuanto le planteaba y para responder con datos reveladores de búsqueda continuada y curiosidad por el tema. Era el más apropiado para conseguir naves y bastimentos idóneos y, sobre todo, hombres dispuestos a poner su vida, su lealtad, y su excepcional experiencia marinera al servicio de la idea. En suma, el hombre necesario en momentos difíciles, el único capaz de deshacer el nudo de impedimentos y llevarlo a la victoria. Colón activó, pues, todo su arsenal de seducciones para convencer y conmover al hombre, llamado por el pueblo, Pinzón el Mayor.

Martín Alonso había investigado en Roma y en Florencia, donde contaba con amigos igualmente interesados por el progreso marítimo. A lo largo de su vida de hombre de mar estuvo muy al corriente de novedades y teorías que hablaban de la Antilla y las demás tierras occidentales. Por eso sabía bien que el proyecto colombino respondía a conocimientos generales muy difundidos en los puertos, pero en sus entrevistas palermas no dijo nada de esto al ligur, dejó que creyese que todo era solo creación suya, tal como él mismo difundía.

En ese momento doméstico, cuando acababa de reprender a Calabrés, llegó jovial y dinámico, Diego Martín Pinzón, al que llamaban en Palos «el Viejo», apelativo alusivo a su mayor edad pero, sobre todo, elemento diferenciador en el numeroso y ramificado tronco de los Pinzones. Diego ya se consideraba parte de la tripulación de la Pinta, admiraba y quería a su primo Martín Alonso y estaba muy ilusionado por compartir con él la inminente aventura y su preparación previa.

—¡Buenos días nos dé Dios, Martín! Me alegro de encontrarte en casa y poder hablarte. Me he cruzado con tu mujer al venir y me ha dicho que no paras de contactar gente en las villas, pero que en este momento, estabas aquí.

—Pasa y siéntate, hombre. Es verdad que no cejo de enrolar marinos. Ya sabes que al genovés no lo seguirían nunca. No les resulta simpático por haber traído la real orden del pago de la multa con las carabelas, pero su proyecto es bueno y nos ha de salir bien, si Dios quiere.

—¡Si Dios quiere, y querrá, querido primo! Pero te confieso que el reto me pone nervioso como un grumete. Imagínate, ¡engolfarnos en el mar Tenebroso, y a mi edad! ¡Ahí es nada!

—Será la experiencia más revitalizadora de nuestra vida, Diego, ya verás, retornaremos con el sol solidificado en nuestras bolsas, y el oro nos rejuvenecerá.

—¡La Virgen del Rosario te oiga y nos proteja! Mi mujer me dice que estamos locos y pregunta si lo hago por alejarme de ella o por ir en tu tripulación, ¡ja, ja, ja! ¡Las mujeres, ya sabes!

—¡Qué me vas a decir! Pero a mí Catalina ya me deja por imposible, incluso pienso que me cree cuando le aseguro que será un viaje provechoso para la familia. Debes decir a tu mujer que tornarás con perlas para enhebrar un collar, y que con él asistirá a la misa de Santa Clara como una reina.

—Cata que es buena idea. La pondré en práctica a ver si se tranquiliza. Yo estoy sereno porque veo que tú confías totalmente en el genovés.

—Sí, es un hombre extraordinario, con gran imaginación y tenacidad, una mezcla de místico y mercader, de lo más curioso. Me enseñó sus cartas marinas y me habló de conseguir especias, oro y perlas al tiempo que de evangelizar indios y liberar el Santo Sepulcro en Jerusalén. Pero su idea de surcar el océano hacia el oeste para acceder a la Antilla me parece hacedera, aunque no estoy seguro de sus cálculos.

—Pues a mí me tienes y tendrás como el primero para todo lo necesario. Ya sabes que, si tú lo ves posible, yo también.

—Antes de que llegases estaba amonestando a Calabrés, mi criado.

—¿Y qué ha hecho ahora *Porca Miseria*, si puede saberse?

—¡Sobrepasarse! No le tiene el respeto debido al ligur y he tenido que decirle dos frescas. Es importante que cada uno se ponga en su sitio para que todo ruede bien. Tú ya lo sabes.

—Tienes toda la razón, Martín, al fin y al cabo, él será nuestro jefe. *Porca Miseria* se habrá dejado contagiar por habladurías. Han surgido en el pueblo

desde que el genovés volvió con ese empaque de señor, enarbolando la real sanción, ¡con decirte que algunos hasta lo abuchean!

—Bueno, ya sé… Pero también me consta la lealtad de Calabrés al tratar de advertirme contra el carácter italiano. El hombre se preocupa por mí y teme que el extranjero sea un marrullero que me perjudique.

—Claro, tienes que comprenderlo, él conoce a los de su tierra y te defiende a muerte.

—¡Ya, hombre, ya! No voy a conocerlo, después de tantos años. Aún me acuerdo de cuando lo recogí en Ostia, el gran puerto de Roma, siendo él un muchacho desposeído.

PIRATAS Y CORSARIOS

La experiencia y destreza marinera de Martín Alonso se había afianzado en empresas comerciales y actuaciones corsarias, endémicas en todo el litoral andaluz y mediterráneo y más activas aún en época de escasez. En ese trance, los marineros de Palos, hartos del abordaje pirata en costas propias y ajenas, se prepararon para la defensa y el ataque con igual convicción. Existe constancia de un abordaje perpetrado en marzo de 1477 en la costa catalana por una armadilla de la que formaba parte Vicente Yáñez Pinzón, denunciado por los *consellers* de Barcelona ante el Rey Católico, donde se expone la apropiación indebida de la carga de madera, lana y otras mercancías. También constan las consecuencias del hecho: en abril de ese mismo año, una Carta del rey Fernando a todas las autoridades de mar y tierra del reino castellano conmina a que no se cometan actos de piratería contra súbditos del reino de Aragón ni de otros países amigos o aliados, so pena de tremendos castigos. Pero, a pesar de la real advertencia, apenas dos años después, en Sevilla, se denuncia el apresamiento de un ballenero ibicenco cargado de trigo por la carabela Condesa, comandada por Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez.

La carabela Condesa era probablemente de la condesa de Plasencia, sobrina del conde de Miranda, don Diego López de Zúñiga, uno de los dueños de Palos, lo que indica las relaciones de los hermanos Pinzón con las casas señoriales próximas, dedicadas también al negocio marítimo, legal o clandestino, para el que necesitaban gente experta y de la máxima confianza. La Condesa era un buen barco que ya había participado en el corso, capitaneado por otro palermo, Juan Martínez de la Monja. Posiblemente es la

misma embarcación que compró el genovés Francisco Pinelo para regalársela a Inocencio VIII, el papa, cuyo pariente bibliotecario era amigo y corresponsal de Martín Alonso. Es muy probable que fuera Pinzón, que conocía perfectamente el barco, quien lo señalara para regalo.

Si eran los mismos Pinzones los que sufrían, por el contrario, el ataque pirata, la ley intercedía naturalmente a favor de ellos en su situación de víctimas, como cuando se penalizó a Martín de la Borda en 1484 por el robo de un cargamento de trigo que don Pedro Enríquez enviaba a Génova en una nao de Vicente Yáñez, solo cinco años después de la aventura ibicenca.

Isabel de Castilla, junto a sus triunfos de soberana, fue propulsora de algunas leyes desacertadas para la economía del pueblo, como la de convertir la alcabala, el tributo de compraventa, creado por la necesidad de subvencionar la guerra de Granada, en impuesto permanente, sin sospechar que, al gravar con el diez por ciento todas las ventas realizadas en el reino, se perjudicaba la artesanía y el comercio. También publicó decretos, no consultados con las Cortes, que consolidaban los privilegios de la Mesta y los mayorazgos, junto a leyes arbitrarias sobre los pastos, que arruinaban a los agricultores y provocaban, con la merma de cereales, insólitas hambrunas. Prohibió además la importación de seda de Nápoles con la idea de incentivar las fábricas granadinas pero, al decretar que solo los cortesanos pudieran vestirse de seda y limitar su exportación, la industria se arruinó. Luego, con la expulsión de moros y judíos, intentó colonizar las despobladas tierras con españoles, pero también invitó a comerciantes genoveses, florentinos y alemanes, que se enriquecieron con el tráfico de Indias, sin mayor ventaja para el pueblo llano.

En esta situación, la frecuente y próspera actividad corsaria era tolerada como inevitable y no marginaba a sus autores, pues aristócratas y acaudalados miembros de las familias costeras se dedicaban a ella. Pese a las leyes prohibitivas, era un hecho generalizado entre navegantes y armadores de todos los mares. En el Mediterráneo, participaban de sus lucros gentes de las distintas clases sociales, marineros del pueblo llano al servicio de nobles o ricos burgueses, por eso entre la gente de la mar no estaba considerada criminalmente reprobable, sino acto de supervivencia en tiempos de enorme injusticia social. La prueba de su frecuencia es la descripción que se hace de ella en todas las legislaciones internacionales de la época. En las costas andaluzas, debido a la miseria y consiguiente conflictividad social de la población, fue medio de supervivencia frecuente.

Y entre todas las materias con que se podía comerciar, la trata de esclavos era la más lucrativa. Ya se hizo con indígenas canarios, aunque muy brevemente por su belicosidad y por considerarse ilegal al estar ellos cristianizados. Buenos guerreros, los moros también resultaban difíciles de someter, sin embargo, desde 1441 por su capacidad inferior de defensa, algunos negros fueron esclavizados por Antão Gonçalves en la costa norte de Mauritania. Tres años después, los portugueses organizaron la trata, procedente en lo fundamental de Guinea y ratificada por dos bulas pontificias. Algunos cautivos eran apresados en incursiones al interior, pero la mayoría se compraba a los mercaderes musulmanes y a los mismos traficantes negros. Los jefes de tribu entregaban cantidades de prisioneros enemigos por unas baratijas, de forma que Lisboa y Lagos se convirtieron en dos grandes mercados de esclavos, que vendían o cambiaban por variados productos en Marruecos, Castilla, Aragón y otros países europeos. Solo algunos negros eran desviados a las portuguesas plantaciones de azúcar. En esa circunstancia, el tráfico era uno de los mejores negocios codiciado por muchos italianos. Los andaluces, después de la prohibición del tratado de Alcáçovas-Toledo, interceptaban con incursiones de piratería las naves negreras portuguesas, que regresaban cargadas de San Jorge de la Mina; otras veces, la misma lucrativa actividad pasaba a ser corsaria cuando los navíos infractores tenían el apoyo de salvoconductos y la defensa diplomática de los grandes señores.

Hay testimonio de la existencia de negros esclavos en las villas de Huelva desde la segunda mitad del siglo XV —los hombres dedicados al trabajo en el campo y las mujeres, al servicio doméstico—; luego, con sus hijos continuaría la llamada esclavitud «de vientre». Como buen ejemplo de que las jerarquías eclesiásticas y nobiliarias los poseían, tenemos el dato de que el duque de Medina Sidonia contaba con noventa y cinco esclavos trabajando para él en 1492. La real orden dada a Colón para que el cabildo de Palos le entregara dos carabelas abastecidas, con que saldar la deuda por la infracción de los marineros del Tinto en la costa africana, ilustra bastante bien la situación. Los delitos podrían referirse al secuestro del rey de Gambia, con intención de pedir rescate o canjearlo por algún paisano cautivo, o a la apropiación de dos carabelas portuguesas cargadas de mercancías, con el agravante de haberse negado a restituirlas según la ley obligaba.

LA NECESIDAD TIENE CARA DE PERRO

Era una luminosa mañana de primavera en 1479. De vuelta de un viaje a Mallorca cargados de vino y aceite, la carabela Condesa navegaba de vacío con viento de mediodía. Cuando estaban situados apenas a tres millas del cabo de Santa Pola en Alicante, de súbito, un grito desde el mástil pone en tensión a los tripulantes:

—¡Barco a la vista por estribor! ¡Parece un ballenero balear! —vocea el grumete Juanillo desde lo alto.

—Seguro que carga algún tipo de cereal. Vira cuarta nordeste —afirma Martín Alonso dirigiéndose a su hermano Vicente, que va como piloto. Acto seguido se vuelve y, haciendo bocina con las manos, grita al contramaestre:

—¡Cuarta nordeste, a todo trapo!

—¡Cuarta nordeste, a todo trapo! —repitió el aludido como un eco amplificado.

La veloz carabela parecía tajar el mar a cuchillo en volandas hacia la meta. Los hombres actuaban con movimientos de autómata, convencidos de la razón de su sinrazón: dar de comer a sus familias, anhelantes de socorro en la terrible penuria de la comarca. Precisamente su pueblo, la villa de Palos, era de los más afectados por su reducido espacio de cultivo y la consiguiente carencia de cereales panificables; la situación costera, sin campos de trigo, dejó en los documentos un trágico testimonio: «los vezinos e moradores de la dicha villa morían de fambre», por eso piden a la reina que obligue a los concejos de Sevilla y Jerez, tercamente remolones por la crisis, a darles la necesaria cantidad de trigo. El acicate de la penosa situación dispara la Condesa como un proyectil. El barco alcanza el objetivo al maniobrar y unir su costado de estribor al de babor del ballenero.

—¡Al abordaje! —ordena el capitán, Martín Alonso.

—¡Al abordaje! —repiten todos, dándose fortaleza mientras, en acción centrífuga de abanico, se extienden por la cubierta del ballenero apresando a la tripulación, desde los mandos hasta el grumete.

—¡Señores, no teman! ¡Solo queremos la carga, luego los dejaremos a la paz de Dios! —gritó Martín Alonso dirigiéndose al grupo formado por quienes parecían ser el capitán, el piloto y el maestre.

—¡Capitán!, ¡capitán! ¡Señor Martín Alonso! ¡Es trigo, trigo! ¡Alabado sea el Señor! —se exalta Juanillo, el grumete.

—¡Por siempre sea alabado! —corearon algunos marineros al lado de Vicente Yáñez.

—¡Sí, es trigo! ¡Es trigo! —interviene desabrido el patrón ballenero— pero si lo robáis se os reclamará por justicia. Somos aragoneses, súbditos del

rey Fernando. ¡Él os perseguirá!

—¡Allá se verá! ¡Nosotros también hemos sido abordados varias veces! ¿Qué se le va a hacer? ¿Quiere vuesa merced que nos dejemos robar y finemos de hambre, quietos, como conejos en madriguera? ¡Va una cosa por otra! —razonaba justificándose el marinero Juan González.

—No podemos dejarnos morir de abandono y de mengua de justicia, somos hombres de familia —completaba su compañero Martín Torres.

Sin embargo, pese a la excitación y la alegría del momento, desbordada con la opulenta captura, no les fueron bien las cosas a los mareantes sureños. Cuando el tesorero real, Alfón Gómes de Guadalajara, fue a Palos para recaudar el quinto de la mercancía, al informarse de que era botín pirata, hizo que el concejo lo embargara y escribió a los valencianos y mallorquines perjudicados para que fuesen a Sevilla a recibir justicia.

LOS PLEITOS PUNTUALIZAN

Diego Colón, primogénito del almirante, inicia en 1508 los pleitos colombinos contra la corona de Castilla por presunto incumplimiento de los privilegios estipulados en las Capitulaciones de Santa Fe entre su padre y el delegado real. La réplica de Juan de Villalobos, fiscal del Consejo de Indias, recusando el derecho invocado y oponiendo el de los herederos de Martín Alonso Pinzón es un documento conservado en el Archivo de Indias. Según declaraciones de los testigos, queda claro que Pinzón fue socio de Colón en la empresa. Pero el testimonio histórico de los pleitos no fue utilizado por ilustradores de la vida del almirante como Alexander von Humboldt, Washington Irving o William H. Prescott, pese a que, junto a los escritos de Colón, los pleitos son las dos fuentes fundamentales del descubrimiento de América. En ellas se puede oír la voz del genovés en diálogo, armónico o bronco, con la de los marineros del Tinto, la de sus autoridades, la del físico García Hernández, la de Rodríguez Cabezudo, dueño del mulo que usó fray Juan Pérez para ir a hablar con la reina, la de mujeres, maridos, padres e hijos que, de no hablar aquí, hubieran sido olvidados o degradados por el desprecio colombino. Por eso, hoy día, estudiosos de ambas orillas atlánticas escuchan sus voces y valoran sus actos en el deseo de una revisión histórica más equitativa.

De esa fuente de los pleitos, se deduce que Martín Alonso fue al puerto romano de Ostia llevando la carabela *Condesa* como regalo de los reyes

castellanos a Inocencio VIII en julio de 1491. Allí visitó la Biblioteca papal e hizo amistad con un cosmógrafo que le informó sobre las tierras por descubrir además de animarle a que armara dos barcos y se fuera a la aventura. El palermo se procuró en Roma el permiso para traer cartas de navegación, un mapamundi y un libro de la biblioteca del papa, titulado *Avisos para saber la navegación de las Indias*. Ya tenía cincuenta y un años y la consecuencia lógica de esta experiencia sería el deseo de hacer un viaje de exploración y descubrimiento como remate de su trayectoria. Estos eran los pensamientos, sentimientos e imágenes que fecundaban su mente inmediatamente antes de conocer a Colón, ellos crearían en su ánimo la actitud necesaria para acoger y respaldar el proyecto descubridor y dedicarse a él con toda la potencia de su carácter apasionado. La declaración en los pleitos de su primogénito Arias Pérez nos asegura que su padre volvió a Roma a principios de 1492, capitaneando un barco mercante cargado de sardinas. Explica también la visita a un amigo del padre en la biblioteca del papa Inocencio VIII, quien les mostró muchísimos manuscritos sobre las nuevas tierras, con noticias de que ya Salomón proponía navegar por el Mediterráneo hasta el fin de España y, de ahí, hacia el poniente del sol en dirección media entre norte y sur, hasta noventa y cinco grados de distancia, para encontrar el Cipango, fértil y abundante. Termina diciendo que los dos, padre e hijo, regresaron juntos a su casa con una copia de los documentos y el propósito de ir a buscar la Tierra incógnita, cosa que a su progenitor le ilusionaba y repetía con frecuencia. Así que cuando conoció a Colón en Palos, le enseñó el manuscrito, colaboró en su empresa y le ayudó en todo.

Hay que suponer, por tanto, que un hombre capaz de buscar y encontrar lo buscado en la biblioteca del papa no iniciaba casualmente esa investigación, sino que obedecía a un afán sostenido de conocimientos náuticos y geográficos en teoría y práctica. Una inquietud que, por otra parte, el capitán de la Pinta respiró desde grumete en conversaciones familiares y en los legendarios relatos de los puertos. En la Probanza entre Diego Colón y la Corona, de 1536, los testigos son unánimes en subrayar la importancia de las opiniones o decisiones de Martín Alonso en el viaje. Lo presentan como un imprescindible complemento de Colón, ejemplo de valor, sabiduría náutica y lealtad monárquica. Entre ellos, Fernand Yáñez de Montiel o Francisco Medel, que declara con más de setenta años y sería por tanto en 1492 un adulto en plenitud vital, cuyo testimonio tampoco se ha escuchado. Oigámoslo:

> «Martín Alonso era hombre muy sabio en el arte de navegar por todos los mares y era hombre que en todo el reino no había otro tan astuto para las cosas de la guerra como él, ni más determinado, ni que tanto crédito tuviese su persona (…) Sigue diciendo que conoció a don Cristóbal Colón y a Martín Alonso Pinzón, vecino de la villa de Palos y a los demás descubridores, y los vio partir del puerto de Palos aquel tres de agosto de 1492. (…) Y que cuando estaba ordenando la armada, Pinzón le dijo que Colón avía concertado con él de darle todo lo que pidiese. Y que oyó decir que cuando Colón se quiso volver porque no hallaban tierra, Martín Alonso había dicho que no, que quería seguir adelante. Y que si no fuese por Martín Alonso, nunca se descubriera la tierra entonces. Y que los que decían esto eran de los marineros que habían ido con él, que no se acuerda de sus nombres, pero esto además se decía en todo Palos y Moguer, porque no se hablaba de otra cosa. Añade asimismo que, al regreso de la Pinta a Palos, Martín Alonso venía muy enfermo y él lo visitó en su casa y el capitán le contó que en el viaje de ida, habiendo ya navegado ochocientas leguas, Colón se desmoronó y dijo:
>
> »—¡Martín Alonso, perdidos vamos! ¿Qué haremos? Quien nos vio venir nunca nos verá volver a Palos. ¡Volvámonos!».

Pero Martín Alonso le replicó:

> «—¡Señor, no querrá Dios que yo me vuelva! Porque yo tengo de abordar y poner proa a la tierra que se me ha encomendado o, ¡no volveré a ver Palos!».

Un contemporáneo de los hechos, Gonzalo Fernández de Oviedo, corrobora esta idea al escribir:

> «Pero habéis de saber que, por el contrario dicen algunos lo que aquí se ha dicho de la constancia de Colón, que aun afirman que él se tornara de su voluntad del camino y no le concluyera si estos hermanos Pinzones no le fizieran ir adelante: dizen más que por causa de ellos se hizo el descubrimiento y que Colón vacilaba y quería dar la vuelta».

Sin embargo, Andrés Bernáldez, el cura de Los Palacios, en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* parece más ecuánime al subrayar la eficaz

y decisiva ayuda de los hermanos Pinzón en el deseo de Colón de continuar viaje:

> «… viendo que avían andado más de mil leguas e non descubrían la tierra, las opiniones de los marineros eran muchas, que dellos dezían que ya no era razon de andar más, que ivan sin remedio perdidos e que sería maravilla acertar a volver, e desta opinión eran los más; e Colón y los capitanes con dulces palabras los convencieron que anduviesen más e que fuesen ciertos que con ayuda de Dios fallarían tierra».

Esto resulta de lo más verosímil en la crítica situación de Colón el 10 de octubre, cuando amenazado por el inminente motín, la firme actitud de Martín Alonso convenció a todos de que convenía continuar. Por eso especialistas contemporáneos, como el historiador Juan Manzano, hacen justicia al llamar a los Pinzones codescubridores de América, «por su ejemplar, valerosa y patriótica actuación en estas críticas fechas».

MARTÍN ALONSO HABLA CON JUANA

En el patio del hogar de Martín Alonso en Palos, la luz de la mañana, el rumor de la fuente y el trino de los pájaros crean un modesto idilio perfumado de hierbas aromáticas en torno al pequeño estanque y su fuentecilla. Juana, la muchacha de respeto, madre de Bernal, va regando las enormes macetas con mimo, entresacando hojas secas y salpicando el ramaje con amorosa aspersión. Se oye dentro el canto de Inés, la mandadera, muchacha joven que forma con Juana el servicio doméstico de la casa. Mientras limpia, va entonando versos de un antiguo romance, salmodia de ciego en feria, afinada por su cristalina voz:

> *Levantose la casada*
> *una mañana al jardín,*
> *dicen que a gozar del fresco:*
> *¡Más le valiera dormir!*
> *Esperando a su galán*
> *a sueño breve y sutil,*
> *le ha dado amor mala noche.*

¡Más le valiera dormir!

Las señoras de la casa han ido a la iglesia. Todo en torno permanece tranquilo y apacible. Martín Alonso estudia un mapa en el lugar retirado e íntimo donde se aísla de los ruidos y distracciones domésticas en tanto debe escribir contratos o estudiar periplos. En ese momento, se hallaba meditando sobre su responsabilidad en el inminente viaje cuando, al evocar los posibles riesgos, fugaz como un relámpago, le vino a la mente la expresiva advertencia de Antón Calabrés, su entrañable criado *Porca miseria*, pero la desdeñó acto seguido sustituida por la fe deslumbrada en el empaque y las palabras del extranjero.

Pese a la concentración de sus pensamientos, oía leve y agradable el canto de Inés en la cocina. Sin embargo, por asociación geográfica con un punto de la carta marina que escrutaba, evocó la tormenta que tiró al mar a Bernal desde lo alto del mástil, oyó de nuevo el grito de «¡hombre al agua!» y revivió la fugaz y dolorosa imagen del marinero entre las olas, seguida del eclipse definitivo de aquel hombre justo, siempre dispuesto al bien común. Ahora pensaba en su hijo, heredero de su nombre, Bernal, muchacho aventajado, loco como el padre por las cosas de la mar. Se acordó de sus encuentros con el niño cuando en ocasiones extraordinarias venía con la madre a saludarlos. Él se divertía entonces jugando con el pequeño, que terminaba venciendo su timidez para preguntarle por los barcos, los viajes y la vida a bordo. En respuesta a la curiosidad infantil, le había prometido desde el principio que, cuando fuera mayor, se lo llevaría con él a la mar. Ahora, en junio de 1492, estaba seguro de que había llegado la hora de cumplir la promesa, pues el chico tendría ya la edad idónea para un paje. Debía hablar con Juana de todo esto, cuanto mejor si esa familia necesitaba más prosperidad, pues la primogénita, Rosarito, se había casado con un espartero pobre del que no cabía esperar mayor lustre. Sí, hablaría con Juana del porvenir del muchacho. Con esa idea, salió al patio y la vio ensimismada en el riego:

—Juana, mire, deje vuesa merced eso que quiero hablarle. Venga conmigo adentro.

—Como su merced mande, señor Martín.

Al entrar, invitó a la mujer a sentarse frente a él en una jamuga.

—No, señor, su merced diga, que yo le escucho de pie.

—¡Le digo que se siente, Juana! —dulcificando el tono—, ¡tenga la bondad!

—Como quiera el señor —sentándose en el borde del asiento con incomodidad y embarazo.

—He estado pensando en Bernal, ¿cuántos años tiene ya el muchacho, Juana?

—Catorce años ha cumplido por San Blas, señor.

—Lo que yo pensaba; pues a esa edad ya puede embarcarse como paje en cualquier tripulación. Es menester que el chico aprenda el oficio de mareante, que tanto le gusta.

—¡Ay, señor Martín Alonso! Oficio es bien peligroso pero, si fuera consigo, yo me quedaba más tranquila, pues él no deja de hablar de vuesa merced y de las cosas de la mar. Está empeñado en ser como su padre y yo, señor, tengo mucho miedo. No hago más que rezar para que Dios me lo conserve —soltó Juana, rápida y nerviosa.

—¡Tranquila, mujer! Lo llevaré conmigo, pero no tema. En mis tripulaciones, todos cuidamos unos de otros en lo posible, y más de los pajes y grumetes para templar el alocado impulso de la juventud. Con nosotros, estará bien el zagal, quédese tranquila.

—¡Ay, señor, aunque viviera otra vida no me sería bastante para agradecerle todo lo que hace por nosotros! Mi suegra Ilduara siempre incluía al señor en sus oraciones y ahora, a su muerte, lo hacemos todos en casa y lo haremos *per saecula saeculorum* —suelta Juana nerviosa, persignándose.

—¡Anda ve a tus quehaceres, mujer, que ya te avisaré para que traigas a Bernal! De momento, puedes darle la nueva de que lo voy a enrolar en mi barco. El muchacho se alegrará —añade Martín, divertido por el latín eclesiástico de la mujer.

—¡Qué Dios se lo pague señor Martín!

—¡Anda con Él, mujer!

COLÓN. ¡YO, MÍ, ME, CONMIGO!

En el prólogo del *Diario* de Colón, dedicado a los Reyes Católicos, el capitán mayor de la armada descubridora se dirige en primera persona a los soberanos para describirle su actuación. El texto no menciona ninguna ayuda ajena a su propio esfuerzo desde que llegó al puerto de Palos, en mayo de 1492, hasta arribar a las Indias y volver:

> «… yo armé tres navíos muy aptos para semejante hecho y partí de dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto de dicho año, en

> un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de Vuestras Altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado…».

El marino ofrece también en el documento escribir un diario y dibujar un mapa de las nuevas tierras descubiertas: «… tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares, debajo su viento, y más, componer un libro y poner todo por él semejante por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del occidente». Esta promesa de elaborar un mapa completo de las tierras descubiertas nunca la cumplió, pero sí la de escribir un diario que no ha llegado hasta nosotros, sino en la versión reducida e interpretada por el padre Bartolomé de las Casas. Se trata de un extenso resumen que tampoco ha sido extraído del original colombino, sino de una copia retocada en algunos pasajes.

Desde que se sintió almirante con el hallazgo de la primera tierra, Colón empezó a mostrarse iracundo y soberbio con quienes osaban discutir alguna de sus ideas, actitud quizá derivada del desdén que sentía por quienes consideraba inferiores. Contrariamente, sin embargo, medía sus acciones con aquellos que podían favorecerle, entonces se obligaba a la amabilidad, hablando pausadamente y controlando fríamente su discurso. A los reyes procuraba halagarlos siempre y mucho más después de que Santángel le razonase por qué Castilla era la única corte capaz de apadrinar el proyecto. Los adulaba asegurándoles que eran la luz de la cristiandad y que les ofrecía su idea porque solo a ellos veía dignos de extender el brillo de la única fe verdadera. A los Pinzones parecía guardarles cierto rencor por su popularidad, su destreza marinera y por todo lo que les debía; precisamente, por saber que sin ellos no hubiera podido realizar el viaje. Sentía la fatiga de la dependencia moral; también le indignaba ver a Juan de la Cosa tomar apuntes y dibujar un mapa cuando creía que esto solo a él correspondía.

Ya desde el principio de su empeño, extrajo de la etimología de su nombre un significado providencial para sus actos que subrayase el misticismo de la empresa. Él era Cristóbal, «el portador de Cristo», y Colón, «la paloma, la paz», así que su actitud es la del profeta, la del que cree: «yo soy el elegido, el que crea en mí que me siga». En esta convicción, comulgaba a diario con el padre Marchena.

Era de carácter desconfiado y el temor a que le robasen el proyecto hizo que no hablase del todo claro ante los científicos. Por otra parte, más que en las juntas de especialistas, creía en el poder de la reina, a quien procuraba seducir por intuición propia y por consejo de Santángel. Con la marinería tiene dificultades de trato, porque no se muestra agradecido y no respeta la competencia profesional de quienes le obedecen. Actúa como un amo arrogante, no como un jefe, por eso cuando algo falla, inculpa a sus subordinados, como hizo con Juan de la Cosa en el naufragio de la Santa María, o con Martín Alonso cuando, en el tornaviaje, le reprocha por escrito en el *Diario* llevar mal el palo de mesana, mientras él mismo va sin lastre y con escasos víveres. Colón es un marino que pierde su nave; que cree estar ante las Canarias cuando se encuentra frente a las Azores; que piensa ver sirenas cuando avistan manatíes; que no obedece la orden real de no surgir en tierras portuguesas, por lo que en las Azores encarcelan a la mejor parte de su tripulación; y que deja a treinta y nueve de sus hombres en riesgo (cumplido) de muerte. Por sus actos durante el viaje, Pinzón y los oficiales tenían buenas razones para considerarse más marinos que el genovés.

Megalómano de carácter, con la obsesión de obtener poder y rango, consideraba enemigo envidioso o malevolente a todo el que suponía un obstáculo. Sin embargo, socialmente justificaba su ambición de riqueza con el fin de hacer grandes y buenas obras, como liberar los Santos Lugares o construir hospitales y conventos de misioneros. Y mientras acompañaba a los reyes en distintos lugares de la guerra de Granada, frente al esfuerzo bélico, solo sentía una pérdida de tiempo, pues todo lo situado fuera de su proyecto no le parecía digno de mérito. Su egolatría le hacía extremadamente susceptible y desproporcionado en los castigos, desde el primer viaje en que, según el testigo Alonso Gallego, cuando alguien transgredió su orden de no rescatar oro, «había afrentado a alguno sobrello», hasta la crueldad que mostró posteriormente, cuando ejerció de gobernante en América donde, según testimonio del juez de la isla Española, Francisco Bobadilla, ordenaba ejecuciones sin juicios previos. Ejemplo expresivo de su proceder es el comportamiento con su cuñado Miguel Muliart, con quien al principio se mostró amigo fraternal, embarcándolo en el segundo viaje, pero a causa de lo que consideró una deslealtad —había traducido del francés un escrito de fray Luis Tisín, informativo del comportamiento contrario a derecho de Colón— terminó ordenando que lo torturasen, lo que provocó su muerte.

BEATRIZ

Llegado el momento de las despedidas, Beatriz no solo sufrió la partida de su amante, también dijo adiós a un primo suyo, Diego de Arana, sin sospechar que no lo volverá a ver. Era un joven y ambicioso hidalgo, enrolado como alguacil en busca de brillante porvenir bajo la protección de Cristóbal Colón, su casi pariente político, el hombre avalado por la Corte que vive con la prima Beatriz y es el padre de su hijo. En las altas y bajas esferas sociales de la época se observan sin escándalo uniones irregulares, como la del mismísimo cardenal Mendoza, a cuyos hijos alude irónicamente la reina Isabel al cruzárselos en un pasillo cortesano: «¡Qué bellos son los pecados del cardenal!». Pero en el estamento medio de la sociedad, se censuran las uniones que no abocan en el matrimonio y la bastardía se ve como una rémora para ascender en la vida. En este momento, sin embargo, Diego de Arana considera al capitán mayor de la armadilla un pariente de hecho, pues en la lógica de su tiempo piensa que se casará con su prima al regreso. Eso espera toda la familia Enríquez de Arana, los tíos de la moza y su hermano Pedro, que anda embarcado por el Mediterráneo después de luchar en la guerra de Granada.

Beatriz se ha entregado a Colón en alma y vida. Ha comprometido en la relación con el genovés lo más valioso que poseía: honra, doncellez, juventud, y hasta el usufructo de bienes materiales como la casa donde vivieron durante los cuatro años anteriores al viaje, propiedad de su tía Mayor Enríquez. Todo lo entregó a la relación con el extranjero pobre y fantasioso, a quien también dio un hijo, Hernando Colón, segundo heredero del almirante, su historiador y panegirista, al que su padre se ocupó de legitimar. Al principio de la relación, el amante esgrimiría no poder casarse inmediatamente por tener que esperar la llegada de sus documentos personales, la partida de nacimiento y el certificado de viudedad, que obligan a posponer la decisión conyugal. Mientras tanto, en la convivencia con el proyectista, Beatriz actúa como una esposa fiel y leal confiando en sus promesas de gloria y futuro compartido. Y cuando el hombre se lo pide para ir a cumplir su sueño, cuida de los dos hijos de Colón dándoles calor de hogar, alimento y educación. Pero la mente de proyectista, comprometida solo con el triunfo y la ascensión social consiguiente, centra en él sus energías olvidando los más de cuatro años de felicidad conyugal y el placer de asistir a los primeros pasos de su pequeño, sencillos goces que no satisfacen su ambición.

Para Beatriz, en cambio, la familia creada lo es todo, aunque poca dicha le esperaba con el hombre elegido. Solo algún beneficio material, como los 10 000 maravedís anuales del premio para el primero que avistara tierra, efectivos en las rentas de las carnicerías de Córdoba, administradas por su hermano y su primo. Era un sueldo como el que se asigna al administrador de una finca o a cualquier servidor de confianza. Pero el amante genovés, que la disfrutó en la pobreza, la olvida en la prosperidad y cuando debería restablecerle socialmente la fama casándose con ella, se aferra a los propios privilegios y desdeña su estatus de mujer del pueblo, hija de campesinos y pariente de menestrales. Como al verdugo de Segovia, tío del Buscón don Pablos, el nuevo almirante, «ministro del rey», siente que le están mal esos parentescos y se libera toscamente de ellos. Aun cuando conoció a la joven tutelada por un tío relativamente próspero, Rodrigo Enríquez de Arana, Colón no la considera digna del matrimonio con un almirante, uno de los cargos de más alta alcurnia de la nobleza castellana.

Los Arana habían bajado del norte con el rey don Fernando para luchar contra los moros. Se afincaron en Córdoba y las diferentes líneas familiares corrieron destinos distintos: hubo entre ellos algún noble y otros permanecieron en la pobreza, como la madre de Beatriz, casada con un oscuro campesino, que legó a la joven las míseras rentas de dos pequeños viñedos. Sin embargo, la niña había ido a la escuela, sabía leer y escribir, lo que no era usual en la época entre las mujeres del pueblo, y era físicamente agraciada, rubia y de ojos azulados. Su juventud y belleza incitaban avances de pretendientes, que ella repelía, dispuesta a casarse y fundar una familia decente. Colón, a través de sus prósperos amigos comerciantes, hizo amistad con su tío Rodrigo. Solían reunirse en el mesón de uno de ellos, relacionado también con los padres de Beatriz, donde se alojaba el genovés y adonde iría ella, ya informada del carácter del extranjero viudo y de su relación con los reyes para realizar un fantástico proyecto. Yendo con su tío en un ambiente que le era familiar desde niña, Beatriz pudo contemplar los libros de estampa del extranjero y verlo dibujar las cartas marinas, que luego vendía a los monjes y a las personas letradas de la ciudad. Él atraería la curiosidad de la joven hablándole de su idea; ella en principio, por contraste con los pretendientes habituales, lo vería exótico y paternal, como un elemento masculino del que no había que cuidarse. Además venía nimbado del prestigio de la Corte, había sido recibido por el cardenal Mendoza y el duque de Medinaceli. Era un hombre peculiar.

—¿Ves, Beatriz? Estas son las islas de las Indias Occidentales. Mira, aquí está Cipango, lleno de oro, perlas y piedras preciosas. Son las tierras del gran kan de Tartaria…

—¿Y hay elefantes en esas tierras de allende el océano, maese Cristóbal?

—Claro que los hay, van recubiertos de seda de múltiples colores y llevan encima un castillete a veces de plata, a veces de oro, con cojines recamados de perlas y rubíes para llevar encima a bellezas como tú.

—Pero, esos animales son muy grandes. ¿Las mujeres no tienen miedo a caerse de tan alto?

—No, querida niña. Ellas pertenecen al serrallo del gran kan, que es rey de reyes, y están acostumbradas a mantener el equilibrio, y también los elefantes se dejan llevar lentamente por los esclavos, que los alimentan y amaestran.

La relación pigmaliónica se va haciendo agradable costumbre, hasta que un buen día la joven salta desde el peldaño de la admiración al de la entrega. Aquellos nombres, Cipango, Catay, Ofir, Quinsay y Cambalú le evocan a Beatriz palacios encantados de brillo irreal. Las palabras del hombre llegan con un arrebato de poesía y música a la virginal imaginación de la doncella que, seducida por la belleza de lo ignoto, abate todas sus defensas y se rinde.

—Mira, Beatriz, en la Antilla también hay bestias nunca vistas, especies monstruosas, mezcla de pájaro y humano o de caballo y hombre, en fin, misterios por descubrir. Cuando consiga los dineros que preciso, yo mismo seré el conquistador de las Indias. Los reyes me nombrarán su almirante y tú, mi pequeña Beatriz, ¿querrás ser entonces mi dueña? ¿Serás la gran dama que me será menester, amada mía?

—¡Ay, Cristóbal! ¡Mira que, quizá, cuando seas almirante no quieras a esta provinciana como dama! ¡Qué yo no sabré serlo!

—¡Qué dices, mujer, cómo no has de saber! ¡Vestirás de sedas granas y lucirás sartas de perlas que yo traeré en espuertas solo para ti, mi hermosa niña!

A Colón, en aquel momento hombre solo, que se sabía desdeñado por su pobreza e incomprendido en sus proyectos, tenía que conmoverle la atención, credulidad y admiración de la joven; sentiría la alegría y renovación que le insuflaba, sensaciones de las que carecía hacía mucho tiempo. Pero él no era un carácter que se dejara arrobar de amor por las mujeres, su relación con ellas fue bastante fría y calculadora, en contraste con el afecto que demuestra a sus hijos y hermanos, como si solo ellos, los consanguíneos, fueran dignos de sus desvelos. Como padre es afectuoso y se preocupa de crear vínculos

familiares entre los pequeños uniéndolos bajo el cuidado de Beatriz para que los dos hermanos puedan quererse y reconocerse como tales. Está muy atento a su porvenir al proporcionarle una educación al máximo nivel en el entorno del príncipe heredero. Para ello, hace lo necesario, regulariza la situación de Fernando, liberándolo de su bastardía, e igualándolo en su legitimidad a Diego, el primogénito nacido de su matrimonio con Felipa, al que en sus cartas encomienda cuide del pequeño y esté orgulloso de él como lo está su padre.

CAPÍTULO IV

VIAJE

El 2 de agosto, después de celebrar la fiesta de Nuestra Señora de los Milagros, patrona del convento de la Rábida, a quien se encomiendan los viajeros, y después de recoger los henchidos petates de cada uno, los capitanes y su tripulación se dirigen al rudimentario puerto de Palos, de donde zarpan las tres naves en la madrugada del 3 de agosto de 1492. Un repique de campanas fue la música para el ritual de lamentos, lágrimas y abrazos que conmovió la zarpa. Disipado ya el regocijo festivo, había llegado el momento de la dramática separación entre familiares, amigos y curiosos, venidos de noche por los caminos de la comarca para ver partir a los intrépidos marineros. Las hijas de Martín Alonso, Mayor, Catalina, Leonor y su hermano pequeño, el joven Juan, acompañan a su madrasta, Catalina Alonso, a la despedida de los viajeros. La excitación del ambiente afectaba por igual a quienes se iban o se quedaban, fueran esposas, novias, padres o amigos. En la atmósfera portuaria, ruidosa y removida, palabras y gestos conjuraban la inquietud ante el riesgo de la pionera empresa. Nadie, excepto Colón, y, en algún aspecto, los otros capitanes, conocían los minuciosos pormenores del hecho, pero en la mente de cada uno de los marinos retumbaban, como golpes de forja, los prejuicios frente al océano. La mayoría, aun sin especiales nociones cosmográficas, era consciente de asumir el peligroso reto de afrontar la formidable mano de Satanás en un mar tan temido como ignorado. Lo hacían con el propósito de conseguir el dorado metal que los alquimistas se afanaban en fabricar entre retortas y alambiques. Siguiendo el ejemplo de sus más prestigiosos marinos, también ellos, heroicos como los argonautas, buscaban el vellocino de oro.

Todo era agitación nerviosa, no solo entre las familias de oficiales y marineros sino en todas las del pueblo, pues el aprovisionamiento de la armadilla para un año, además de leña y agua clara de la Fontanilla, suponía

la carga de alimentos secos y frescos, acarreados en alforjas de acémilas por la villa y los caminos. Después de la alegría de la prosperidad, con parte de las pagas adelantadas como promesa de futura riqueza, por lo que pudiera pasar, todos debían dejar arreglados algunos asuntos importantes. Colón se ocupa de que lleven a su primogénito Diego a Córdoba al cuidado de Beatriz, madre de su segundo hijo, Hernando, de solo cuatro años. Para el traslado seguro del adolescente desde La Rábida, donde se educaba con los frailes, a Córdoba, se vale de dos amigos de Moguer, el clérigo de la iglesia parroquial Martín Sánchez y Juan Rodríguez Cabezudo.

Martín Alonso Pinzón, satisfecho de la labor realizada, distribuidos los hombres en las tripulaciones, con la excitación esta vez multiplicada de la víspera de cada viaje, da instrucciones a su esposa e hijos. Antes de partir, una reflexión global sobre su familia le ofrece cierta tranquilidad: el primogénito, Arias Pérez, ya es todo un hombre dentro de su juventud, un gran navegante capaz de seguir con soltura los pasos de su padre; su hija, Mayor, ya casada e independiente, parece feliz; Catalina se afana en el dechado de sus labores cara a un inminente futuro conyugal; y Leonor, siempre arrimada a ella en la casa, todavía disfruta la alegría de la inconsciencia infantil. «¡Pobre niña! ¡Cómo me abrazó ayer, al volver de la iglesia cuando nadie nos veía! Quizá presienta su situación más de lo que sospechamos». En fin, lo que yo logre también servirá para mejorar sus posibilidades y las de todos nosotros. No hay lugar para el desaliento. Las cartas ya están echadas. ¡Adelante!

En el muelle, agitando nerviosas sus blancos pañuelos y llorando desde el último abrazo, las mujeres permanecen firmes ante los barcos alineados en el estero de las Estacas. En el mismo instante, los pescadores del litoral, observándolo todo desde sus barcas, con una mezcla de pena y admiración, levantan los remos en señal de saludo. Son sus cofrades los que se lanzan a la aventura, ¿suicida?… Quizás, pero ¡ay!, ¿y si fuera verdad que iban a encontrar lugares con casas techadas en oro? De momento, los tripulantes, con la aureola tornasolada de la osadía, se habían transformado en protagonistas. Una atmósfera de pánico y admiración se respira en el público, mientras ellos, los héroes, participan del general desasosiego, pero también de sentirse importantes, de la alegría de la acción y del júbilo repicado en su honor por los campanarios de todas las iglesias. De improviso, Aldonza, una doncella de Palos, cuyos incipientes amores viajan en la Pinta, vive angustiada las despedidas y se arranca en un estremecido lamento, casi planto funerario, que se proyecta en vivo contraste con la alegría de las campanas.

La joven, con la fuerza de un funesto presentimiento amonesta a las tripulaciones:

—¡Hombres sois! ¿Cómo os atrevéis a ir contra las leyes del océano innavegable? ¿Cómo abandonáis los amores conocidos por los oscuros abismos? ¿Padres sois de familia y así dejáis vuestros tibios hogares, donde los hijos os requieren? ¿Queréis dejarlos huérfanos? ¿No sospecháis que buscáis riquezas pero vais a encontrar líquida sepultura? ¿Es que no pensáis…?

—¡Calla!, ¡calla, muchacha! ¿Estás loca? ¿Qué sabes tú, pobre criatura, de las cosas de la ciencia y la religión? —la amonestó fray Antonio de Marchena.

—¡Ay, padre Antonio! ¡Ay, padre Antonio, por Dios! Yo solo sé que no veré más a mi Álvaro. ¡Ay qué dolor, padre Antonio! Que el ingrato desoyó mis súplicas y se parte de marinero en la Pinta. Se me rompe el corazón, padre Antonio —dicho esto, la moza refugió su desconsuelo entre las mujeres, que la arroparon con balsámico y afectuoso contagio.

Ya a bordo, los capitanes se alzan erguidos en lo alto del castillo de popa mientras los grumetes, encumbrados en las vergas, se aprestan a soltar el velamen. Al fin, Colón da la temida y esperada orden de levar anclas, crujen los cabrestantes al enrollar los cabos. Huele a brea y salitre. Enseguida se oyen las órdenes:

—¡En el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad, larguen! —grita el capitán mayor en la nao mirando al cielo que se va inundando de luz azul y blanca.

Parecido mensaje se repite en las carabelas:

—¡Larguen! ¡Larguen, en el nombre de Dios y de la Virgen!

—¡Larguen, en el nombre de Dios y de Santiago apóstol, larguen!

En la Pinta, los marineros comienzan a entonar la Salve. De pronto, estalla la emoción y el silencio, a bordo y afuera, al contemplar las velas mostrando a medida que se hinchan la purpúrea cruz de la portuguesa Orden de Cristo, heredera del Temple, emblema ibérico de buques descubridores. Los tres barcos inician su parsimonioso movimiento, mientras los excitados congregantes, arropados por los frailes, entre femeninos gemidos, permanecen clavados en el espigón y sus aledaños. Pasada la barra del río Saltés, sobre las ocho de la mañana, el viento va impulsando los navíos, haciéndolos progresivamente más veloces hasta que el horizonte se traga la última vela de la ya añorada armadilla.

Martín Alonso va contento, siente la emoción del socio activo en una empresa que considera propia, disfruta de saberse el primero entre iguales con tripulantes adeptos, empezando por sus queridos hermanos pequeños hasta los primos y parientes lejanos. Siente también la responsabilidad de haberlos embarcado en un viaje de gran riesgo, pero el compromiso, como un manto de pieles, si pesa, también abriga y defiende. Está acostumbrado, ha salido muchas veces por aquella ruta sureña, rumbo a las islas Canarias, pero ahora es distinto, si Dios les ayuda, ahora no solo harán geografía, sino también historia en un destino pionero rumbo directo a la Antilla o, como dice su socio, a los dominios occidentales del gran kan de Tartaria.

En este momento, Colón le parece un visionario en su alto sueño, un hombre distinto con su determinación obsesiva. Sin embargo, lo admira, lo respeta y comparte un proyecto que considera lucrativo, honroso y oportuno. Además, el genovés es el jefe, señalado como tal por los monarcas, el hombre al que siempre se debe lealtad, tal como aprendió desde su niñez de grumete, pues si la jerarquía es ley en tierra, lo es mucho más en la mar, donde el esfuerzo común es imprescindible a la supervivencia. Pero a lo largo de su soliloquio, mientras contempla el horizonte, puede intuir también que no será fácil la concordia. Él mismo está acostumbrado a mandar, los marineros no siempre son dóciles, no conocen al extranjero, o lo que es peor, lo han conocido en su aspecto menos gallardo, casi mendicante. Además, en la Santa María los tripulantes son más dispares y desconocidos, algunos son funcionarios, ni siquiera hombres de mar. En suma, todos tendrán que habituarse al sometimiento respetuoso al ligur. Así son las cosas. Él es optimista y no quiere creer en una excesiva dificultad, basta pensar en las ventajas del viaje. Sí, eso es. Se pondrá a vislumbrar en beneficio propio los magníficos hallazgos que tan bien supo vender a la marinería.

Colón va feliz, lleno de presagios venturosos que lo elevan unas veces y otras zarandean su espíritu como vientos racheados. Siente la culminación exitosa de siete largos años de esfuerzos y la excitación de una aventura solo en parte controlada, pero también experimenta el peso de la deuda contraída y la obligación de gratitud y reconocimiento hacia los capitanes que han puesto vida y fortuna en sus manos. Sobre todo, siente cierto recelo de Martín Alonso Pinzón, de su prestigio y autoridad entre los marineros, un carisma del que se sabe carente. Afronta también otra supremacía, el dominio técnico del palermo frente a su propia ambigüedad como capitán mayor, algo que le brinda la conciencia de un mando precario pagado al precio de soledad. Se imagina a sí mismo aislado y señero, como Zeus, pero con una diferencia que

anula el poder de la cumbre: él no está alzado en el monte Olimpo sino en un barco, rodeado de fragilidad y agua insondable.

«BOTADURA» DE BERNAL

Bernal vivió la despedida familiar y su bautismo de mareante con profunda emoción. Su pubertad le traía sentimientos encontrados de inquietud y orgullo, pero la satisfacción de tomar el relevo de su padre en la tarea de arriesgar la vida por los suyos vencía el desasosiego. Además, ya había contactado con otros jóvenes que también harían de pajes en los barcos, y el señor Martín Alonso y sus hermanos, el señor Francisco y el señor Vicente, lo habían animado mucho con sus recomendaciones. Les estaba muy agradecido y dispuesto a dar lo mejor de sí mismo, por eso nada más entrar en la Pinta, hizo lo que le ordenó Martín Alonso la víspera de la zarpa: presentarse al señor Gil Pérez, guardián de la carabela, encargado de mandar a pajes y grumetes.

—¡Buenos días tenga vuesa merced, señor! Se presenta el paje Bernal para lo que sirva mandarle.

—¡Buenos días nos dé Dios, hijo! ¡Bien! Veamos… Primero aprenderás algunas cosas imprescindibles. Mira, los tripulantes de un barco se dividen en proeles y popeles, estos últimos cuidan del castillo de popa; los proeles, sin embargo, en caso de abordaje, deben ser los primeros en combatir al enemigo. Pero este es un viaje de descubrimiento en servicio de nuestros señores los reyes, por eso seguimos las normas de la Armada castigando severamente toda indisciplina. Debes olvidar los mimos de madre y andar espabilado, solo atento a cumplir órdenes con presteza, ¿comprendes?

—¡Si señor, comprendo lo que dice vuesa merced y estaré muy atento!

—¡Estoy seguro! Conocí a tu padre y a poco que te parezcas a él, serás responsable y asaz colaborador, ¡no lo dudo!

—Gracias, señor, procuraré que no tenga queja de mí.

—¡Ven, que voy a mostrarte algo que te va a gustar! Mira, los cañones. Hay bombardas, pasavolantes y falconetes, estos son parecidos a las culebrinas. A todos los llamamos *truenos* y, cata los proyectiles, aquí tenemos bolas de plomo, pero en la nao son de fierro o de piedra. ¡Coge una y verás lo que pesa!

—¡Sí! ¡Anda, que será terrible! ¡Ya lo creo!

—¡Lo son, muchacho, lo son! ¡Ven!, aquí tenemos la artillería ligera: bombardetas, cerbatanas y ribadoquines, que se llaman también cañones de órgano, porque cuando disparan una salva, sale una nube de proyectiles.

—¡Ah… ya! —asiente Bernal, fascinado.

—Aquí tenemos la pólvora, es una mezcla de azufre y salitre que debe mantenerse siempre seca. La llamamos entre nosotros *los polvos*. Pero además de armas de fuego, como las espingardas y arcabuces que has visto, podemos usar espadas, arcos, ballestas y hachas, como estas, ¡mira!

Bernal se sentía muy reconfortado por la atención y el tono afectuoso que le mostraba el guardián y el hecho de que hubiera conocido a su padre hacía que ya lo sintiera familiar. Un ser benéfico al que respetaría siempre.

—Ahora te mostraré algunos aspectos importantes del barco, como el fogón. Mientras haya bonanza, es la cocina de la navegación, pero en los días de tormenta no se prende para evitar incendios. En el caso, no temas, también entonces comeremos, será bizcocho, queso y vino. ¡Míralo! El fogón está aquí, al aire libre en medio del combés, que es como se llama esta parte de la cubierta. Una de tus obligaciones como paje es mantener vivas las brasas durante la noche.

—Sí, señor, lo que vuesa merced mande.

—Alrededor del fogón suelen reunirse algunos marineros en las horas libres. Has de hacer tus tareas sin molestarlos, bien sea barrer la cubierta o hacer *filásticas*, así llamamos a deshacer los cables viejos para conseguir hilos o mechas necesarios para las ataduras.

—¡Así lo haré, señor!

—¡Acabas de entrar en el gremio de mareantes, muchacho, y como paje le debes respeto a todos! A los mandos, al despensero, al alguacil del agua, cargo importante, porque la distribuye, la conserva en buen estado mezclándola con un poco de vinagre y se ocupa de renovarla en los puertos, igual que hacemos el despensero y yo con la carne, fruta, verdura y otros mantenimientos, también con la leña. Además, cuando hay calma, pescamos para refrescar la dieta a bordo. ¿Sabes pescar, Bernal?

—Sí, señor, alguna vez he ido al río con mis amigos y hemos pescado truchas y lucios.

—La mar es otra cosa, pero aprenderás con los marineros, a quienes debes acatamiento por su edad y experiencia, y también a los grumetes por ser mayores que vosotros, expertos y ágiles para encaramarse a los árboles. Llevan cuchillo a la cintura como los marineros, siempre dispuestos a soltar o arriar velas, mover la bomba, remar en el batel, cebar el candil de la bitácora

o reponer las velas de sebo si hay linterna, aunque esto último también lo haréis vosotros.

—Sí, señor, los grumetes son mucho mayores que nosotros, algunos tienen diez y ocho y otros hasta veinticinco años.

—Claro, muchacho, desde tus catorce, parecen muchos, pero ya verás cómo, si te gusta la mar, enseguida los cumplirás. De momento, los pajes tenéis, sobre todo, que aprender a cantar.

—¿Cómo, señor, cantar?

—Sí, muchacho: por la mañana, a la hora de comer, en la sobremesa, por la tarde, por la noche. Se canta para dirigir las oraciones, aprendiéndolas de memoria. Por ejemplo, el canto de la mañana, antes del *Paternóster* y el *Avemaría*, reza lo siguiente:

«¡Bendita sea la luz / y la Santa / Vera Cruz, / y el Señor de la / Verdad / y la Santa / Trinidad. / Bendita el / alma / y el Señor que / nos la manda. / Bendito sea el / día / y el Señor que / nos lo envía!».

Luego continúa, pero ya el grumete Fernando Medel, que antes de fraile fue cocinero, te enseñará todas las oraciones. Lo he hablado con él hace un rato.

—¿Cómo, señor, Fernando Medel fue fraile?

—¡Nooo! ¡Ja, ja, ja! ¡Muchacho! ¿Nunca has oído ese dicho? Quiere decir, que antes de grumete, fue paje y conoce todo lo de tu oficio.

—¡Ah, disculpe mi ignorancia, señor! —consiguió balbucir Bernal, arrebolado de vergüenza.

—No te preocupes por eso, zagal. Nadie nace aprendido, puedes preguntarme todo lo que no entiendas, como si fuera tu propio padre. Verás, comprendo que eres huérfano y te has criado entre mujeres, pero cuando estemos ante otros pajes y grumetes, voy a ser bastante estricto, sobre todo, con los torpes o rebeldes. De este modo, si alguno duda en respetarme, conseguiré que me tema. Todos han de aprender que en un barco las órdenes son sagradas.

—¡Muchas gracias, señor!

—Una de las tareas más importantes de un paje es la vigilancia y mantenimiento de la *ampolleta*, como llamamos al reloj de arena. Has de procurar que los granos no se apelmacen y dejen de fluir, además de darle la vuelta cada media hora cuando toda la arena haya pasado. Entonces debes entonar otro canto para marcar el tiempo.

—¡Sí, señor, ya estoy deseando aprender el canto del paso del tiempo!

—Pues, fíjate bien, muchacho, para que luego sorprendas a Fernando: «¡Bendita la hora en que Dios nació, / Santa María que le parió, / San Juan que le bautizó. / La guardia es tomada, / la ampolleta muele / buen viaje haremos / si Dios quiere!». Así cantarás en la primera guardia nocturna.

—Creo que se lo puedo repetir, pero no sé si todo completo.

—No te preocupes, luego lo harás, ahora vamos al sollado, que quiero enseñarte a usar la bomba, hay que hacerlo todas las mañanas. Observa cómo huele ahora, será mucho peor a lo largo del viaje.

—Creo que huele a brea y sebo, señor.

—Efectivamente, las naves han sido bien calafateadas para que sean estancas y no entre agua, y el sebo se da en las junturas del casco para hacerlo deslizante, ya sabes.

—¡Claro, señor! Eso lo sabemos todos en Palos. Lo hemos visto.

—Otra cosa muy importante es aprender a vencer el sueño durante las guardias, duran cuatro horas y comienzan a las siete. Y mira que te aviso: dormirse en la guardia es falta gravísima. Según el tiempo, dormirás en el suelo del combés o en el entrepuente. ¡Bueno, muchacho! Ya está bien por hoy, ahora puedes irte y observar a Fernando, él ya sabe lo que ha de hacer contigo.

—¡A vuestra voluntad, señor, y Dios se lo pague!

PROBLEMAS

Los tres primeros días del viaje transcurren alegremente, rumbo a las ya conocidas islas Afortunadas. Todos van animados, disfrutando de la navegación y del esplendor de mar y cielo pero, en la madrugada del día seis, precisamente en medio de una marejada, sucede algo imprevisto en la carabela Pinta:

—¡Capitán! ¡Se nos ha desencajado el timón! —grita el piloto Juan de Umbría a Martín Alonso que, en ese momento, hablaba con el contramaestre Juan Quintero de Algruta.

El capitán, desprevenido, con los otros dos pilotos, Cristóbal García Sarmiento y Juan de Jerez, reaccionan yendo rápidamente a comprobar la avería. Efectivamente, como consecuencia de haber saltado los hierros, se había desencajado el gobernalle liberado de su hebilla. Las condiciones del mar hacían muy difícil el socorro de las otras dos naves y el arreglo no parecía fácil. El barco no puede mantener una dirección fija y la situación se

vuelve inquietante por momentos, pues ir a la deriva en la noche es algo que todos temen. Cada uno de los pilotos plantea atropelladamente peregrinos paliativos:

—¡Si pudieran venir los de la Santa María! Su carpintero, Antonio de Cuéllar, ¡seguro que sabría hacer algo para adobar el timón! —exclama Juan de Jerez.

—Sí, y Domingo de Lequeitio, el tonelero, con sus martillos, le ayudaría, pero no están ni pueden venir con esta mar —completó Juan de Umbría mientras Cristóbal García Sarmiento callaba, escuchándolos preocupado.

Martín Alonso, en silencio, mantiene la calma y baja al sollado en busca de alguna herramienta, decidido él solo a ponerse manos a la obra.

—¡Cristóbal, los dos Juanes, pilotos, ayudadme a atar los hierros! ¡Hay que encajar de nuevo el timón! —ordenó con voz campanuda y gesto resuelto. Había encontrado unas sogas con que hacer un arreglo circunstancial que va a permitirles seguir.

—¡Menos mal que vamos con vuesa merced! —exclama Cristóbal García Sarmiento.

—¡Menos mal! —corean los demás pilotos, el maestre y contramaestre.

—*Meno male!* ¡*Porca miseria*, ya empezamos! ¡Voto a Satanás! ¡Y yo que imaginaba una travesía *felice* hasta las islas Canarias! Gozo en pozo, dicen en Castilla, ¿no?

—¡Hombre, Calabrés, una plañidera vieja semejas! ¡Baja la voz, que no te oiga tu patrón! Ya verás como él lo adoba, al menos para que podamos atracar en Gran Canaria —le reprocha el despensero García Hernández.

—¡Dios nos oiga! Tiene razón vuesa merced, debemos ayudar con la confianza. Me voy, pues. A ver si hago algo de lo que sea menester. *Ma che Dio aiuti tutti noi! Porca miseria!*

Colón, en su *Diario*, expresa sospechas sobre el origen del incidente, incluso se imagina un sabotaje de los propietarios de la nave, Quintero y Rascón, de quienes se dice que están descontentos por motivos incógnitos. Pinzón, por el contrario, confía en sus paisanos, sabe que ningún hombre de mar, y menos sus amigos, provocaría un accidente en esas circunstancias de riesgo mortal; ni se le pasa por la cabeza la idea, solo atiende a la urgencia de dar las órdenes oportunas al tiempo que emprende él mismo, con serenidad, las acciones necesarias. Consigue arreglar provisionalmente el timón ante la admiración de todos, incluida la del capitán mayor, tal como transcribe fray Bartolomé en el *Diario* en una de las pocas consideraciones de Colón halagadoras para el de Palos:

«Vióse allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro; y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio».

BERNAL A BORDO DE LA PINTA

Bernal se sentía pletórico con la satisfacción de su aprendizaje iniciático, se imaginaba un futuro lleno de promesas arborescentes en el clima de protección que le brindaba el capitán. Atento al aprendizaje del inexperto muchacho, Martín Alonso había delegado en su hermano Francisco la tutela del zagal, que ambos compartían por amistad y empleo con el guardián Gil Pérez y el contramaestre Juan Quintero de Algruta.

—Aquí tienes al hijo de nuestro recordado Bernal. Se llama como su padre y quiere seguir el oficio. Sé que al encomendártelo, Juan, lo dejo en las mejores manos, lo queremos como si fuera de la familia —dijo Martín en presencia de su hermano.

—Para mí será muy grato ayudar al hijo de un compañero. Seré para él como un padre, pues me acuerdo del suyo con frecuencia, gran persona —contestó Juan Quintero un tanto emocionado.

—Precisamente por eso y por lo buen mareante que eres te lo encargamos —intervino Francisco.

—Bien, muchacho, sígueme, ya has hablado con el guardián, el señor Gil Pérez, ahora yo voy a darte trabajo en el sollado.

—¡Anda, hijo, ve con el contramaestre! Él te enseñará lo que es menester —le indica Martín Alonso, tranquilo.

—Lo que vuesa merced mande, contramaestre, contestó humildemente el paje.

Pendientes también del noviciado del adolescente, algunos marineros contemplan la escena mientras faenan en cubierta. Todos saben que se trata de uno de sus huérfanos, el hijo de un compañero desafortunado, y esto desarrolla, en mudo consenso, su instinto protector encaminado a orientar al muchacho, aunque sean Gil Pérez y Juan Quintero quienes se ocupen oficialmente de explicarle sus obligaciones. Como los demás, a partir de las siete de la mañana, Bernal debía estar preparado para la variadísima actividad a bordo. En principio siempre con la guía de un marinero experimentado, alguien a quien imitar en cada tarea, desde maniobrar y reparar velas a hilar cuerda, fregar puentes, aprender el manejo de la brújula y el sextante, subirse

al topo de los mástiles o voltear la ampolleta después de haberla fijado con la mayor altura del sol para ir cantando la hora cada treinta minutos. El principiante se mostró pleno de interés y rápido de reflejos, cosa grata a quienes le instruían. Por su actitud laboriosa y sonriente simpatía, Juan Quintero fue sintiendo por el huérfano un gran afecto; el muchacho le recordaba la propia esperanza que él a su edad había depositado en la vida del mar. Notaba también la gratitud afectuosa del joven, que se acercaba a veces a preguntarle algo con llaneza llena de respeto del buen aprendiz. Por eso procuraba animarlo alabando sus aciertos.

—Bernal, has entonado muy bien la canción del giro de la ampolleta en la primera guardia; me ha sorprendido gratamente, como si lo hubieses hecho siempre. ¡Qué me place! Aun la estoy oyendo: «¡Bendita la hora en que Dios nació…!» —cantó el contramaestre, acampanando y aflautando tanto la voz que Bernal no pudo evitar una carcajada.

La experiencia de la vida a bordo lo hacía sentir excitado y feliz. Durante las dos primeras noches de calma, a la luz de las estrellas, en el castillo de popa, estrechó su relación con los grumetes Alonso de Palos, Juan Cuadrado y Fernando Medel, muy jóvenes y entusiastas como él por la aventura que iniciaban. También se había unido ocasionalmente Antón Calabrés, el criado de Martín Alonso, que luego se iría a dormir cerca del capitán, su señor.

—¡Qué suerte estamos teniendo con la buena mar! Como todo sea así, este viaje será coser y cantar, ¡y me ha salido un verso, ja, ja, ja! ¡Fijaros qué cielo, parece el manto de la Virgen! —dice Alonso de Palos eufórico.

—¡Sí, es precioso, y allí se ve Venus con la luz más grande! ¿La veis? —añade Fernando Medel.

—¡Y qué bien huele y qué libertad en estos momentos para hablar, sin que nos oigan los mandos ni nadie de los viejos! —ríe Juan Cuadrado.

—Bueno, disfrutemos ahora que vamos a las islas Afortunadas, que ya veremos luego cuando nos engolfemos, aunque yo confío en el capitán —pensó en alto Fernando Medel.

—Me dijeron que la gente en las islas Canarias tiene la piel oscura como los moros y que en algunos sitios son rebeldes y levantiscos con los españoles —informó Alonso de Palos.

—Creo que eso era antes, ahora ya están en paz y ven que les llevamos prosperidad, con el comercio y las leyes, aunque la conquista de Tenerife y la Palma parece que aún no ha terminado del todo. Esto decían ayer los pilotos Juan de Umbría y Juan de Jerez, estaban cerca y yo pude oírlos —explica Juan Cuadrado mientras Bernal escucha sin decir nada.

—Habrá que callarse y dormir, si no, ¿quién nos levantará mañana? —dijo riendo Fernando Medel.

Sin embargo, el lunes, seis de agosto, al despertarse todavía aturdido, Bernal pudo constatar que el tiempo había empeorado. Una fuerte marejada obligaba a los hombres a afanarse con el timón y las velas. Enseguida notó una actividad más nerviosa que los días anteriores. En esto, se le acercó Diego Martín Pinzón para informarle con rostro serio:

—¡Mal vamos! Se ha vuelto a romper el gobernalle del barco, ¡y con este tiempo!

—Y, entonces ¿qué haremos? —preguntó Bernal, atemorizado.

—Permanecer tranquilos, ya el capitán está reunido con los pilotos y el maestre para tratar de adobarlo.

—El capitán lo arreglará. Estoy seguro —manifestó Bernal con la fe de un fanático.

—Sin duda alguna y no porque sea mi primo —contestó sonriente el correligionario.

Esa noche se reunieron, como ya se había hecho costumbre, los grumetes:

—Cristóbal Quintero es uno de los más preocupados por la avería. Él y su socio portugués Gómez Rascón, por ser los dueños de la carabela, se sienten responsables con la posibilidad de una desgracia a la deriva en el temporal. Oí cómo se lo decía al capitán, pero Martín Alonso lo tranquilizó y trató de buscar la solución —informó Alonso de Palos.

—Claro, el capitán sabe bien que en un barco se puede estropear cualquier cosa, sobre todo, si hay tormenta. Se lo dice la experiencia y es lo que siempre me comenta mi hermano *Curro* —corrobora Fernando Medel.

—Pero los propietarios del barco, cuando forman parte de la tripulación, suelen ir como maestres, así sucede con Juan de la Cosa y Juan Niño en las otras naves; en este caso, sin embargo, solo son marineros. Rodrigo de Triana me dijo que los oyó quejarse, que ellos querrían ejercer de maestre y contramaestre, pero el capitán ya había elegido a su hermano Francisco y a Juan Quintero —comentó Juan Cuadrado.

—Pues si el capitán los eligió, por algo será. Los conoce muy bien, uno es su hermano y el otro, un marino extraordinario —se atrevió Bernal a participar apasionadamente en defensa de sus protectores.

—Claro, claro, los cargos de responsabilidad deben estar en las mejores manos. Nos va a todos la vida en ello —razonó el mayor de los grumetes, Fernando Medel.

Dos horas después, sorteado el peligro con el arreglo del timón, pajes, grumetes y toda la tripulación respiraron tranquilos.

CANARIAS

El domingo 12 de agosto, Colón en la Santa María y Vicente Yáñez en la Niña atracan en la Gomera, mientras Martín Alonso se queda en Gran Canaria para arreglar definitivamente la avería o sustituir la nave, que hacía agua y necesitaba carenado. Más tarde irían todos a colaborar en el arreglo de la Pinta hasta el 2 de septiembre en que, ya como nueva, va a reunirse con las demás. En ese viaje entre islas, vieron salir fuego por el cráter del Teide, espectáculo de gran belleza que impresionó vivamente a todos.

—Capitán, ¡vive Dios que es terrible la erupción de un volcán! ¡Ay del que esté cerca, pero a lo lejos… qué bella estampa! La primera vez que vi algo parecido fue en Sicilia cuando el Etna empezó a humear. ¡Cómo se impresionaron los marineros entonces, ja, ja, ja! —comentó, asomado a la borda, García Sarmiento.

—Verdad es que resulta un hermoso poder y ¡qué tremendo! Pero lo mismo podríamos decir de una tormenta en la mar si no estuviéramos a su merced. Los hombres solo apreciamos lo bello, si no nos amenaza. Ahora mismo, disfrutamos del espectáculo porque nos salva una prudente distancia —reflexiona Martín Alonso.

Una vez atracada la Pinta junto a las otras en el puerto de la Gomera, todos ayudan al capitán mayor a ordenar los últimos detalles del abastecimiento. Ya terminada la tarea, Colón entrega a los capitanes, Martín Alonso y Vicente Yáñez, dos sobres lacrados con las instrucciones de navegación. Se abrirán en caso de dispersión de las naves por la tormenta o cualquier otra grave incidencia. El plan del genovés consistía en navegar desde las Canarias abriendo la nueva ruta occidental por el paralelo de la isla del Hierro, 27° 30′ norte, hasta alcanzar el supuesto Cipango y las regiones del extremo oriental de la India. Los monarcas le habían dejado muy claro que desde Canarias solo podían navegar hacia el oeste, nunca hacia el sur, ruta de las islas portuguesas, prohibida para los españoles desde 1479 por el tratado de Alcáçovas-Toledo. De modo que, aunque hubieran encontrado vientos más favorables por debajo del paralelo de Canarias, según las reales órdenes, esas rutas quedaban fuera de sus posibilidades.

El capitán mayor les indicó también que no esperaba encontrar tierra hasta haber navegado setecientas cincuenta leguas al occidente de la isla del Hierro, punto de salida de la expedición. Añadió que después de pasar las setecientas leguas no navegarían desde la media noche hasta el alba, por miedo a encallar en los bajos del archipiélago, llamado luego de las Once Mil Vírgenes. Situado al este de Puerto Rico, era zona muy peligrosa donde él creía estar a esa altura, según la secreta información del prenauta. Basándose en el saber heredado en los papeles de Perestrello y en las noticias de los cosmógrafos, Colón les explicaría también a sus capitanes que el continente estaba a 1500 millas del Cipango y los reinos del gran Kan a 375, datos no basados en los erróneos cálculos de Toscanelli, sino deducidos por él y consignados en su propio mapa, donde ya se identifica el Cipango con la futura Española.

En el ánimo del capitán mayor, permaneció un tiempo la nostalgia del cálido entorno de doña Beatriz de Bobadilla, sobrina del mismo nombre de la marquesa de Moya, antaño introductora de la muchacha en la Corte. En ese ámbito, la hermosa joven recibió a la vez la admiración excesiva del rey Fernando y la suspicacia de su real esposa. Mujer muy atractiva, de carácter alegre y franco, había quedado viuda de Juan Girón, muerto en la conquista de Loja en 1482 durante la guerra de Granada. La reina Isabel, un año mayor que su esposo Fernando, varón tan enamoradizo que cuando se casó a los diecisiete años ya contaba dos hijos bastardos, apagaba sus celos ante las bellezas cortesanas con métodos tradicionales: se apresuraba a casar a las más hermosas o las sustituía por otras poco agraciadas. Por eso, cuando la soberana intuyó la peligrosa relación del rey con la espléndida viuda, la casó rápidamente con Fernán Peraza el Mozo, gobernador de la Gomera, condicionando el cargo a este matrimonio. En obligada obediencia, los esposos comenzaron en la isla su vida conyugal de mandatarios, pero los abusos señoriales de Peraza fueron provocando rebeliones continuas entre los nativos, en una de las cuales, de 1488, Fernán será vencido y ajusticiado por el insurrecto Hautacuperche. Entonces, viuda por segunda vez, Beatriz, ejerce en la Gomera de generosa anfitriona de Colón, al que había conocido en Córdoba. Como gobernadora de la isla, en nombre de su hijo Guillén Peraza, la dama no se limitó a cumplir las órdenes reales de satisfacer las necesidades de la armadilla, sino quizá también las de su capitán mayor. De este modo, en medio de los agasajos aconsejados por la hospitalidad isleña, pudiera haber habido entre los dos algo más que paseos, banquetes, festejos y músicas.

Los genoveses tenían preponderancia en las islas desde principios del siglo, cuando Lancellotto Malocelli ocupó algunas y dejó el rastro de su

nombre en la de Lanzarote. Pese a haber sido reconocido el derecho de Castilla por el papa Eugenio IV ya en 1436, solo doce años antes de la arribada de la armadilla había cesado la pugna por la posesión del archipiélago entre portugueses y castellanos. Colón era un hombre atractivo física y temperamentalmente, alto, de ojos claros y porte noble. Sus cualidades de seductor habían sido demostradas en varios ambientes y estamentos sociales. No resultaba extraño que atrajese la atención de una dama sola, muy probablemente condenada por la limitación isleña a una existencia ociosa y aburrida.

—Admirado capitán, me han llegado nuevas de que tres carabelas portuguesas andan navegando por nuestras costas y preguntando harto a mis pescadores por el destino de la armadilla. ¿Está vuesa merced enterado de cuál es su intención?

—Mi muy ilustre señora, mi gratitud tiene muchos frentes donde ejercitarse ante vos, pero no os preocupéis por mí. Sin duda los portugueses cumplen órdenes de un rey arrepentido ya de no haber sabido acoger mi proyecto.

—Me alegro de que esto no suponga un problema que intercepte vuestro rumbo, pero os confieso que me apena vuestra partida.

—También yo, bella señora, lamento ya ver acercarse el día de la despedida. La Pinta ya está reparada, se han cambiado a latinas las velas cuadras de la Niña y hecho está el acopio de agua y mantenimientos. No tendré palabras para expresaros mi gratitud. Vuestra generosidad, como la crecida del Nilo en Egipto, nos ha fecundado a todos, en especial a vuestro más fiel servidor.

—Ha sido un inesperado placer poder departir con vuesa merced de su maravilloso proyecto. Precisamente había oído a ciertas criadas nuestras, esposas de marinos, aludir a la existencia de islas en la orilla occidental del océano, pero ahora, con vuestra venida, lo que era legendario cobra proximidad. Solo siento que la visita haya sido breve. No me queda sino rezar para que la providencia divina os acompañe.

—Ella quede con vos, mi hermosa dama. Al ser objeto de vuestras atenciones, me habéis hecho sentir el hombre más afortunado. Habéis de saber que siempre recordaré estos días como un prólogo del paraíso.

RUMBO A LO DESCONOCIDO

La armada partió de la isla el sábado, 7 de septiembre, y al día siguiente tomó su rumbo oeste ante el gozo de Colón y la aprensión creciente de los marineros. Desde que perdieron de vista la silueta de las islas en el horizonte, algunos sintieron en el engolfamiento los presagios de sus almas supersticiosas. En tiempo de ocio, el ligur los animaba con la descripción de las fastuosas ciudades que iban a encontrar, llenas de oro y piedras preciosas, pero el temor aumentaba entre la marinería ante lo impreciso de su destino. En la recluta les habían asegurado que era un viaje de descubrimiento y los habían incentivado con maravillosas ganancias, pero no habían determinado qué tierras se encontrarían. Al enigma de su meta se unía el del océano como factor de inquietud. Calculaban el tiempo que les duraría el agua potable, observaban las corrientes y especulaban sobre si tendrían vientos favorables para el retorno. Al ambiguo temor, seguiría el descontento progresivo a lo largo del viaje. Ellos estaban habituados por su oficio a que la vida a bordo fuera incómoda, con eso contaban, pero casi nunca perdían del todo de vista la costa, dormían en el suelo en esteras extendidas sobre la cubierta, generalmente debajo del castillo, dejando la tolda para cobijar a los mandos. Solo Colón, por su jerarquía, tenía su camarote individual, «la chupeta», situada en la cubierta toldilla. Como capitán mayor, ordena que mantengan rumbo occidental directo y, por si hubiera dispersión de navíos, después de haber navegado setecientas leguas, queden a la capa, inmóviles desde media noche hasta la mañana, porque a esa distancia esperaba encontrar tierra.

En vista del ambiente receloso, el 9 de septiembre el capitán mayor decide falsificar el relato de su *Diario* apuntando menos leguas de las que andaba «porque si el viaje fuese luengo no se espantase, no desmayase la gente»; paralelamente escribía otro diario histórico con la verdad de los hechos. Al atardecer, reunidos los tres mandos, escucharon la estratagema tranquilizadora de Colón:

—¿Qué os parece, mis capitanes? He comenzado a hacer una doble contabilidad apuntando menos distancia de la que llevamos navegada para evitar la impaciencia de la marinería.

—¡Señor, me parece una buena prevención! —exclamó Martín Alonso convencido.

—Yo también creo que es una artimaña necesaria para sostener la fe y retrasar anhelos —completó Vicente Yáñez.

—Todo lo que mantenga serenos a los hombres es bueno para conseguir el propósito, pues sabemos bien que la moral de la tripulación, como el

velamen en el temporal, puede rasgarse ante cualquier imprevisto —completó Martín Alonso.

Lo insospechado no tardó en presentarse. El día trece de septiembre capitanes y pilotos sintieron aguda inquietud al observar la aguja de la brújula apuntando al noroeste en lugar de hacerlo al norte. El insólito hecho instala a los mandos en una perpleja desazón, incluso al mismo Colón y a los Pinzones. La declinación de la aguja magnética era fenómeno nunca visto, los oficiales, consternados, la observaban cayéndose enloquecida hacia el oeste. Al cabo, deciden ocultar esa inquietante extrañeza a los demás, para evitar que la interpreten como funesto signo del caos que empieza a manifestarse en la travesía.

El día quince ven un cometa, «un maravilloso ramo de fuego en la mar», que los deja entre admirados e inquietos en un ambiente agradable, de aires templados, en que solo faltaba oír el canto de los ruiseñores «y era el tiempo como abril en Andalucía» escribe Colón. La alegría fue general ante el vuelo de aves parecidas a pelícanos, pues al conocer por experiencia que nunca se alejan más de veinticinco leguas de tierra, reactivaban la esperanza:

—Cata, cata, capitán, todos son rabijuncos, aves de tierra, ¡Dios sea loado! —exclama exaltado el despensero García Hernández.

—¡Lo sea por siempre, querido compadre! Sin duda no estamos muy lejos de la *Terra incógnita*.

El dieciséis empezaron a navegar por una suerte de llanura verde, espesa de hierbas, el esperado y temido mar de los Sargazos, un prado ondulante y líquido que se oponía a las proas de los barcos. Su calma de mar muerto trajo el miedo a permanecer varados y terminar pudriéndose allí, tal como les había ocurrido a algunos protagonistas de fabulosos relatos. Ante la situación de encalmada, en la Pinta, el boticario maestre Diego, dirigiéndose a los marineros Alonso de Palos, Álvaro Pérez de Osorio, Francisco Medel y Diego Martín Pinzón, que repasaban las redes, recordó sus conversaciones con los frailes de la Rábida sobre la Atlántida, descrita en los *Diálogos* de Platón.

—Amigos míos, estamos ante los restos del naufragio de la gran isla Atlántida, de la que me habló fray Antonio de Marchena por haberlo leído en los papeles.

—Pero ¿qué isla era esa, maese Diego? Si puede decírnoslo vuesa merced —preguntó Francisco Medel.

—Fray Antonio me lo contó más o menos así: en la remota antigüedad, un anciano griego habla a otro compatriota, el gran pensador Sócrates, para decirle que sus antepasados atenienses destruyeron con valor y organización

política una poderosísima armada que venía de una isla atlántica para invadir Europa y Asia.

—Pero ¿qué isla era esa? Llevo muchos años navegando y nunca he oído hablar de ella —siguió Francisco Medel, observado con admiración por su hermano pequeño, el grumete Fernando.

—En efecto, tampoco yo sabía nada hasta que oí a sus paternidades. Por lo visto, en el océano, delante de las Columnas de Hércules había una isla enorme, llamada Atlantis, desde donde se podía ir a otras islas, y a todo un continente. Allí gobernaban reyes muy poderosos, por eso quisieron someter a todos los pueblos del otro lado del Estrecho. Pero Atenas sola detuvo la invasión y redimió de la esclavitud a las gentes libres que vivían más allá de las Columnas. La isla se hundió.

—¿Pero, cómo pudieron los atenienses hacer que la isla se hundiera? Eso es imposible y, si era tan grande, aun menos, maese Diego —argumentó Álvaro Pérez de Osorio.

—¡No, no la hundieron los griegos! Eso ocurrió muchos años más tarde a causa de varias catástrofes naturales, terremotos e inundaciones. Por eso ahora el océano es tan difícil de surcar —el boticario no quiso decir inaccesible, para no poner miedo sobre miedo— a causa de la cantidad de espeso limo que la tierra desaparecida dejó en su lugar. Eso es lo que detuvo a los marinos —concluyó el narrador.

—Sí, pero nosotros tenemos al mejor capitán. El señor Martín Alonso sabrá sacarnos de aquí, ¿no es verdad maese Diego? —se atrevió a hablar, el grumete Fernando.

—¡Verdad es! ¡Tenemos al mejor capitán! —corearon los demás con un punto de nerviosismo.

Otro obstáculo para la tranquilidad general de la marinería era la existencia única de vientos del este, los alisios, que acrecían el miedo a no poder volver. Colón trataba de convencerlos de que la calma procedía de la proximidad de la tierra, pero sentía el pujante descontento como un dogal que se estrecha. Sin embargo, seguían apareciendo indicios de tierra cercana. Uno de ellos fue la presencia de muchas *toninas* o atunes nadando tras los barcos. Para enriquecimiento de la dieta a bordo, los marineros de la Niña mataron uno de ellos y un tiburón, mientras más aves terrestres sobrevolaban las naves como caprichos de oráculo, pues la tierra seguía sin aparecer. El ambiente permanecía calmo y agradable la temperatura, Martín Alonso y sus pilotos recordaron las advertencias sobre los sargazos en las conversaciones con Pero Vázquez de la Frontera. Él les había aconsejado seguir la vía de estribor,

precisamente porque los portugueses habían navegado infructuosamente por la de babor.

El día dieciocho, Pinzón, interpretando el vuelo de los alcatraces, que duermen en suelo firme, la gran cerrazón de nubes y otras señales marítimas como cifra de tierra próxima, se adelanta con la Pinta. No pretende ser indisciplinado, pero siente la responsabilidad unida a su lealtad monárquica y, en este momento, cree que Colón se equivoca con el invariable rumbo oeste y no sabe detectar las islas cercanas. A partir de entonces, comienza a germinar la animadversión del ligur hacia el mayor de los Pinzones, según anota en el *Diario*, pues él quería seguir adelante hasta las Indias «porque placiendo a Dios a la vuelta todo se verá».

El sábado veintidós, la tripulación respira aliviada, soplan vientos contrarios, garantía del deseado y, hasta el momento, incierto regreso al hogar. Colón sufre en la nao y anota la murmuración de sus tripulantes, cosa que no ocurre en las carabelas, donde los hombres confían en sus capitanes y van tranquilos. El navegante carecía del carácter idóneo para dirigir con eficacia a la marinería haciéndose respetar y apreciar. Su temperamento atrabiliario, siempre dispuesto a hacer reproches, creaba frecuentes conflictos con los que se había hecho desagradable a los pilotos. Sin la necesaria autocrítica, les atribuía negligencia o torpeza, incluso cuando fueron arrastrados por una corriente que hizo derivar el rumbo hacia el sudoeste. La tripulación apenas lo conocía y, ya perdido el brillo que le confería la protección real, observaba sus decisiones con escepticismo y desapego. Los hombres echaban de menos la rápida destreza, el trato franco y la fraternidad marinera de los capitanes conocidos.

CONVERSOS EN LA ARMADILLA

Ya septuagenario y residente en las Indias, el converso Josef Ben Halevy, en nombre cristiano Luis de Torres, declara que Colón lo invitó como *lengua* o intérprete al viaje del Descubrimiento debido a su dominio idiomático. Y aunque las circunstancias entonces invalidaran su políglota destreza, el testimonio del converso ha quedado como un punto de luz sobre la tolerancia religiosa en la convivencia de la marinería. Sus palabras permiten imaginar ciertos hechos vividos con naturalidad entre hombres avecindados en las tres comunidades de credos coexistentes hasta el momento en la península ibérica.

Entre los tripulantes parece destacar una mayor libertad de expresión, propiciada quizá por la lejanía de tierra y la común incertidumbre.

A bordo de la capitana, en el rojizo atardecer de septiembre, la mar en calma y la cálida brisa sugerían a Rodrigo de Jerez, acodado en la amura de babor, optimistas divagaciones sobre la fortuna que regalaría el viaje a su familia ayamontina. Mientras desarrollaba sus placenteros pensamientos, sin embargo, brotaba automática, con insistencia de abejorro en zumbido, la oscura idea del posible descalabro. Para enfriar la ebullición de su mente, decidió acercarse al grupo de compañeros que charlaban en el combés:

—Amigos míos, qué maravilla de atardecer. Voto a Dios que, una vez superados los sargazos, no podemos quejarnos del viaje. Ya estaremos muy cerca de las islas, ¿no?

—Así debe ser, según se nos ha dicho y así será, si Dios quiere —respondió Luis de Torres—. Dedicaré a eso la plegaria del *Kal Nidré*, en la que, seguro es, más de uno me acompañará.

—Pues yo creo que todos los rezos son buenos en este empeño y que ninguno nos va a perjudicar —se atrevió a razonar Domingo de Lequeitio a viva voz.

En efecto, no tardó en llegar el día previo a la fiesta del *Rosh Hashaná* o año nuevo judío, celebrada por los creyentes de Israel dondequiera que se encuentren. En el caso, un barco sería lugar tan bueno como otro cualquiera; les privaría quizá del toque del cuerno de carnero, el *shofár*, de las velas encendidas y de los banquetes festivos, pero no del instrumento musical más expresivo: la voz humana, que llama a la meditación e instala a los fieles en la senda justa. El canto inaugura los llamados «Días terribles», en los que *Elohim* decreta el futuro del año venidero y abre tres libros: uno donde se inscriben los malvados, reos de muerte; otro con los justos, destinados a vivir, y el tercero para los que serán juzgados en *Yom Kippur* o Día del Perdón.

Los creyentes de Israel se encontraban en el año de la Expulsión, pregonada en todos los lugares del reino y firmada en el decreto del 31 de marzo. La orden conminaba a los judíos a convertirse al cristianismo o a dejar para siempre *Sefarad*, su patria española, en el plazo de tres meses cumplidos el 31 de julio. Pero sobre esta fecha trágica, la reina sumó dos días de gracia hasta el 2 de agosto, víspera de la zarpa del Descubrimiento, lo que haría a Colón interpretar de modo providencialista la coincidencia temporal.

Llegado el momento, antes de la puesta del sol de aquel día septembrino, agarrado al palo mayor como a clavo ardiente, el converso Luis de Torres entonó el cántico que inauguraba las festividades:

¡En el tribunal de los cielos y en el tribunal de la tierra,
por el permiso de Dios, alabado sea,
y con el permiso de su santa congregación,
nosotros mantenemos que está permitido rezar
junto con los transgresores de la ley!

El permiso invocado en la plegaria se practicó en la armadilla cuando, en la víspera de la fiesta, él mismo, al cantar el *Kal Nidré* obtuvo súbita respuesta: «voces de la Pinta y la Niña se juntaron a mí en la oración». Y después del cántico judío de los conversos, escuchado por todos los cristianos en los tres navíos, Colón llamó al intérprete a consultas para entablar con él un diálogo de su interés:

—Como sabe vuesa merced mi nombre, Colombo, significa paloma, dígame si no es la paloma un símbolo del judaísmo.

—Así es, mi capitán mayor. La paloma ha sido siempre un animal que nos representa, del mismo modo que el pez o la serpiente que sale de la vara de Moisés. ¿Puedo saber por qué me lo pregunta, señor?

—Ciertamente, mi buen Torres. Ya ha visto que en el mismo tiempo en que los judíos son expulsados por los soberanos de Castilla, se me permite a mí ir a la búsqueda de nuevas tierras por una ruta también nueva a través del océano.

—¿Y cree su merced que esa concordancia de hechos es buen augurio para nosotros?

—Sin duda alguna, estimado intérprete. También mi nombre de pila, Cristóbal, significa «portador de Cristo», y no soy hombre para creer en casualidades sino en la providencia divina que, como todos sabemos, es infalible.

—Entonces cierto será que descubriremos y llevaremos el Evangelio a las nuevas islas. Deseando estoy poder departir con los indios en cualquiera que sea su lengua. Las palabras de su merced me llenan de esperanza.

—Ve con ella a tu puesto, buen Torres, y difúndela entre los hombres. No tardarás en cumplir tu deseo, tenlo por seguro.

—Así lo haré. ¡Siempre a sus órdenes, capitán!

El poderoso sentimiento profético de Colón y la creencia en haber sido el elegido del Señor para el cumplimiento de una misión trascendental son dos de los tres rasgos típicos del judaísmo que el genovés —según Salvador de Madariaga, hijo de conversos sefarditas— transfiere a su fe cristiana. El tercer rasgo, propio del estereotipo tradicional judío en Occidente, sería el sentido

contractual, que le haría ver un negocio en todo y exigir ventajosa contrapartida siempre, incluso en sus tratos con Dios.

INDICIOS DE TIERRA SIN TIERRA

Se siguen viendo señales indudables de tierra, como la ballena del veintiuno de septiembre. Dos días después sorprendió a todos un desconcertante fenómeno: vieron cómo se levantaban olas sin viento. Y ya el día veinticinco Colón, preocupado por las censuras, llama a Martín Alonso a la Santa María para recuperar la carta marina que le había prestado tres fechas antes y reflexionar juntos sobre el hecho de no encontrar las islas. Al atardecer Pinzón regresa a su carabela y, al poco tiempo, en medio de gran excitación, da un bocinazo comunicando ver tierra. Enseguida ordena el disparo de lombarda, previsto para el caso. El genovés se tira de rodillas dando gracias a Dios y hacen lo mismo los de la Pinta y la Niña. Todos entonan el *Gloria in excelsis Deo*. Momentos después, grumetes y marineros, subidos al topo del mástil y a las jarcias, parecen gaviotas con los picos orientados a la Meca del horizonte. Con la facilidad de la imaginación para el vislumbre deseado, todos vieron tierra a unas veinticinco leguas y en esa fe se refugiaron hasta que oscureció.

Al día siguiente el sueño de la isla entrevista se desvaneció como un espejismo, pese a que seguían las señales, por ejemplo, el vuelo de un rabihorcado, pájaro que come lo que vomitan los alcatraces y no se aparta de la costa veinte leguas. La ilusión fallida, sin embargo, trajo una negativa consecuencia: la frustración de los marineros y su desconfianza en el capitán mayor, al que empezaban a ver como un loco irresponsable, que hacía trastabillar el barco y no sabía dónde iba. Colón sentía la penosa y cada vez más patente sensación de que perdía autoridad entre los hombres. Seguían con temperaturas suaves y aves de tierra como las golondrinas, llamadas entonces *peces voladores*. La mar estaba tan calmada que los marineros se echaban a nadar con gran placer alrededor de las naves notando ya en el aire los perfumes del trópico.

—No cates tanto hacia arriba, Bernal, que el estiércol de los peces voladores, si te cae en el ojo, te deja ciego, *porca miseria!*

—¡Dios no lo quiera! No hay una sola nube y me están dando ganas de nadar con mis amigos Juan Arráez y Andrés de Huelva, ¡mírelos, parecen toninas! ¡Ja, ja, ja!

—Bien me consta que el guardián dio el permiso, pero ¿se lo habéis pedido a los jaquetones de estas cálidas aguas? *Porca miseria!* Puede que estén esperando darse un festín con vuestras mercedes.

—¡No diga eso, señor! La mar está tranquila y acogedora como una madre.

—Eso parece, *ragazzo*. ¡Ja, ja, ja!

El sábado día seis de octubre, Martín Alonso, considerando equivocado el rumbo que siguen por el paralelo del Hierro, aconseja a Colón navegar al sur. Lo había comentado con su hermano Francisco a la hora de comer.

—Creo que en este momento el genovés se equivoca siguiendo el mismo rumbo, por eso no avistamos tierra y llevamos navegadas ya más de ochocientas leguas. Tengo de hablar con él y aconsejarle cambiar a la cuarta del oeste y al sudoeste.

—Yo también lo creo por el vuelo de los pájaros y el movimiento de las hierbas.

—Sí, ya vimos que los sargazos formaban conos, que giran solo la mitad, como si estuvieran fundiéndose dos mares. Además, en la misma carta que me dejó, Cipango quedaba más al sudoeste. Estoy seguro. Voy a decírselo.

Antón Calabrés, mientras servía, permanecía muy atento a la conversación de los Pinzones, y aunque su lealtad a Martín Alonso le mantuviera la boca cerrada, sus oídos permanecían abiertos para todo, incluidos los comentarios, ya francamente atrevidos, de la marinería. Ahora, con lo que acababa de escuchar, su intuición primera, contraria al extranjero, se robustecía.

—*In nome de Dio, il capitano maggiore non conosce niente…!* ¡Vamos a occidente *e infatti* estamos en el desoriente! *Porca miseria!*

—¿Dices algo, Calabrés?

—*Niente, niente, mio patrone!* ¡Nada, nada!

La negativa inicial de Colón al cambio de rumbo que proponía Martín Alonso para encontrar Cipango, después de haber recorrido ya ochocientas leguas, fue la gota que desbordó la paciencia de los vizcaínos en la nao.

—¡Voto a Cristo! ¡Nuestra situación ya es insostenible! Compañeros, no setecientas leguas como dijo el genovés, sino más de ochocientas llevamos navegadas, ¿y habéis avistado la tierra? ¡Renegaré hasta de mi sangre si no tomamos la decisión que nos libre de esta! ¡Mala niebla le venga al falsario, voto al diablo! —protestó, en un aparte en el sollado, Domingo de Lequeitio ante sus paisanos Juan de Lequeitio, apodado *Chachu*, Juan Ruiz de la Peña, el carpintero-calafate Lope, y Pedro de Villa.

—¡Cierto es, válgame, Satanás! Vamos perdidos a una muerte segura, creo que tenemos derecho a defendernos de un loco. ¡Chist! ¡Escuchadme! ¿Y si de noche lo echamos al mar con su cuadrante y astrolabio y decimos que se cayó por la borda mientras estaba distraído tomando la altura, mirando las estrellas? —se atrevió a proponer uno de ellos.

—¡La madre que me parió! ¡Grandísimo bellaco italiano! Pienso, además, que si lo hacemos, nos libraremos de la justicia, pues al ser extranjero y sin familia en Castilla, nadie se va a molestar mucho en averiguaciones —sugirió otro de los presentes.

—¡Convenido! Pero si este genovés, pese a su aire santurrón, no teme a Dios más que un lechón, nosotros, por nuestra honra, vamos a avisarle. Le comunicaremos claramente nuestra decisión y, ¡qué sea él mismo quien elija su destino! Si la respuesta es contumaz, será como una flecha que señale hacia la borda y no podremos hacer otra cosa, ¡voto a todos los diablos del infierno! ¿Estáis de acuerdo?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Claro es! ¡Conformes! ¡Sí! ¿El retorno o el mar? ¡Se lo diremos! ¡El falsario lo entenderá! ¡Por mis pecados que lo verá diáfano!

El maestre Juan de la Cosa los escuchaba y trataba de disuadirlos, pero resultaba evidente que no tenía sobre ellos la autoridad moral que representaban los Pinzón o los Niño en las carabelas. Por el contrario, en la nao se iba intensificando la vehemente animadversión contra el capitán mayor; actitud difícil de contener en una marinería que tenía en mucho la opinión de los destacados marinos del norte. Grumetes y pajes, moviéndose ágilmente por todo el barco, captaban frases sueltas, síntesis de la situación, y su propia inquietud las difundía, provocando baladronadas tabernarias en algún marinero de cuchillo al cinto. Colón, agobiado por la hostilidad, quiere parlamentar con los Pinzones, se siente inhábil para neutralizar la antipatía de los subordinados por un jefe apenas conocido más allá de sus promesas incumplidas y su hosquedad.

En las carabelas se oye, de pronto, un significativo tiro de lombarda, disparado desde la Santa María. A su estruendo, los Pinzones, entendiendo la necesidad de parlamentar de su jefe, detienen sus navíos en espera.

—Lo que me preocupa es la moral de mi tripulación —les comunica Colón.

—¿Qué decís, señor? ¿Qué les ocurre a vuestros hombres? —demanda Martín Alonso.

—Que esta mañana he asistido a un conato de motín, protagonizado fundamentalmente por los vizcaínos de Juan de la Cosa. Al enrolarlos, él

mismo ya me advirtió de que eran levantiscos. Ahora están inquietos por no encontrar tierra y quieren regresar a la patria. ¿Qué hacemos?

—¡Cómo, señor, acabamos como quien dice de zarpar de Palos y ya vuesa merced se muestra remiso! ¡Avante, señor! ¡Que Dios nos dará la victoria y no querrá que volvamos con vergüenza!

—Sí, pero me están presionando asaz para volver, se muestran indignados, y ha sido harto difícil convencerlos de seguir en ruta. He tenido que emplear toda mi persuasión y firmeza.

—Señor, acuérdese vuestra merced que en casa de Pero Vázquez de la Frontera os prometí por la corona real que ni yo ni ninguno de mis parientes habíamos de volver a Palos hasta descubrir tierra, en tanto que la gente fuese sana y hubiese alimentos. Pues agora, ¿qué nos falta? La gente va sana, los navíos nuevos y llevamos hartos mantenimientos. ¿Por qué habríamos de volver? Pero, además, ¡que se vuelva quien quiera, que yo tengo de descubrir tierra o tengo de morir en la demanda!

—Singlemos hasta mil quinientas leguas y si no encontramos tierra, entonces podremos darnos la vuelta —habló, conciliador, Vicente Yáñez.

—Son los hidalgos vizcaínos quienes amotinan al resto de la tripulación diciéndoles que vamos perdidos a una muerte segura. Incluso se han atrevido a amenazar con echarme por la borda si no cedo, por eso he mandado disparar la lombarda.

—Señor, ¡vuesa merced es el capitán mayor! Ahorque a media docena y échelos al mar, y si no se atreve, mis hermanos y yo barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandato de tan altos príncipes no ha de volver sin buenas nuevas —arguyó alto y claro Martín Alonso.

—¡Dios os guarde, Martín Alonso, por vuestro corazón! Naveguemos otros cuatro días y si no encontramos tierra daremos nuevas órdenes. En cuanto al cambio de rumbo que me proponéis, no lo considero oportuno, pero lo meditaré.

Efectivamente, el domingo siete de octubre, Colón siguió la sugerencia del capitán de la Pinta, «puso proa hacia sudoeste con determinación de andar dos días por aquella vía». Después de la entrevista, los dos Pinzones, secundados por sus hombres, se obligaron a sofocar con energía el conato de rebelión a bordo de la nao. Fue un momento decisivo, que salvó la crisis gracias a la autoridad de Martín Alonso. De otro modo, Colón, extorsionado por sus marineros, hubiera tenido que ceder para salvar su vida. Superado el conflicto, ese mismo día Vicente Yáñez cree ver tierra, manda disparar la convenida lombarda e izar una bandera. Pasan más aves terrestres y

sorprendentes papagayos multicolores, todos vuelan para anidar hacia el sur. Martín Alonso alaba la importancia de fiarse del vuelo de las aves, cosa que hacen los portugueses con máximo resultado. Con el cambio de rumbo al sur, sugerido por Pinzón y ordenado por el capitán mayor para los dos días siguientes, se puede considerar al mayor de los Pinzones como el descubridor de las islas Lucayas o Bahamas. Si, por el contrario, siguieran el rumbo de Colón, hubieran llegado a la parte septentrional del continente, a las costas de Florida, pobladas por indios hostiles. El día 3 de octubre el ligur escribe que «le quedaban atrás las islas pintadas en su carta», pero no se detiene a buscarlas por no perder autoridad entre los marineros, va dando palos de ciego en vez de ir directo hacia ellas, como había prometido. Continúan en rumbo sudoeste pero no divisan tierra.

Cumplido ya el plazo de la tregua, los hombres cansados no hacen más que murmurar:

—¿Seguiremos así, indefinidamente, sin encontrar las islas y yendo a una muerte segura cuando se hayan acabado los víveres? —gritó iracundo uno de los contramaestres.

—¡Feneceremos todos! Ya hemos navegado bastante más de las setecientas cincuenta leguas desde la isla del Hierro y aún no hemos divisado tierra alguna. ¡Dios nos proteja! —afirmó con terrible acento el marinero Rui García.

—¿Estaremos en manos de un loco embaucador que con embustes nos lleva a la ruina? ¡Voto a Dios que hemos de hacer algo! —expresó Juan Ruiz la duda que les corroía a todos.

El escepticismo e indignación de la marinería sube de grumetes a capitanes, sofocante como una atmósfera envenenada. El miércoles diez de octubre, Colón escribe: «la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje». Al atardecer de la víspera, cuando por orden del ligur se reunieron las carabelas con la nao, ya todos estaban indignados con él.

—Mi capitán, vamos perdidos, no encontramos tierra, volvámonos. No sigamos adelante que moriremos todos, sin víveres, sin agua… Los hombres se van enfureciendo y yo no podré hacer nada —previene el maestre Juan de la Cosa.

—Esperemos un poco más. Sería una pena perder las grandes riquezas que están muy próximas y nos esperan. Hemos venido a descubrir y las islas que buscamos existen. Están ahí muy cerca, no son un sueño mío, y las hallaremos con ayuda de Nuestro Señor —se reafirma Colón dirigiéndose a los marineros.

—Pero ¡no se cumple nada de lo que vuesa merced nos prometió! —se atrevió Pedro Izquierdo, un marinero insumiso— su merced dijo que encontraríamos tierra a setecientas cincuenta leguas y ya hemos andado casi mil. ¡Moriremos sin remedio por vuestra porfía de loco! ¡Voto a Dios! ¡A no ser… que decidamos, con las armas en la mano, *otra cosa…*!

—¡Soy el capitán mayor de la armada! ¡He sido nombrado por sus altezas, los reyes de Castilla, para descubrir las Indias abriendo una nueva ruta! ¡Me debéis, por tanto, obediencia y lealtad! Si osáis desobedecerme o intentáis algo contra mí o mis criados, nuestros señores los reyes os aplicarán la pena que corresponde a los traidores. ¡A fe mía, no olvidéis esto! ¡No lo olvidéis!

—Pero si continuamos sin descubrir no podremos volver, no encontraremos vientos favorables y moriremos sin remedio. No queremos finar a sabiendas —objetó en tono lastimero el carpintero calafate Lope.

—¡Sosegaos! Yo os prometo que sí tendremos vientos. ¡Lo sé bien! ¡Sosegaos! ¡Lo sé bien! ¡Calma! ¡Calma!

Colón llama de nuevo a los Pinzones a consultas en su cámara de la Santa María, y allí Martín Alonso, en actitud quizá no moderada, sino más bien severa y bronca, debió de reprocharle a Colón haberlo engañado. Lo culparía de la rebelión y del difícil papel que le asignaba frente a hombres embarcados por lealtad hacia él. Colón percibió, por el tono y la actitud de su oponente, el peligro de escisión y fracaso. No podía prescindir del auxilio del palermo y, aunque el hecho provocó su resentimiento posterior, no encontró más remedio que contarle a Martín Alonso su secreto: el legado del prenauta, que garantizaba la existencia próxima de las islas. Después le pidió una prórroga de tres días navegando al oeste, a lo que Martín Alonso, desactivada ya su desconfianza, accedió y lo mismo hizo su hermano Vicente.

—¡Nunca quiera Dios que fracase armada de tan grandes soberanos! Estaremos como siempre a sus órdenes, señor. Ahora hablaremos a los hombres mi hermano y yo.

Enseguida volvieron los dos a las carabelas, dispuestos a convencer a su tripulación en unos momentos delicadísimos para el éxito del viaje. Martín Alonso sabía que estaba arriesgando su prestigio, pero confiaba en la insospechada y secreta revelación del genovés; en toda circunstancia, se mantiene en una actitud de lealtad absoluta al capitán mayor y los hombres con él, fiados en el valor y la honradez de sus capitanes. Colón, a su vez, se dirigió a sus subordinados de la Santa María:

—Esperemos tres días siguiendo este rumbo y si no encontramos las islas, os prometo que volveremos a España como queréis. Mis capitanes están de

acuerdo en esto que os digo y, con la ayuda de Dios, hemos de encontrar la tierra.

Después de escépticas protestas e impacientes actitudes, los marineros deliberaron con pilotos y maestres. Muy importante fue el criterio de Juan Niño y Juan de la Cosa que, en séquito de Martín Alonso, contribuyeron a convencerlos.

—¡Está bien! —respondieron los vizcaínos al capitán mayor—. Aceptamos la proposición de vuestra merced de seguir tres días en la misma derrota, pero bien entendido que ni una hora más.

—¡Dios os bendiga! Estoy seguro de que no habéis de arrepentiros.

Ese mismo conflictivo día diez de octubre, en las últimas horas de la tarde, el grumete de quince años Fernando Medel, en un momento de respiro por el cambio de guardia en el control del reloj de arena, busca a su hermano mayor, el marinero Francisco Medel, de veintisiete, para comentar los graves acontecimientos que lo tienen amedrentado.

—*Curro*, quería hablarte de lo que pasa. Mis amigos Alonso de Palos y Juan Cuadrado, piensan como los vizcaínos que Colón nos lleva engañados hacia la muerte, pero yo confío en el señor Martín Alonso que pide tranquilidad durante tres días y promete que, si no avistamos tierra, retornaremos. ¿Qué piensas tú, hermano?

—¡Tranquilo, pequeño! Haces bien en acreditar en las palabras de nuestro capitán, como hacen quienes lo conocen. Además, él está muy seguro de que encontraremos tierra por las señales indudables, ya verás. ¡Tú mantente tranquilo! —trató de animar paternalmente Francisco.

—Dios te oiga hermano, porque lo que oigo yo, sin querer, es terrible y Bernal también ha escuchado cosas que dan miedo.

—¡Nada de miedos! Nosotros vamos bajo la autoridad de personas responsables y de gran experiencia. Solo hay que mantenerse firmes, como hombres —aquí Francisco sonrió ante la cara de niño de su hermano y le dio un cariñoso espaldarazo—. Hemos de frenar la inquietud. ¡Si los Pinzón y los Niño confían en el capitán mayor, nosotros, los Medel, también! ¡Diles esto a tus amigos!

—¡Claro, claro! Dios no querrá dar un disgusto tremendo a madre, que es buena y piadosa. Además —para ahuyentar la imagen de su madre llorando, el muchacho se volvió, ya sonriente, y se llevó la mano derecha a la sien en posición de saludo militar—, si mi hermano mayor dice que no pasa nada, yo respondo: ¡a la orden, mi capitán!

—¡Eso! ¡Así me gusta! Que seas bravo como un lobo de mar. Hemos de descubrir, ¡ya lo verás! Y, mientras tanto, nos mantendremos unidos como los dedos en el puño. ¡Ya lo verás! —se alejó sonriendo, voluntarioso, izando ante el joven la bandera de una confianza que estaba lejos de sentir.

Sin embargo, continuaban mostrándose signos de tierra próxima. El jueves once de octubre vieron un ave llamada «junco de ribera» con cieno en las patas, posada en una verga; los de la Pinta cogieron un cayado y una tablilla con dibujos humanos labrados, cosas que alimentaban la esperanza en el regalo. El capitán mayor ordenó a la tripulación que estuviesen muy atentos a ver tierra; que habían gozado de muy buen viaje con la mar en calma, sin tormentas ni zozobras comunes a los navegantes; que eso mostraba la protección divina; que vigilasen muy bien desde los masteleros y el castillo de proa en la guardia nocturna, y que él prometía un jubón de seda sobre las albricias, el aguinaldo prometido por los reyes de 10 000 maravedís al año, de por vida, para el que viese primero tierra.

Aunque ese día navegaron en conserva o convoy, casi siempre se adelantaba la Pinta por ser más velera. Sobre las dos de la mañana, «a los dos cuartos de la prima rendida», uno de sus marineros, Juan Rodríguez Bermejo, llamado coloquialmente Rodrigo de Triana, subido al mástil, vio una zona blanca de arena y gritó entusiasmado: ¡Tierra! ¡Tierra! Pero Colón declaró que, cuatro horas antes, a las diez de la noche, él mismo había visto una luz desde el castillo de popa y que, para corroborarlo, llamó al repostero de estrados del rey, Pedro Gutiérrez, que también la vio, y al veedor Rodrigo Sánchez de Segovia, que no pudo vislumbrarla. Sin embargo, ante este relato colombino, los entendidos se preguntan, ¿cómo pudo ver tierra a catorce leguas de distancia en una isla llana, sin elevaciones sobre el horizonte? Sería necesario que la luz estuviera en la cumbre de una montaña de 2250 metros para que pudiera divisarse. El hecho dejó escandalizados a los Pinzones que no podían entender a aquel extranjero contradictorio, capaz de un místico lirismo religioso y de una rapacidad avarienta. ¿Cómo podía un marino asegurar tal cosa? Finalmente, el que Colón se quedara con el premio de Rodrigo de Triana fue un beneficio cortesano, concedido ante su súbita influencia después del primer viaje. El acto le fue agriamente reprochado y dejó la oscura estela de mezquindad en la imagen de Colón y de resentimiento en la víctima del atropello.

Sin embargo, en los pleitos colombinos, García Hernández, despensero de la Pinta y otros testigos consideran a Martín Alonso descubridor de la primera tierra, precisamente por ser un marinero de su barco quien lo hizo. Además, el

futuro yerno de Pinzón, Diego Rodríguez Colmenero, narra el momento en que Rodrigo de Triana, arrebatado de alegría y arropado por toda la tripulación, va junto a su capitán Martín Alonso a pedirle las albricias, el regalo acostumbrado para el que da una buena noticia, sin sospechar que un poder mayor se las arrebataría. Pero en ese emotivo momento, ante el grito fundacional a la luz de la luna, en la carabela Pinta estalló el júbilo generalizado. Juntos entonaron de rodillas un *Te Deum* y la *Salve* marinera. Luego, sobreexcitados, saltaban y gritaban desde la borda, lanzando su euforia de barco a barco como un radiante regalo. En la Santa María, los hacía poco casi amotinados lloraban ahora arrepentidos, besaban las manos de Colón y pedían obsequios para festejar el momento de la salvación. Al fin después del entusiasmo, se impuso la calma necesaria para seguir dando y cumpliendo órdenes, amainaron todas las velas y se quedaron con el treo, la vela grande sin bonetas, para poner los barcos a la corda, al pairo o de través, evitando así su movimiento hasta el amanecer del 12 de octubre. Pero las palabras del inminente almirante atribuyéndose la preeminencia en la visión terrestre provocaron la indignación de los marineros y la frustrante impotencia de Rodrigo de Triana, hasta tal punto que meses después apostataría de la fe de quien lo había estafado para abrazar el Islam.

12 DE OCTUBRE EN LA PINTA

La reivindicación colombina proclamándose pionero avistador de tierra en la madrugada del 12 de octubre fue para la tripulación de la Pinta una catarata de agua helada sobre sus cabezas. El contraste con el goce jubiloso, compartido hasta el delirio hacía poco, los dejó exhaustos y atónitos. Los oficiales tardaron unos minutos en reaccionar, fueron saliendo del estupor en metamorfosis contraria de mariposa a gusano hasta convertirse en un magma de indignación sofrenada.

—Pero ¿qué es esto? ¿Cómo puede el extranjero decirnos a nosotros que vio una luz en tierra a cincuenta y seis millas de distancia? Sería nuestro farol lo que él vio flamear… —se desahoga Martín Alonso con su hermano Francisco.

—Y también asegura que corroboran su visión Pedro Gutiérrez y Pedro de Terreros. ¡Imagínate qué dos! Si el capitán mayor les hubiera dicho que vio un toro volando, ellos también asegurarían haberlo contemplado. Sin

embargo, el veedor, Rodrigo Sánchez de Segovia, hombre serio y honrado, no vio nada y se lo dijo a Colón sencillo y claro —añade el maestre Francisco.

—Sí, pero ahora, ¿qué hacemos con el pobre Rodrigo de Triana? ¿Quién lo puede consolar y con qué argumentos? ¡Voto a Dios que la del genovés es una deslealtad con los hombres… repulsiva! ¡Nunca pude sospecharlo! —se recrimina a sí mismo Martín Alonso—. Pero… ¡Chist, viene alguien! Hemos de seguir conviviendo como mejor podamos.

—¡Claro es! Sigamos a lo nuestro, como si nada —asiente Francisco.

Es el contramaestre Juan Quintero de Algruta que, junto al guardián Gil Pérez, se acercan a los dos hermanos con la misma nube negra en la cabeza.

—¡Capitán! ¡Maestre! ¡Ya no sabemos qué hacer ante las quejas de la tripulación! ¡Están indignados con el genovés! ¿Qué decidimos? —expone y pregunta Juan Quintero.

—¡Y la más desorientada es la mocedad de grumetes y pajes! No entienden cómo un señor, que recibirá grandes honores, le disputa a uno de sus marineros la fortuna de su vida. Por fraternidad con el sevillano, todos se sienten estafados —añade el guardián.

—Pues, ¿qué haremos? —pregunta Gil Pérez.

—Hemos de hacer lo que nos corresponde, obedecer órdenes y llevar a buen puerto, nunca mejor dicho, la empresa. ¡Cada uno a su puesto, que mañana será el gran día y hemos de prepararnos para cualquier incidencia! —ordena Martín Alonso.

—En ese momento Bernal había terminado el servicio de la ampolleta y se encontraba en el rancho de la marinería hablando con el grumete Alonso de Palos, del que ya se consideraba amigo. Era el tema del día, comentado por todos los rincones del barco desde el sollado al castillo de popa.

—¡Tengo noticias de tu interés, Bernal! Ayer oí, sin querer, la conversación del capitán con el contramaestre, precisamente hablando de ti —confiesa con cara de pícaro el grumete.

—Ah, pues, ¡ya me estás diciendo lo que oíste, chismoso del demonio!

—El contramaestre se quejaba amargamente al capitán. Le dijo: «pero este muchacho… lo hace todo bien, cumple las órdenes con rapidez y eficacia y, desde el principio no se mareó nunca, como si hubiese heredado de su padre la experiencia» —Alonso dijo esto como un actor consumado, compungido al principio y luego gradualmente sonriente hasta el espaldarazo fraternal.

—¡Gracias, amigo por alegrarte conmigo! Es verdad que no me mareo, será porque esta vida me gusta y me enseña muchas cosas, es imposible

aburrirse. Pero me siento afortunado, sobre todo, de viajar en la Pinta con nuestro capitán y sus oficiales.

—¡Sí, desde luego! Pues ya ves cómo se las gasta el señor Colón, quedándose con el aguinaldo del pobre Rodrigo de Triana. ¡Y después de la fiesta que le hicimos al desgraciado, que casi nos tiramos al mar de entusiasmo! ¡Menudo desengaño! El hombre no puede más con la amargura y la indignación corre por dentro de marineros a patrones. Nadie cree que el señor Colón haya visto tierra. Esto lo dicen todos los mayores —asegura Alonso mostrando autoridad de experto ante Bernal.

—¡Ya! Pero nosotros no podemos hacer nada, él manda y las órdenes son seguir aquí, a la corda, hasta mañana, el gran día en que veremos desde las bordas cómo toman la isla y la amojonan. ¿Estará habitada? ¿Serán pacíficos cuando nos vean llegar o nos recibirán como a enemigos a flechazo limpio? ¡Cuántas aventuras, Alonso! Para cuando seamos viejos y se las contemos a nuestros nietos —exclama Bernal, acordándose con nostalgia de las historias de su abuela.

—Sí amigo, muchas. Pero ahora, hay que ir a la faena. ¡Silencio y hasta mañana!

—¡Hasta mañana, amigo!

La carabela, al pairo, cabeceaba suavemente en la brisa nocturna. Después del cúmulo de emociones vividas en tan poco tiempo, Bernal intenta dormir en vano, tendido en su esterilla en cubierta. A cada uno de sus lados, Alonso de Palos y Juan Cuadrado respiran acompasadamente como gozando de sus mejores sueños. El insomne decide al fin levantarse con sigilo y dar unos pasos moviendo brazos y piernas para ver si el ejercicio lo tranquiliza. Al poco, asomado a la amura de estribor, en extraña quietud, divisó un bulto supuestamente humano. Cuando se aproximó, el hombre volvió la cabeza y lo observó hasta reconocerlo en las tinieblas:

—¡Bernal!

El mozo se acercó y pudo distinguir a *Porca miseria* que, inquieto como él por los acontecimientos, tampoco podía conciliar el sueño. La actitud de Colón a lo largo de la travesía había producido en el napolitano el temor de estar tanteando vías ciegas y correr un verdadero peligro de muerte. Pero, en segundo lugar y, sobre todo, sentía tener razón en los pronósticos que hiciera a su amo sobre la posible impostura del genovés. Le apenaba contemplar el estupor que había producido en Martín Alonso la codicia colombina sobre el premio de Rodrigo de Triana. El abuso del capitán mayor con uno de sus marineros resultaba intolerable y asombroso para aquellos hombres

habituados a un código de bien definidas lealtades. El hecho rompía la baraja y obligaba a todos a una cruda reelaboración en la imagen del personaje. Calabrés padecía la humillación de su amo por la revelación súbita del engaño. El santurrón los había embaucado a todos con su aire de dignidad y nobleza; y ahora, como un volatinero en feria, cambiaba las manzanas frescas del altruista por las agusanadas del logrero. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo un hombre bregado en todos los mares como su amo? Por su propia honradez, se respondía el criado con la fidelidad afectuosa con que leía sus pensamientos y procuraba distraerlo entonando tarantelas napolitanas y redoblando exclamaciones. También él necesitaba relajarse después de la tensión vivida. Mañana con la arribada a la primera tierra, habría hechos nuevos de qué ocuparse y su patrón pensaría en seguir realizando lo encomendado de la mejor manera: manteniendo la fiesta en paz. Confiaba en que su sentido práctico le ayudaría a soportar la decepción humana que los tenía a todos desmoralizados. En estas elucubraciones se hallaba cuando su larga experiencia de vida a bordo le hizo detectar un crujido diferente que se acercaba.

—¿Qué haces muchacho que no estás durmiendo? A tu edad yo era como una marmota, la dificultad estaba en despertarme.

—Sí, señor, no podía coger el sueño y estoy moviéndome a ver si lo consigo, pues tendré que estar vivo para la primera guardia.

—Claro muchacho, debes tener fuerza para mañana, según parece nos espera un día duro y lleno de incógnitas. *Porca miseria!* ¡A saber cómo serán los indígenas en estas zonas y si les gusta o no recibir visitas! Yo también intentaré dormir algo.

—Pero ¿no cree vuesa merced que si vamos armados y les ofrecemos regalos nos recibirán bien?

—Nunca se sabe, muchacho, nunca se sabe, esa es la única certeza, pero un poco de sueño nos hará más fuertes. Yo voy a intentarlo, *porca miseria! A domani, se Dio vuole, ragazzo!*

—¡Hasta mañana, señor!

Al volverse en la oscuridad hacia el lugar de su descanso, Bernal oye unos cuchicheos próximos, agudiza los sentidos y se tropieza con dos compañeros, también desvelados. Son Sancho de Rama y Álvaro Pérez Osorio, marineros de Palos, a quienes conoce desde que vive a bordo.

—¡Buenas noches nos dé Dios! Soy el paje Bernal, que tampoco podía dormir. Ahora voy a intentarlo de nuevo.

—¡Voto a Dios! ¡Buenas noches, muchacho! Parece que los hechos recientes nos quitaron el sueño a algunos. A ver si el cansancio y la brisa marina nos lo devuelven —dice Sancho de Rama muy serio.

—Eso queremos. Mañana será un día lleno de quién sabe qué incógnitas y trabajos —añade Álvaro adivinando el pensamiento de los otros.

—Sí, precisamente de platicar eso vengo con el señor *Porca miseria*, que también está desvelado tomando el aire ahí en la amura de estribor.

—¡Con el descanso que necesitamos para mañana! Pero lo de Rodrigo de Triana nos ha golpeado a todos. Es la injusticia del capitán mayor lo que no nos deja dormir —susurra Sancho ante el silencio de los otros dos.

—¡Claro es! Siendo marinero, ¿quién puede tragar ese sapo y no sentirse indigesto? Porque, si el extranjero es capaz de hacer esto fríamente y contra el parecer de todos, ¿qué no hará si hay peligro en tierra? —expresó al fin Álvaro, como liberándose de una opresión.

—Sí porque no le importó nada que los Pinzón fueran contrarios. Es como si se riera de ellos también. ¡Al infierno todos los que saben! ¡Qué se lleve el diablo a los que tienen por cierto ser imposible avistar tierra desde donde estaba el tal Colón! —susurró Sancho.

—¡Cierto! Ya quedó claro que va a actuar como más le convenga a sus logros. No respetará nuestras leyes cuando no engorden sus codicias —completó al alimón Álvaro con el silencio asertivo de Bernal.

—La condena del hecho es general en la Pinta y estoy seguro de que también en el resto de la marinería. Ya lo veremos en tierra cuando podamos hablar. El pobre Rodrigo está durmiendo, medio aturdido por el bebedizo que le ha dado maese Diego, el boticario, apiadado al ver su angustia —completa Sancho.

—Sí, eran tremendos su abatimiento y palidez, yo temía que se fuera a desmayar y el boticario, también —termina Álvaro.

—*Adesso non so qual sia la verità, se sono sveglio oppure sto sognando!* ¡Hombre, Bernal! ¿Es así como duermes? ¡Buenas noches, señores! Se ve que abundan los que no podemos dormir *stanotte, porca miseria!*

—Tiene razón vuesa merced. Hechos extraordinarios nos desvelan.

¡TIERRA!

A la mañana siguiente, llegado el gran momento, se metieron en la barca armada los tres capitanes, revestidos con las galas venidas en los arcones para

la ocasión. Colón, amante de la pompa y el ceremonial, se había preocupado de encargar al mejor sastre de Sevilla el uniforme de almirante, de paso que pedía a los almacenes del opulento Juanoto Berardi las muestras de especias para compararlas con las halladas en Indias. Vestido de escarlata, color correspondiente a su reciente rango, en calzas, sayo y capote, coraza al pecho, al cinto la espada ancha y corta de los capitanes de la mar, y en su mano derecha, el estandarte real; los Pinzones, de casco, coraza y rodela, enarbolaban dos banderas de la Cruz Verde, que antes habían ondeado en los tres navíos, con una F y una Y debajo de la correspondiente corona. Algunos llevaban espingardas al hombro, además de espadas, ballestas y lanzas, como armamento disuasorio. Todos eran hombres barbados, según costumbre marinera de sentido común, para evitar los cortes en el bamboleo del barco y por la existencia de un solo barbero en la armadilla, enrolado más que nada como cirujano auxiliar del físico.

Al poner pie en la isla, Cristóbal Colón, ya imbuido del espíritu del almirantazgo, hincó la rodilla en tierra y besó el suelo, emocionado hasta las lágrimas. Los demás hicieron lo propio. El almirante con la desnuda espada en una mano y la real enseña en la otra, llamó como testigos en torno suyo a los dos capitanes, a Rodrigo de Escobedo, escribano de la armada, al veedor Rodrigo Sánchez de Segovia y a todos los demás de la barca para que diesen fe del hecho. Se procedió entonces a bautizar la isla, en nombre de los monarcas castellanos, como San Salvador, y a cortar algunas hierbas y ramas de árboles en señal de toma de posesión efectiva. Acto seguido, Colón exigió juramento de obediencia a su poder vicario de almirante y virrey. Las tripulaciones seguían a lo lejos todo el ritual, asomadas a las bordas, partícipes de la ceremonia y del júbilo de sentirse a salvo.

No muy lejos, los indios se habían refugiado en el bosque al ver a unos hombres blancos como cadáveres, con barbas sin mondar y cubiertos de tela descender de unos montes con alas, ligeros de maniobra pese a su enorme tamaño. Se fijaron en que todos llevaban el mismo brillante talismán colgante de la cintura y sintieron el temor que los llevó a esconderse. Pero al verlos arribar en las barcas y constatar que no los perseguían, los indígenas se fueron acercando con asombro, curiosidad y sacra reverencia. Pronto comenzaron a tocarlos para verificar su naturaleza y, reconociendo la autoridad por sus ropas o ademanes, iniciaron la verificación por el almirante y los Pinzones quienes, indicando a la tripulación el modelo de comportamiento, sufrían el manoseo condescendientes y olímpicos. Desde ese primer contacto, los

habitantes naturales del lugar vieron a los recién llegados como dioses, descendidos de las nubes en las canoas aladas.

Colón describe en el *Diario* el desembarco en una islita perteneciente al archipiélago de las Bahamas, *Guanahani*, nombre indígena, que significa «iguana», y su bautismo español, San Salvador, por razones obvias. Nos habla de su forma ovalada con una enorme laguna interior, amplia ensenada y una restinga coralina ante la que se quedan varadas las naves. Con emoción de pioneros, los rudos castellanos sintieron una bendición divina en el ambiente luminoso, donde árboles ignorados convivían con otros reconocibles en ubérrima fecundidad: cedros, palmeras, sándalos, ceibas, tunas, maníes, palomarías o yamagüeyes entablaban amoroso diálogo con hiedras y lianas de bejucos. El aire límpido, perfumado, el trino de los pájaros, la contemplación de flores, frutos e insectos extraños, todo se resumía en un intenso placer, opuesto a la zozobra vivida. Como extraviados peregrinos que hubieran recobrado la sagrada senda, se sintieron exultantes, en un oasis sin sospecha. Por eso, al recogimiento anonadado ante la explosiva belleza, siguieron risas, lágrimas o una devoción piadosa, que alzaba sus sentidos hacia el entrelazo verdeazul.

Una vez terminado el rito oficial de la toma de posesión y recobrados del primer deslumbramiento, los españoles se percataron de ser observados desde una prudente distancia por multitud de indígenas. Eran los lucayos, gentes desnudas, de piel cobriza, parecida a la de los guanches, que se habían congregado, atónitos, ante la insólita visión. La mirada de los europeos reconoció en ellos a unos hombres primitivos, que en nada se parecían a los imaginados súbditos del gran kan. Eran en su mayoría jóvenes, de agradables facciones, ojos grandes, oscuros y rasgados, cuerpo armonioso y lacias cabelleras negras, cortadas por encima de las orejas, con algún largo mechón sobre la espalda. Entre ellos, una sola mujer, muy joven, bella e igualmente desnuda, encendió de pronto la imaginación de los hombres, acostumbrados a unas féminas siempre ocultas por tocas, sayas y refajos.

Colón y los capitanes comienzan entonces su estrategia de captación entre aborígenes asombrados ante los regalos de los extranjeros: sartas de cuentas de vidrio y gorrillos rojos, que se ponían, divertidos, disputándoselos entre sí como niños con juguetes nuevos. Los españoles, recreando el papel de reyes magos, comprobaron pronto que el regalo de más éxito eran los cascabeles, sueltos o colgantes de pulseras, brazaletes o ajorcas de latón. Sonrientes y satisfechos, se los ceñían al instante en muñecas y tobillos. Eran los hijos del

salto, el ritmo y el cántico, llave para abrir en su corazón el sentimiento festivo de bailes y *areítos* de celebración tribal.

Colón se fijó enseguida en los colgantes de oro que algunos llevaban en la nariz. Los nativos atribuían al dorado metal una virtud mística y profiláctica contra fuerzas malignas dominadoras, por eso se lo ponían al lado de los orificios corporales, pero ningún otro valor. El almirante con su espíritu ambivalente de poeta y contable valoró juntas la belleza y la pobreza circundante. Se dio cuenta de lo pacífico y manso del carácter de aquel pueblo y pensó que, si no encontraban el oro y las especias requeridas, podría ser reducido fácilmente y convertirse en valiosa mercancía esclava. Como él, los demás, un tanto defraudados por no observar opulencia, comprobaron la inocencia de los taínos y su ignorancia del hierro, como fue evidente cuando uno se cortó al coger una espada por el filo. Después de la primera extrañeza, los indígenas habían perdido todo temor, ya se sentían en familia, alegres y bulliciosos, haciendo honor, a partir de entonces, al nombre de su raza, taínos, «hombres buenos». Pertenecían al grupo étnico de los arahuacos, que hablaban una lengua incomprensible para los españoles, el guajiro-arawaco, hermano del caribe, sin géneros ni números: «mujer una», «mujer muchas», «cabra macho», «cabra hembra». A los recién llegados les pareció el mundo de la creación, un paraíso original, incontaminado de malicias supuestamente civilizadas. Empezaba así el gran malentendido que llevaría al inopinadamente ingenuo Colón a creer en las promesas de un cacique y a la muerte posterior de treinta y nueve españoles.

Mientras el resto de los marineros seguían observando el peculiar encuentro asomados a las bordas, los taínos de Guanahani ofrecieron a los hombres barbados cuanto poseían como ofrenda y regalo de bienvenida. Se lo llevaban a los navíos nadando o en sus canoas labradas, hechas de un solo tronco de árbol: papagayos amaestrados, madejas de hilo de algodón, azagayas, cocos, *curíes* y tortas de pan *cazabe*, el pan de yuca, base de su alimentación. Más tarde, solo al ver la franca y pacífica concordia de las relaciones, se bajó el resto de la marinería. Cuando Colón ordenó recoger agua, madera y fruta, los indios se afanaron en guiar a los marineros a las fuentes más cristalinas y en ayudarles a cargar las barricas en el batel. Lo hacían alegremente, como un juego compartido entre brincos y risas. Enseguida, el cacique, solemne y sonriente, invitó a los visitantes a su *bohío*, la amplia choza rectangular que le era propia, donde un objeto nunca visto sorprendió a los invitados: la hamaca, tejida de algodón, sujeta por los extremos para dormir, y colgada de la pared el resto del tiempo. A los

españoles, les pareció una feliz solución en espacios reducidos y habrían de ser los primeros en copiarla para el barco. Acto seguido, el anfitrión ofreció un espléndido banquete a los mensajeros celestes: aves y pescado asados, frutas exóticas dispuestas en cestos primorosos y panes de yuca formaban lo más notable del menú, pero también había una serpiente cocinada como exquisitez solo ofrecida a huéspedes de alto rango.

De este modo cordial, los invitados pudieron observar las viviendas de la aldea. Cada familia poseía su *caney*, una choza cónica construida de ramas y paja con suelo de tierra. Se dieron perfecta cuenta de las pocas pertenencias indígenas: azagayas, arma muy sencilla formada por una caña terminada en punta de diente de pez o pedernal; un *metate* o molino de piedra para el maíz; y unas extrañas figuras esculpidas en trigonolitos como dioses protectores, los *cemíes*. En conjunto, poca cosa. Aquellos indios eran muy pobres, concluyeron enseguida los invitados.

Afuera observando el campo, los españoles se fijaron también en sus *conucos*, campos sembrados de maíz, calabaza y yuca, cultivados por el sistema de quemar el monte, rozar y hundir la simiente en la tierra removida para garantizar su oxigenación. La yuca o mandioca es el tubérculo que, después de una laboriosa y femenina elaboración, rayado y tamizado en un colador tubular de fibra vegetal, el *cibucán*, deja verter el veneno, antes de que la pasta se convierta en pan *cazabe*, base de su alimento. Luego, con la primera colonización, por la falta de trigo, el *cazabe* pasaría de ser «pan de indios» a «pan de Indias». Vieron también que poseían unos extraños perros sin ladrido y sin cola.

—Fijaos en los que llevan la cara pintada de blanco, rojo o negro, no sea que estén preparando la guerra —advirtió el marinero palermo Bartolomé Vives.

—Pierde cuidado compañero, veo que aún no te has dado cuenta, ¡ja, ja!, ¿cómo van a luchar con los dioses? Además parecen pacíficos y confiados —le responde, lógico, Diego Bermúdez.

—Lo que hay que averiguar es dónde consiguen el oro de sus brazaletes y ajorcas, y el que llevan en la nariz —les amonesta, práctico, Rodrigo Sánchez de Segovia.

—Si no fuera por la prohibición del almirante, podríamos rescatarles las joyas con cuentas de vidrio y cascabeles, pero habrá que fastidiarse, a no ser que él nos lo ordene —añadió, adivinando los pensamientos de sus compañeros, Rodrigo de Escobedo. Todos eran tripulantes de la nao y, después de la intensa relación vivida en el viaje, resultaban transparentes

entre sí. El metal dorado era monopolio real, de ahí el impopular veto de su tráfico para la tripulación sin el permiso de la autoridad colombina.

—¡Voto a Dios que me parece injusta la orden del almirante! Los hombres se han embarcado con la ilusión del oro, eso fue lo que nos sedujo a todos, y ahora se preguntan para qué tanto sacrificio —dijo como pensando en alto Juan Quintero de Algruta, dirigiéndose a los oficiales en voz baja.

—¡Claro es entre nos!, pero el extranjero ha amenazado con castigar duramente al rebelde, así que habrá que obedecer, mal que nos pese —razonó el piloto Juan de Umbría.

—Supongo que el almirante espera reunirlo todo y luego apartará algo para nosotros, pero la gente está ansiosa y no se conforma fácilmente —añadió Cristóbal García Sarmiento mirando a Martín Alonso que, junto a su hermano Francisco, permanecía en silencio.

—Lo que me tiene intrigado es ver que nada es como se nos decía en los libros: ni ciudades opulentas, ni un solo edificio de piedra, ni grandes puentes, muelles y barcos, ni animales de carga… ¡Ni los elefantes de las Indias! —cerró al fin Martín Alonso la extrañeza de todos.

Sin embargo, pese al lógico afán de riquezas, lo más inquietante para los observadores, lo que disparaba su imaginación y su curiosidad, eran las mujeres desnudas «como su madre las pariera». Sin duda eso fue, junto al oro, el más ardiente acicate para unos hombres solos, acostumbrados al ascetismo castellano. En un lugar idílico, sentido como liberador de una muerte más que probable, tratados con la devoción que se ofrenda a los dioses, un cúmulo de sensaciones nuevas fue creciendo entre el asombro gozoso de la hueste. La más pujante, el híbrido placer de sentirse poderosos y deseados por huríes sin ropa que, sonrientes, los miraban con adoración e ingenua intriga. Además, en el rito del encuentro, ellas tomaban, festivas, la iniciativa. Los tocaban sin duelo ni reserva en tanteo de reconocimiento, decididas a experimentar cómo eran los dioses venidos de la mar. Sorprendidos ante el insólito avance, ellos se sometían al ceremonial con tímida pero inequívoca reciprocidad. Se sentían en un edén, lejos del hambre, del frío del invierno y de las mujeres esquivas, encerradas como muñecas rusas en sayales y prejuicios superpuestos. Ahora ellas formaban la ofrenda agradecida y reverencial de las devotas de una divinidad. El contraste les pareció encantador, además, pasmados, constataron que los varones taínos no solo no se oponían a las nuevas relaciones, sino que las fomentaban, plácidos y deseosos de progenie común.

El relato de Colón, destinado a los reyes y teniendo presente a la reina, su protectora, es extremadamente cauto y pudibundo en la descripción de las

costumbres sexuales femeninas. Solo alude recatadamente a la desnudez de las mujeres taínas distinguiendo entre las casadas, que apenas ocultan «su natura» con un pañito de algodón, y las doncellas, despojadas totalmente de ropa. También luego anotará su impresión de los «muy lindos cuerpos de las mujeres» de La Española. Pero en la realidad del encuentro, a los marineros les resultó irresistible aquella ingenua versión de odaliscas orientales y, en voluntaria amnesia de preceptos, olvidaron el castigo agazapado que en todo paraíso espera al transgresor. Antes bien, con la fe del peregrino, abrazaron el equívoco que los convertía en olímpicos e invulnerables y se entregaron sin reservas. Y porque todo les atraía en el nirvana insospechado, muchos marineros rogaron a Colón que los dejase quedarse allí, pues a la codicia del pobre se había añadido la lujuria sin barreras.

—¡Ven conmigo al bosque tú, yo quiero jugar contigo, yo quiero saber quién sois! —parecían entender los hombres, dejándose tocar sin recato por la adolescente de risa cantarina que tiraba de su mano.

—¡Sí, sí, veo que tus parientes no se oponen a nuestra boda silvestre, bella doncella! ¡Vamos, pues, sin tardanza al lecho de flores! ¡Compañeros, excusadme, son de amores mis querellas, ja, ja, ja! —exclamó un marinero dejándose dirigir.

EXPLORADORES Y GUÍAS

Después de los agasajos de bienvenida y consumados los encuentros como la parte más gozosa e insólita del rito, los capitanes decidieron explorar la costa oriental de la isla con el batel de la nao y las dos barcas de las carabelas. Durante todo el periplo, los indios se interponían amistosamente con las canoas llenas de ofrendas para conseguir su divina benevolencia. En algún caso, las visitas a las naves se prolongaron inesperadamente con la decisión colombina de tomar como rehenes a siete indígenas:

—Retened a estos tres que parecen más espabilados y muy buenos remeros. Tenemos que conseguir por lo menos siete, los iremos seleccionando entre los más inteligentes.

—Se hará como ordenéis, almirante, los agasajaremos como invitados y con el pan con arrope, los gorros colorados, las cuentas y los cascabeles, sin duda, se querrán quedar en las casas de los dioses —aseguró optimista Juan de la Cosa.

—Hemos de aprender su lengua y ellos la nuestra para que sirvan de intérpretes a partir de ahora. Habrá que distribuirlos en los barcos, estos tres serán para la Pinta por ser la que va delante, luego cogeremos otros dos para cada navío.

—A los hombres les gustará aprender su lengua, para ellos es como un juego y les divierte mucho la simplicidad india —aseguró el administrador real Pedro Gutiérrez.

—Sí, pero para nosotros no es un juego, sino una necesidad. Ellos saben de dónde sacan el oro y nosotros debemos averiguarlo, así que muy atentos al aprendizaje —puntualizó Colón con seriedad jerárquica.

—Razón tiene vuestra señoría y se hará según las órdenes. Ahora aprestémonos a seleccionar los otros cuatro —corroboró el contramaestre Diego de Arana.

Pese a la babel inicial, los indios harán de guías y prácticos en la navegación entre islas, pues si bien los taínos y arahuacos en general formaban una sociedad poco compleja, dominaban la navegación de estima, conocían al dedillo todas las islas y demostraban una orientación constante, que pusieron al servicio de los españoles. Su actuación como aguja de mareantes evitó muchos desastres en una zona peligrosa donde las naves necesitaban guía experta en mareas, bajíos y arenales. Por eso la derrota de la armadilla, a partir de ahora, va a describir figuras geométricas zigzagueantes, incongruentes en marinos experimentados, si no contáramos con el derrotero de las canoas indias, seguido por las tres naves atendiendo a los *prácticos* indígenas.

De este modo, asistidos por la experiencia local, iniciaron desde San Salvador el reconocimiento del archipiélago dejando por las noches las naves al pairo para evitar tropiezos. Pero el lunes quince, cuando estaban cerca de una isla adonde llegaron a mediodía, dos de los indios de la Niña se escaparon a nado, pese a los esfuerzos de los marineros para establecer con ellos buenas relaciones. Colón bautiza como María de la Concepción la isla de *Samaná*. Todos observan el tráfico indio por el archipiélago en las canoas y admiran su rapidez y destreza, con remos anchos como palas de tahona pueden viajar de seis a siete leguas diarias. Los remeros llevan calabazas huecas, atadas a la cintura, para achicar el agua cuando su embarcación se vuelca.

Al día siguiente, la expedición zarpa rumbo a occidente; surgen de mañana, el miércoles diecisiete en otra isla, *Yuma*, que llaman Fernandina en honor del rey castellano. Una muchedumbre indígena los recibió con grandes muestras de hospitalidad, ya informada por un solitario indio mercader de que

los españoles habían encontrado a medio camino y agasajaron con intención propagandística. Llevaba consigo un trozo de pan, una calabaza con agua, un poco de polvo rojo amasado, que llamaban achiote, unas hojas secas de tabaco, un cestito con cuentecillas de vidrio y dos blancas, monedas españolas de poco valor. Por haberle visto todo su tesoro, los castellanos sabían que venía de *Guanahani* y se dirigía a la Fernandina para venderlo todo menos su comida de pan y agua. Una vez interceptado en su rumbo, el almirante ordena que le den una hogaza con miel, además de cuentas de vidrio, cascabeles y agujetas, como llamaban a los remates de cordones de vestidos o cortinajes. En esta isla descubrieron el maíz, llamado panizo, y otras especies de peces, pájaros y árboles. Además, vieron como las mujeres mayores y las casadas, a diferencia de las desnudas, conocidas hasta ahora, llevaban un pañito de algodón en las partes pudendas. Al desconocer el telar, las telas suponían un artículo de lujo importado, solo elaboraban la malla de las hamacas.

El día diecinueve, a primera hora del alba, zarpan hacia a *Samoet*, pero soplaba un viento sur que dificultaba el rumbo elegido por el almirante, entonces Martín Alonso Pinzón, aconsejado por uno de sus tres guías indios, sugiere el cambio de rumbo para llegar más rápido, Colón acepta y surge en un «maravilloso puerto» donde, según les habían informado, estaba el oro. En estricta equivalencia con la anterior, bautizan la isla Isabela en honor a la reina de Castilla. Colón la considera como la más hermosa hasta el momento. Admiran un magnífico bosque virgen, diseñado por el viento y los pájaros, con gruesos árboles de palo santo o cedrela. De nuevo se encontraron perros mudos, una especie de conejos llamados *hutias* y otros roedores, *cuíes, quemíes* y *mohíes*. Todo armonizado con la música de bandadas de papagayos, de tan exaltante cromatismo que, en hipérbole colombina, «oscurecen el sol».

Los aborígenes, informados ya de la bondad de los extranjeros, hacen los trueques, *rescates* o intercambios correspondientes; también aquí, muchos indios llevaban la cara pintada de colores, blanco, rojo y amarillo. El capitán de la Pinta, con su hermano el maestre y el contramaestre Juan Quintero, decididos a descubrir los beneficios de la fascinante geografía, se llevaron consigo al paje Bernal y al criado de Martín Alonso, Antón Calabrés. Como siempre el ser humano apoya el nuevo conocimiento en el que ya posee, el capitán al ver la iguana, animal desconocido en Europa, la identifica con un lagarto grande, el lagarto de Indias. Del mismo modo, cuando en el segundo viaje colombino se introducen animales del viejo continente, los indígenas describen los caballos como «llamas muy grandes».

—¡Cata, cata, Francisco! ¡Miren qué lagartos enormes! Se ve que el calor los hace crecer más aquí pero, aunque contemos esto en Palos, les parecerá increíble —piensa en alto Martín Alonso.

—En efecto, no creerán en su tamaño, a no ser que cacemos uno para mostrarlo —razonó Juan Quintero.

—¡Pues es muy buena idea! ¡Yo la aplaudo! —afirmó Francisco, el maestre.

—Eso mismo estaba yo pensando, en cazar uno como regalo para Fray Antonio de Marchena y sus frailes franciscos. Lo tendrían expuesto en la Rábida y lo vería todo el pueblo —asiente Martín Alonso.

—Pues, ¿a qué esperamos? *Porca miseria!* No será muy difícil, ¡todos ayudaremos a vuesa merced a atraparlo, capitán!

—¡Sí, sí, en Palos se asombrarán de lo grandísimo que es! Seguro que les gustará mucho ver un ejemplo de las maravillas de Indias —exclamó el muchacho, entusiasmado al borde del aplauso.

—¡Ja, ja, ja! Bernal, veo que disfrutas del viaje y te vas haciendo un hombre. ¡Me complace mucho, rapazuelo! —se acercó Martín Alonso efusivo y haciendo un gesto de acción inclusiva—. ¡Vamos a la faena! Aquel, el que está saliendo de la laguna es un hermoso ejemplar, vayamos en su caza, que luego, ya muerto, hemos de salarlo para que se conserve bien.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡A la lucha, por Santiago! —dijo alegremente Francisco Martín Pinzón.

—¡A la lucha, por Santiago! —cerraron los demás en coro, riéndose, avanzando entre el follaje, recogiendo palos, y tentando el cuchillo amarrado al cinto.

Mientras el grupo intenta la captura de la iguana, llega con signos de gran sofoco el maestre Diego, boticario experimentado.

—¡Resignación, capitán! ¡Ni rastro del *nucay*! No hay oro, pero como premio de consolación hemos recogido *lignaloe,* el palo de aloe, la resina tan valiosa como purgante y otras hierbas útiles. ¡Menos da una piedra!

—Hablando del *nucay* con uno de nuestros indios, me pareció entender que señalaban al sudoeste —añade Antón Calabrés, alias *Porca miseria*.

—Sí, ese rumbo nos han indicado cada vez que les preguntamos sobre su origen, de sus gestos y respuestas se deduce que el camino del oro está al suroeste —corrobora el capitán de la Pinta.

Martín Alonso Pinzón es el intérprete que convence a Colón del rumbo idóneo para encontrar el material de las narigueras y brazaletes indios. Colón promete liberar a los guías secuestrados en cuanto encuentren el oro, así que a

medianoche del veintitrés parten de la Isabela por la ruta de las canoas, rumbo a *Colba,* Cuba, adonde llegan el domingo veintiocho. El almirante bautiza la gran isla como La Juana en honor del príncipe Juan, único hijo varón de los monarcas. Colón la cree Cipango, punto de referencia en su mapa para aludir a las riquezas salomónicas de Tarsis, Ofir y Saba, ciudades de fabulosos tesoros, adonde los guías indígenas pueden llevarlos atajando. El almirante describe una tierra «llena de buenos puertos y ríos hondos», y montañas que le evocan Sicilia. Se dedican a recorrer la costa norte y van descubriendo el modo de vivir de los indígenas en sus caneyes, casas que les recuerdan las tiendas de campaña de los campamentos militares, pero en este caso en distribución caprichosa, sin formar calles.

—Tenemos que recoger muestras de las hierbas y plantas desconocidas o diferentes. Tengo apuntadas algunas como algodón, maíz, batata, ajíes, frijoles, almáciga, yuca y amaranto —indica Colón a sus oficiales para que transmitan la orden a las tripulaciones.

—Sí, hemos visto que aprecian mucho el amaranto para comer, por su valor nutritivo, pero además parece que le atribuyen propiedades religiosas, de comunicación con los *cemíes*, sus dioses —informa Martín Alonso, más diestro e intuitivo en su comunicación con los indígenas.

Así sucedía en efecto. A sus sacerdotes los llamaban *vehíques*, ellos interpretaban los mensajes divinos y los sueños humanos, curaban enfermedades y adivinaban el futuro por medio de un complejo ceremonial.

—A mi fe que nos respetan tanto porque sus *cemíes* les han dicho que llegarían unos dioses blancos en bosques flotantes, dueños del relámpago y del trueno… —reflexiona alegremente Vicente Yáñez.

—Pues es muy probable —reforzó Pinzón el Mayor.

—¡Claro! ¿Qué sabemos nosotros? Y también hay que recoger esa hierba que usan para sus sahumerios, como la que llevaba el indio mercader en su almadía —dice Cristóbal García Sarmiento.

—Eso mismo os iba a decir, mi piloto, cada vez vemos más indios con un tizón encendido en la boca, incluso las mujeres ancianas lo llevan —añade Colón.

Era el primer contacto de los castellanos con el tabaco, aunque sus incipientes observaciones no les permitieran saber entonces que los *vehíques*, hechiceros y herbolarios respetados como santos, practicaban ritos de magia para sanaciones fumando tabaco y realizando la ceremonia de la *cohoba* o de consulta al *cemí*. Con inhalaciones de psicotrópicos, vomitaban para purificarse. Las drogas eran generalmente unas semillas del árbol *cojobana*,

inhaladas en pipas con forma de «y», que se aspiraban por la nariz y expulsaban por la boca.

En principio, todos creen que Cuba forma parte de la tierra firme, solo desde el veintiocho de octubre Colón la considera isla. Como era inevitable en el encuentro de dos grupos humanos tan diferentes, abundaron los malentendidos en la comunicación primera entre los visitantes y los indígenas. Martín Alonso, por ejemplo, oyó hablar a uno de sus guías de *Cubanacán* y, por analogía fonética, dedujo que se trataba del gran kan. Esta confusión hace que, el dos de noviembre, Colón envíe dos mensajeros, Luis de Torres y Rodrigo de Jerez, acompañados de dos indios, con cartas y un regalo, en misión diplomática de los reyes castellanos para el rey de reyes. Y mientras esperan el regreso de los «embajadores», los españoles siguen preguntando por las minas de oro, hasta que un anciano les asegura, categórico, que en Bohío había infinito y también perlas, al sureste.

—Sepa su señoría que un marinero portugués de los míos ha visto a un indio con dos manojos grandes de canela, pero no intentó rescatársela por la orden de prohibición de trueques —informó Martín Alonso a Colón.

—Bien está, pero sabiendo dónde podemos hallarla, podremos recogerla sin rescate, ¿no? —se reafirmó el genovés.

—También Bartolomé García Roldán, el contramaestre de la Niña, encontró almáciga, y eso sí que es importante para uso medicinal —añadió Martín Alonso.

—¡Sin duda! —concedió Colón—. Todos estos hallazgos serán muy valiosos cuando podamos organizar un tráfico continuado en viajes posteriores.

Colón sabía que los portugueses, en su trata de esclavos africanos, intentaban apresar también a las mujeres para que actuaran de elemento tranquilizador de sus compañeros durante la travesía. Por eso, cuando decidió coger más indios para intérpretes, las incluyó junto a los niños. Mientras tanto, el almirante manda reparar y carenar los barcos, muy maltrechos por la navegación y por la «broma», una especie de carcoma acuática provocada por un pequeño crustáceo de los mares cálidos, que se comía la madera y dejaba las cuadernas debilitadas como cartonajes. El carenado era trabajo duro y especializado, que los carpinteros de ribera, Antonio de Cuéllar y Alonso Morales, dirigían con tino. Primero había que acercar teas encendidas para quemar la capa de crustáceos adheridos al casco durante el viaje, cobertura que al ofrecer resistencia a las aguas hacía más lenta la nave; luego se arrancaba lo quemado con la garlopa o cepillo de carpintero; después se

embreaba para impermeabilizar los tablones y, finalmente, se añadía el sebo para sellarlos y hacer deslizante la superficie. Luego, en cuanto volvieran los «diplomáticos», Colón pretendía visitar al gran kan en Catay, que presentía muy cerca. Por fin, los dos españoles regresaron al quinto día con un séquito de quinientos hombres y mujeres fumando:

—¡Mi almirante, mi almirante, cate la multitud! Son Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, que tornan acompañados de toda una tribu —gritó el marinero de la Pinta Juan Verde de Triana.

—¡Dios sea servido, almirante, que nos ha permitido volver a veros! Estuvimos en una aldea de unas cincuenta casas, donde nos acogieron como emisarios del cielo. Nos llevaron al caney y un jefe indio explicó a los demás que nosotros, los recién llegados, éramos benéficos —inició el relato Rodrigo de Jerez.

—Luego vinieron las mujeres y empezaron a tocarnos por todas partes, así como dudando de que fuéramos de carne y hueso, pero nos besaban las manos y los pies con enorme respeto —siguió el intérprete Luis de Torres.

—El cacique, y luego todos los demás, nos pidieron con señas que nos quedáramos con ellos, pero nosotros intentamos hacerles comprender que no podíamos y, al mismo tiempo, iniciábamos la vuelta para que lo entendieran —siguió Rodrigo, ya instalado en la alternancia.

—Y cuando les preguntamos dónde conseguían el *nucay*, ellos nos indicaban el sudeste y hablaban también de otra isla más grande que llaman Quisqueya —cerró el informe Luis de Torres.

Hasta el momento, los castellanos no habían podido alcanzar el primer objetivo de su periplo isleño, tal como dice Colón explícitamente en su *Diario* el diecinueve de noviembre: «Verdad que es, hallando adonde haya oro o especiería en cantidad, me detendré hasta que yo haya de ello cuanto pudiere». Por eso antes de ir a *Cipango*, la futura Española, querrá ir a *Baneque*, lugar que se identifica en el *Libro copiador* como *Borinquén*, el Puerto Rico o *Baneque* indígena, isla en que, según los guías, había mucho oro y estaba a poco más de veinte leguas del Puerto de Mares, donde estaban.

El once de noviembre, cuando ya se preparaban para partir, Colón ordena retener a cinco jóvenes que habían subido a bordo de la nao y envía a sus hombres a unas casas cercanas, en busca de mujeres. Cuando él mismo alude a esto en el *Diario*, las cuenta por cabezas como al ganado: «trajeron siete cabezas de mujeres entre chicas y grandes, y tres niños». Justifica su recluta para que los indios se porten bien en Castilla teniendo compañeras de su raza y también porque ellas nos enseñarán mejor su lengua. Manda darles ropas

para cubrirse. Esa misma tarde, un indio de unos cuarenta y cinco años, esposo de una de ellas, suplicó subir al barco para que lo llevaran también a él. Colón aceptó encantado. Algunos de estos rehenes se escaparon, pero las mujeres siguieron con los españoles. La práctica colombina de los secuestros se propagaría entre los indígenas contribuyendo a deteriorar las relaciones. A partir de entonces, a lo largo del viaje costero por Cuba en busca del esplendor oriental solo hallaban pueblos vacíos. Mientras tanto, seguían impresionados por la belleza de las marismas y los bosques, superpoblados de guacamayos, pájaros carpinteros y flamencos, donde iban plantando grandes cruces de madera.

TAVIRA EN LA NIÑA

A sus veinte años, João Árias de Tavira se encuentra instalado como grumete en la Niña haciendo realidad el sueño de su niñez. Como su padre, el joven siguió el camino del transterrado lusitano, que veía en Castilla la tierra de promisión, pero el mar era la patria elegida y cuando se enteró de que una flotilla castellana, comandada por un genovés, buscaba tripulación en Palos para surcar el océano, se enroló presto en busca de experiencias afortunadas, pues como se dice en los puertos «para viajar sin dineros, marineros». Enseguida hizo buenas migas con los tripulantes más jóvenes y procuró ganarse también a los viejos, actuando como se esperaba de él: no permitiéndose el mareo ni un fallo en las tareas y luchando ferozmente contra el sueño en las guardias. Según costumbre del mar, le llamaban por el nombre de su patria chica y, al oírlo, ¡Tavira!, el joven procuraba acudir presto y sonriente.

Estaban recorriendo la costa norte de Cuba, se hallaban fondeados de vuelta de una incursión botánica donde participaron buena parte de los oficiales, con el boticario Maese Diego y Vicente Yáñez, como expertos herbolarios. Ya de vuelta en la playa, los capitanes dispusieron un tiempo de descanso antes de subirse en las barcas y regresar a los buques. De forma espontánea, se hicieron tres corros más o menos correspondientes al de mandos, marineros, y uno de gente joven, formado por pajes, grumetes y criados. Todos estaban contentos e imbuidos de la seductora belleza del ambiente con sus olores, flores, frutos y, lo más fascinante, las cautivadoras jóvenes indígenas.

—¡Qué bien este descanso, compañeros! ¡Esto es el paraíso! —exclamó el grumete Rodrigo Gallego, de la Pinta.

—¡Sería el paraíso si encontráramos el oro! Si no, nos hallaremos de nuevo en brazos de nuestra nodriza, la pobreza. ¡Y no hemos atravesado el océano para ser más pobres que putas en Cuaresma! ¿No es verdad, muchachos? —preguntó Tavira con cinismo impropio de la juventud.

—¡Pues nosotros creemos que lo hemos de encontrar! *Porca miseria!* Lo más difícil, que fue hallar la tierra, está ya hecho. Y la estamos amojonando, así que, *se Dio vuole*, también encontraremos el oro.

—¡Sí! ¡No hay duda! ¡Seguro es: encontrarlo hemos! ¡Sí, lo hemos de encontrar! —corroboran en apoyo de Calabrés los grumetes de la Pinta: Alonso de Palos, Juan Cuadrado, Pedro Tejero, Fernando Medel y el paje Bernal.

—Ya veremos si lo que nos dicen los indios es verdad o lo que quieren es que nos vayamos y los dejemos en paz. ¿No os dais cuenta de que siempre señalan a lo lejos cuando indican la situación de las minas? ¡Siempre más lejos! ¡Más lejos! ¡Allá lejos…! ¡Lo hemos de ver! —expresó Tavira liberando su codicioso escepticismo.

—Pues nosotros creemos que los indios son inocentes y dicen la verdad. Además, ya hemos visto que para ellos el oro es un adorno, pero no le dan la misma importancia que nosotros —argumentó Andrés de Huelva, portavoz fortuito de los grumetes de la Niña.

—¡Tranquilos! ¡Muy pronto estaremos en Baneque y lo veremos! ¡No es tiempo para desfallecer! Hemos descubierto y, sin duda, habrá semillas, plantas y frutos que los capitanes sabrán aprovechar. Pero nosotros podemos estar contentos, pues ya hemos descubierto las Indias —argumentó positivo Francisco Niño.

—¡Desde luego! ¡Voto a San Fernando! Estamos sanos, bien alimentados, hemos topado con indígenas pacíficos que se nos muestran reverentes. ¿Qué más queremos? Pensad en lo que pudiera habernos ocurrido de no ser así. De modo que, ¡fuera la impaciencia! ¡Ya encontraremos el oro, si Nuestro Señor es propicio! —completó Miguel de Soria, de la Niña, en ayuda de su compañero.

—¡Por Santiago, que tiene razón! Pero a mí, ahora, lo que me placería harto, en vez de tornar a bordo, sería entrar en una de estas aldeas y dejarme querer por alguna de las bellezas que aspiran a emparentar con los dioses. ¡Qué pena que el almirante no esté por la labor! ¡Ja, ja, ja! —confesó en voz baja Fernando Medel.

—¡No! ¡Es verdad! ¡Hay que joderse! ¡Como él es un santurrón, quiere que seamos todos como frailes! ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya por la remisión de nuestros pecados! ¡Seremos angélicos y subiremos al cielo, de donde creen los indios que hemos bajado! ¡Ja, ja, ja! —añadió en un susurro con las manos juntas apuntando a lo alto Pedro Sánchez Montilla.

—¡Al cielo! ¡Al cielo! Pero, de momento, ¡voto al diablo! ¡A bordo! ¡A bordo! ¡Ja, ja ja! ¡Ja, ja ja! —extendió la carcajada Andrés de Huelva.

Tavira, que asistía a la charla desde la ansiedad insatisfecha, le parecía excesivamente complaciente la visión de sus compañeros. Él no podía permitirse perder el tiempo. ¿Dónde estaban las casas techadas de oro? ¿Dónde las riquezas del gran kan de Tartaria? ¿Los elefantes, los camellos, las mujeres envueltas en sedas multicolores? Tanto en Portugal como entre los castellanos, esa riqueza era el viento que hinchaba las velas, el alimento de los sueños, invocado desde el principio por los dos patrones, por Colón, el capitán de los monarcas, y por Martín Alonso Pinzón, el de la marinería. Pero Tavira solo veía unos indígenas pobres, que cazaban, pescaban y cultivaban la tierra sin apenas transformar sus frutos. Unas tribus felices en su vida primitiva, a quienes habían observado intercambiando los excedentes de su producción en el *batey*, la zona central de la aldea. El mozo pensaba en cómo dominar la frustración producida por el contraste: nada era como lo imaginado y el acceso a la meta se veía cada día más lejos. Arrastrado por estos pensamientos, en un empeño voluntarioso, João decidió que, si hacerse rico no iba a ser tan fácil como suponía, había de pensar más agudamente hasta encontrar un atajo para conseguirlo. Esa era la idea obsesiva, la razón de su esfuerzo vital, y para lograrla no dejaría que nada lo distrajese. Haría un voto sagrado ante el altar: ¡se lo juraba a sí mismo!

LA PINTA EN SOLEDAD

El doce de noviembre, desde puerto de Mares en la costa norte de Cuba, la armadilla tomó rumbo este-sureste hacia Baneque, después de que, al mostrarle canela a los indios, le dijeran que había mucha en Bohío y, más al este, en Baneque, perlas, especias y oro, que recogían de noche con candelas. Los guías indígenas de Guanahani acostumbraban a remontar la ruta del comercio suramericano, por eso, sin poseer telares ni fraguas, tenían manillas de oro forjado y telas laboriosamente tejidas. Además, en contraste con los huidos de la Niña y algunos otros cubanos, los indios repartidos en la Pinta y

la Santa María se habían integrado en la tripulación, encantados de navegar con los habitantes del cielo. En esa armonía, los castellanos siguieron confiados sus indicaciones. Colón, luchando con el viento contrario, surgió otra vez en el llamado Puerto Príncipe, dentro del golfo que bautizó como mar de Nuestra Señora, donde hizo levantar una cruz en lo alto de una colina y pasó hasta el día diecinueve navegando entre una islita, a la que aludió como Jardín del Rey por considerarla un paraíso.

El almirante confiesa que del diecinueve al veinte la armadilla siguió rumbo «nordeste escaso» para ir a Baneque, pero el viento contrario les ofrecía dificultades y determinó hacer virar la Santa María y volver a Puerto Príncipe, donde no podrán surgir hasta el veinticuatro. La Niña, por navegar muy cerca, imitó la maniobra de la capitana pero la Pinta, más velera, se encontraba ya lejos y no pudo ver el viraje. Para Martín Alonso el viento contrario no entrañaba especial dificultad, acostumbrado desde niño a remontar el río Tinto y a volver de Guinea con frecuencia virando al barlovento y dando cuchilladas a uno y otro lado. Por eso, orzando a babor y estribor, su nave había adelantado mucho hacia el este, sin que las demás pudieran seguirla. Cuando decidió volverse en la noche, Colón aseguró haber puesto luz en el mástil, pero la de un farol con velas de sebo era iluminación muy débil, solo de cerca perceptible. De este modo, el amanecer del día veintiuno trajo la certeza de que la carabela de Martín Alonso no estaba en la armadilla.

Inopinadamente, Colón interpreta el hecho acusando a su segundo de separarse voluntariamente por codicia. A lo largo de los días de ausencia, el almirante llega a pensar con malévola desconfianza que Martín Alonso quiere adelantarse en el tornaviaje para ser el primero en llevar las noticias del éxito a España, con lo que, según él, añadiría arrogancia a la avaricia, pero los hechos demuestran que esta actitud solo existió en la mente del genovés. Pinzón, en efecto, se adelantó; descubrió La Española y, en ella, un río al que puso su nombre; encontró abundante oro y lo compró con insignificancias —tal como hizo Colón hasta que prohibió los «rescates»—, dio la mitad a su tripulación según el uso del mar y se guardó la otra mitad, envió avisos al almirante mientras lo esperaba y, finalmente, al no ser respondido, navegó hacia él. El volverse solo a España con su carabela aventajada no se le pasó por la cabeza a Martín Alonso, un hombre de su tiempo, leal a la monarquía y al jefe enviado por ella.

Lo más lógico es que Pinzón siguiera el plan discutido y aceptado previamente en el puerto de Mares, el día cuatro de noviembre, cuando Colón

y sus capitanes, maestres y pilotos tomaron colegiadamente la decisión de ir a Baneque en busca de las minas de oro. Entre ellos pesaría, sobre todo y como siempre hasta el momento, las voluntades de Colón y de Martín Alonso, después de oír lo que decían los guías indígenas, tal como el almirante narra en su *Diario* el doce del mismo mes.

> «Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de Alba para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traían, que se llamaba Baneque, adonde, según dicen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas de noche en la playa, y después con martillo dice que hacían vergas de ello, y para ir a ella era menester poner la proa al este cuarta del sueste».

Decisión, que se confirmó luego al zarpar de Puerto Príncipe. Colón, en la lenta Santa María, incapaz de alcanzar con viento contrario las carabelas, cambia el rumbo orzando para volverse a Cuba. Luego se dedica a recorrer la costa cubana hasta el cinco de diciembre en que alcanza su extremo oriental, bautizado Alfa y Omega, por su creencia de hallarse en el límite este del continente asiático. Pinzón, mientras tanto, sigue el rumbo prefijado hacia Baneque, orientado por uno de sus guías, el que más tarde en Barcelona se bautizará con el nombre de Diego Colón. El futuro Diego era quien lideraba los rumbos en la Pinta junto al capitán más diestro en el diálogo con los indios y en la navegación a barlovento, pericias que a menudo convierten a Martín Alonso en pionero de los descubrimientos. Como apunta Fernández Duro, Colón cambió el rumbo inesperada y nocturnamente, mientras Pinzón siguió navegando en la dirección que llevaba durante el día. El almirante, al ver que la Pinta no se acercaba, debía haber disparado cañonazos, pues la costumbre del mar en aquel tiempo era que a la caída de la tarde pasaran las naves por la popa de la capitana para recibir las órdenes de viva voz. Nunca se variaba la derrota sin haberlo notificado de antemano. Al no haberlo hecho así, el almirante se convierte en el único causante de la dispersión.

Martín Alonso era un hombre honrado, que se consideraba socio de Colón en una empresa a la vez patriótica y comercial, por eso era lógico que se sintiera en paridad con el ligur y lo tratase con respeto, como capitán mayor o almirante, pero también con la fraternidad de un socio y compañero en el dominio del mar y sus retos. Hallada la tierra, si el bisoño almirante tenía el poder legal, emanado de los reyes, Pinzón tenía la autoridad fáctica, derivada de su vínculo moral y profesional con la marinería. Sin embargo, Colón, desde que puso el pie en Guanahani, elevado de improviso a las más altas

dignidades, al saberse almirante, gobernador y virrey, se sintió muy superior a los que le rodeaban, con tendencia a convertir un viaje de exploración y también comercial en una armada de guerra. En esa actitud, desde el pedestal jerárquico, considera indisciplina cualquier objeción y no oculta su desdén por aquella gentecilla de pueblo, medio piratas, medio buhoneros, anárquicos e irreverentes, entre los que en la ocasión situaba a Martín Alonso. Aunque disimulara sus sentimientos, consciente de su circunstancial debilidad, el almirante empezó a llevar mal que le trataran llanamente, con franqueza e, incluso, en cuestiones marineras, puede que con indulgencia condescendiente. Entonces sentiría, imperioso, el deseo de desvincularse de Pinzón, ya solo visto como rémora para el gozo de un triunfo que considera exclusivamente individual.

La separación de las naves no fue ejecutada por Martín Alonso —que siguió la derrota prefijada yendo a Bohío (La Española) y a Baneque (Puerto Rico), guiado por un práctico de a bordo—, sino por Colón en sus vacilaciones y zigzagueos no comunicados. Y, además, en vez de reanudar el rumbo con el buen tiempo, el genovés se detuvo trece días, arrobado por la belleza paisajística. El hecho podría ser considerado en juicio como incidente, independiente de la voluntad del capitán de la Pinta, más bien se inculparía al almirante que cambió la derrota sin estar seguro de que los dos barcos le siguieran. Durante el día veintidós y hasta la mañana siguiente, Martín Alonso habría temporejado, manteniéndose sin alejarse durante el temporal. El viernes veintitrés, el viento seguía siendo contrario y apenas le permitía avanzar hacia el sureste. No es cierto que se hubiera fugado hacia el este, simplemente se encontró con que las otras dos naves habían desaparecido de la línea de visión por la orden colombina de cambiar el plan volviéndose a Cuba, sin comunicarlo nunca.

—¡Ningún barco a la vista! —gritó el grumete Alonso de Palos desde lo alto del trinquete.

—¡Ni rastro de la nao ni de la Niña, Martín! ¿Qué hacemos? Los pilotos siguen la derrota —pregunta el maestre Francisco Martín Pinzón.

—Pues, claro, ¿qué hemos de hacer sino seguir el rumbo? Ya en *Baneque* se reunirá la flotilla, si Dios quiere —contesta el capitán tranquilamente—. Nosotros iremos buscando fondeadero y todo lo necesario para cuando lleguen.

—Me extraña que no se vea un trapo, pero, efectivamente, la meta del periplo, Baneque, se fijó como punto de encuentro en caso de incidencias —recordó Francisco.

—Mucho llevaremos adelantado si vamos descubriendo mientras los esperamos. La nao es lenta y el genovés, particular, como bien sabes, pero nuestro hermano lo acompaña —explicó Martín Alonso, resuelto.

—Los vientos fueron contrarios, es cierto, pero extraña mucho que Colón vire mal al barlovento, con la experiencia marinera que dice tener —dice Francisco a su hermano en voz baja y tono confesional.

—Has dicho bien, mi hermano: «la experiencia marinera que dice tener», pero la verdad es que conocemos muy poco de él, solo lo que vamos viendo en el viaje —razonó Martín Alonso.

—Tiene razón, como siempre, mi capitán —respondió Francisco sonriente.

ESCRITOS *PRO DOMO SUA*

Ante la ausencia de la Pinta, el almirante interpreta el hecho de modo acorde con su carácter receloso y suspicaz, imagina traiciones y atribuye a otros sus propios fallos, de ahí que en su carta a los reyes del 4 de marzo de 1493, incluida en el *Libro copiador*, escriba con evidente injusticia para Martín Alonso, el que fue verdadero armador de la armadilla y, en momentos decisivos, su redentor:

> «Había otra caravela uno de Palos, a quien yo había dado cargo della, esperando buen servicio, se me avía ydo con ella, con pensamiento de tomar mucho oro de una isla de la qual avía dado nuevas un yndio que con él yo había puesto».

Luego, el historiador Hernando Colón, siguiendo a su padre, también difunde la supuesta mala voluntad del capitán de la Pinta:

> «Ese día se apartó Martín Alonso Pinzón… sin obediencia y voluntad del almirante, por cudicia, diz que pensando que un yndio… le había de dar mucho oro. Y así se fue sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso. Y dice aquí el almirante. “Otras muchas cosas me tiene dicho y hecho”».

Los comentarios negativos antedichos, junto a los del *Diario* de Colón, quieren identificar el hecho con una deserción de Martín Alonso por codicia

de la tierra dorada. Sin embargo, los hechos objetivos fueron que, desde el veintiuno de noviembre, la Pinta siguió sola rumbo a la costa norte de Bohío o Quisqueía, nombres indígenas de la isla, según hablasen lucayos o ciguayos, hoy República Dominicana y Haití; que Martín Alonso surgió en ella y recorrió la tierra como su pionero descubridor, aunque el lugar, primera colonia hispánica de las Indias, fuera bautizado días más tarde por el almirante con el nombre de La Española, por antonomasia. En esa circunstancia, es posible también que el palermo sintiera muy pesado el mando y las ínfulas del almirante, con quien desde el principio se sintió en términos de igualdad por su aporte personal y pecuniario.

Muchos autores han seguido la interpretación colombina de separación voluntaria de Pinzón especulando con las supuestas causas: bien por afán de lucro, para realizar con los indios los trueques o «rescates» que Colón había prohibido; o bien, para zafarse por algún tiempo del protagonismo único de Colón y poder ser el descubridor de Cipango, destino para el que Martín Alonso había propuesto cambiar el rumbo el día seis de octubre. Más sensatamente, sin embargo, otros piensan que no hubo tal, sino que Pinzón siguió el rumbo prefijado de antemano, sin alcanzar a ver, desde su situación de avanzadilla, las vacilaciones y zigzagueos del almirante en su pesada nave. Además, habría que preguntarse cómo la tripulación de la Pinta podía ser favorable a una desobediencia que los colocaría fuera de la ley, en un acto de rebelión y traición castigado severísimamente. Y cómo en esas circunstancias, Vicente Yáñez, el capitán hermano de Martín, hubiera quedado con el almirante en normal acatamiento de subordinado.

Es verdad que Martín Alonso permaneció un mes y medio separado de su superior Cristóbal Colón, tiempo que invirtió con sus hombres en descubrir, hacer trueques ventajosos y, a tenor de las consecuencias, en algo más. Lo imaginamos gozando el enérgico disfrute del pionero en un mundo virginal, fecundo y generoso; todo con la tranquilidad que le daba la información indígena de que podría reunirse con el almirante y su hermano Vicente, cuyas naves creía ver arribar en cualquier momento. Comprendemos mejor su actitud si nos fijamos en la de Colón, tan reveladora de su arrogancia desde la llegada a Guanahani. No solo prohibió los trueques para conseguir oro, algodón o cualquier producto de las Indias, objetivo por el que los hombres habían arriesgado sus vidas, sino que estableció penas humillantes para los infractores. Los marineros no podían aceptar sin protesta la vejación de verse maltratados por algo que consideraban costumbre y habían ejercido tradicionalmente en África. La tripulación, consciente de los inmensos

riesgos, consideraba que la empresa del descubrir debía ser también un buen negocio y no solía ir solo a jornal, sino que pedía una parte del botín logrado en los trueques con los indios. Todo esto indignaría a Martín Alonso, acostumbrado a un trato cordial con sus tripulantes, a quienes llama «compañeros» y con quienes procura mantener la armonía necesaria al éxito. En la nueva situación, sabiendo que la mayoría se había alistado por él, después de sufrir la codicia del novel almirante frente a Rodrigo de Triana, hubo de sentirse humillado, estado de ánimo que pide liberación y descanso. Por otra parte, los graves acontecimientos ocurridos en la armadilla en su ausencia subrayan lo necesaria que hubiera sido la experimentada sensatez de Martín Alonso para equilibrar algunas órdenes colombinas.

Por eso, aparte de lo que parece indudable, que el capitán de la Pinta siguió las órdenes para él nunca revocadas, es verosímil también que un hombre íntegro, de palabra respetadísima, con voz de mando y veteranía de lobo de mar, llevara mal adaptarse, como un segundón obediente, a las órdenes, muchas veces caprichosas del almirante. Sin embargo, pese a esto y de modo independiente, algunos se inclinan a ver en los hechos y su manipulación posterior un histórico malentendido, fundamentalmente provocado por el *Diario* de Colón. Documento del que solo nos queda la copia resumida e interpretada por el amigo de la familia y panegirista del descubridor, fray Bartolomé de las Casas, cuya visión, tomada de la escrita por Hernando Colón, condicionó posteriormente la de casi todos los historiadores de Indias. En su interpretación partidista, el fraile incluso llega a suponer que los hermanos Pinzón pudieron influir en los dos conatos de motín de los días seis y diez de octubre, cuando fue precisamente su lealtad al capitán mayor lo que salvó la situación. Leamos su *Historia de las Indias*:

> «Algunos pasaban más adelante, diciendo que lo mejor de todo era echarlo una noche a la mar, si porfiase (…) En estas y otras ocupaciones gastaban el tiempo de noche y de día, y a ello debían de dar lugar los Pinzones, que eran los capitanes y principales de toda la gente».

Fray Bartolomé reproduce la visión negativa de su amigo, el hijo de Colón, historiador parcial que aprovecha los materiales del *Diario*, pero seleccionando, suprimiendo o cambiando hechos cuya difusión no interesa a la exaltación casi hagiográfica del personaje. De este modo, desdeñados los testimonios de los pleitos, la rápida muerte de Martín Alonso y la desaparición o inexistencia de su diario de a bordo, lamentablemente, dejaron

como únicas fuentes los relatos colombinos. Así fue como la ausencia documental de una parte perjudicó la imparcialidad del relato descubridor ensombreciendo el perfil de una de sus figuras imprescindibles.

INTRIGAS

El viajero de la Santa María, Pedro Gutiérrez, había sido repostero de estrados de los monarcas, oficio que le obligaba a tener siempre dispuestos muebles, tapices y ajuar doméstico para un salón real. Se trataba de un cargo imprescindible y de cierta responsabilidad para un hidalgo en corte itinerante, pero, codicioso como era, el hombre procuraba aumentar sus ganancias haciendo préstamos de usura. En el ambiente nobiliario de su trabajo, Gutiérrez había contactado con Cristóbal Colón y, al ver que el pretendiente obtenía el favor real, se hizo su amigo y quizá su prestamista, lo que explicaría el embarque descubridor como medio de satisfacer la deuda y los intereses. Ya a bordo de la nao capitana, Pedro de Terreros, criado principal o maestresala de Colón, al ver al hidalgo enrolado sin cargo alguno y tratado con fina deferencia por su amo, proporcionaba al viajero el respeto añadido de saberle rico y amigo de los grandes. El criado aceptaba sin crítica alguna los valores de la jerarquía social mostrándose adulador con los poderosos mientras repartía desprecio entre los débiles. En su ideal de lacayo feliz, la identificación con el fuerte le hacía ser obsequioso, intrigante y amigo de confabulaciones. Gozaba de gran habilidad para encauzar el diálogo hacia puntos de su interés, sonsacando opiniones que luego habría de rentabilizar en beneficio propio. A menudo ofrecía a Colón el fruto de sus intrigas como un carboncillo que dibujase su perfil de secuaz digno de recompensa. En el tiempo libre, husmeaba entre los grupos de marineros para sondear con hábiles preguntas la imprevisión de unos o la ingenuidad de pajes y grumetes. Con esa idea, en un momento de descanso, Terreros se acercó a Pedro Gutiérrez, que se hallaba acodado en la borda de estribor en actitud contemplativa:

—¡A los buenos días, señor! Parece que su señoría otea el horizonte. ¿Quizá espera ver acercarse la desaparecida carabela Pinta? Hace ya una semana que se esfumó.

—¡Oh no, mi buen Terreros! Bastante tengo con pensar en mis asuntos. Pero el capitán Martín Alonso, sin duda, sabe lo que hace y estará esperando

nuestra llegada en Baneque, ¿no se llama así la isla aurífera? —tanteó Pedro Gutiérrez al criado, como al descuido.

—Sí, es Baneque donde los indios sitúan el oro. Los de la Pinta estarán allí haciendo rescates y recogiéndolo alegremente en minas o ríos, sin orden ni control del almirante. Irán progresando en la rapiña y, cuando lleguemos nosotros, quizá nos ofrezcan un mapa donde hallar la mina —se atrevió Terreros en tono confidencial.

—La verdad es que no sabemos nada de lo que hallarán ni de lo que estarán haciendo, ni siquiera si los indígenas de la isla son pacíficos como estos, pero es muy probable que sea como dices —quiso ser ecuánime y prudente el funcionario.

—Estoy convencido de ello, así como de que el señor Martín Alonso se halla encantado lejos de mi señor, pues le pesa su autoridad y sé que en la Pinta los marineros se permiten criticarlo. Se creen más expertos en las cosas de la mar y lo censuran por haber sido el primero en ver tierra y haber reclamado el aguinaldo real. Son gente levantisca y por eso han desaparecido. Yo no quiero decir nada de esto a mi señor para no disgustarlo, pero así lo creo, ¿no así vuestra señoría?

—Seguramente tienes razón, pero pronto hemos de encontrarlos y las cosas volverán a ser como deben en una armadilla de tres naves: todos subordinados al almirante acatando lealmente la disciplina a bordo y en tierra —el hidalgo trató de evitar indiscreciones con un criado en quien, pese a su servil amabilidad, no confiaba.

—Los hermanos Pinzón son de muy diferente carácter —siguió empecinado Pedro Terreros—, el capitán Vicente Yáñez, por ejemplo, es intachable con mi señor, le mantiene siempre el acatamiento debido; en cambio, muy distinto se está mostrando su hermano mayor. Claro que la actitud del capitán de la Niña también puede deberse a hipocresía y ruindad, ¡nunca se sabe! Y algo de eso tengo entendido del portugués Juan Arias. En fin, como mi señor don Pedro sabe bien: no es oro todo lo que reluce.

—Eso sí que es una gran verdad, buen Pedro, por eso hemos de andar siempre cautelosos; sin embargo Vicente Yáñez me parece excelente persona, muy interesado en las ciencias naturales, en la botánica, y no en intrigas de palacio —quiso defender el hidalgo.

—Me quedo con lo que ha dicho su señoría, sabio consejo, «siempre cautelosos». Ahora he de despachar quehaceres con mi amo.

—¡Claro, claro, Terreros! Y sírvelo bien, que de él dependemos todos.

REUNIÓN DE OFICIALES

Finales de noviembre de 1492, en puerto de Mares, costa norte de Cuba, la capitana y la Niña permanecen fondeadas para una incursión de exploración geográfica. Ya de vuelta, el grupo descansa en la ribera de un riachuelo para luego regresar juntos a bordo en las dos barcas. Colón ha invitado a parlamentar en su cámara de la Santa María, junto a su maestre Juan de la Cosa, a Vicente Yáñez y a Juan Niño. Ya reunidos, el almirante aborda el tema *ex abrupto*:

—Señores, les confieso que me preocupa la ausencia ya prolongada de la Pinta. Considero una falta grave hacia mi autoridad que se haya separado y no se preocupe de buscarnos. Me gustaría saber cómo enjuician vuesas mercedes el hecho.

—Tratándose de Martín Alonso —comenzó Juan Niño en calidad de veterano del grupo—, nosotros estamos tranquilos, almirante, seguros de que él ha seguido la ruta ordenada hacia Baneque y allí nos estará esperando, convencido de que nos reuniremos pronto con él.

—Puede su señoría contar con que así será —añadió Vicente—, pues sin duda no ha podido ver el farol de la Santa María en la noche ni saber del cambio de rumbo de la capitana.

—Era imposible que lo pudiera ver, desde la distancia grande que su nave nos llevaba de adelanto, por más velera y para evitar choques a barlovento en la mar crecida. Nosotros no disparamos la lombarda preceptiva para el cambio de rumbo, ni su señoría lo comunicó a los capitanes al paso por nuestra popa a la caída de la tarde —añadió Juan de la Cosa.

—Por otra parte, nos hemos retrasado mucho por aquí, posponiendo continuar nuestra derrota hacia el este. Hay que reconocer que no hemos hecho lo que se esperaba, según las órdenes: ir a Baneque en busca del oro. No hemos seguido a la Pinta como veníamos haciendo. En realidad, somos nosotros los que nos separamos al cambiar los planes. El capitán es mi hermano y lo conozco, seguro que estará muy extrañado de no vernos surgir y permanece en actitud de espera —argumenta Vicente Yáñez con firmeza.

—Tomé esa decisión porque en la nao resultaba difícil la navegación con viento contrario, e hice la señal mandando prender el farol. La Niña lo vio —se justifica Colón.

—Todos los que aquí estamos hemos navegado muchas veces con vientos contrarios, eso para mi hermano no entraña dificultad alguna, así que no pudo sospechar el cambio ordenado por su señoría y, mucho menos, ver el farol a

varias millas. Los de la Niña lo vimos porque navegábamos a vuestro costado —explica Juan Niño.

—Pero entonces, al ver que no llegamos, Martín Alonso tendría que volverse por si nos hubiera pasado algún percance, ¿no?

—Él sabe que navegamos en conserva, con los indios como guías prácticos. No sospecha nada de eso, sino que espera en el punto de encuentro, según las órdenes —explica con calma Vicente.

—Tampoco nosotros pensamos en que le haya pasado algo malo a la Pinta, por eso no nos hemos apresurado a seguir el rumbo prefijado para socorrerlo, sino lo que ha dicho Vicente: nos está esperando y no tardaremos en tener nuevas, estoy seguro —completa Juan Niño.

—¡No! A mí tampoco me cabe en la cabeza que Martín Alonso pueda embarrancar, vararse o malograrse la Pinta. Él es capitán que, si es menester, sabe coger el timón y llevar su nave a buen puerto. Estoy seguro de que nos espera tranquilamente mientras hace rescates de oro y va descubriendo tierras —corrobora con admiración Juan de la Cosa.

—Ya veo por sus consideraciones que la ausencia de la Pinta, que todos sufrimos y puede tener consecuencias, no es un acto de indisciplina de su capitán sino imprevisión del almirante. ¿No es eso?

—Decimos que Martín Alonso es hombre disciplinado. Todos vimos su colaboración constante en este viaje y su lealtad probada cuando fue necesario. La separación de su nave es un hecho fortuito, debido a marítimas circunstancias, de todos conocidas. Y podemos asegurar, contestando a la pregunta de su señoría que, si el hecho hubiera de presentarse a juicio, ningún juez condenaría a Martín Alonso. Eso es lo que nosotros creemos —cierra Juan Niño con voz firme y una dignidad arraigada por igual en los silencios y en las palabras.

Efectivamente, como han adivinado quienes lo conocen, Martín Alonso está tranquilo, convencido de que las naves se buscarán mutuamente para el reencuentro. Es el que trata de favorecer enviando indios en canoas con la noticia de su llegada a Bohío, donde espera al resto de la armadilla, después de haber estado en Baneque sin encontrar el oro. Colón, en contraste, recibe la nueva de que una *casa flotante* está cerca en la isla, no puede ser más que la Pinta, pero no hace nada por reunírseles. Pese al criterio de sus principales, prefiere seguir creyendo en la perfidia de Pinzón y verter su resentimiento en el *Diario*, descalificando y calumniando ante los reyes a su mayor colaborador. Todo ello, justo cuando habían de empezar a cumplirse las promesas colombinas de compartirlo todo con Martín Alonso; bien al

contrario, sin embargo, el capitán Pinzón va observando en el Trópico cómo enferma de amnesia su antiguo socio.

MARTÍN ALONSO EN LA ESPAÑOLA

Después de la separación, la Pinta se encontró sobre primeros de diciembre en Bohío costeando en dirección este hacia Baneque. Mientras buscaba un puerto donde atracar y pensando encontrar a Colón, Martín Alonso llegó a Estero Hondo el día cinco, tomó posesión de la isla en nombre de los Reyes Católicos y bautizó el lugar Puerto de Martín Alonso. Todo antes de que llegase Colón y anulase, el diez de enero, lo hecho por su segundo. Liberó a los indios apresados allí por Pinzón e, imitando a los emperadores romanos, practicó la *damnatio memoriae* al renombrar el lugar Puerto de Gracia.

Hasta entonces, Martín Alonso permanece tranquilo, sigue pensando que las tres naves han de encontrarse de modo necesario pues se buscarán mutuamente. Pero el almirante tarda en ir a la isla del oro, según dice, a causa del viento contrario, confesando así su inferioridad como marino frente a Pinzón, que padeció el mismo viento y siguió a barlovento por rutas ignoradas hasta llegar a destino. Esto contará el palermo a su primogénito y lo mismo corrobora el testigo Diego Fernández Colmenero en los pleitos:

> «… e porque dél no quedase allý memoria nynguna [no] consintió a personas algunas de su compañía que le llamasen el puerto de Martín Alonso, salvo puerto de Gracia, porque no oviese memorial del dicho Martín Alonso descubrydor de la ysla Española, e que así fue público e notorio».

El capitán de la Pinta hizo una pequeña incursión hacia el interior de la isla de Bohío, pero enseguida decidió seguir al punto prefijado para encontrar la nave capitana y la Niña. Guiado siempre por el práctico de Guanahani, en el extremo noroccidental de Baneque encuentra un buen fondeadero, la bahía de la Aguada. Pero al no ver ningún rastro de Colón ni de su hermano, decidió regresar a Bohío y costearla en sentido contrario, de este a oeste, para encontrar a sus compañeros frontalmente, pues suponía que, siguiendo las indicaciones de los indígenas, tendrían que venir por allí. Martín Alonso busca a Colón, no lo encuentra y, en la espera, se dedica a hacer exploraciones en la futura Española persiguiendo las fuentes del oro, interés

prioritario de todos, desde los monarcas al último grumete, pese a los celosos reproches colombinos.

El Cibao era la más importante zona de oro nativo o de martillo en Bohío, situado en la vertiente norte de la cordillera Central, a cincuenta quilómetros de Estero Hondo. Hacia allí se dirigieron el capitán de la Pinta y doce de sus más preciados compañeros, en una incursión de tres días, en que conectaron con los subcaciques de la comarca, que casi siempre se encontraban rodeados de sus principales, los *nitaynos*. En esa circunstancia, los castellanos podían realizar libremente el trueque deseado cuando los invitaban al gran bohío donde se dejaban servir por siervos, los *naborías*, junto a las cuatro o seis mujeres de las que disfrutaba el cacique en contraste con la monogamia general. En estas relaciones, los invitados se van dando cuenta de que sus anfitriones viven en una jefatura con dos clases sociales, hombres libres y siervos. Estos últimos, dedicados a mantener al cacique y sus colaboradores, son los que hacen posible al pueblo taíno poseer colectivamente tierra, bienes y servicios.

El grupo de españoles se adentró primero en la Managua, región que, en aquel momento, era el reino del cacique Caonabo, rey de la Casa de Oro, y luego descubrieron Xaraguá, la región occidental, señorío de Behechio. Los dos caciques eran cuñados, al ser Anacaona, hermana de Behechio, la esposa de Caonabo, pero, al enviudar, ella regresó a la corte originaria. Allí encontrarían los expedicionarios bastante oro para intercambiar por los productos que llevaban, de poco valor para los españoles, pero insólitos y apreciadísimos por los indios. En los trueques, paradójicamente, las dos partes del trato se quedaban encantadas, disfrutando cada uno de haber hecho el gran negocio con la inocencia del otro. En este clima de excitada y festiva sorpresa, los aborígenes invitaban sonrientes a los recién llegados a sus caneyes. Los españoles habían aprendido a valorar esta conducta hospitalaria al observar que, si el anfitrión no deseaba que nadie turbase la intimidad doméstica de su caney, colocaba dos cañas cruzadas ante la puerta como elemento disuasorio para las visitas. Ningún vecino de la tribu violaba entonces esa señal, tan infranqueable para él como un castillo roquero para el europeo. Pero en el agradable ambiente de cortesía y diversión que habían creado, los recién llegados entraban, encantados y curiosos, inclinándose a través de una puertecita abierta en la choza.

—A la paz de Dios, hermano —saludaba Martín Alonso seguido de dos de los suyos.

—¡Entren, entren, vamos a mi casa, señores! ¡Enséñenme las bolitas con música! —creían entender los castellanos en la gran expresividad indígena de gesto y palabra.

—¡Qué hermoso brazalete tiene vuesa merced, amigo mío! —le dijo al anfitrión el piloto Juan de Jerez, señalándolo con un ademán mientras sonreía.

—Yo te lo cambio por música redonda, ¿tú quieres trueque? —se haría entender con su lengua ignorada el indio expectante y sonriendo.

—De acuerdo, yo estaré muy contento con el cambio. ¡No lo dudes! ¡Ja, ja, ja! —respondió Juan de Jerez mientras los demás le acompañaban en la carcajada.

Los españoles actuaban con prudencia y solo iniciaban relaciones domésticas cuando habían sido invitados previamente por el mandatario, luego continuaban los intercambios individuales o en grupo y se dejaban conducir sonrientes y cordiales, ofreciendo cuentas de vidrio y fruslerías. Por un cascabel le daban trozos de oro del grueso de dos dedos o de una mano, que se iban añadiendo al lote único para el reparto final. La codiciada distribución era tarea del capitán, en el barco, entre la alegre y acostumbrada algazara de todos.

Martín Alonso, en sintonía con su tripulación, fue el primer explorador y conquistador del oro de las Indias, además de descubridor del río Yaque y del Cibao, la región aurífera cuyo nombre les evocaba el Cipango. El capitán de Palos, en una actitud más audaz y arriesgada que la de Colón, es también el descubridor de Baneque y Bohío, las islas que hoy llamamos, Puerto Rico y la que alberga Haití y la República Dominicana. Forjado en la lucha en tierra y mar desde muy joven, el gran palermo afrontaba el peligro con decisión, inteligencia y tacto, como se puede observar cuando, en la primera de las incursiones, estando él bebiendo en una fuente con una taza de plata en medio de sus doce hombres, se acercó un indio y, deslumbrado por el metálico recipiente, se lo cogió sonriendo y se marchó con él a paso ligero.

—¡Ah del ladrón! ¡Pícaro redomado! ¡Espera, espera! ¡Ven aquí! ¡Que la taza no es un rescate! ¡Que es del capitán! —gritó García Sarmiento, haciendo ademán de perseguir al indio.

—¿Y no se va corriendo con la jícara, el rufián? ¡Ya verás tú quién corre más, desvergonzado! —completó el alguacil Juan Reynal, haciendo lo mismo que su compañero.

—¡Dejadlo! ¡Teneos! ¿No veis que para ellos todo es de todos? El indio nunca ha visto nada semejante y el pocillo lo ha fascinado. Dejadlo que

asombre a su familia con el tesoro de los extranjeros, así vendrán sin miedo para los trueques —explicó Martín Alonso mezclando lógica y firmeza.

—¡Como mande vuesa merced, capitán! Pero ahora tendremos que hacer taza con las manos si queremos beber… ¡Hay que joderse! ¡Demonio de indio! ¡Ja, ja, ja! —aceptaron parándose en seco, jocosos, los dos hombres.

Chocaba mucho a los españoles el sentido comunitario de la cultura indígena, mentalidad taína que no siempre fue comprendida y respetada; no les resultaba fácil aceptar algo tan ajeno a los propios hábitos: recelaban del comunismo primitivo observado en las chozas donde eran invitados. Habían visto que cuando se allegaban muchos indios para ver a los venidos del cielo, se ponían a comer y beber como si se tratara de una fonda donde el posadero disfrutase al ver a sus huéspedes compartirlo todo sin pagar factura.

Martín Alonso, con su grupo de incondicionales, hizo otra incursión a través del valle del Yaque y, desde allí, envió canoeros en busca del almirante y de su hermano Vicente. Estas dos exploraciones pioneras de Pinzón las copió Colón en el segundo viaje, cuando bautizó el lugar Vega Real. Era la tierra que con su fertilidad se derramaba desde el interior hasta el mar; se conocía entre los naturales como la provincia de Macorix, zona muy poblada en la parte norte, cercana a la cordillera Septentrional. La llegada de los españoles al valle causó el revuelo acostumbrado, los campesinos dejaban de labrar sus campos, plantados de yuca y maíz, los conucos, para agruparse, sociables y alegres, en torno a los españoles, ya advertidos de su carácter benéfico por sus propios canales de comunicación. Con afectuoso sentido de la hospitalidad, los llevaban a la aldea e iban cada uno a su caney en busca de objetos para el trueque, deseosos de poseer los codiciados cascabeles, el metal de la risa y el canto del pájaro.

Cuando llegó el grupo de castellanos e indios a la aldea, las mujeres dejaron sus rutinarias faenas. La que molía el panizo a la puerta de su casa, hizo una pausa, se volvió hacia el interior para pedir bendición al trigonolito sagrado de Yahubabael y se levantó, sonriente y excitada, llamando a gritos a sus compañeras. Al oírla, otra indígena se volvió para avisar a su amiga, la artesana que exprimía la pasta de yuca dentro del *sibucán*, un recipiente tubular de fibras vegetales que, colgado de un árbol, dejaba caer el líquido ponzoñoso en el cuenco de una calabaza seca. Muy cerca, la mujer que bañaba a sus hijos en el riachuelo les pidió de pronto silencio y compostura, los cogió de la mano y se acercó al grupo. Las doncellas, situadas a la sombra, en cuclillas, alrededor de una vieja maestra, al ver a los castellanos dejaron de elaborar cestos de hoja de palma y comenzaron a reír, alborozadas, mientras

cruzaban frases misteriosas que la anciana censuraba con gravedad. De pronto, la actividad ritual y calmada de la aldea adquirió un punto de ebullición. Todas querían hablar a los extranjeros, pero solo las más jóvenes iniciaron una ceremonia de conocimiento primigenio, que fue interpretada por los españoles sin ningún equívoco. Era un atrevido coqueteo trenzado de miradas, gestos, risas y manos ávidas de sentir la humanidad de los dioses. Ellos, asombrados del inusual regalo, se dejaban cautivar por las seductoras, cándidas púberes en libertad de goce. Parecían entablar un diálogo aproximado a este:

—¡Qué guapos son los hombres del cielo, aun con el pelo en la cara!, ¡qué blancos y con los ojos claros! —exclamaba Ariche entre sus amigas, mientras mesaba las barbas y abrazaba a uno de los hombres.

—Sí, son hermosos, pero ¿por qué cubrirán el cuerpo con telas? Solo vemos sus caras y manos, ¿cómo tendrán lo demás? ¡Ja, ja, ja! —añadió Tanama acercándose a otro.

—Lo tendrán más blanco aún, como luz de luna, serán enormes luciérnagas en la noche —explicó Citlalli, la hija del subcacique Yaya, eligiendo, con sentido de jerarquía tribal, a Martín Alonso para su investigación.

—Pues si los llevamos al bosque contigo, Citlalli, no necesitaremos luna ni antorchas, ¡ja, ja, ja! —discurrió, festiva, Bijiriba, jugando con el significado del nombre de su amiga, Citlalli o «Estrella», y cogiendo de la mano al elegido.

El único recelo de los sumisos españoles era observar la actitud de los indios —padres, hermanos, quizá maridos— ante el acariciador avance femenino. Pero, como ya habían percibido anteriormente, para su asombro y tranquilidad, los hombres de la tribu taína se reían y celebraban el erótico encuentro con aprobación de ofrenda, como si se tratara de un delicioso aperitivo del banquete para los invitados.

—Capitán, ¿qué hacemos? ¿Las seguimos disciplinadamente, ja, ja, ja? Dé la orden de acción, querido amigo, ¡cate que la rebeldía se paga cara en el paraíso! ¡Ja, ja, ja! —le susurró uno de los pilotos, dejándose abrazar por la fogosa Bijiriba.

—¡Santiago y cierra España! ¡Ja, ja, ja! ¿Puede un río correr de la boca a la fuente? ¡No! Ni por ende, un caballero español, defraudar rudamente tan tierna expectativa. Nos lo han dicho nuestros abuelos: ¡Por tal tierra andar, tal pan manjar! —contestó regocijado Martín Alonso.

—¡Bravo, capitán! ¡Así es! Y, en efecto, también mi abuela me dijo un día: «Tan malo es no querer pasar lo que no se puede excusar, como desear lo que no se puede alcanzar» —remachó un piloto en eufórico consenso.

Después del primer saludo de bienvenida, trufado de risas, flores, abrazos y caricias, se acercó a ellos, lento, sonriente y ceremonioso, el subcacique Yaya. Las jóvenes, silenciosas de pronto, ante el imperceptible gesto del hombre interrumpieron el afectuoso festival para dirigirse al caney, obedientes a su responsabilidad en el adobo de los manjares. Al jefe se le unió su séquito como en coreografía teatral, juntos pidieron entonces a los extranjeros que desenvainaran la espada y se la prestaran para su reconocimiento admirado. Martín Alonso se separó unos pasos, tensó el tahalí, sacó el acero con curvilíneo efecto y, volviéndose hacia unos matorrales, los cortó de un mandoble. Acto seguido, le ofreció la espada a *Yaya* cuidando de guiar su mano a la cazoleta para evitar que se lastimase. Al tiempo le indicó gestualmente que repitiera el corte de hierbas, cosa que el indio hizo con tal poder de imitación que provocó el regocijo general.

—Cristóbal Quintero, ¿harías una demostración de disparo de arcabuz entre aquellos árboles? —preguntó Martín Alonso a su piloto, inmediatamente después.

—Lo que vuesa merced ordene, capitán, pero ¿no se asustarán nuestros anfitriones?

—¡No! Ya saben que somos señores del trueno y del relámpago, atributos del cielo, así que ellos también querrán ver por sí mismos lo que les han contado.

—¡Pues vamos! García Hernández, mi compadre, retenga vuesa merced a los indios aquí, a cuatro o cinco metros de muestro piloto. No sea que alguno se acerque al campo de tiro y tengamos una desgracia.

—¡A la orden, compadre, eso está hecho! —respondió el onubense al tiempo que abría los brazos en cruz para, como maestro en patio de recreo, agrupar y dirigir a los indios al lugar indicado.

Cuando Cristóbal Quintero apuntó a la poderosa rama de una ceiba habitada de pájaros y música, los indios dejaron de hablar preparándose para la trascendencia. Lo extraordinario llegó como un arrebato superior a lo esperado, en simultaneidad mágica de estruendo, revuelo de alas, negra nube y claridad en destrozo. Los indígenas, como uno solo, retrocedieron aterrados; alguno se cayó de espaldas para levantarse ágil y avergonzado; todos permanecieron mudos por la impresión. El jefe Yaya pensó en sus enemigos, los temibles caribes, ¿desearían volver a atacarles, si los recibieran con el

rayo y el trueno de los dioses amigos? ¿Se atreverían entonces a capturarlos para luego darse con ellos un festín de antropófagos? Estaba seguro de que no. Luego, debía convencer a los extranjeros para que se quedasen a defenderlos. Tendría que seducirlos para que enseñasen a sus hombres buenos el misterio del trueno. Sí, así debía ser, Yucahu Bagua Maoroti, el benéfico dios de la yuca, tal como le había profetizado el vehique, se mostraría propicio a la tribu.

Soslayando de momento la decisión y volviéndose hacia Martín Alonso, Yaya indicó, con gesto resuelto, al jefe de los hombres celestes que lo siguiese con los suyos a la plaza donde había mandado preparar un ágape de fraternidad e intercambio. En perfecta sincronía, uno de los hombres expresó en prosa castellana el deseo de todos:

—¡Qué hambre, compañeros! Nos va a venir de perlas el banquete, ¡ya estoy oliendo las carnes asadas!

—¡Ja, ja, ja! ¡Tienes razón, amigo, yo me comería un buey, pero no haré ascos a los, curíes, tortugas o lo que haya! ¡Vive Dios! ¡Ja, ja, ja!

Como un hábil diplomático, Yaya manifestaría a los postres su deseo, sería allí en el regocijo, justo antes de que las frutas y libaciones dieran paso a los areítos, la festiva ceremonia que actuaba de lazo identitario en su cultura iletrada. En ella se desgranaban cantos y bailes con versos medidos, recitados al pie de la letra para no corromper el mensaje de los ancestros en la fecunda memoria tribal. El director de la fiesta iba cantando y bailando seguido de un coro repetidor y, al tiempo que se pautaba el relato a toque de tamboril, los danzantes bebían un aguardiente hasta caerse al suelo embriagados.

Después de contemplar la expresión artística de parte de sus creencias, los españoles participaron en el obligado intercambio de regalos y, finalmente, como remate de la ofrenda, las mujeres jóvenes podrían entregarse a los dioses para procrear una estirpe celeste, fuerte y sabia, poseedora de insólita magia. El cacique imaginó casas aladas surcando nubes y mares, sintió desvelado el secreto del rayo y del trueno, de los trajes metálicos invulnerables a la flecha y la ponzoña, de las espadas con filos más cortantes que los cuchillos de pedernal… Sí, este último regalo contribuiría a convencerlos para quedarse. Tenía que conseguirlo y lo intentaría con toda su fuerza. Por eso, dirigiéndose ahora a todos los invitados, pareció decirles en doble lenguaje oral y gestual:

—¡Extranjeros, aquí con nosotros! ¡Españoles y taínos amigos! ¡Caribes enemigos! ¡Españoles defensa contra caribes! ¡Caribes enemigos de taínos y de españoles! ¡Caribes envenenar flechas! ¡Caribes robar mujeres para

esclavas! ¡Mujeres taínas parir niños, caribes engordarlos, caribes comerlos! ¡Caribes comer prisioneros! ¡Con rayo y trueno españoles matar caribes! ¡Caribes huir. No venir nunca más! ¡Españoles, aquí! —terminó el cacique con ademán de gran autoridad.

—¡Nosotros españoles, amigos taínos! —respondió Martín Alonso como portavoz del grupo, gesticulando como un moro, y mirando al cielo—. ¡Estaremos solo unos soles, pero os defenderemos si en este tiempo vienen los caribes! ¡Españoles y taínos, muy amigos! ¡Muy amigos españoles y taínos!

Martín Alonso lo decía de verdad, conmovido por las muestras de la salvaje agresividad caribe que le mostró *Yaya* en los muslos y piernas de algunos de sus guerreros. Vio miembros llenos de huecos y cicatrices de enormes desgarraduras, hechas en vivo por los caribes en razias periódicas perpetradas en las aldeas taínas. Con la mayor crueldad, los caribes iban en busca del botín de esclavos, a los que trataban como reses, buenas para el trabajo y el consumo caníbal; en este momento, mantenían sobre los taínos una hostilidad permanente, tanto que eran un peligro de extinción de su raza y cultura. Conscientes de ello, para crear unidad y fortaleza, las víctimas se confederaron y crearon vínculos dinásticos con matrimonios cruzados entre las familias de los caciques.

Terminado el ágape, una vez hechas las promesas de amistad y colaboración, enseguida se acercaron las jóvenes, sonrientes y danzarinas, dirigiéndose fielmente cada una a su elección primera. Empezó *Citlalli*, al coger, decidida, la mano de Martín Alonso y conducirlo hacia el bosque. Las demás la imitaron con sus caballeros, en séquito cortesano y festivo. En el corazón de la floresta, solo se oía el canto de las aves como armonioso coro del diálogo. El femenino gorjeo entre excitadas risas aumentaba el placer, ellas se sentían muy satisfechas con la docilidad de aquellos extranjeros anonadados que aún no se creían lo que estaba a punto de ocurrir. Martín Alonso, agarrotado por una tormenta de deseos contradictorios, sentía por *Citlalli* una ternura nueva y refrescante, una marea creciente que lo anegaba en un tiempo anterior, sin ataduras ni impedimentos. Pero, a la vez, después de las primeras bromas, la adormecida conciencia de su estatus de capitán lo cohibía. Sin embargo, ya aceptado el carácter irrevocable de la situación, decidió dejarse llevar por el torbellino. Entonces, ya resuelto el dilema, sintió ascender una energía nueva elevando el caudal del goce y, en arrebato juvenil, cierta sabiduría ancestral lo hizo sencillo, identificado con el deseo femenino en un mundo de inocencia presente y sin memoria.

El idilio se prolongó en gestos de ternura masculina, muy sorprendentes para las taínas, iniciadas con los suyos en otro patrón de comportamiento, quizá el que oscila, intermitente, entre urgencia y hastío. A ellas les halagaba como algo insólito el afecto de los hombres celestes, expresado entre caricias, susurros y sonrisas. Se sentían seducidas por el novedoso contraste de los formidables visitantes, capaces de heroicos prodigios, pero agradecidos y sumisos al femenino reclamo antes, durante y después del amor. Las jóvenes gozaban asombradas del insólito mimo y, al sentir la propia imagen elevada en el espejo de los dioses, como la pastora Sulamita habrían podido entonar otro *Cantar de los cantares*: «… comparar un mango a la maleza / es comparar mi amigo a los muchachos. / Y yo quiero sentarme a su sombra / paladeando sus frutos sabrosos».

Recíprocamente, como en armonía de dúo musical, los marinos sedientos de agua dulce se dejarían conmover por el lirismo de oasis: «Tus pechos son dos crías / mellizas de gacela / triscando entre lirios».

Pasado un tiempo, a ritmo lento, las parejas del mestizaje primordial fueron reintegrándose al grupo aldeano con tranquila naturalidad, disfrutando plenamente de la aceptación gozosa. En todos los que llegaban se sentía la íntima alegría de un deleite compartido y su expresión externa en el lenguaje universal de la risa, la mirada y el tacto. Los indígenas adultos arropaban las relaciones, pacíficos, contentos y deseosos de ganar fortaleza injertando en el tronco taíno la savia nueva de los dioses blancos. Eso los haría invulnerables y temidos por sus feroces enemigos. Los hombres buenos siempre se habían preocupado de mejorar la raza con normas profilácticas, sus clanes de organización matrilineal eran exógamos, precisamente con la idea de evitar enfermedades degenerativas propias de la endogamia. El incesto, tan común entre los incas, les parecía a los taínos el presagio de una muerte terrible, castigado con la expulsión del clan y el aborrecimiento de propios y extraños, pena máxima en un mundo donde la supervivencia dependía de la comunidad. Por la misma razón, se cree que practicaban el infanticidio cuando nacía un niño disminuido, lo que explicaría los lindos cuerpos de los nativos, que ensalza Colón.

Pero los españoles, ajenos en este primer contacto a intenciones y costumbres, se dejaron ganar por la felicidad del mundo elemental: la ubérrima naturaleza, el aire cálido y perfumado, la restallante luminosidad, lo hospitalario de los naturales, todo se conjugaba para que su permanencia en la isla les produjese una plenitud colmada en el amoroso batallar. Mientras reparaban fuerzas, olvidados de prohibiciones y frenos culturales, se sentían

en un edén donde el fruto está al alcance de la mano y no existen los pronombres posesivos.

Al día siguiente, *Yaya* prometió a Martín Alonso ofrecerle varios de sus hombres más expertos para ejercer de guías en la incursión que deseaban realizar al Cibao. Como le había ido sucediendo hasta entonces, los indígenas seleccionados ayudaron a los españoles en todo, alegres por la buena relación con los poderosos visitantes y la propia ganancia de baratijas, sus deslumbrantes tesoros. Con la ayuda de los canoeros, convertidos en porteadores de hombres e impedimenta, una vez vadeado el río de las Cañas, los visitantes avanzan en busca del oro, que van encontrando entre las arenas de varios arroyos. Solo permanecen tres días en la zona, al sudoeste de la actual ciudad de Santiago de los Caballeros, en la vertiente norte de la Cordillera Central. En esta ocasión, los expedicionarios se vuelven sin haber llegado a explorar las minas del Cibao, lugar principal de oro nativo en La Española, pues mucho del metal fundido que veían en los adornos venía de Colombia, vía Antillas Menores. Se dan cuenta de que los hábitos de la población de la comarca son diferentes, de carácter menos sociable que sus anteriores anfitriones y, en consecuencia, los trueques, menos numerosos. De todas formas, logran reunir mucho oro, que reparten según derecho consuetudinario de la marinería: la mitad para el capitán, el resto para la tripulación.

Antes de zarpar del Puerto de Martín Alonso y reunirse con las otras naves, el capitán decide tomar seis indios para llevar a España, cuatro adultos y dos mozos, dictamen que el almirante revocará cuando llegue mandándolos vestir y liberar, bien consciente de que con esto desautorizaba a su subordinado y lo humillaba ante sus hombres.

GUTIÉRREZ Y TERREROS EN LA NAO

El criado Pedro de Terreros, intrigado por las tres semanas de ausencia de la Pinta, había escuchado sin pestañear detrás de la puerta del camarote la conversación de su amo con el hidalgo don Pedro Gutiérrez.

—Pasan los días sin noticias de la carabela. Sin duda la codicia de este hombre no tiene límite ni acatamiento. ¿Su señoría ha contemplado la silueta de la Pinta en el horizonte? ¿La ha visto en la noche acercarse a la capitana? ¡Pues yo tampoco! Ya me estoy imaginando al desmandado de su capitán

rescatando oro a espuertas en Baneque —exclama Colón buscando aquiescencia para su inquina.

—Sí, es extraño que un subordinado se comporte así con el capitán mayor de la armadilla, ¿qué digo? ¡Con el ya almirante *de facto*, amigo mío!

—¡A mí no me sorprende! Esta gente es rebelde e irreverente, chusma acostumbrada al corso y a todas las transgresiones. Además, son casi todos parientes o amigos y forman entre ellos una suerte de cofradía que no atiende a razones ni a gratitudes —se lamenta Colón, lleno de aristocrático desdén.

—Sí pero, almirante, en cualquier momento, la Pinta aparecerá y entonces vuestra señoría podrá mostrar su autoridad al réprobo. Sin embargo, la situación me sorprende mucho, porque la fama de Martín Alonso es intachable. En fin, amigo mío, ¡tendrá que ser duro con el castigo!

—¡Le juro por la Santísima Trinidad que daré un escarmiento a ese trapacero ambicioso! Luego vendrá a disculparse con el mal tiempo o con otras invenciones pero, de nada ha de valerle, ¡por San Fernando!

—Así me gusta, almirante, tome firmemente las riendas del mando para poder concluir bien la obligación.

—Sin embargo, amigo Gutiérrez, le pido la máxima discreción en este asunto. No olvide que hay amigos y parientes del susodicho en todas partes, ¡ojos y oídos tiene el velamen y la arboladura!

—Soy persona discreta, mis ocupaciones cortesanas y el resto de mis actividades comerciales así lo han exigido siempre, almirante. Y, sobre todo, la reserva es obligada, atendiendo a vuestro deseo y a nuestra amistad. Mis labios están sellados.

El almirante llevaba razón al decir que velas y mástiles tenían oídos en el barco. Su resentimiento contra Martín Alonso y su deseo de venganza tuvo, además de Gutiérrez, un oyente clandestino, que lo grabó en su memoria con placer. Empezaba una discordia y el maestresala era testigo privilegiado, se sentía satisfecho de poder, al fin, inaugurar su trabajo en la sombra. Minutos después, en un momento de descanso, antes de servir la cena de su señor, se acercó a los hombres que charlaban amigablemente en cubierta al arrimo del fogón. Era el lugar marcado por la costumbre, pese al calor húmedo del trópico amainado aquel día un tanto por el viento terral. El barco se deslizaba suavemente, alguien ensayaba unos acordes de guitarra y asomaban constelaciones de estrellas en un cielo diferente y bellísimo.

—¡Qué buena noche nos espera y qué clara! —comentó sonriente a modo de saludo, sabiéndose aceptado por los marineros.

—¡Sí muy clara! Es una pena que aquí no conozcamos las constelaciones. ¡Hay que vernos! Somos extraños peregrinos «así en la tierra como en el cielo» —discurrió en alto Juan de la Plaza.

—Bueno, creo que la estrella más refulgente es Orión, el gran cazador. Si trazamos una línea entre los principales luceros, aparece dibujado con la jabalina. Un viejo marino me contó su leyenda: era un experto montero que pecó de soberbia. Se jactaba de que no había animal, por grande que fuera, que se le resistiese, pero los dioses quisieron castigarlo y murió por la picadura de un escorpión en un pie —explicó Rui García, marinero de Santoña, afincado en Moguer, casado con la única hermana de los Niño.

—Efectivamente, estoy uniendo los puntos de luz y casi veo la silueta de ese tal Orión. Seguro que los hombres de Martín Alonso también la estarán mirando en la noche y quizá a alguno se le ocurra hacer lo mismo, unir las estrellas para ver qué sale. Parecen un ramo de antorchas encendidas —introdujo el tema Pedro de Terreros.

—Yo los imagino deslumbrados por otro foco más terrestre, el del oro que a buen seguro se estarán repartiendo. ¡Ja, ja, ja! —se atrevió a expresar en alto el grumete Andrés de Yébene.

—Pues, ¡ojalá, si así fuera! Y yo lo que no sé es por qué el almirante se tarda tanto en ir a Baneque para poder hacer lo mismo —defiende Cristóbal Caro, el artesano platero y orfebre, ávido de ver el preciado material de su oficio.

—Pero ¿no consideráis que el capitán de la Pinta, al ver que no llegamos a destino, debería volverse a encontrarnos? —sondea Pedro Salcedo.

—¡No! ¿Para qué? Él tenía el rumbo y la derrota de la armadilla, así que seguro nos estará esperando mientras descubre. Sin embargo, nosotros vamos haciendo filigranas —al darse cuenta de que hablaba con el criado de Colón, Cristóbal Caro concluye—. Pero ¡quien manda, manda, y sin duda el almirante tendrá sus buenas razones!

—¡Seguro que el señor Martín Alonso tendrá también sus buenas razones para esperarnos! —se atrevió a decir el grumete Rodrigo Gallego.

—¡Claro, claro! Los capitanes saben y nosotros, pobres mandados, solo tenemos que acatar órdenes —zanjó Terreros, bastante desencantado del fracaso de su intento.

NAUFRAGIO DE LA SANTA MARÍA

Durante la ausencia de su lugarteniente, Colón se dedica a navegar por la costa cubana y a describir con grandes elogios lo que veía: un paisaje de encantamiento con valles, montañas y bosques magníficos, donde consiguió troncos para renovar la entena y mástil de la Niña. A medida que avanzan, interpreta la ausencia de indios por su miedo a los caribes, sin darse cuenta de que estaba ante una lógica consecuencia de sus actos. Al haberse extendido la noticia de la captación de indígenas, estos huyen de los secuestradores. Como el viento contrario le impide ir a la meta convenida, Baneque, el almirante se dirige a Bohío, donde fondea el día 6 de diciembre. Todo lo de la isla le recuerda a Castilla y de ahí que la nombre La Española. Ya con buen tiempo, el catorce, quiere ir por fin a Baneque. No encuentran oro, pero un indio le dice que en las islas cercanas había mucho, le señala la derrota, y el almirante se decide a partir en su busca. El día veintidós le llega una invitación del cacique Guacanagarí para que fuera a sus tierras del Marién. Al día siguiente, confirmó con otro cacique que en La Española había oro, le nombran el Cibao, la región montañosa próxima, en la que, sin él saberlo, había estado Pinzón semanas atrás, pero al confundir Cibao con Cipango, lo ubicaba lejos, y decide dejarlo para un segundo viaje.

En la Nochebuena de ese año, cuando lentamente se dirigían a cumplimentar a Guacanagarí, con viento suave y la mar como un lago, el almirante confiado en la información indígena de que no había escollos en la costa, se retiró a su cámara a descansar, delegando en Juan de la Cosa, pero en cuanto se fue, el maestre cántabro decidió hacer lo mismo, y para ello transgredió una de las órdenes más importantes a bordo: la de no confiar nunca el timón a un grumete. Mientras tanto, durante el sueño colaboracionista de los responsables, las corrientes del Caribe como emboscados enemigos van deslizando el barco a la ruina.

—¡Agarrotado el timón! ¡Al socorro! ¡Gobernalle roto! —grita sobresaltado el grumete Diego Leal.

Los bruscos balanceos y ruidosos golpes de la nao al encallar en los bajos despiertan a Colón y a los demás oficiales que intentan evitar el desastre.

—¡Echen el ancla a popa! ¡Echen el ancla a popa! ¡Hay que rescatar el barco! —gritó el almirante, despierto de repente.

Los adormilados marineros no escuchan. Presos del pánico, sin obedecer la orden, saltan al bote salvavidas y se van a refugiar en la Niña, situada a media legua a barlovento.

—Pero ¡qué sucede!, ¿por qué vienen aquí? —inquiere al verlos, el capitán Vicente Yáñez.

—¡Naufragio! ¡Naufragio! ¡La nao se va a pique! ¡Encallada en los arenales, anegada, perdida! ¡Socorro! ¡Asilo! —gritó desde la barca Juan Martín de Azogue, marinero de Denia.

—El almirante y Juan de la Cosa se echaron a dormir y el timón se echó a perder. ¡Desastre! ¡Naufragio! ¡Socorro! —se atropelló explicativo el vizcaíno Juan Ruiz de la Peña.

—¡Basta! ¡Silencio! ¿No les da vergüenza? En vez de estar ahora ayudando a su almirante, vienen vuesas mercedes aquí como desertores en un acto de traición que no voy a tolerar. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Inmediatamente, a la nao! ¡A la nao!

Simultánea a sus palabras, el capitán de la Niña indica la actitud necesaria, de leal colaboración, saltando al bote con muchos de sus subordinados para volar en socorro del barco encallado. Pero la corriente no esperó, siguió su curso hasta hincar en la arena la quilla de la embarcación. Al poco tiempo, situado ya de través, el buque se anega vertiginosamente a causa de las aguas y de la *broma*, la carcoma marina. Con la táctica del animal atrapado que se amputa un miembro en pro de la libertad, Colón manda desarbolar la nao para disminuir su peso y reflotarla. Demasiado tarde. A pesar de la calma que salvó a la tripulación, las olas fueron tumbando el barco sobre uno de sus costados y desencuadernándolo lentamente. El almirante y sus oficiales bogan hacia la Niña.

—¡Qué lástima no haber podido contar con la experiencia de Martín Alonso en este trance! Solo él habría podido evitarlo —confesó abrumado y en voz baja el maestre Juan de Jerez al contramaestre *Chachu*.

—¡Ya lo creo! Esto resultaría impensable con su destreza y autoridad.

—¡En el nombre de la Santísima Trinidad! ¡Qué desastre! ¡Todo ha sido inútil! Malograda la capitana, sin embargo, agradezco el esfuerzo de vuesa merced y de sus hombres. Y ahora habéis de acogernos en la carabela, capitán —expresó Colón, conmovido, a Vicente Yáñez.

—¡Diego, Pedro! ¡Id a la mayor brevedad a avisar de lo ocurrido al cacique Guacanagarí! —ordenó el almirante, preocupado, a Diego de Arana, primer juez de la escuadra, y a Pedro Gutiérrez, despensero del rey.

Pasadas apenas dos horas, al frente de un nutrido séquito, apareció Guacanagarí en ayuda del almirante con lágrimas en los ojos y muestras de hondo pesar. Ordenó a sus parientes que vigilaran para que nada desapareciese en la descarga de la nao y todo pudiera ser almacenado en casas ofrecidas como alojamiento de los españoles. Mandó preparar un amplio hogar para Colón con el suelo alfombrado de hojas de palmera, hamacas y el

taburete funcional, propio del ajuar de un jefe, a la vez asiento y reposacabezas, de madera dura, negra y brillante. En todo momento, el cacique usaba con el almirante la máxima deferencia y respeto, también le presentaba proyectos de ofrendas de oro, que dejaban a Colón impresionado, pero urgido por el retorno, desdeñaba recogerlas hasta el próximo viaje. Vino entonces una canoa con indígenas a cambiar oro por cascabeles y cuando el cacique vio cuánto se alegraba Colón del trueque, le habló también del *Cibao* como lugar donde abundaba el dorado metal, pero Colón seguía en el malentendido de suponer el lugar de las minas muy alejado hacia el este. La realidad es que se situaba cerca, solo a treinta leguas del mar de Santo Tomás, y ese equívoco trae el deseo colombino de fundar la colonia que localice la mina. El malentendido de Colón se extendió también a otros lugares, indicados por los indios como auríferos, *Guarionex, Macorix*…, las provincias, aludidas por el nombre de sus caciques, que él interpretaba como islas, situadas al este.

En el deseo de alegrar al almirante en su pérdida, Guacanagarí ofreció un espléndido banquete a los españoles con menú de hutias, conejos, pescados, raíces y frutos. Los invitados quedaron muy bien impresionados por la contención condescendiente del cacique, que como jefe de un linaje *arawak* tenía la soberanía despótica y hereditaria. Sin embargo, se portaba con digna autoridad con sus súbditos y ellos le servían respetuosamente. Les sorprende también el refinamiento de sus modales en el banquete, cómo se frotaba las manos con hierbas olorosas después de comer moderadamente. Más tarde, acabado el refrigerio, continúa el ritual de intercambio de regalos, Colón les habla de las ciudades y de los soberanos españoles, enseñándoles su efigie en una moneda mientras ellos escuchan arrobados a los mensajeros del cielo. Luego se alternan espectáculos en los dos grupos: los invitados aplauden los *areítos* nativos, y sus anfitriones asisten estremecidos al retumbar del cañón y la bombarda, ordenados por el almirante. La explosión del disparo y sus efectos en la vegetación provocó el asombro esperado; también la exhibición de un flechero castellano, experto de la guerra de Granada. Como antes había sucedido con las demostraciones de las huestes de Martín Alonso, eso hizo recordar a los atemorizados indios la destreza de sus enemigos, los caribes, diestros arqueros de flechas envenenadas, y, al igual que sus compañeros, desearon vivamente la defensa de amigos tan poderosos.

El carácter plácido de los taínos, forjado por la generosa naturaleza que los acogía en una vida de indolencia y relativa serenidad, les parecía envidiable a los españoles, gozosos de la complaciente admiración de los

hombres y la obsequiosidad de las mujeres. Además, la riqueza parecía estar al alcance de la mano en un lugar donde, por primera vez en su vida, se creían reyes. Muchos insistieron ante el almirante para que los dejase quedar en la isla argumentando que, después del naufragio, al permanecer allí un grupo de españoles, se aligeraría la tripulación del retorno.

En el *Diario*, Colón, desbordado por la gravedad del hecho, se disculpó por la pérdida de la Santa María diciendo que había pasado las noches anteriores sin dormir y, según costumbre, señaló un culpable ajeno a sí mismo acusando de negligencia y rebeldía a Juan de la Cosa: «si no fuera por la traición del maestre y de la gente, que eran todos o los más de su tierra, de no querer echar el ancla por popa para sacar la nao como el Almirante les mandaba, la nao se salvara». Mientras tanto, piensa en una solución a las nuevas circunstancias, y con su mentalidad mesiánica termina por concluir que, dada la imposibilidad de retornar todos, Dios provocó el naufragio para que él organizase la colonia que descubriese la mina y obtuviese el oro con que liberar la casa santa de Jerusalén.

Pero además, el interés de Colón en fundar el primer asentamiento en las Indias coincidía con el de Guacanagarí, que lo secundó en todo. Así que, mientras el almirante pretende que los suyos se queden y logren descubrir el oro del Cibao, el cacique intenta retener a Colón como aliado inexpugnable frente a los enemigos caribes, de ahí su generosa colaboración, las invitaciones y los regalos, incluida la ofrenda de sus más apreciadas mujeres. En el ejercicio de sus funciones de jefe, el cacique promueve el mestizaje para aumentar la fortaleza taína, que llegaría cuando ellas dieran a luz hombres más inteligentes y aventajados, seres invencibles como sus padres. Pero el almirante no comprende sus razones, piensa que Guacanagarí le oculta deliberadamente el lugar de las minas, y atiende solo a su imperioso deseo de retorno, obsesionado con el supuesto regreso de Pinzón.

FUERTE DE NAVIDAD

Encantados de relacionarse con los todopoderosos dueños del trueno, los indígenas los ayudan también en el nuevo proyecto de Colón, la construcción del fuerte de Navidad, que decide levantar talando árboles y aprovechando los restos del naufragio de la Santa María. Quiere dejar treinta y nueve hombres con víveres, armas y la barca de la nao, para que hagan relaciones con los indígenas, aprendan su lengua, reconozcan lugares fecundos en especiería y

busquen las minas de oro. Algunos de los elegidos le habían manifestado su deseo de quedarse, a otros los va nombrando él, de entre los hombres de su tripulación a fin de que formen el primer asentamiento español en las Indias. Les deja el físico y el cirujano para que los atienda, un carpintero calafate y al herborista, maestre Diego, para reconocer las especias. El almirante les hace, además, una serie de recomendaciones, entre las que destaca, por incumplida, una fundamental: que «acatasen y reverenciasen mucho al señor y rey Guacanagarí y a sus caciques porque estaban en su tierra y debajo de su señorío… que huyesen como de la muerte de no enojarlos ni desabrirlos». Con estas disposiciones, Colón se queda tranquilo pensando que la fundación era también una buena forma de solucionar la sobrecarga en la Niña, única nave con la que creía contar.

Dos días después del naufragio de la Santa María en la Nochebuena, y mientras elevaban el fuerte de Navidad, le llegan al almirante noticias de Martín Alonso y de su acopio de oro al otro lado de la isla. Él, entre tanto, sigue estrechando relaciones con Guacanagarí, al que considera un hombre virtuoso, le regala una de sus camisas y unos guantes grana, que el cacique se pone encantado. Aun siendo el mando supremo, el navegante padecía la conciencia de estar solo, rodeado por un grupo de españoles, unidos por paisanaje o parentesco, liderados por Pinzón. Su carácter receloso los imagina desafectos y se transforman para él en «mala compañía». En consecuencia quiere liberarse de ella regresando a España «con la mayor priesa que le fuese posible», temeroso como está de que Martín Alonso le tome la delantera y sea el narrador del Descubrimiento ante los reyes. Con esa obsesión, no se recata de expresar en el *Diario* las conjeturas derivadas de la inquina que profesa al palermo.

A Colón le preocupa haber de retornar en la carabela más pequeña, que además, mal calafateada, hace agua, amenaza desencuadernarse, y tiene en malas condiciones el palo de mesana. Por si fuera poco, a pesar de los hombres que dejaba en la Navidad, irían apretujados y sin el socorro material y moral de la armadilla. En esas circunstancias, el hombre vivía un sin vivir, pensaba que, si la carabela Pinta se adelantaba con la noticia, malo, y si no aparecía, peor, pues confiado todo a una sola nave, si naufragaban, hasta el rastro de su hazaña se perdería. Pero el jueves, veintisiete de diciembre, unos indios trajeron noticias de que la carabela Pinta estaba en un río «al cabo de aquella isla», Colón había mandado a un indio en una canoa en busca de Pinzón, pero el hombre volvió a los tres días sin éxito.

—Almirante, los vizcaínos en particular y la marinería en general van estando cansados del largo viaje, después de más de cuatro meses de ausencia añoran sus lares. El viento ahora es bueno para el retorno —razonó Juan de la Cosa, mediando cautelosamente, al saberse responsabilizado en el naufragio de la nao.

—Sí, maestre, lo sé y lo veo, cumplido el objetivo, todos queremos volver. Ahora mismo iba a dar órdenes para la recogida de leña, agua y comida, ordenaré también que apresuren el adobo de la carabela —responde Colón, conciliador.

—Estará vuesa merced satisfecho del comportamiento de Guacanagarí, su ayuda está siendo fundamental para nosotros, y su aprecio hará posible la vida de los colonos —siguió Juan de la Cosa como queriendo creer en los razonamientos de Colón.

—Desde luego, el hombre se ha mostrado como un aliado generosísimo. No tengo más que motivos de gratitud hacia él. Hace patente su amistad en todo, me ha entregado magníficos regalos y me promete protección, lealtad y abundante oro para los españoles del fuerte.

—Eso será imprescindible a la supervivencia de los nuestros, desde luego, pero… ¿su señoría fía en su palabra?

—Me fío de sus actos, que revalidan sus palabras. No hay más que oír lo que me aseguró uno de sus indios: que ha mandado esculpir una estatua de mi tamaño en oro macizo. Ellos le llaman *diaho*. Es un regalo tentador en extremo, pero no está terminada todavía y no quiero esperar. La recibiré cuando vuelva, aunque Vicente Yáñez me aconseja que la acepte ahora para ofrecérsela a los reyes.

—Efectivamente, nos tratan siempre con sumisión y aceptación religiosa, pero cuando entramos en sus caneyes, los ídolos que llaman cemíes siguen allí. No debemos olvidar que son ellos y los sacerdotes quienes les indican la conducta que deben seguir —añadió De la Cosa con lógica.

—¡Cierto! He oído vuestro argumento, maestre, y yo también afirmo que hay razones para la desconfianza. ¿No será un riesgo temerario dejar a nuestros amigos aquí, a merced de la voluntad cambiante de los indios? ¿Y si truecan la admiración por el odio que le ordenen sus dioses o si les resulta inaceptable cualquier acto de uno de los nuestros? —argumentó Vicente Yáñez, preocupado.

—Tanto más cuanto que el naufragio de la Santa María puede que los esté convenciendo de que no somos divinos, sino humanos imperfectos, que

cometen errores y pagan las consecuencias —remató el maestre, en su línea razonadora.

Pese a los leales consejos de Juan de la Cosa y del capitán de la Niña, navío donde ahora están todos, el almirante no quiere cambiar su decisión ni esperar más. Vicente Yáñez, sin su hermano, se sentía en una delicada situación ante el ligur quien, mientras tanto, actuaba con él de modo impenetrable y distante. Con esa conciencia, el pequeño de los Pinzones se dedica en tierra a su afición de botánico, va recogiendo muestras y halla el ruibarbo en la isla Amiga, planta medicinal considerada entonces casi una panacea.

El día 2 de enero de 1493, Colón se despide del cacique Guacanagarí llevándolo antes a la fortaleza para mostrarle en alarde militar la artillería formada por los cañones de la capitana. Luego en simulación de combate, se disparó contra el casco de la nave encallada, con bombardas, ballestas y mosquetes. Era una demostración de fuerza para que el cacique experimentase en la práctica la capacidad destructiva de los hombres blancos. Una táctica disuasoria de un posible ataque indígena al fuerte, lo que prueba que Colón, aun considerando inofensivos a los naturales, pensó en esa eventualidad.

En contraste con el recelo de los oficiales, los españoles que habían de quedarse en el fuerte se mostraban satisfechos y contentos, tanto los que habían solicitado quedarse como quienes acataban la orden del almirante. Confiados, pensaban que los rescatarían en menos de un año y, desde su precariedad, interpretaban esa estancia como la metamorfosis afortunada del emigrante. Poco antes de la zarpa, uno de los tenientes que se quedaban en el fuerte, el escribano real Rodrigo de Escobedo, solicitó platicar con el almirante sobre un asunto reservado del que fue testigo.

—Le puedo asegurar, por lo que he investigado en la comarca, que cuando vuestra señoría vuelva a esta isla le tendré preparado un tonel de oro, como mínimo. ¡Puede contar con ello como si ya lo tuviera en la bodega, señor!

—¡Qué me place su diligencia, don Rodrigo! Si cumple esa promesa, tendrá la recompensa debida, no lo dude —responde Colón complacido.

—Quería darle esta buena nueva antes de disgustarlo con otra, que no será del agrado de su señoría, por la familiaridad que tiene con el protagonista de la deslealtad, Diego de Arana, el contramaestre y pariente político de vuestra señoría…

—¡Cómo! ¿Qué me dice, señor escribano, de mi apreciado alguacil y contramaestre? —se extrañó Colón, cambiando vertiginosamente de la

placidez a la tensión.

—Señor, impelido por la codicia, Arana se quiso corromper e intentó ganarme a mí para su fechoría. Me insta a esconder para nosotros dos la mayor cantidad de oro y, solo cuando ya seamos muy ricos, atender a reclutar el quinto real y lo que hayamos de daros —siguió relatando en voz baja el delator.

—¡Qué me dice vuesa merced! No esperaba de Diego esa picaresca. Sin duda se ha pervertido en las Indias.

—Naturalmente, un servidor se negó a secundarlo y lo disuadió, replicándole que nuestra mayor riqueza, la que nos dará asaces satisfacciones, es la honra de servir a los reyes…

Después de escuchar la denuncia, Colón felicitó al delator no sin cierta desconfianza y lo despidió. Terminada la entrevista, Rodrigo regresó a la tierra.

CONSORCIO A TRES

Juntas las tripulaciones de la nave capitana y la Niña, se disponen a disfrutar de los manjares indígenas en el banquete de agasajo al almirante ofrecido por Guacanagarí. Terreros se las ingenia para situarse al lado de Tavira, el buen mozo portugués, que le resultaba inevitablemente atractivo. Había procurado acercársele en cuantos trabajos habían compartido, derivados de la pérdida de la nao y de la construcción del fuerte de Navidad, la tarea aún inconclusa en que se afanaban. Tavira, amable, se dejaba agasajar por el mayordomo pensando que, aunque no le resultara personalmente simpático, en algún momento, podría servirle a sus propósitos de adquirir fortuna. Notaba en él cierta suavidad impostada que intuía falsedad de lacayo, con un plus indefinible, que no se atrevía a calificar, pero no le agradaba. Se propuso sin embargo ser impenetrable y entrelazar una alegre camaradería con el criado del almirante. Todo en atención a la reconocida ventaja de Terreros, a su posición privilegiada, que le permitía enterarse antes que nadie de las circundantes relaciones de poder. Por eso, cuando Guacanagarí ofrece a Colón la escultura de oro macizo que reproduciría su imagen, Terreros lo sabe al mismo tiempo que su amo y se lo comenta a Tavira en voz baja, como quien es consciente de cometer un acto prohibido en señal de confianza a un amigo privilegiado.

—¡Imagine vuesa merced lo accesible que tienen la mina estos salvajes que el cacique ha prometido a mi amo regalarle una estatua de oro en unos días! Pero ¿a qué no sabe qué ha hecho mi señor? Pues… ha declinado la ofrenda para recibirla en el próximo viaje. ¿Ha visto alguna vez semejante desaguisado? ¡Si hasta el capitán de la Niña le aconsejó esperar a recogerla!

—¡Pues sí, parece el acto imprudente de un *tolo*! En mi país tenemos un dicho: *Mais vale um pássaro na mao que dois a voar*.

—¡Cierto es! Nosotros decimos lo mismo: «Más vale pájaro en mano que ciento volando». Es de sentido común, pero mi señor está muy atormentado con la ausencia de la Pinta y solo piensa en acelerar el retorno para que los reyes castiguen a Pinzón. Esto también es secreto, se lo digo a vuesa merced en prueba de amistad.

—*¡Obrigado, agradedço sua franqueza!*

—Pero no es esto lo que quiero decirle. He venido a confiarle otra cosa que se me ha ocurrido al albur de la oferta del *diaho*. Yo he podido conocer estos días a los lugartenientes del cacique Guacanagarí. Desde el naufragio están colaborando asaz con nosotros en estricta obediencia a su jefe y ahora, por las obras del fuerte, se acercan mucho más por aquí. He parado mientes en que vuesa merced tiene facilidad para comunicarse con los indios, le he visto a menudo hablando con los que tenemos embarcados. Por eso, he estado pensando, ¿y si nosotros dos nos asociáramos en secreto para conseguir de ellos oro, a trueque de alguna ropa, cascabeles, espejos o lo que quieran? Lo más difícil sería evitar que se entere mi amo; habría que hacerlo con harto cuidado. Pero, en principio, ¿qué le parece la idea a vuesa merced?

—Que no sería fácil, pero quizá posible, si nos decidimos enseguida, porque el almirante tiene prisa y adquirir el *nucay*, dificultad.

—Si está vuesa merced resuelto, yo podría hablar con Pedro Gutiérrez para que trate de convencer a mi amo de esperar, pero si lo hago, habrá que asociarlo a nosotros. Es hombre de recursos, cortesano rico, y nos serviría tenerlo de mano.

Al escuchar la maquinación, Tavira se enciende de codicia, le parece que ha llegado la ocasión de actuar, y piensa en los obstáculos con optimismo, pues siempre ha considerado el riesgo aliado de la fortuna.

—Creo que tiene razón vuesa merced, nos conviene asociarnos con persona de respeto, amiga del almirante. Sería maravilloso que pudiera persuadirlo de esperar. ¿Cuándo hablaréis con él?

—Esta noche misma en el barco, si se da la ocasión. No será difícil, si no se pone a charlar con los pilotos, pues me tiene en mucha consideración.

—Estaré alerta en la noche, por si vuesa merced tiene que comunicarme alguna novedad. Podemos bajar al sollado cuando canten las doce y hablamos brevemente.

—¡Hecho! Disimularemos. Cada uno por nuestra parte haremos que achicamos agua o buscamos algún cabo o candil.

—¡Bien! Pues, ¡hasta las doce, con el canto de la ampolleta!

Cumpliendo el plan, después de la cena, Terreros sale de la cámara de Colón dispuesto a hablar con Pedro Gutiérrez de lo acordado con Tavira. Felizmente, enseguida lo ve solo, asomado a la borda de babor.

—Noche cerrada, don Pedro, parece que la luna juega al escondite.

—¡Buenas noches, Pedro! Sí, está oscuro, los faroles nos muestran los cuerpos, porque las almas no las conoce nadie —filosofa Gutiérrez.

—¡Verdad es! Ahora, por ejemplo, es difícil leer en la de mi amo cuando rechaza el *diaho* que Guacanagarí le promete entregar en diez días. Precisamente, quería hablaros para que intentéis persuadirlo de que espere a la entrega y pueda deslumbrar con la estatua a los monarcas.

—¡Difícil misión la que me pide, mi buen Terreros! El almirante está muy inquieto por disponer de una sola nave. Teme que si ocurre algo, todo fracase y nadie se entere del Descubrimiento. Está indignado con Martín Pinzón, sospecha que haya retornado solo con la Pinta y, por eso, quiere volverse enseguida. No creo que nadie pueda convencerlo de esperar.

—Es que… con el barrunto de que habéis de comprenderme, también quería confesar a su señoría otra cosa… Naturalmente vos seríais el primero en adquirir una de las tres partes. La contrapartida para el indio colaborador podrían ser, además de la pacotilla de siempre, algunas telas o camisas, pues he visto la importancia que ha dado el cacique a los regalos de mi amo.

Pedro Gutiérrez escucha tranquilamente la exposición del criado y la asume con la naturalidad de quien ha estado pensando algo similar, pero no acaba de ver fácil su realización práctica. Puntualiza:

—Habría que hablar con uno de los lugartenientes del cacique, pariente suyo, lo que llaman los indios un *nitayno*. Yo me entiendo bastante bien con su primo Matorix, pero lo más difícil será explicarle que todo debe hacerse en secreto. Déjame pensarlo hasta mañana, acércate en cuanto me veas en tierra, estaré en las obras del fuerte. La mayor dificultad estriba en que la mina esté en otra isla, por eso el almirante deja en el asentamiento la barca de la nao para que vayan a localizarla.

—Sí, teníamos que haber pensado en esto antes, pero no sabíamos que Guacanagarí tenía tanto oro. Parece que lo manejan con facilidad, y a lo mejor

tienen una buena cantidad almacenada aquí. En el taller del escultor del *diaho*, por ejemplo, tiene que haber abundancia de material. Sería cuestión de distraer unos cuantos pedazos y repartírnoslos, pues tanto los mineros como los porteadores del mineral obedecen sin discusión a un *nitayno*. En fin, vuesa merced pensará en todo y, lo dicho, ¡hablaremos mañana!

Rasgando la negrura de la noche, unos acordes de guitarra, mezclados con suaves voces en conversación se dejaron oír desde proa, pero la exaltación provocada por la conjura poseía a Terreros impidiendo su deleite musical. Se acordó de la cita con su socio en el sollado. Sigiloso y pegado a la borda de estribor consiguió esquivar una bombarda y bajar sin ser visto. Al entrar en la penumbra móvil del lugar, distinguió un bulto inclinado al que se dirigió en franco saludo:

—¡Buenas noches nos dé Dios!

—¡Y la Santísima Trinidad! —respondió el portugués levantándose.

—Don Pedro me ha pedido prórroga hasta mañana, pero yo creo que está convencido y que la idea le rondaba a él mismo, amigo mío. Como decimos aquí: «el que no corre, vuela» —susurró Terreros.

—¡Bien! Entonces no queda sino esperar. Me consta que el hidalgo tiene mucho trato con los principales de Guacanagarí. ¡A ver qué estrategia discurre! Esperaré impaciente a mañana. En un aparte, podemos hablar por la tarde en el fuerte, es el lugar menos sospechoso —susurró Tavira.

—Sí, en cuanto haya cerrado algo con don Pedro, le haré una seña. Ahora tengo de irme, que ya me estará echando en falta mi amo.

—Sí. ¡Qué Dios nos sea propicio!

—¡O el diablo, ja, ja, ja! ¡Amén!

Cuando Terreros llegó a la cámara de Colón, lo encontró escribiendo en el *Diario de Navegación*. El almirante ofrecía la estampa del escribano ensimismado en su oficio, absorto en el patinaje de la pluma de ave por el pergamino. Si el mayordomo pudiera leer lo escrito, se percataría del parapeto de divinas palabras con que Colón iniciaba su relato; se trataba siempre de la misma religiosa invocación: *In nomine Domine Nostrum Jesu Christi*; pero a cierta distancia, Terreros contemplaba a su amo en silencio para no interrumpir nada, ni siquiera los propios pensamientos. Sin duda la conjura y sus detalles ocupaban desde ahora su imaginación. Se fijó de pronto en la cama, como si la viera por primera vez, y ante los dibujos coloreados en la tela del dosel, pensó que harían las delicias del *nitayno* al que deberían sobornar, pero la desaparición del tejido sin que el almirante se apercibiera le pareció imposible. Desechó la idea como quien se quita una legaña y le

ocurrió lo mismo con los frascos de perfume morisco, alineados encima de la mesa, que su amo usaba con frecuencia. No. Miraría en los arcones qué podría sustraer al menor dolor.

MATORIX

Matorix, primo carnal de Guacanagarí, estaba implicado como arquitecto en la dirección de los alarifes indios, colaboradores en la construcción del fuerte de Navidad. Se sentía orgulloso de que su encumbrado pariente hubiese delegado en él la organización del trabajo, así como de la oportunidad de trato con los nitaynos del gran cacique blanco. Había asistido a la relación de sumisión absoluta de su primo al gran jefe de los supuestos dioses, y había sido también testigo y confidente de la asombrosa revelación, después de que el cacique blanco perdiera la gran casa con alas en los bajíos arenales, cuando viniera a pedirles socorro para salvar lo posible. Su primo Guacanagarí se desvivió para ayudar a los barbados, mostrando siempre la solidaridad conveniente a las relaciones de amistad política con jefes poderosos. Él lo había visto, pero mientras colaboraban en el rescate de cargas y pertrechos, de pronto, les atravesó la idea como un venablo liberador del sortilegio en que permanecían encerrados. ¡Claro! ¿Cómo no se habían dado cuenta antes? ¡Los extranjeros no habían podido salvar de los médanos la gran casa flotante, luego, no eran dioses todopoderosos, sino hombres que, por algún conjuro de sus chamanes, habían conseguido el dominio del rayo y del trueno! Naturalmente este poderío los hacía temibles e invulnerables, así que, aun sabiéndolos mortales, de momento había que captar su amistad y mostrarse sumisos, hacerles regalos y ejecutar parabienes. Sí, no quedaba otra, aun estando seguros de la condición humana de los extranjeros, había que guardar el hallazgo como una armadura, un valioso instrumento para la victoria final.

Y otro hecho vino a confirmar el secreto compartido de que los visitantes envueltos en telas solo eran personas, con sus virtudes y sus vicios, como la codiciosa obsesión por el oro, que los lleva a enemistarse entre ellos o a engañar al propio jefe. Venía a demostrarlo la deshonesta proposición que acababa de hacerle don Pedro, uno de los nitaynos del cacique blanco. Matorix se había quedado muy sorprendido cuando esa tarde en el fuerte se le acercó y, apartándolo hacia el bosque, muy sonriente, le hizo señas de confidencialidad y silencio. Luego, ya resguardados entre los árboles, con la mano izquierda, sacó un trozo de *nucay* de su faltriquera y, con la derecha,

una amplia camisa de ranzal. Luego, mostrándole las dos cosas cruzadas, entremezclando señas y alguna palabra taína, le hizo comprender que si le entregaba un cesto repleto de trozos de oro, le daría la camisa y cuatro brazaletes de cascabeles. El aristócrata indio aceptó, sonriendo y haciendo expresivas señas de aquiescencia, mientras don Pedro le estrechaba la mano en señal de acuerdo, al estilo español. Al marcharse, Gutiérrez cruzó sus propios labios con el índice izquierdo en señal de reserva, mientras exclamaba.

—¡Trato hecho! ¡Chist, silencio!

—¡Tratu hicho! ¡Chist, selenceo!

—Es menester que, cuando tengas preparado el cesto con el *nucay*, me hagas señas en el fuerte —el español señala la luna para indicarle que actúe de noche.

—¡Sí, sí! ¡Tratu hicho!

—Y entonces, te arreglas para traer un cesto, *java* una, con el *nucay* al bosque, aquí mismo, donde mis dos criados lo recogerán. ¿Me has comprendido, amigo mío?

—¡Matorix comprendido don Pedro! ¡Matorix *java* una, cesto uno *nucay*! ¡Matorix java, aquí! ¡Don Pedro tela, metal música! —haciendo las señas de entrega y recepción.

—¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Nos hemos comprendido como dos diplomáticos en cancillería! ¡En la corte de Castilla era mucho más difícil! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¡Matorix don Pedro amigos! ¡Tratu hicho! ¡Chist, chist, ja, ja, ja!

El *nitayno* se fue con los suyos, admirado de la simpleza del colega blanco; ¿cómo podía pensar que él haría una transacción así con un extranjero sin poner a su primo en antecedentes? De realizarlo, ni siquiera podría disfrutar de los regalos; además, se pondría en una situación de extremo riesgo que no podía permitirse. Sería un traidor a la tribu, digno de expulsión y muerte social. Vamos, ¡ni que estuviera loco! Él no era ningún felón, sino un noble respetado por los suyos. Le diría a Guacanagarí todo lo hablado con el nitayno blanco y lo convencería de que, en ese momento, convenía plegarse a los deseos de los extranjeros, haciendo como que se mantenía el trato en secreto. Le diría también que, luego, cuando el cacique y sus nitaynos barbados se hubieran ido mar adentro en la casa alada, dejando en el fuerte a los buscadores de las minas del *nucay*, ya verían qué hacer. Ahora tenían por cierto que no era menester obedecer a los falsos dioses; ahora estaban seguros de que era posible vencerlos con la superioridad numérica, unida a la

estrategia del gran cacique Caonabo, Señor de la Casa Dorada. Todo se lo diría a su primo y señor para el bien de su pueblo. Esa noche se sentía fuerte e inteligente, sin duda, una gran ayuda para la tribu. Él aconsejaría sabiamente a Guacanagarí y su primo, agradecido, lo tendría en alta estima, como si ya fuera uno de sus ancianos consejeros.

Al día siguiente, Matorix y sus dos naborías, los criados porteadores del cesto del nucay, esperaban de noche en el punto de encuentro. El oro en pepitas y pequeños fragmentos de la clandestina entrega llenaba las tres cuartas partes del recipiente; en su base, unas madejas de algodón formaban el mullido lecho que acogía el metal dorado rellenando una parte del cesto. En el momento, los barbados no se darían cuenta de la picaresca y el ganancioso trueque sería un hecho. La luna en cuarto menguante colaboraba como una alcahueta en el subrepticio trato. Matorix, pese a actuar a las órdenes de su primo el cacique, era presa de gran inquietud. Entre las sombras del bosque, su imaginación supersticiosa invocaba a Marocael, el mítico guarda de la noche que asignaba a cada taíno su lugar en la tierra. Era un ser poderoso y terrible, castigado por el sol a convertirse en estatua de piedra, solo porque un día llegó tarde a su tarea de repartir a los hombres por el mundo. El sol era un dios severo, pero a otros los había sancionado con más blandura, como a los pescadores furtivos que, transformados en árboles, eran los *jobos*, entre los que se hallaban en ese momento. Tampoco había sido tan duro con el hombre que fue a buscar el cundeamor, la hierba con que se lavaban sus congéneres, al que castigó con una metamorfosis melódica transformándolo en ruiseñor. En este negocio nocturno, Matorix temía la ira todopoderosa de Marocael, pero también pensaba en un fallo de los ya desacralizados extranjeros, un error que arriesgara el trato y a sus protagonistas. Sería muy perjudicial en ambos bandos y él quedaría en una peligrosa situación; de darse el caso, su primo se vería obligado a sacrificarlo para congraciarse con los barbados y exhibir ante ellos la equidad del mandatario incorruptible. La luna está en lo alto y no llegan, ¿qué conjura del cielo habrá podido suceder? El nitayno escucha atentamente en silencio. Se oyen pisadas y crujidos de ramas. Ya vienen, pero… ¿y si no son ellos? Ante el cúmulo de inquietudes, Matorix se revistió la capa de fatalismo propia de su noble educación y esperó su destino, inmóvil, como un ídolo.

—¡Buenas noches nos dé Dios, señor Matorix! ¡Aquí estamos! Ya veo que habéis cumplido. Nosotros también traemos lo que os corresponde —saludó Pedro de Salcedo, sonriente, haciendo una teatral inclinación, al lado

de un callado y también sonriente Tavira—. Mi señor don Pedro Gutiérrez os estrecha la mano.

—Java una nucay señor Pedro, aquí. ¡Tú y tú llevar! —contestó inexpresivo y ritual Matorix, haciendo un imperceptible gesto a sus criados para que entregasen la cesta mientras él permanecía digno y enhiesto.

—Don Pedro os entrega esta camisa de blanco ranzal, propia de un noble español. Además, nos ha dado para vos estos cuatro brazaletes del canto y del baile, y este collar de cuentas de cristal para que le hagáis el honor de lucirlos. ¿Trato hecho, noble señor?

Matorix se probó inmediatamente la camisa sin reprimir la alegría que le producía su transformación. Parecía como si sintiera que la tela blanca alrededor de su cuerpo le daría poderes extraordinarios. Luego se puso los brazaletes en brazos y piernas y el collar. Entonces se sintió pletórico, henchido de satisfacción y con sonriente paternalismo, exclamó, alargando la mano para estrechársela a Pedro Salcedo:

—¡Tratu hicho! Espanioles y taínos, buenos. Don Pedro cesto uno —señalando al cielo queriendo indicar noche oscura—. No espanioles, no hombres buenos. ¡Adiós! ¡Tratu hicho! —y se giró, rígido y solemne, para adentrase en el bosque seguido por sus naborías.

—¡Estoy que no me lo creo, Pedro! Pero ¿es posible que lo hayamos logrado? —susurra Tavira deslumbrado por el contenido del cesto.

—Pues ya ves que sí. El negocio está hecho, amigo mío, pero aún nos falta volver a bordo sin causar sospechas. Lo mejor es que hagamos aquí mismo las tres partes y distribuyamos lo nuestro en las bolsas que hemos atado al cuerpo. Las de tela amarilla de don Pedro se las dejaremos en el lugar indicado del fuerte; el mismo Matorix le señaló el agujero donde podrá rescatarlo mañana.

—Como tú digas, Pedro. Pero lo haremos poco antes de llegar a la playa, donde hay más claridad.

—Hay que andar con mucho sigilo, no sea Satanás el beneficiado.

—¡Claro, claro!, y nos desharemos del cesto, rompiéndolo y escondiendo sus trozos en el matorral. No podemos arriesgarnos a que alguien nos vea y pregunte.

—Saldremos al claro, uno después del otro, como si viniéramos de hacer aguas mayores.

—Buena idea, y lo mejor será que vayas solo tú, Pedro, a dejar lo del hidalgo, y así, mientras tanto, yo charlaré con los que estén por allí, desviando la atención hacia otra parte. Nos veremos a bordo en el lugar de siempre.

—¡Tratu hicho! ¡Ja, ja, ja!

REENCUENTRO

Colón, desde La Española, navegó rumbo a Monte Christi en aras del viento terral para surgir en un puerto al sureste, entre el monte y una islita. Todo lo que ve le parece hermoso y de felices evocaciones, pero, desde el primer instante de ausencia de la Pinta, del veintiuno de noviembre hasta el día de Reyes de 1493, sintió crecer en su interior como una mala hierba el resentimiento hacia Martín Alonso. Más sensibilizado del peligro desde el naufragio, ordena a un grumete subir al topo del mástil para observar los bajíos, pero, en vez de información sobre arenales, obtiene el grito de espontánea alegría del muchacho:

—¡La Pinta! ¡Avistada la Pinta! ¡La Pinta, con viento en popa hacia nosotros! ¡La Pinta!

Al estar ya muy cerca las dos naves, como no había puerto donde surgir, retrocedieron navegando en conserva hasta el promontorio de Monte Christi. Una vez atracadas las embarcaciones, Vicente Yáñez, a la vez alegre y preocupado, se apresuró a abordar el barco de su hermano para abrazarlo y advertirle sobre el sombrío estado de la situación:

—El almirante te acusa de deserción y hasta te creía capaz de haber retornado solo con la Pinta. Además dejó naufragar la nao y ordenó un asentamiento de veintinueve hombres para quedarse en un fuerte que construimos en parte con los restos de la Santa María. Nuestros compañeros quedan bajo la protección del cacique Guacanagarí. Algunos oficiales y yo intentamos en vano disuadirle de esta decisión y, en fin, conmigo está receloso por ser tu hermano.

—Pero… Vicente, ¿qué me dices? ¡Este hombre está loco! Y lo que más me indigna de todo es que deje a los hombres aquí, expuestos a una muerte casi segura. Acabarán finados solo por la insolvencia del jefe. Es una insensatez suicida. ¿A quién se le ocurre dejar a unos pocos, rodeados de múltiples peligros en medio de millares de indígenas? Y, claro, el responsable ante sus familias seré yo. ¡Indignante! ¡La decisión de un enajenado!

—¡Cálmate, Martín! ¡Cálmate, y habla con él serenamente! Haz un esfuerzo. Tenemos que volver a casa y él conoce bien la ruta del tornaviaje. ¡Cálmate! Tengo que regresar a bordo —aconseja Vicente, nervioso.

Pero Martín Alonso estallaba de indignación ante el peligro que correrían sus compañeros, por ellos y por la propia responsabilidad como autor de la recluta. La animadversión del almirante hacia él y la pérdida de la nao le parecían desconcertantes despropósitos, pero de todas las novedades horribles trasmitidas por su hermano, el abandono de veintinueve hombres a una suerte funesta era lo peor. En el calor de esa disposición, el capitán subió a la Niña para hablar con el almirante. Colón lo estaba esperando enrocado en su rencor y en el prejuicio de que se excusaría con falsedades. Sin embargo, se había propuesto disimular su animadversión para evitar «las malas obras de Satanás». Además, un sentimiento contrario apenas sofrenado le hacía alegrarse del reencuentro por la garantía de contar con la Pinta en el retorno y constatar que Pinzón no había vuelto con la noticia a España. Pese a estas mentales disposiciones, sin embargo, la situación le desborda e, indignado, dando por bueno el calificativo de iracundo que le propina su compatriota Girolamo Benzoni, prorrumpe en reproches, descalificaciones y amenazas, dirigidas contra Martín Alonso como proyectiles. En principio Pinzón se dirige al genovés con franqueza de socio; Colón le impone acatamiento de subordinado, lo amenaza y, a partir de ahí la conversación se desborda y concluye a gritos con la marcha desabrida de Martín Alonso.

—¡A la paz de Dios, almirante!

—¡A la paz de Dios, capitán! ¡Por fin aparece, Martín Alonso, después de mes y medio de ausencia! Ya me dirá qué ha hecho, eso sí vuesa merced lo tiene a bien.

El palermo, dirigiéndose a su socio más que al almirante, pregunta:

—¿Qué pasó la noche del veintiuno de noviembre, cuando singlábamos hacia Baneque, para que su señoría cambiara el rumbo?

—El viento contrario nos impidió seguir y fue menester trocarlo volviéndonos otra vez a Cuba.

—Pues nosotros en la Pinta llegamos sin ningún problema.

Colón, de pronto, siente la humillación de saberse peor marino que su oponente. La situación le devuelve una imagen poco gallarda de sí mismo y ya no puede soportar que Martín Alonso lo trate como a un socio. Ahora le parece soberbia la actitud que en Palos apreció como natural, cuando el capitán le franqueó las puertas de su casa, de su amistad y de sus dineros.

—Mientras os esperábamos, mis hombres y yo hemos descubierto y amojonado las islas de Baneque, donde comprobamos que no había oro, y de Bohío o Quisqueia, donde sí lo había y lo rescatamos. ¡Aquí tenéis

novecientos pesos, almirante! —mientras habla, Martín Alonso pone la bolsa con el oro de martillo a los pies de Colón.

—¡Guardad vuestro oro, Martín Alonso! Ya que habéis actuado ignorando el acatamiento que debíais a mi autoridad según los poderes que me han otorgado los reyes, rendiréis cuentas *en otro lugar* —contesta Colón, progresivamente indignado.

—Os he enviado varios avisos con los canoeros indígenas y esperábamos veros llegar en todo momento, almirante —justifica Pinzón haciendo un esfuerzo para mantener la calma.

—¡Ya, ya! También vuestras disculpas merecen otro escenario y ¡vive Dios que lo tendrán, capitán! ¡Os lo prometo! ¡Lo tendrán!

Como una nube negra, se va elevando el encono almirantado, mientras Martín Alonso, desentendiéndose de la amenaza, contraataca lo más serenamente que puede.

—Acabo de enterarme, con gran pesar, del naufragio de la nao y de la creación de la colonia de la Navidad. Debo decirle a su señoría que no estoy de acuerdo con esto último. Considero una gravísima irresponsabilidad dejar a nuestros hombres rodeados de indios que, en cualquier momento, pueden volverse hostiles y matarlos.

—¡Vaya, Martín Alonso, ahora con esas! ¡Después de mes y medio de ausencia, viene con reproches! No se preocupe por los hombres, quedan armados, con víveres, y con la protección del cacique. ¡Más debía de preocuparse por vuesa merced misma, creo yo!

—¡No! ¡Discrepo! ¡Los hombres se embarcaron fiados en mi promesa de ganancia y victoria, y solo a mí reclamarán sus familias al llegar a Palos! Dejarlos aquí es una temeridad irresponsable y yo así se lo diré a nuestros señores, los reyes. ¡Explicaré en la corte que su señoría los dejó en un peligro de muerte, contra la voluntad de capitanes y pilotos!

—¡Ah, Martín Alonso, desertor! ¿Cómo osáis hablarme así? ¡Lo que habéis hecho es traición! ¡Traición, sí! ¡Y por ella voy a haceros ahorcar en la puerta de vuestra propia casa en Palos! ¡Que lo sepáis! ¡Así, de esa guisa os verá vuestra familia! —gritó Colón, ya enloquecido de furia.

—¿Ah, sí? ¡En eso se quedan las falsas promesas del tiempo en que me necesitabais! ¡Bien veo quién sois! ¿Eso merezco yo por haberos puesto en la honra en que estáis? ¡Que ahora me salgáis con esto clama al cielo, vive Dios! ¡Vive Dios!

—Porfiad, seguir con vuestras irreverencias y quizá ni siquiera tengáis esa oportunidad. ¡Los ahorcados no hablan! —grita el almirante, desbordado.

—¿Quién evitó el motín del diez de octubre, cuando por vuestra voluntad ya nos volviéramos y no halláramos tierra? ¡Yo la he descubierto y amojonado en nombre del rey! ¡Allá, en España nos oirá la justicia! ¡Nuestros señores, los reyes nos han de oír! ¡Os lo juro!

—¡Lo dicho, recordadlo! ¡Delante de vuestros hijos! ¡A las puertas de vuestra casa!

—¡Malhaya el ingrato ligur! ¡Por Satanás! ¡Que yo tenga que sufrir a un soberbio desmemoriado!

El capitán se encamina furibundo hacia la borda de la Niña pasando por medio de una tripulación que ha oído los gritos y le abre paso arropándolo en silencio.

BALANCE. COLOMBINOS PORQUÉS

Dándole carácter de castigo, Colón rechaza los novecientos pesos de oro que Martín Alonso le entrega, quizá porque considera una traición de su segundo el que se hubiera adelantado a encontrar el oro del Cibao utilizando la información que él le suministró el día diez de octubre, cuando el riesgo de motín lo obligó a jugar su último naipe para evitar el desastre. Esto explicaría la dureza de sus palabras y las terribles amenazas. Pero otros piensan que, con la apariencia de una reacción de digna ira por la ausencia del subordinado, el almirante aprovecha el incidente para borrar la deuda contraída con Pinzón, al que acusa de codicia sin motivo, pues contrariamente a lo que él hace, el capitán de la Pinta comparte el botín con sus hombres. Colón le achaca también cierta culpa del naufragio de la Santa María, sin darse cuenta de que con ello está reconociendo la superioridad náutica de Martín, pues mientras él se vuelve atrás en errática trayectoria por el viento contrario y pierde su nave en un mar tranquilo, el capitán palermo sigue la derrota prefijada y encuentra puerto, tierra y oro, sin tropiezo alguno. Con sus razonamientos, el almirante parece estar de acuerdo con el fiscal del Consejo de Indias cuando dice que los Pinzones guiaron a Colón en el primer viaje. Al negarse a aceptar el oro del capitán, después de haber recibido los informes de los indios diciéndole que Martín se hallaba en el Cibao rescatándolo en cantidad, el genovés parece haber meditado un doble pretexto para acusarlo, en la confidencialidad del *Diario,* de prevaricación y malversación de fondos públicos, al mismo tiempo que el hecho le serviría para pagar la deuda contraída con él en Palos.

Corrobora la suposición el que Colón se atribuya la colaboración económica de Pinzón en el *Memorial de agravios del Almirante* de 1505, al decir que él puso la mitad de lo gastado, junto a su persona, porque sus altezas no le quisieron dar más de un cuento «y a él fue necesario de prover de medio, porque no abastaba para tal fecho. Así que recibe agravio y le debe de ser acudido con su parte». Pero lo que consta en las declaraciones de los testigos es que el genovés llegó a Palos con su hijo, en la indigencia, y que Pinzón le prestó los dineros que le faltaban, sin que en ningún lugar se hable de su devolución. En la versión de Hernando Colón, se tergiversan los hechos, ocultando que Pinzón ofreció el oro a su almirante y asegurando precisamente lo contrario:

> «Había estado Martín Alonso, dieciseis días rescatando oro bastante, del mismo modo que había hecho el Almirante en la Navidad, de que daba la mitad a la gente de su carabela, para asegurarla y tenerla quieta y contenta, quedándose con la otra mitad a título de capitán, y siendo la verdad esta, quería dar a entender al Almirante que no sabía nada de ello».

Del mismo modo, el hijo de Colón ocultó la historia del piloto anónimo, que los herederos de Martín Alonso difundieron a la muerte de su padre, al ver que toda la gloria y beneficios eran para los Colones con la injusticia de ignorar los méritos de los demás marinos. En su deseo de exaltar la figura paterna, Hernando también inventa la correspondencia de Colón con Toscanelli y no incluye en su relato los días 6 y 7 de octubre, para no contar el cambio de rumbo, sugerido por Pinzón, que los llevó a descubrir la tierra. Es su forma de hacer que el hallazgo parezca iniciativa colombina. Cambia los hechos asimismo cuando alude al miedo de las tripulaciones y a su deseo de volverse, para exaltar el valor del almirante, pero la verdad es que sin la lealtad de los marineros a sus capitanes y la influencia y gallardía de los Pinzones y los Niño, el viaje habría sido un fracaso. Por el contrario, con el entusiasmo, la sabiduría náutica, el prestigio y los recursos económicos de Martín Alonso Pinzón, asociado por Colón a la empresa y artífice de la selección y equipamiento de las naves, se pudieron allanar los obstáculos colombinos para enrolar tripulaciones y fletar las naves. Como dicen muchos testigos del pleito, si Martín Alonso no fuera, ni la armada se aprestara, ni Colón iniciara el viaje, ni se descubrieran las Indias en ese tiempo. Incluso Bartolomé, hermano del futuro almirante, y los cronistas amigos de los

Colones, el padre Bernáldez y el padre Las Casas, reconocen el mérito del palermo.

Algún estudioso, como Juan Manzano, sospecha que también podría haber sido Juanoto Berardi prestamista de Colón para que pudiera cumplir con la octava parte de los gastos a la firma de las Capitulaciones de Santa Fe. Se desconoce la cantidad prestada por el palermo, no se sabe si fue «la mitad de lo gastado», medio cuento, o menos, en el caso de que Colón también hubiera pedido algo a Berardi. Pero muchos hablan de medio millón de maravedís prestados por Pinzón al navegante genovés, transacción que habría sido realizada en casa del primero, en la calle de la Ribera, sin haber dejado constancia documental.

En esa situación, si la empresa fracasaba, Martín Alonso, que lo arriesgaba todo, perdería la fortuna, la independencia de su familia y la propia vida, como así fue. Cristóbal Colón, solo la ambición y la vida de extranjero desposeído. Pero en la realidad histórica, contrariamente al capitán de la Pinta, el almirante salvaría las tres cosas y se convertiría en el único usufructuario del triunfo de la expedición. A su muerte se hizo de la vida de Colón una leyenda florida muy infiel a la realidad, incluso se le quiso hacer santo, mientras se oscurecía o se ignoraba la decisiva colaboración de Martín Alonso, verdadero armador de la expedición, y la de los marineros del Tinto, cuyas voces en los pleitos permanecieron ignoradas o consideradas mendaces y partidistas.

Es un caso más de tergiversación de la historia, muchas veces repetido, tanto en nuestro país, con ejemplos bien recientes de nacionalismos tramposos, como en el ámbito internacional, donde incluso algunos niegan las atrocidades del exterminio armenio, nazi o estaliniano.

EN MONTE CHRISTI

Después de la entrevista entre Colón y Martín Alonso, hombres de las dos naves se encuentran en el bosque en la búsqueda de leña con que cargar las barcas. La acción conjunta crea alegría en los marineros, estimula su ilusión del regreso y permite a cada uno vislumbrar la imagen más querida. Pero junto a la explosión de alegre vitalidad, transitaba entre ellos cierta inquietud por la reciente y bronca reyerta entre almirante y capitán. Era el tema más comentado, circulante como viento racheado de la Niña a la Pinta. Arañando breves momentos de descanso en el monte o la playa, aquellos que no habían

podido escuchar la pendencia pedían a sus colegas descripciones, pormenores y matices con que perfilar el relato. Todos se sentían implicados de una u otra forma, pero la gran mayoría, escorados claramente al costado de Martín Alonso, sufrían su humillación y una interior rebeldía ante lo que juzgaban injusticia del extranjero.

—¿Qué te parece lo que cuentan en la Niña del encontronazo de nuestro capitán con el almirante? —inquiere el moguereño Juan Verde de Triana al palermo Sancho de Rama, ambos pescadores, amigos y cofrades.

—Pues qué te voy a decir, amigo mío, lo mismo que a ti: otra injusticia del extranjero. Parece increíble, ¿cómo se atreve a no aceptar el oro que con tanto esfuerzo hemos rescatado?

Al verlos hablando muy bajo, con los haces de leña en el suelo, ambos parados bajo un árbol de canela cimarrona, se les acercó en actitud conspirativa el moguereño Juan Vezano al que, más tímidamente, siguió Fernando Medel.

—Creo que todos compartimos la misma desazón y pienso que vuestras mercedes estarán hablando de lo que vengo discutiendo con el mozo Medel. ¡Voto a Satanás! ¡No hay corazón para ver así maltratado a nuestro capitán!

—Pero ¿de qué se queja el almirante? ¿De nuestra tardanza en reencontrarlo? ¿Y por qué no siguió él la derrota y vino a nuestro encuentro? El capitán le envió varios indios mensajeros, ¿cómo no se nos reunió tal como estaba previsto? ¿Y con lo expertos que son los indígenas en controlar bajíos y arenales, cómo pudo perder la nao? Yo les confieso que no entiendo nada —argumenta, apasionado, Sancho de Rama.

—La mayoría de nosotros no podemos comprender las acciones del almirante, sean con Rodrigo de Triana o con su segundo, el capitán Martín Alonso. ¿Cómo puede amenazar, como a un delincuente, al hombre que hizo posible su medro al almirantazgo? —completó Bartolomé García Roldán, presente en la trifulca de la Niña y último en añadirse al grupo.

—Aunque nos han dicho que es un marino experimentado, la verdad es que no se porta como tal, ni en la capitanía mayor ni con la tripulación. Da órdenes incomprensibles. Pero ¿cómo se puede decir que no siguió lo previsto hasta Baneque por el viento contrario? ¡Menudo navegante! ¡Si hiciéramos eso, nosotros nunca retornaríamos a la Barra del Saltés! Díganme, vuestras mercedes, ¿cuántas veces hemos vuelto de Guinea con vientos contrarios? —preguntó retórico Pedro Arráez.

—¡Ja, ja, ja! El señor almirante ordena al océano que se pliegue a sus deseos soplando buenos vientos… ¿Y no recordáis cuando dijo que las vacas

marinas eran sirenas feas? Él pensó que, como las mujeres, ¿las sirenas también forman un ventalle de la belleza a la fealdad? ¡Voto al diablo! ¿No os acordáis? —recordó Sancho de Rama.

—Sí, pues yo estaba cerca cuando nuestros pilotos en la Pinta comentaban lo de las sirenas. Aseguraban que nunca habían visto una en la mar, sin embargo, en los bodegones de los puertos… ¡Cuántas! ¡Ja, ja, ja! —añadió Juan Verde.

—Pues a mí me dijo, con aires de superioridad, Pedro Sánchez Montilla, el paje de Colón, que muchas veces había oído a su amo hablar del señor Martín Alonso con el señor Pedro Gutiérrez, diciendo que el capitán, como todos nosotros, los de Palos, Moguer o Huelva, tenía mucho de chusma rebelde y despreciable —se atrevió a intervenir el grumete de la Niña Fernando de Triana.

—Está claro que al extranjero se le subieron los humos con los cargos reales, ¿no se acuerda ya de cómo llegó a Palos con la capa raída y se mantuvo a la sopa boba de los frailes? Y además, ¿no quedamos en que es un marino experimentado? Pues, ¿cómo habla así de los hombres de la mar, que son como él fue hasta hace dos días, por decir algo? —resume el sentir general Fernando Medel.

—Sí, pero lo peor es el sufrimiento de nuestro jefe, el señor Martín Alonso, porque he oído que el almirante, si quiere, puede castigarlo al llegar a Castilla. Esto no sería cabal, ¡con todo lo que ha hecho el señor Martín Alonso en este viaje! —se atrevió a intervenir Bernal, apesadumbrado.

—También yo escuché lo mismo, pero llegado el caso, el capitán Martín Alonso se defendería diciendo al juez y a los reyes lo que sabemos. Muchos testificaríamos a su favor y allá veríamos a quiénes creerían nuestros monarcas, si al extranjero o a nosotros —trata de tranquilizar los ánimos, García Roldán—. ¡Pero basta de charla! Seguro que nos están esperando en la barca. ¡A la playa presto, marineros! ¡Vamos, vamos, qué nos vamos!

PSICOLOGÍA EN CHINELAS

Debido al reconocimiento social y la simpatía que inspiraba Martín Alonso Pinzón entre su gente, ya durante los días preparatorios del periplo, junto a la gratitud, pudo nacer en el ánimo de Colón cierto resquemor por su propia dependencia, sentimiento que iría creciendo a lo largo de la aventura al constatar la sabiduría de su segundo y su prestigio entre los marineros. Porque

en el momento del reencuentro el día de Reyes, al liderazgo de Martín Alonso en el reclutamiento de las tripulaciones, el genovés tiene que añadir la pericia en la reparación de la Pinta, su temple frente a los dos conatos de motín durante la travesía atlántica y su resolución de pionero en los descubrimientos caribeños. Entonces se sentiría ya cansado de agradecer y, ante la terquedad de los hechos, reacciona vengándose, buscando motivos para el descrédito del palermo y escribiéndolos en el *Diario* para lectura de los soberanos. Así cuando el día tres de enero, sin noticias del capitán de la Pinta, el almirante imagina que se ha vuelto a España donde cree daría una versión realista distinta a la suya de lo encontrado en Indias, escribe:

«Ya que vaya, podrá informar a los Reyes de mentiras porque no le manden dar la pena que él merecía, como quien tanto mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia y estorbar los bienes que pudieran hacerse y saberse de aquella vez».

Sin embargo, esa traición solo existió en la imaginación colombina: Martín Alonso quiere encontrar a Colón y hace lo posible por reunírsele. Por otra parte, sus hermanos, Vicente y Francisco, en posición comprometida entre dos fuegos, mantienen siempre una conducta intachable con el almirante y, a partir del bronco reencuentro, intentan mediar entre ellos, pero su empeño se topa con el rechazo de quien los descalifica en bloque y se presenta a sí mismo como víctima que todo lo soporta en pro del proyecto. Esa es la razón de la inmediatez del retorno, como explica a su manera en el *Diario* fray Bartolomé de las Casas:

> «Porque los que puso en las carabelas por capitanes, que eran hermanos, conviene a saber, Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, y otros que le seguían con soberbia y codicia, estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos, antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él».

A partir del violento reencuentro, el almirante demuestra su animadversión hacia Martín Alonso revocando muchas de sus decisiones y borrando las huellas de un descubridor ajeno a sí mismo. Según declaraciones del onubense Francisco Medel, marinero de la Pinta, el capitán no se arredró y se defendió vivamente ante las amenazas del almirante. Es seguro que, al ver que no eran aceptadas sus explicaciones y que se le acusaba de deserción con amenaza de muerte infamante, hablara sin acatamiento y con áspero vocabulario reprochándole abiertamente a Colón la creación de la colonia. Sin

embargo, al ligur no parecía inquietarle gran cosa la suerte de los colonos, pues siguió escudándose en el buen natural de los indios y en la defensa de la fortaleza con las armas de fuego. De nada habían servido las objeciones de los oficiales y de nada sirvieron los argumentos de Pinzón insistiendo en lo evidente: que muchos indios eran agresivos y muy diestros flecheros; que los españoles no podrían resistir el empuje de su inmensa superioridad en número; que dejarían a la familia desamparada y sus huérfanos y viudas le reclamarían a quien los hizo embarcarse en la seguridad de su protección. Es entonces, en vista de la actitud inmovilista del almirante, cuando Pinzón amenaza con decir la verdad a los soberanos. Escribirá un minucioso relato de todo, desde la partida de la flotilla hasta el retorno, haciendo descripción de conductas, para que sus altezas puedan recompensar a cada uno en justicia. Y subrayará que el dislate de abandonar a treinta y nueve hombres en el fuerte fue decidido contra el parecer de capitanes, pilotos y oficiales.

Al oír esto, Colón amenaza con ahorcarle, pues lo que más teme es que los reyes tengan una versión de los hechos distinta de la suya propia, elaborada cuidadosamente en el *Diario*. Arrebatado de cólera, seguiría amenazando al capitán y los dos hombres ya no volverían a hablarse sino para cuestiones imprescindibles de marinería. En la turbulenta despedida de uno respirando venganza y del otro ideando evasiones, la tripulación ejerce de coro trágico, repitiendo en estribillo voces ávidamente escuchadas. El ambiente turbio se extendería en las naves como espesa niebla, pero el consenso general era que llovía sobre mojado en algunas incongruencias del almirante. Los caracteres contrapuestos de los protagonistas en un escenario nuevo de improvisadas exigencias contribuyeron a la incomunicación. Pinzón era un hombre práctico, bien atento a la realidad objetiva; el carácter de Colón tenía, por el contrario, ramalazos místicos, providencialistas, que le llevan a interpretar el naufragio como un milagro de Dios para crear el primer asentamiento español en un lugar cercano a las minas de oro. Desde esta perspectiva, elevado en su peana apostólica, desdeña los consejos y objeciones de los oficiales, gente no tocada como él por el índice celestial, y continúa la construcción del fuerte con el foso, la torre artillada y las empalizadas, destinadas a impresionar a los indios con su empaque.

Martín Alonso sabía bien que, en sus actuales funciones de almirante, Colón tenía efectivamente jurisdicción civil y militar en todos los puertos para los pleitos que se dirimiesen en la mar, sin que ni alcaldes ni jueces, ni siquiera el mismo Consejo Real, pudiesen paliar la sentencia. El encumbramiento del antiguo socio de Pinzón hacía, pues, de sus palabras en

Monte Christi una efectiva condena a la pena capital. Pero el mismo Colón asegura en el *Diario* que, de momento, le conviene disimular para que las desavenencias no impidan el tornaviaje, ya que todavía necesitaba a la gente de Pinzón, a pesar de calificarla de rebelde, soberbia, codiciosa y desagradecida. En esta actitud, el nueve de enero escribe su decisión de emprender el regreso enseguida y reitera su resentimiento: «¡… y después no sufriré hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales, contra quien les dio aquella honra, presumen hacer su voluntad, con poco acatamiento!».

Con estas palabras, el ligur demuestra la soberbia y arrogancia que le atribuye López de Gómara. La historia, por el contrario, muestra que el gran beneficiado de la relación con los Pinzón fue él, un hombre de origen oscuro, sin recursos económicos ni de linaje, sin fama ni prestigio entre los suyos, que se ve elevado a las más altas dignidades de la sociedad castellana por múltiples ayudas, entre las que refulge, imprescindible, la de Martín Alonso Pinzón, codescubridor en vanguardia. Pero el ligur, receptor de tantos favores, siente celos del palermo y el éxito se le sube a la cabeza entre las islas recién descubiertas, antes incluso de que se materialice en los honores del recibimiento cortesano de Barcelona. No en vano algunos coetáneos del almirante lo describen como misterioso y megalómano al punto de creerse un enviado de Dios. Mucho más tarde, Vicente Blasco Ibáñez subrayará rasgos de su carácter, bien ejemplificados en el comportamiento con Pinzón: «… carácter complejo, en el que se mezclaban virtudes y defectos, imperando sobre tal amasijo espiritual un orgullo rencoroso, incapaz de olvidar generosamente una suspicacia, una vanidad, que le hacían sospechar traiciones y envidias en todos los que osaban discutir sus afirmaciones».

Desde esa personalidad, el firme rechazo del capitán palermo a la creación del asentamiento de la ciudadela Navidad fue el punto crítico de la tensión entre los dos, pues como capitanes, paisanos y amigos, los Pinzón sentían el deber de proteger la vida de sus compañeros. Cuando ven que Colón no atiende a razones, fiado en la providencia divina y en su amistad con el cacique Guacanagarí, los hermanos, preocupadísimos, se reúnen para cruzar opiniones y sugerencias en torno al ligur, un almirante que pierde la nave y abandona a treinta y nueve de sus hombres en medio de un mundo desconocido e imprevisible. Los hechos posteriores corroboran, del peor modo, las aprensiones pinzonianas, pues cuando, en el segundo viaje, Colón arribó al lugar, solo pudo encontrar las ruinas calcinadas del fuerte y algún resto disperso de los ultrajados cadáveres españoles. Se piensa que entre los colonos hubo violentos enfrentamientos por codicia y otros vicios capitales en

dos bandos: el de los vizcaínos y los demás; incluso se especula con que Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo pudieran haber matado a Jacome *el rico* y luego ir a las tierras de Caonabo, el Señor de la Casa Dorada, en busca del oro, cosa que al cacique no le agradó, si juzgamos por el expresivo mensaje de los huesos calcinados. Puede también que esa entrada de los castellanos se inscribiese en medio de un enfrentamiento entre los dos caciques que perjudicase fatalmente a los colonos. Hernando Colón narra que cuando su padre y los suyos estaban buscando «vestigios o papeles de los muertos, vino a hablar al almirante un hermano de Guacanagarí con otros indios que sabían ya decir algunas palabras en lengua castellana y conocían y llamaban por sus nombres a todos los cristianos que allí habían quedado». Esto indica que hubo una convivencia pacífica antes del desastre final que Arana no supo evitar, provocado al parecer por discordias derivadas del rapto de mujeres y de la apropiación del oro.

A DIOS ROGANDO EN MOGUER

Un domingo del mes de enero de 1493, a la salida de la iglesia del monasterio de Santa Clara en Moguer, se encontraron Catalina Alonso, la mujer de Martín, y Marina González, esposa de Juan Niño y madre de sus cuatro hijos. Las dos se sentían unidas en afecto y piadoso acatamiento a la preclara doña Inés Enríquez, abadesa del monasterio y pariente del rey Fernando. También mantenían amistad con algunas de las cincuenta monjas de clausura que convivían en el cenobio; se relacionaban con las familias y, en algún caso, incluso habían asistido al acto solemne de su consagración como esposas de Cristo. Hacía seis meses que la armadilla había partido del puerto de Palos llevándose las esperanzas de unos noventa grupos familiares. Gentes que ahora penaban por el destino incierto de sus deudos, aun si, con fortaleza teologal, desdeñaban el pesimismo para aferrarse a la esperanza y la fe mientras redoblaban la caridad. Su expectación las llevaba, además, a otear el horizonte desde los puertos, a donde iban a diario para inquirir noticias.

Catalina Alonso con el resto de la familia Pinzón residía desde el mes anterior en la heredad que su suegra y esposo poseían en Moguer. Allí habían pasado las Navidades añorando a los ausentes y rezando por su retorno. Las mujeres de la casa estaban muy habituadas a la separación intermitente de los hombres, pero su ausencia solía ser más breve y confortada por la costumbre en rumbos conocidos desde antiguo. Ahora era distinto, se habían aventurado

en un viaje de exploración a lo ignorado adentrándose en el mar de las Tinieblas. Las dos mujeres sentían la impotencia de saber que solo Dios podía proteger a sus seres queridos; detestaban la idea de convertirse en viudas, pero sabían que no podían hacer otra cosa que encomendarlos al Altísimo y a la Virgen de los Milagros. Con esta convicción, cada una por su lado, revestida de fe como de una cota de malla, habían ido a misa. Una sobrina cogía del brazo a la esposa de Juan Niño y, a su vez, Catalina iba acompañada de Juana, la avejentada madre de Bernal, hermanada a su ama en el sentimiento. A la salida, se encontraron.

—¡A la paz de Dios, mi apreciada Marina! Ya veo que hasta que veamos el retorno de los nuestros, habremos de coincidir en terreno sagrado. ¡Ojalá sea para bien y podamos celebrarlo pronto! —inició el saludo Catalina sintiéndose consolada con la amistad femenina.

—¡A la paz de Dios, Catalina! ¡Ojalá sea como dice, y nuestros esposos lleguen sanos con todos los demás! Hemos de confiar en su buen hacer de navegantes y en la Virgen del Rosario, que velará por ellos.

—Sí, hemos de confiar —susurró Catalina, acercándose—, pero le confieso que empiezo a inquietarme y noto también la preocupación de las familias marineras, que no hacen sino trasladármela, como si yo pudiera hacer algo.

—No, vuesa merced es claro que nada puede hacer, pero quizá las mujeres de los tripulantes aviesamente piensen que Martín Alonso, vuestro esposo, los embarcó y es responsable en parte. Y me temo que incluirán también al mío, como si ellos no asumieran el mismo riesgo de todos.

—Es verdad que mi esposo los animó y también es cierto que ellos decidieron libremente y gozaron del adelanto de las pagas, pero resulta inútil que me pregunten. Yo no puedo hacer nada, sino rezar. Eso es lo que les respondo y que, si Dios quiere, no faltará mucho para que veamos las naves en la Barra del Saltés.

—Esa fe, junto con la de Nuestro Señor Jesucristo, nos da la vida. Aunque hayan pasado seis meses, ellos llevaban víveres para un año, así que hemos de pensar que están explorando las tierras nuevas o esperando los mejores vientos para el retorno.

—Así será, amiga mía, hay que confiar en su experiencia marinera e imaginar que, si encuentran las islas, sabrán relacionarse pacíficamente con sus habitantes, pues es viaje solo de descubrimiento —discurrió Catalina, no muy convencida.

—También a mí me llega alguna queja, no crea. La semana pasada mi criada se encontró en la calle con la mujer de Pedro Arráez, que tiene a su marido y a un hijo como marinero y grumete en la Niña. Se le mostró toda compungida preguntando si se sabía algo. ¡Imagínese!

—¡Lo mejor será que cada palo aguante su vela! —cortó nerviosa Catalina—. Pues me barrunto que, a partir de ahora y hasta que veamos las naves en el horizonte, la espera se hará cada vez más dura. ¡Qué Dios se apiade de todos nosotros! ¡Hasta otro momento, amiga mía!

—¡Amén! ¡Que Él acompañe a vuesa merced!

CONFIDENCIAS A BORDO. COLÓN Y GUTIÉRREZ

Enero de 1493. La noche tropical, estrellada y cálida, regala una brisa refrescante como caricia de novios. En la Niña todo invita al placer, se percibe un rumor de risas, rasgueos de guitarra y conatos de cantes populares. De súbito, entre todos los sonidos, se impone el arranque de una canción sefardí, *Scalerica d'oro*. Era la estremecida voz del pueblo judeoespañol cuya reciente expulsión del reino impregna el sentir de un marinero nostálgico:

> ¡La novia no tiene dinero,
> que más tenga un mozo bueno…!

Colón ya había cenado y escrito en su *Diario* las incidencias del día. Decidió salir de su cámara a orearse, escuchar los rumores del entorno y hablar con sus oficiales. Enseguida se le acercó Pedro Gutiérrez, con su aire de pasajero entre tripulantes, cortándole el conato de saludo al maestre Juan de la Cosa.

—¡Espléndida noche gozamos, almirante! Todas las estrellas del cielo nos iluminan. ¿Será buen augurio, amigo mío?

—Eso debemos creer, querido Gutiérrez. Siento claramente que Dios ha hecho embarrancar la Santa María con el propósito de que yo funde el primer asentamiento español en las Indias del Ganges. De modo que no lo dudéis, ¡el Altísimo nos guía!

—¿Así que eso creéis? Entonces también ha sido providencial la separación de la Pinta, pues según comenta la marinería, si Martín Alonso

estuviese, se hubiese salvado la capitana, porque navegaríamos por otra ruta o porque los marineros no hubiesen desobedecido las órdenes de su señoría.

—¡Los designios del Señor son inescrutables! Siempre nos lo han dicho sus ministros, y yo lo creo firmemente. Otra cosa es que el capitán de la Pinta se haya mantenido tanto tiempo en la desobediencia desleal. Ha estado llenando la carabela de oro y esa ha sido hasta ahora su prioridad, en vez de atender a reunírsenos.

—Pero, almirante, ¿para qué lo necesita su señoría? ¿Y por qué no lo hizo prender por desacato, en cuanto se vislumbró la proa de su carabela?

—Pues porque una flotilla de tres naves que ha venido a descubrir debe permanecer unida hasta el regreso. Y porque la marinería le es inmensamente fiel al Pinzón, como medio parientes o compadres que son entre ellos, y porque su hermano es el capitán de la nave que pisamos, amigo mío. ¿No lo ve? ¡Se amotinarían todos!

—¡Entiendo! De momento, lo necesita para tener la fiesta en paz, aún no puede permitirse castigarlo, pero, en ese caso, imagine el futuro inmediato, almirante. Piense que su señoría será un grande de España y ellos, los Pinzones de Palos, solo gentecilla de poco más o menos.

—¡Ya! Por eso me he negado a recibir la mitad de la partida de oro que rescató aquí en La Española y, por eso, lo puse en su sitio cuando vino a verme el día de Reyes.

—¡Muy bien hecho! Es gente que se considera hidalga, pero no dejan de ser de medio pelo. Precisamente, la prueba es que los marineros aprecian a Martín Alonso porque lo sienten como ellos, medio truhán, medio corsario, no un personaje lleno de dignidad como su señoría. ¡Nada menos que almirante de la mar océana, virrey y gobernador de las Indias!

—Sí, pero, me consta que, en el fondo, sienten a Martín Alonso como el capitán real de la marinería, y yo solo soy ante ellos un cargo oficial, nombrado por los reyes. Y, aunque cuando le ordenó algo, él contesta con sumisión de subordinado, resulta difícil convencerlos de que el mando es mío.

—Así que, analizando la situación, según lo que vuestra señoría me ha dicho, Cristóbal Colón es el almirante pero, en la práctica, Pinzón mantiene el poder fáctico, aglutinador de los hombres. ¡Bien! Pues esperemos pensando hacia adelante, vislumbrando el momento en que su señoría sea el héroe invicto y él, solo un pescador mercader.

—¡Es que está lleno de orgullo! Me habla sin acatamiento, como si yo fuera su compañero. No quiere que deje aquí el asentamiento y se atreve a amenazarme con decir a los reyes que he abandonado a los hombres a riesgo

de muerte, en contra del criterio de los capitanes… ¡Me resulta insufrible, os lo confieso!

—Pero su señoría, como almirante, tiene potestad para hacerlo castigar en cuanto lleguemos a Castilla, así que espere, disimule mientras tanto, y piense en lo que le he dicho: en la gloria de vuestro hallazgo, en que será recordado con gratitud y admiración por las generaciones venideras, ¿quién se acordará entonces de los marineros de Palos?

—Ese es un sabio consejo, Gutiérrez. Agradezco la comprensión. ¡Cómo se nota que vuestra experiencia cortesana os ha hecho conocer a las personas!

—Siempre me tendréis a vuestro servicio, almirante, aquí en la colonia o donde sea necesario.

—¡Gracias, amigo mío! Podéis estar seguro de que estimo en lo que vale vuestra lealtad.

CAPÍTULO V

TORNAVIAJE

Martín Alonso, al escuchar al almirante que regresarán por el norte persiguiendo los buenos vientos, tiene en ese momento un recuerdo agradecido para Alonso Sánchez, el desgraciado prenauta del que Colón le habló el diez de octubre. Desde el cuatro de enero en que el ligur hace levar anclas para volver a España, se reúnen tres días después los tres capitanes mientras los dos barcos navegan plácidamente hasta Monte Christi y el puerto de Gracia. Los españoles que se quedaban en tierra y los que retornaban se despidieron con emoción disparando los del fuerte una bombarda, que se contestó en las carabelas con tiros de espingardas. Luego, lo más notable de la travesía entre islas fue el enfrentamiento en el golfo de las Flechas. El día trece, siete españoles comandados por el piloto de la Niña, Vasco Ruiz de Gama, arribaron al lugar con orden de comprar arcos y flechas, pero después del trueque, unos cincuenta ciguayos hostiles intentaron apresarlos, aunque terminaran por huir ante la aguerrida defensa de los castellanos. El sensato Vasco Ruiz ordenó volver al navío sin dañar a los aborígenes más de lo necesario para la propia supervivencia.

A partir del día dieciséis de enero, las dos carabelas navegaron en conserva con el mismo rumbo. Era invierno, tiempo no muy adecuado para emprender una vía norteña desconocida, en busca de los vientos de la que hoy llamamos corriente del Golfo. Martín Alonso sabía que también en el retorno estrenaban nueva ruta para evitar los alisios o las encalmadas e imaginó entonces la angustiosa situación del prenauta, antes de encontrar el rumbo que lo llevó a Porto Santo, cuando daba palos de ciego por vías erróneas de vientos contrarios que lo devolvían al punto de partida. No podía sospechar que, víctima del mismo mal, también él padecería injusto destino.

El día veintiuno, Colón se llegó a la Pinta para hablar con su capitán:

—¡Ah, Martín Alonso! ¿Cómo puede ser la carabela más velera tan lenta en el tornaviaje que nos retrase la marcha? ¡No podemos navegar a «¡avante toda!» en espera de vuesa merced!

—Se nos ha estropeado la bolina de tanto tirar de la relinga hacia sotavento, por ende, el viento hace flamear la vela. Eso nos retrasa un poco, señor almirante.

—¡Ya, ya…! Y tampoco el mastelero de la mesana parece muy robusto, por lo que veo. Como si no hubiese troncos de árboles allá de dónde venimos, señor capitán.

—¡El mástil estaba bien cuando zarpamos, señor!

—¡Cierto! ¡Cierto! ¡Lo que vuesa merced diga, capitán!

Dos días después, Colón escribe reproches en el *Diario*, oscuros brochazos con que seguir emborronando ante los reyes el retrato de su segundo:

> «Si el capitán de ella, que es Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástel en las Indias, donde tantos y tales había, como fue codicioso de separarse de él, pensando de henchir el navío de oro, él lo pusiera bueno».

A partir del día doce de febrero, cuando las dos naves se aproximaban a las Azores, empezó a ventar fuerte y, al día siguiente, una tormenta eléctrica en medio de la furia arrebatada del vendaval les obligó a pernoctar a palo seco para aminorar el estrago. El catorce, la tempestad se transformó en un torneo de olas inmensas prestas a disputarse las naves al alimón. Los marineros soportaban cada embestida como la última antesala del naufragio; empapados por ríos de agua que fluía del puente al sollado, tropezando con barricas, aparejos quebrados y otros obstáculos del mismo caos, seguían empeñados en una lucha tensa y desigual. Al anochecer, para no separarse, pusieron en las dos naves faroles colgados de los mástiles, pero la Pinta, con la debilidad del trinquete, fue esclava del viento, que la empujaba hacia el norte alejándola de la Niña. El día quince siguieron en el mismo infierno líquido, a punto de zozobrar en cada instante. La tripulación rezaba y hacía negociaciones con el Altísimo. En la capitana, dejaron al azar elegir quién de ellos debería ir en peregrinación a los monasterios de Guadalupe en Cáceres y Santa Clara de Moguer. En ambos casos le tocó a Colón. El almirante, sobre la angustia de dejar huérfanos a sus hijos, padecía el temor de que se perdiera, con el inminente naufragio, la noticia de su hazaña. Llevado por ese sentimiento, se pone a escribir un resumen de los hechos en un pergamino que, envuelto en

tela encerada y dentro de un barril, tira al mar con la esperanza de que alguien lo acerque a sus destinatarios, los reyes de Castilla.

Desde aquel fatídico catorce de febrero, en que fue arrebatada por el temporal, en la carabela Pinta no hubo descanso ni de día ni de noche. Sus tripulantes, batallando contra la tormenta, no tenían tiempo para comer o dormir, todo se resolvía al instante, coordinados como autómatas, haciendo solo lo preciso por sobrevivir a la obsesiva embestida de los elementos.

—¡Barco a la capa! ¡Bordes de través! —ordenó el capitán Martín Alonso mirando a su contramaestre.

—¡Barco a la capa! ¡Bordes de través! —gritó a la marinería Juan Quintero de Algruta.

—¡Arriar velas! ¡A palo seco! —siguió el capitán suponiendo que su orden era consabida, aunque no se oyera.

—¡Arriar velas! ¡A palo seco! —grita el contramaestre adivinando la orden.

Martín Alonso sabía que no podrían oponerse a la furia inexorable de las olas. En la crítica situación, su experiencia de lobo de mar le indicaba la única posibilidad: capear, dejándose arrastrar hacia sotavento para amansar las rompientes y que el barco encontrara su propio equilibrio, hundiéndose un poco, como un lobo que logra salvar la vida ofreciendo el pescuezo al macho alfa de la manada. Esa era la esperanza, amansar el genio destructor por barlovento y provocar con sumisión un indulto a la condena capital. De otro modo no podrían resistir, era consciente de la fragilidad de mástiles y cuadernas frente al ataque despiadado del temporal. La amenaza de que las olas tumbaran el barco sobre los baos haciéndolo zozobrar hasta el naufragio se convertiría entonces en inapelable decreto. El experto capitán sabía bien que el precio era la inevitable deriva, pero la fuerza de la tempestad no le permitía lo más común: hacer correr la nave desplegando las velas del trinquete y equilibrarla controlando la velocidad para evitar el desgobierno de pinchar la ola e irse por ojo. En cubierta, la luz quebrada de los rayos, al rasgar la tiniebla, dibujaba espectros de marineros que ya se creían en la laguna Estigia. El barco, animal indignado, aumentaba el fragor con golpes, bandazos y cabeceos mientras la voz del trueno se oía en medio del estruendo como lúgubre solista.

En esa tripulación agotada por la lucha, su capitán sufría otro peligro interno e implacable actuando como quinta columna de la tempestad. Era un extraño mal, que lo invadía desde los primeros momentos del retorno y se iba fortaleciendo en el ataque con la misma furia del huracán. Cada día sentía

disminuir sus fuerzas. De poco le había valido el zumo de *guayacán* o palo santo que el indio guía le aconsejara y que Calabrés, su fiel *Porca miseria*, le preparaba antes de darle las friegas. Solo su férrea determinación, aguijoneada por el punzante deseo de abrazar a sus hijos en Palos, le permitía luchar a la vez contra la enfermedad y el naufragio. Al doble combate, sin tregua, se añadían funestos presagios sobre el destino de la Niña, donde iban su hermano Vicente y amigos entrañables. Pero su aguerrido espíritu se rebelaba contra la idea de que el naufragio de las dos naves sepultara en el olvido la espléndida noticia. Después de todo el esfuerzo, que un sello de muerte y olvido borrase el logro de quienes retornaban y de los colonos del fuerte de Navidad era una imagen desoladora e inaceptable. ¡No podía ser! Empeñaría su último aliento en evitarlo; pondría alma y vida para vencer los obstáculos del retorno como evitó el fracaso del viaje a la ida; afortunadamente, la enfermedad no le había restado nada de su lucidez y talento marinero.

LA NIÑA EN LAS AZORES

Al amanecer del quince de enero, un marinero subido al topo del mástil gritó tierra casi con el mismo entusiasmo que Rodrigo de Triana. Estaban ante Santa María, la isla más meridional del archipiélago de las Azores, pero el viento contrario les impedía aportar. Lo consiguieron dos días después, gratificándose mucho de que el gobernador del lugar, el señor Castanheda, les enviase emisarios con víveres anunciándoles su visita para el día siguiente. Por eso resultó todavía más sorprendente para Colón que una multitud acaudillada por el mismo gobernador rodeara e hiciera prisioneros a gran parte de sus tripulantes en tierra cuando se dirigían a la iglesia para agradecer al cielo haberlos salvado. El almirante, en el barco, permaneció ignorante de lo ocurrido hasta que el mandatario y su séquito fueron en un bote a informarle oficialmente del hecho expresándose en altanero tono forense:

—¿El señor capitán? ¡Buenos días! Soy el gobernador de Santa María y estos señores son funcionarios del gobierno de don João II, *que Deus guarde*. Venimos a notificarle que sus marineros están todos en *cadeia* por órdenes expresas.

—Pero ¿cómo se atreven? Mis hombres y yo formamos una expedición a las órdenes de los reyes de Castilla y hemos surgido aquí a causa de la tormenta. Nada hemos hecho para que encierren a parte de mi tripulación

contraviniendo todas las leyes de la mar y ofendiendo gravemente a mis señores y a mí, su almirante —Colón muestra los documentos reales mientras contesta, ofendido, y permanece a la espera.

Una vez vistos los papeles con los nombramientos y los sellos, el gobernador se dirige a él en tono más apacible:

—Le aseguro, señor almirante, que como servidor de su majestad no hago más que obedecer órdenes y que la cárcel para sus hombres ha sido en su cumplimiento.

Perplejo al oír esto, con la mitad más útil de su tripulación apresada en tierra, Colón se siente víctima de una doble tormenta. Pero como hace siempre, reconoce e identifica la crítica circunstancia, pero no su imprudencia al transgredir la orden de los monarcas castellanos de no surgir en tierra portuguesa. De momento, decide refugiarse en la cercana isla de San Miguel donde permanece hasta que, el día veintidós, se moderó el tiempo y pudieron volver a Santa María para intentar arreglar el desaguisado. Desde tierra, al ver acercarse la nave, enseguida se le aproximó una barca con dos eclesiásticos y un escribano, dispuestos a examinar con lupa los papeles de Colón. El almirante accedió al reconocimiento funcionarial y, a la mañana siguiente, los portugueses liberaron el bote castellano y a sus tripulantes. Después del imprevisto sobresalto, los hombres llegaban con explicaciones frescas sobre la conducta lusa. Como temían los soberanos de Castilla, el rey João II había expedido una orden para capturar a Colón en cualquier puerto o isla portuguesa en que lo encontrasen, así que el gobernador Castanheda, efectivamente, no había hecho más que actuar con lealtad de súbdito.

ACUARELA BAIONESA

Cuando, el 1 de marzo de 1493, la carabela Pinta llega al puerto de Baiona, único de realengo en la provincia de Tui, la villa goza de importante actividad industrial. Su privilegiada posición para la defensa marítima y los cambios forzosos del siglo anterior le habían granjeado una serie de privilegios de los monarcas castellanos. Uno de ellos, que su puerto, junto al de A Coruña, fuera el único autorizado para el tráfico de productos extranjeros hizo crecer el comercio con la exportación de vino, maderas y pesca hasta situarlo en el centro de las rutas atlánticas con intercambios nacionales y foráneos, desde la Andalucía occidental al Mediterráneo. Poco tiempo antes de la llegada de la carabela Pinta, sin embargo, la prosperidad había empezado a decaer

fundamentalmente por anteriores causas político-sociales. El lugar había sido el primer puerto de la corona de Castilla afectado por la peste negra poco después de haber entrado el mal en Lisboa; además, sufrió la revuelta de los Irmandiños y la guerra de Sucesión castellana, donde Pedro Álvarez de Sotomayor, el célebre *Pedro Madruga*, conde de Camiña, fue protagonista de cruentas luchas en la villa. Otro factor económico influyente sería que el entorno no contaba con recursos suficientes para los circuitos comerciales, lo que haría brotar actividades clandestinas como el contrabando, la piratería y el corso sobre barcos portugueses que navegaban hacia Flandes. En consecuencia, la atmósfera que circundaba la comarca había de ser análoga a la del Tinto y Odiel, lo que facilitaría la fraternidad marinera en la acogida a los descubridores.

Por otra parte, Baiona ya desde el siglo XIII gozaba de un rico patrimonio cultural, donde florecían composiciones líricas como las del palentino Pedro González Telmo —San Telmo— trovador en gallego de las cortes de Fernando III el Santo y de su hijo Alfonso X el Sabio, donde aprendió la lengua que le permitiría crear varias cantigas y evangelizar más tarde a las gentes de Tui y Baiona. Tuvo mucha simpatía por los pescadores y se le considera patrón de los marineros, de ahí que su iconografía nos lo muestre con un barco en la mano. Otro autor baionés de estos tiempos fue Vasco Pérez Camoés, cuyo segundo apellido significa «natural de Camos», municipio de Nigrán, denominado «Camoes» en la Edad Media. Vasco Pérez fue un regidor de Baiona, obligado a transterrarse al país vecino por cuestiones políticas. Como antiguo partidario de Pedro I, dejó entrar en la villa al yerno real, duque de Lancaster, con un ejército formidable dispuesto a defender los derechos a la corona de Castilla de su esposa Constanza, primogénita del rey legítimo. El hecho lo obligó a huir de las represalias de Juan I de Trastámara y a establecerse en Portugal. Pérez Camoés fue un poeta de éxito en su tiempo, pero la mayor parte de su obra se perdió. Sin embargo, esas creativas cualidades serían transmitidas a su biznieto, Luis de Camões, el gran poeta portugués, autor de *Os lusíadas*.

LA PINTA EN BAIONA

Martín Alonso recordaba muy bien la prohibición real de no tocar tierra portuguesa. Con los vientos rolando durante días y empujándolos claramente hacia el noreste, tenía la suerte de llevar consigo, entre sus expertos pilotos, a

Cristóbal García Sarmiento, gallego del valle Miñor, que conocía perfectamente la deriva y el rumbo posible en la presente circunstancia. El piloto tuvo muy clara la idea:

—Capitán, vamos rumbo a Baiona de Galicia, mi tierra. Si vuesa merced lo dispone, allí podremos aportar, en lugar de realengo, como quieren nuestros señores los reyes, ¡si Dios y la Virgen del Rosario nos ayudan!

—¡Que ellos os oigan, mi piloto, y allí aportaremos, si los dos quieren! Tenemos de enviar noticias a nuestros señores, doña Isabel y don Fernando. Eso será lo primero, después de tomar tierra.

—¡Sí, es urgente! Sobre todo, porque nada sabemos del destino de la Niña. Dios quiera que, como nosotros, pudiera zafarse de las garras del temporal —añadió Cristóbal, adivinando los pensamientos de su superior.

—¡Recemos porque así sea, amigo mío!

—¡Recemos! ¡Amén!

En tan penosa situación, tener un experto en quien confiar era un alivio muy apreciado por Martín Alonso. Bien se acordaba ahora de las palabras sobre Baiona que los demás oficiales y él mismo escuchaban al piloto en momentos de calma y conversación. García Sarmiento ponderaba la excelencia del puerto baionés, conocido desde antiguo. Por eso, ya los romanos exaltaron el sabor de sus ostras y codiciaron la riqueza en estaño y oro de las islas Cicas o Baionas. Se mostraba entusiasmado al recordar que un padre jerónimo amigo suyo le había dicho que también en el siglo pasado, un cierto arcipreste alabó la riqueza de su puerto en una batalla de animales y frutos, cuando hizo que los cazones de Baiona vencieran a los capones castellanos.

—Pues, Cristóbal, en este trance y ahora que recuerdo la historia que nos contaste, ¿por qué no pides ayuda a las mártires esas de tu pueblo, a ver si te oyen y nos traen la calma? —sugirió en alta voz Martín Alonso, mientras ordena sujetar el papahígo, desgarrado por el temporal.

—¡A la orden, capitán! Precisamente, llevo rezándoles todo este tiempo —se dispuso acto seguido a la piadosa actitud cayendo de rodillas e impetrando en alto una oración.

Su rezo sorprendió a los oyentes por la invocación memorística de una lista de nombres en monótona letanía.

—¡Santa Liberata! ¡Vuestras ocho hermanas: Genivera, Victoria, Eufemia, Germana, Marciana, Marina, Basilisa y Quiteria, y vuestra aya Sila, mártires del cristianismo, socorrednos! ¡San Pedro González Telmo, patrón de navegantes, amigo y maestro de pescadores baioneses, auxiliadnos! ¡Santiago

el Mayor, santo adalid, patrón de las Españas, salvadnos! —invocó el piloto asociando espiritualidades queridas, mientras se aferraba al zarandeado timón.

—¡Amén! —corearon los allegados.

La tormenta eléctrica incrementaba el terror. Los hombres de la mar sabían por experiencia que un barco en medio de las olas, con sus tres mástiles apuntando a lo alto, era punto de atracción magnética con tres dianas ofrecidas a la ígnea ira. El retumbar de los truenos ensordecía las órdenes que los marineros adivinaban; los crujidos del buque; los gritos del pánico mal reprimido; las jaculatorias… Pero tras los ruegos, las promesas y el esfuerzo extenuante, el temporal fue amainando y dejando aflorar la esperanza en el rumbo noreste que se había impuesto como un capricho. La tormenta que los dispersó y llevó al borde del naufragio ahora les ofrecía la promesa de un puerto acogedor donde restaurar, con la nave, el cuerpo y el alma de sus tripulantes. Habiendo superado ya el largo peligro de muerte y olvido, a punto estaban de coronar el hecho glorioso que difundiría *urbi et orbi* la fama de Baiona: su arribada en la carabela Pinta, al mando de Martín Alonso Pinzón el primero de marzo de 1493. Se sentían salvados, sobrepuestos al agotamiento por la esperanza y felices de dar la extraordinaria noticia del descubrimiento de islas allende el océano. Siglos después, quedarían grabados en piedra el hecho y la heroica actitud: llegó «maltrecha la nao, pero no los corazones».

Los baioneses conocieron el éxito de la expedición antes que nadie. Ni los Reyes Católicos, ni los frailes de la Rábida con los demás paisanos de Palos y Moguer, ni los portugueses de Lisboa, adonde Colón aportó cuatro días después, sabían nada del destino de la armadilla. Inmediatamente, con la carta de Pinzón a los reyes y la salida constante de las inquietas gentes de la mar, la noticia voló de puerto en puerto, de Baiona para el mundo, cual gaviota gaviera. En la dramática circunstancia sufrida, con la Pinta desarbolada y haciendo agua, inapreciable fue la ayuda del piloto García Sarmiento facilitando la arribada al puerto del noroeste.

—No os amohinéis, capitán, que en mi pueblo no faltan astilleros para sustituir mástiles, velas, cabos, arreglar cuadernas o calafatear naves. La Pinta quedará como nueva en Baiona —garantiza el piloto tomando el rumbo entrañable a su corazón.

—¡Confío plenamente en vuesa merced! ¡Cate, cate, que ya se divisa el perfil de las islas Baionas! ¡Dios sea alabado!

—¡Las islas Cicas!, ¡las Baionas! —gritó al mismo tiempo Juan Cuadrado, uno de los grumetes, encaramado en la cofa de mesana.

—¡Alabado sea Dios que nos va a permitir arribar vivos del tornaviaje! —exclama el marinero Juan Pérez.

—¡Sea por siempre alabado! —repite Bernal y los demás, asomando a la borda de babor su alborozo.

—¡Baiona! ¡Quién lo iba a decir! ¡Gracias, gracias, Dios mío! —exclamaban todos llenos de gratitud.

—*Ringrazio Dio, grazie mille, siamo salvati, grazie!* —exclamó *Porca miseria*, contenida por la emoción su exclamación favorita.

Cuando los pescadores y marineros que faenaban en la ensenada divisaron la carabela en el horizonte, dejaron su trabajo, expectantes, pues a medida que la Pinta se iba acercando, la intuían protagonista de un largo, accidentado y misterioso viaje oceánico. Llenos de marinera curiosidad, reaccionaron bogando hacia la nave y luego acompañándola a puerto en séquito nimbado de gaviotas. Una vez allí, fue el cruce de preguntas excitadas y de generosas explicaciones; la admiración y la sorpresa de unos al ver a los tres indios; el alivio entusiasmado de otros y el júbilo de todos en la fraternidad gremial de la mar.

El asombro mayor lo provocaron los indígenas:

—*Están tremendo! Meus pobres! Pepiño, vai ó concello que che dean tres cobertores. Veñen espidos, meus fillos!*

—*Carmiña, ti vai por un xerro de leite quente! Bule, bule!, que están sen folgos!*

—*Ai que ver, disque veñen das Indias! E alí, seica os omes deixan medrar os cabelos, lévanos longos como as mulleres! Qué cousas, Basilisa!*

—*E qué cor de pel teñen, coma de mel!*

—*Sí, miña filla, sí! Cousas veredes, se non morredes!*[7]

Martín Alonso se sobreponía a las extrañas molestias del mal que le aquejaba para gozar la alegría y el reencuentro con el mundo conocido. Todavía no era su hogar, es cierto, pero sí un puerto español y hospitalario donde podían sentirse a salvo. Se encontraba gratamente reconfortado, procurando satisfacer la curiosidad del alguacil que lo cumplimentaba, cuando se produjo lo insólito:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Qué alegría! ¡No podía creerlo! ¡La Pinta aquí, en Baiona de Galicia! ¡Parece un milagro de nuestra Virgen de la Rábida, padre! —gritó acercándose arrebatado Arias Pérez, el primogénito de Martín Alonso.

—¡Arias, hijo mío! ¡No contaba con vuesa merced en este puerto! Pero ¡no podría tener mejor sorpresa! ¡Alabado sea el Señor! ¡Otro milagro para dar gracias! ¡Vamos a la colegiata de Santa María, hijo! ¡Qué inmensa

alegría! —exclamó el padre abrazándolo después de unos segundos de mudo estupor.

—¡Martín Alonso! ¿Quién podría imaginar este encuentro aquí? ¡Y dicen que habéis descubierto las islas! Pero ¡dame un abrazo, primo! —gritó emocionado Hernán Pérez Mateos tirándosele literalmente encima.

—¡Hernán! ¡Qué alegría!

—Desde que vimos la arribada de la Pinta como un espejismo, toda nuestra tripulación está ansiosa porque nos cuente de la Antilla y de las otras tierras de Indias. ¡Todos quieren verle y oír las extraordinarias nuevas del señor Martín Alonso! —añadió Pedro Enríquez con admiración emocionada.

Martín Alonso, además de la alegría de pisar tierra patria y de poder abrazar, antes de llegar a Palos, a su hijo mayor Arias Pérez, tuvo la dicha de encontrarse a muchos amigos y marineros de la comarca del Tinto. Volvían de Flandes en ruta comercial de cabotaje y, en cuanto las autoridades los liberaron de los primeros trámites e imprescindibles cuidados, formaron espontáneamente el corro que fundió los dos grupos con el afecto y el acento del sur. Más tarde, en Baiona, supieron de la llegada de Colón a Lisboa el día cuatro, con la alegría consiguiente de los Pinzones por la supervivencia de su hermano y de toda la tripulación de la Niña. No obstante la alegría vivida, en un aparte, Arias, preocupado por el semblante paterno, le pregunta:

—Pero decidme, mi padre, ¿qué le ocurre a vuesa merced? Lo veo diferente, con no muy buen aspecto. Ya entiendo que ha sufrido mucho con la mala mar, pero… ¡Cuénteme!

—Tiene razón, hijo mío, no gozo de mis mejores momentos en cuestión de salud, pero estoy muy contento de estar aquí y de haberlo encontrado. No se preocupe y venga conmigo. Me ayudará a redactar la carta a los reyes.

—¡Claro padre, vayamos presto! Además, en cuanto lleguemos a Palos, empezará a recuperarse con los cuidados que le vamos a dar entre todos, la abuela la primera.

—¡Sí! No se imagina a bordo con que fuerza deseé verme en Palos, creía que la tormenta no me lo iba a permitir. Pero eso ha pasado ya, y ahora me encuentro con mi primogénito en Baiona, ¡Dios sea alabado!

—¡Y dé por descontado que regreso a casa en la Pinta! ¡Con mi padre!

—¡Qué alegría poder oír eso! ¡Dios es misericordia, hijo mío!

—¡Por los siglos de los siglos, amén!

Horas más tarde de la arribada, después de los primeros auxilios y el hospedaje de los exhaustos marinos, Martín Alonso se dejaba agasajar por las autoridades, ávidas de noticias sobre la náutica aventura. Después de que el

capitán informara de lo sucedido al corregidor baionés, el funcionario narró al capitán algunos hechos de la historia local que alumbraban similitudes entre el lugar y los concejos de Palos y Moguer, todos dedicados al tráfico nacional y extranjero, donde la pesca y la sal para conservarla eran elementos fundamentales y definitorios. Las carabelas inglesas, flamencas, portuguesas o bretonas formaban un paisaje análogo en las dos geografías y el trato con gentes de distintas lenguas y culturas, unido a la dureza de la lucha marítima, eran causas comunes que los hermanaban. La comunicación favoreció el jubiloso encuentro en una fraternidad redentora del infierno vivido. Martín Alonso sentía al corregidor de Baiona como a uno de los suyos y en esa actitud se dejaba cumplimentar, agradecido y atento a lo que el hombre quisiera decirle. Como contrapartida de las alabanzas a la prosperidad y buena acogida del puerto con sus instalaciones y cofradías, el corregidor le habló también de situaciones menos felices. En estos momentos, apenas estaban restableciéndose de la vorágine bélica de hacía años con revueltas de penosas consecuencias en la villa; por los mismos muelles que ahora les traían tanto de bueno, había llegado el pasado siglo la peste bubónica, venida de Lisboa en los barcos con las pulgas de las ratas. Su desolador efecto fue el exterminio de la mayor parte de la población de la villa y un despoblado rural que llegaba hasta Tui. Menos mal que los campesinos supervivientes supieron restablecer la prosperidad al cultivar la vid en los terrenos desiertos e instalarse otros tantos en el burgo, atraídos por el crecimiento de la pesca unas décadas después con la revolución de la sal.

—Cierto es, nosotros damos fe de haber llegado a una villa próspera y llena de gentes variopintas —arguyó, optimista, Martín Alonso—. En la Tierra Llana de Huelva también plantamos cepas, hasta tal punto que ahora se talan olivares y campos de cebada para sustituirlos por viñedos y exportar vino, uvas y arrope. Pero dígame, ¿cómo ha sido eso de la revolución de la sal, mi estimado huésped? —se interesó, sorprendido de la expresión, Martín Alonso.

—Llamaron así a la creación de salinas y almacenes de sal para la conservación de enormes cantidades de pescado. Esto y la buena organización del gremio en cofradías de pescadores hizo acrecer la riqueza.

—La prosperidad es algo que se nota presto en Baiona. Es palpable, no hay más que ver esa magnífica iglesia colegiata que vuesa merced me acaba de mostrar, digna solo de un lugar rico. Por lo demás, también nosotros creamos salinas en las márgenes del río Tinto aprovechando el flujo de las mareas.

—Aquí lo que da mayor prosperidad es la pesca de la sardina, gracias a la organización de las cofradías con el monopolio de las artes de faenar y el acotamiento de aguas jurisdiccionales propias —explica, encantado, el alcalde sintiéndose escuchado con atención.

—Como bien sabe vuesa merced, los del sur faenamos en la misma pesca. Ya habéis visto que me he topado en el puerto a mi primogénito, que precisamente torna de Flandes después de llevar una carga de sardinas.

—Cierto, bien sé que nuestra riqueza sardinera es asaz grande pero no única; en la zona, se atribuye a que los peces huyen de los vientos gélidos del norte y también a la existencia del gueldo, un camarón mínimo, muy abundante en las rías, que sirve de banquete a los bancos sardineros.

—Sí, nosotros por dedicarnos a la misma faena admiramos harto las artes de pesca de los gallegos y la industria de salazón de sus puertos.

—El arte que más usamos aquí es el *xeito*, de capturas más rentables que el cerco, donde la gran cantidad de pescado exige salazón inmediata y esto, como su merced sabe, siempre encarece el producto.

—En efecto, estimado amigo, bien lo comprendo. A fe mía que por todo lo que vuesa merced me dice, por los olores, el ambiente de mareantes y la hospitalidad de Baiona, nos creemos ya en casa, pues en mis dos patrias chicas, Palos y Moguer, hacemos lo mismo. Mi tripulación y yo nos sentimos harto agradecidos por arribar a un excelente puerto con buenas atarazanas que garanticen la reparación del navío.

—¡Qué me placen vuestras palabras, amigo mío! Y no lo dudéis, vuestra nave quedará como nueva, gozamos de varias empresas familiares, pequeños astilleros con solvencia tradicional. Por lo demás, ya habéis visto pululando en la villa un tráfico de extranjeros: bretones, italianos, flamencos y portugueses, que circulan con monedas diferentes.

—¡Cierto es! Algunos de mis hombres ya han hablado con ellos en las tabernas. Todos manifiestan gran curiosidad por nosotros; se han cruzado nuevas y, como sucede entre hombres de la mar, se han llegado a entender.

—¡Claro es, en efecto! También entre los puertos mediterráneos y los del mar del Norte, gallegos y andaluces se encuentran con frecuencia. Lo insólita ha sido vuestra aventura de descubrimiento. ¡La Antilla, nada menos!

—Verdad son los encuentros y muy naturales, si paramos mientes en que la Galicia pesquera actúa como intermediaria de la ruta fija Levante-Poniente. ¡Si lo sabremos nosotros! En Sevilla, se come y harto se aprecia el pescado gallego. Además, vuestros paisanos no solo comercian con la pesca.

—Desde luego que no. Aparte del pescado, sea fresco, seco, ahumado y en salazón, se venden alimentos de tierra y vestidos. También recibimos peregrinos jacobeos de distintas partes del mundo.

—Seguramente es eso lo que ha hecho entrañable vuestra hospitalidad por suerte para los que atracamos aquí maltrechos por la tormenta. Mi tripulación se siente en la villa arropada como en abrazo familiar. No cesan de decírmelo. ¡Nunca podremos agradeceros bastante vuestra cálida acogida!

—A más de la sorpresa, vuestra arribada, capitán, ha sido una alegría para los baioneses. Y harto lo será para nuestros señores, los reyes, cuando se enteren por los escritos de vuesa merced. ¡Podéis permanecer con nosotros cuanto queráis! —sentenció el alcalde llevándose la mano al corazón.

—¡Muy agradecido me hallo, estimado corregidor! Pero mis hombres están deseando abrazar a sus familias. Bien sé que lo comprendéis. En tanto estén adobados velas, masteleros y el cacarenado de la carabela, zarparemos. Si Dios lo quiere, espero tomar el rumbo de Palos el once o el doce.

REFLEXIONES AL HILO

Desafortunadamente, ni en Baiona ni en el Archivo Capitular e Histórico Diocesano de la provincia de Tui ni en el Archivo Histórico Municipal de Moguer se conserva documentación alguna sobre la arribada de la carabela a Baiona ni sobre la estancia aproximada de diez días en que permaneció la tripulación en el lugar. Sin embargo, sabemos por indicios, alusiones y por los testigos de los pleitos, que Pinzón escribió una carta a los reyes donde les comunicaba la arribada a la villa gallega después del descubrimiento de las Indias y les describía sus impresiones de los indígenas como gentes en la infancia de la humanidad, felices en su vida sencilla y pobre. Nada que ver con las exaltaciones fantasiosas de Colón, que en La Española bautiza un caudal como río de Oro porque veía el brillo de la marcasita en la arena. Pedro Enríquez, testigo de los pleitos en 1515, narró brevemente la arribada de la Pinta:

> «Al tiempo que el dicho almirante del dicho viaje venía, un navío en que venya Martín Alonso Pinçon por capitán llegó a Bayona de Galicia, y este testigo vido allí los yndios que trayan de la ysla de Guanahany, e allí le dixeron como el señor almirante avía descubierto las yslas con Haití e las más contenidas en la dicha pregunta».

La de Martín Alonso fue la primera noticia que los monarcas tuvieron del hecho, enviada por un mensajero a Barcelona, lugar donde en aquel momento se encontraban con su corte itinerante. Una vez conocida la buena nueva, el diplomático portugués Lope de Herrera, destacado en funciones en la Ciudad Condal, se la comunica a su rey por valija diplomática. Le explica que había llegado a Galicia una carabela de las que fueron con Colón trayendo la noticia de haber encontrado islas con pobladores muy dóciles y aptos para dejarse evangelizar; que los reyes castellanos estaban muy contentos y a punto de escribir el hecho a Portugal, porque sabían que se iban a alegrar, por ellos y por la difusión de la santa fe; que más tarde les había llegado la carta de Colón diciendo lo mismo y añadiendo que había estado con João II, siendo muy bien tratado en Portugal y ayudado en cuanto necesitó.

Así fueron los hechos. Mientras Colón pasaba el tiempo en las prohibidas tierras portuguesas, de nuevo fue Martín Alonso el primero en llegar a España y el primero en dar la noticia del extraordinario acontecimiento en el Viejo Mundo. Él todavía pensaba que Cuba era tierra firme, idea compartida con el almirante hasta que Colón la modificó el día veintiocho de octubre, por eso, aunque solo habían permanecido en el archipiélago, habla a los reyes de islas (San Salvador, Santa María de la Concepción, Fernandina, Isabela y La Española) y tierra firme (Cuba, Juana).

Después de haber recibido la noticia con la carta baionesa de Pinzón, los monarcas enviaron enseguida una misiva a los puertos del norte y del sur para que nadie fuera por su cuenta a las Indias sin orden suya, bajo pena de muerte y desposesión. Por eso, cuando conoció la real orden, el duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, escribe a su tío materno, el cardenal Mendoza, el diecinueve de marzo de ese año, desde su espléndido palacio de Cogolludo, comunicándole la llegada de Colón a Lisboa quince días antes y pidiéndole su valiosa mediación para conseguir un permiso real con que enviar cada año «algunas carabelas mías». El magnate se consideraba en cierto modo copartícipe del glorioso acontecimiento y, por tanto, con derecho preferente por su labor de anfitrión y protector del genovés en sus horas bajas. Así lo manifiesta en la epístola: «por yo detenerle en mi casa dos años, y haberle enderezado a su servicio [el real], se ha hallado tan grande cosa como esta». En esa ocasión, los monarcas aún no habían tenido noticias de Colón, solo contaban con las nuevas enviadas por Pinzón desde Galicia.

En Baiona, en un momento de intimidad familiar en la alcoba, el capitán palermo trasmite a su primo Hernán Pérez Mateos el desasosiego que le provoca la amenaza colombina:

—¡Ay, Hernán! Que las cosas finalmente no fueron bien con el genovés, que una vez que descubrimos las islas y él se vio investido de las prerrogativas de almirante cambió su actitud conmigo, me empezó a tratar con menosprecio, a dar órdenes arbitrarias y a castigar a los hombres.

—¡Qué me dices, Martín! Pero si el extranjero no hubiera podido hacer nada sin ti. Si la marinería se involucró en una empresa que parecía disparatada, solo fue por tu prestigio y la buena ley que te tienen.

—Pues ya ves, la cosa ha llegado hasta el extremo de amenazarme a gritos, delante de mis hombres, asegurando que me había de ahorcar a la puerta de mi casa en Palos, como escarmiento por mi independencia; bueno, él dijo, «por mi desobediencia».

—Pero, querido primo, ¿qué es lo que le hiciste al almirante? ¿En qué pudiste ofenderlo tanto?

—Yo solo seguí la derrota, que propusimos en Cuba, de llegar a la isla de Baneque, situada hacia el este donde, según los indígenas, se encontraba el lugar del oro. Después de navegar en conserva los tres barcos con la lentitud que imponía la nao, hubo un momento en que me vi solo, sin rastro de los otros dos navíos. Entonces seguí el rumbo prefijado.

—Pero dicen que luego descubriste La Española y en ella un río al que bautizaste con tu nombre y que hiciste incursiones para rescatar oro y os permitisteis estar mes y medio separados del almirante.

—Es verdad. Estábamos esperándolos y, mientras tanto, rescatábamos oro y otras cosas que descubrimos, como era nuestro deber. Los hombres estaban muy contentos de actuar según la costumbre, a fe mía.

—Pues, como tú eres el primero en saber, la elevación del rango del capitán mayor al almirantazgo hace posible por su parte el cumplimiento de la amenaza.

—Sí, sí, ya conozco las ordenanzas, claro está, pero en ese caso, yo me defendería ante los monarcas porque, como tú también sabes, no soy ningún traidor, antes bien, he sido el primero de sus colaboradores. Y le ofrecí el oro, que no quiso recibir. Eso es tan cierto como que estamos aquí los dos ante las islas Baionas.

—Al oírte pienso en cuán verdaderos se muestran los refranes de nuestros mayores, mi querido Martín. ¿Te acuerdas de aquel que reza: «Cuando al ruin hacen señor, no hay cuchillo de mayor dolor»?

—¡Cierto es, vive Dios! Y también es cierto que el bueno de Calabrés me lo tenía advertido, pero yo no supe verlo. Incluso ahora, me parece increíble semejante transformación.

—¡Ah, el leal *Porca miseria*! Cuando se trata de italianos misteriosos, él conoce el percal, no cabe duda.

La situación entre Martín Alonso y el almirante resultaba preocupante para un hombre como el capitán, que sentía simultáneas la propia deshonra, el dolor de su familia y la pena de amigos y subordinados… Y, además, debía afrontarlo todo con la debilidad progresiva que le iba imponiendo su enfermedad. A ese estado de ánimo se refiere uno de sus marineros, Francisco Medel, años más tarde, en los pleitos:

> «Buelto el dicho Martín Alonso a los reynos de Castilla, no se juntaba con el dicho don Christoval Colón, porque supo este testigo que le avía miedo el dicho Martín Alonso, no sabe por qué cabsa, mas de que oyó desir que sy el dicho don Christoval Colón pudiera prender al dicho Martín Alonso, le prendiera y lo llevara preso consygo a la corte».

En ese estado de cosas, algunos elucubran sobre la posibilidad de que el capitán de la Pinta se adelantara voluntariamente en el retorno aprovechando la tormenta como excusa a fin de prevenir castigos con acciones propias. Sin embargo, la teoría es poco probable, pues el grave estado de salud del capitán le haría imperioso el deseo de reunirse con los suyos cuanto antes. Esta como otras son solo especulaciones surgidas de la carencia de fuentes documentales.

LA NIÑA EN LISBOA

Por su parte, zarpó la Niña del puerto de Santa María de las Azores con buen tiempo y así continuó la navegación hasta que el veintisiete de febrero regresa la tormenta huracanada, que les rasga las velas y los deja navegando peligrosamente a palo seco. Otra vez, el temor y la piedad les hacen prometer una peregrinación a Santa María de la Cinta en Huelva. Por fin, al alba del día cuatro, se hallaban ante la roca de Sintra, en el costado norte de Lisboa, todavía con miedo de estrellarse contra los arrecifes, pero ya jubilosos por ver que podían anclar en Rastrillo. Los pescadores y vecinos de las aldeas, que

habían contemplado la lucha de la carabela y temían su naufragio, les aseguraron luego que estaban ante el invierno más crudo en muchos años, por eso la flota pesquera permanecía anclada a puerto. Colón, entre otras misivas, envía una carta a los reyes y a su amigo Luis de Santángel anunciando la noticia; también se dirige al rey portugués pidiendo licencia para ir con el barco a Lisboa. Argumentaba querer sentirse más seguro que en la desembocadura del Tajo y evitar las funestas consecuencias de que un arrabal miserable y supersticioso pudiera imaginar la carabela como un joyero.

Se le concede el permiso y la nueva se difunde creando la expectación máxima en un pueblo que había obtenido toda su gloria de los hallazgos marítimos. Por lo mismo, ya olvidados los viajes del almirante chino Zheng He, el asombro de los lisboetas ante el hecho insólito fue extremo, casi equivalente hoy a la vista de marcianos en nave espacial. Colón y sus tripulantes se convierten entonces en anfitriones de los más altos personajes; todos se quedaban deslumbrados ante los indios, los guacamayos amaestrados y las demás cosas insospechadas que les mostraba rebosante de orgullo. La admiración, la envidia y la codicia corrían paralelas entre los visitantes. En su deseo propagandístico, Hernando Colón relata con aire legendario la arribada de su padre a Lisboa. Nos presenta al nauta surgiendo en medio de la tormenta en el Rastrillo:

> «Encima de la Roca de Çintra, en los confines del reino de Portugal, donde fue precisado a anclar con gran espanto y asombro de las gentes, y marineros de aquella tierra que tenían por cosa maravillosa hubiese escapado de tan cruel Tormenta el Navío sabiendo que otros muchos habían perecido aquellos días en el Mar de Flandes».

Encarece también la enorme expectación del pueblo para ver las maravillas de Indias y nos dice que, después de contemplar a los indígenas con sus arreos de oro, muchos portugueses se dolían de que su rey se hubiese dejado arrebatar el hallazgo.

Entre el Rastrillo y Lisboa permaneció la Niña desde el cuatro de marzo hasta el trece, en que zarparon rumbo a Palos. En esos nueve días, el tráfico de embarcaciones en el Tajo y las visitas a la carabela no cesaron. Los marineros, agotados por la lucha con los elementos, no tenían horas para el descanso pero, al mismo tiempo, la gratitud por sentirse a salvo y la alegría de pisar tierra próxima a su añorado río Saltés los hacía amables con sus curiosos anfitriones. El ocho de marzo, llegó un emisario del rey João II invitando a Colón a visitarlo en Valparaíso, donde se encontraba. El navegante se dirige

entonces a la Corte, acompañado de un piloto. Después de dos días de camino, una embajada de caballeros los recibe protocolariamente para conducirlos ante el monarca. El rey mandó sentar a Colón en su presencia, lo que suponía darle rango de príncipe. Como protagonista de la conversación, el almirante se sentía eufórico e íntimamente reivindicado en el mismo ambiente cortesano donde se le rechazó en otro tiempo.

—Como ya sospechará su alteza, que me conoce de antaño, vengo de Cipango, en las Indias Occidentales, donde hemos descubierto muchas riquezas. De ellas traigo solo una pequeña muestra para mis señores los reyes de Castilla.

El rey João lo escuchaba atentísimo con amable condescendencia, ocultando en la sonrisa su resentimiento por no haber sido él su patrocinador.

—Pero ¿estáis seguro, querido almirante, que lo que habéis descubierto no pertenece a mi reino de Portugal? Porque yo creo que sí, ateniéndome las capitulaciones del Tratado de 1479.

—Como bien sabe el soberano de Portugal, soy navegante, no jurisconsulto. No puedo rebatir las razones de su alteza, pero sí le puedo asegurar que he respetado la orden de mis soberanos de no tocar la Mina ni la costa de Guinea —respondió Colón un tanto tenso, pero también sonriente.

Al día siguiente, el monarca siguió interrogando al genovés y, en un aparte, expresó ante sus consejeros la duda de si el descubrimiento lograría un camino más corto para llegar a la India, lo que ellos le confirmaron.

—Efectivamente, así es alteza, y el nuevo almirante se envanece por ello. De hecho afirmamos, sin temor a equivocarnos, que ha echado el ancla en nuestra costa solo para mostrar a su alteza lo mucho que ha perdido por no apadrinar su proyecto.

—¿Lo creéis así, duque? Sin embargo, es cierto que ha habido grandes tormentas. En estas circunstancias, la cortesía de la mar nos obliga a darle refugio —respondió el rey, dudoso.

—Pues muchos creemos que su alteza debía ordenar la muerte del genovés y quedarse con la carabela y con el descubrimiento. Uno de nuestros grandes marinos, guiado por cualquiera de sus pilotos, podría volver a encontrar las islas —afirmó, humillado, un conde.

—¡No! ¡Eso no sería digno de mí, ni de mis cortesanos! Somos un pueblo de marinos pioneros y conocemos bien nuestro deber de ayudar a todo el que arriba a puerto víctima de la tempestad. En ese mandato he ordenado que alojen al almirante y le procuren todos los recursos necesarios.

—Comprendo las razones de su alteza como caballero, pero lo que sí podría realizar sin desdoro es armar inmediatamente una escuadra, guiada por dos portugueses, de los que acompañaron a Colón, para tomar posesión de lo descubierto —añadió un capitán experimentado.

—¡Qué buena idea! ¡Qué me place! ¡Pues claro que lo haremos! Esperemos a que se vaya el tal Colón y proveeremos.

Sin embargo, esa forma de liberar la frustración provocada por la noticia del Descubrimiento no fructificó en resultado alguno. Entretanto, el almirante y su piloto partieron de Valparaíso para cumplimentar otra invitación, la de la reina, en el monasterio de San Antonio de Villafranca, donde se encontraba con sus damas, todas dispuestas a dejarse fascinar con el exótico relato. Luego Colón y su acompañante, jinetes en sus mulas, se volvieron al barco.

LOS ARRÁEZ EN LA CAPITAL PORTUGUESA

Uno de esos días lisboetas dos moguereños, marineros de la Niña, Pedro Arráez y su hijo Juan, charlan mientras pasean por la dársena del puerto. El grumete de diecisiete años habla con su padre, de cuarenta, sintiendo la alegría de estar vivo y de hallarse ya muy cerca del añorado refugio familiar. Hacía dos días que habían atracado dejando la nave a buen resguardo del despoblado y de la codicia que el mítico nombre de las Indias pudiera encender.

—Padre, caminemos por estos muelles ahora que Dios Nuestro Señor nos lo permite. ¡Qué ganas tenía de que habláramos así vuesa merced y yo, los dos tranquilos! —confiesa el joven alegremente.

—Sí hijo, a mí me pasaba lo mismo, pero son gajes del oficio, piensa que el señor Vicente Yáñez, los hermanos Niño y todos los oficiales sienten como nosotros y se aguantan, también. Si fuéramos esparteros o alfayates no nos pasaría esto, quizá nos dolerían los ojos. El oficio de la mar es así, hijo, pero ¡yo no lo cambiaría por nada!

—Claro, padre, ya conoce mi querencia al agua salada, pero en este viaje hay cosas que no deberíamos haber hecho, creo yo. No sé qué piensa vuesa merced, pero algunos se quejan de las órdenes del almirante.

—¿Ah, sí? Y, ¿de qué se quejan, si finalmente hemos descubierto y nos hemos salvado?

—De habernos arriesgado hasta ser encarcelados en Santa María de las Azores y, ahora, de no haber tomado rumbo a Palos y haber atracado de

nuevo en tierra portuguesa. El grumete Fernando de Triana, por ejemplo, oyó quejarse a los vizcaínos acusando al almirante de no respetar la orden real. Y ahora nos retrasamos en Lisboa con visitas al rey Juan, cuando a los únicos reyes que deberíamos ver, y cuanto antes, es a los nuestros, doña Isabel y don Fernando.

—Tienes razón, hijo, yo también lo he pensado, pero también es verdad que la tormenta marcó el rumbo. A mí lo que no me parece de ley fue el trato que el almirante dio a Martín Alonso cuando se reencontraron en Monte Christi el día de Reyes.

—Muchos marineros piensan como vuesa merced, padre. Parece mentira que su relación cambiara tanto que hiciera a Colón rechazar el oro que rescató Martín Alonso en Cipango. Esto lo oyó Andrés de Huelva claramente y me lo comentó asombrado. No entendía que, después de que nosotros buscásemos oro por todas partes, Colón rehusase el del capitán.

—Sin duda, fruto de su furia por todo lo que había pasado en ausencia de la Pinta, pero nunca debió tratar así al capitán. Cierto es que muchos hombres cambian con la buena fortuna. Son humildes en la pobreza y en la victoria, soberbios. Con todo, el genovés no debía olvidar que Martín Alonso fue quien más lo ayudó a conseguir el triunfo. Pero ya lo dicen los viejos, hijo mío: «Amigo del buen tiempo, múdase con el viento».

—¡Cierto es! Pero… ¡qué buena noticia la de ayer, padre, cuando nos dijeron que la Pinta está en Baiona de Galicia!

—¡Si hijo, alabado sea Dios! Todos respiramos aliviados al saberlo. Los hombres están deseando llegar a Palos para reencontrarlos. ¡Demos gracias a la Virgen de los Milagros, hijo!

—Ya sabes lo inquieto que estaba Vicente Yáñez, nuestro capitán, por sus hermanos. No cesó de preguntar a oficiales y marineros, llegados de los puertos norteños. Se volvió loco de alegría al saberlo. ¡Gracias a Dios que no han naufragado! Me apenaría mucho por todos, padre, y, especialmente, por mis amigos: Bernal, Pedro Tejero, Fernando Medel…

—¡Calla, hijo, calla, eso no hay ni que pensarlo! Nos reuniremos pronto con ellos en Palos, si Dios quiere, y todo ha de arreglarse. ¡Qué contentas se pondrán tu madre y tus hermanas. ¿Te imaginas?!

—Sí, padre, todo el pueblo será una fiesta. A mí se me está haciendo larguísima esta espera.

—Pues tranquilidad, hijo, ya sabes lo que dicen: «A cualquier dolencia es remedio la paciencia». Pero… ¡ahora que lo pienso, creo conocer la causa de

tu zozobra! ¿A ver si adivino? ¿A qué vive en nuestra misma calle, su padre es curtidor y se llama Juanilla? ¡Ja, ja ja!

—¡Padre! ¡Mi padre! ¿Qué dice? Si lo que yo quiero es abrazar a madre y a las niñas —dirigiéndole una mirada de pícara complicidad—. ¡Padre! ¡Ja, ja ja!

Después de un tiempo en espera de la necesaria bonanza, la Niña sale del puerto de Lisboa el trece de marzo para llegar a la Barra del río Tinto o Saltés la madrugada del quince y surgir a mediodía en el puerto de Palos.

LA NIÑA EN PALOS

Al haber sido aquel invierno especialmente crudo y huracanado, hasta que llegaron noticias, en Palos ya daban por muertos a los tripulantes de la armadilla. De ahí que la alegría fuera mayúscula en la mañana del quince de marzo de aquel año turbulento de 1493 al divisar la silueta de la Niña en el río. Con gran alborozo, muchos se agruparon en el puerto, dispuestos a no perderse detalle del ritual de la arribada: el atraque del navío y la aparición en cubierta de oficiales y tripulación hasta su descenso al terrestre abrazo.

—¡La Niña! ¿Eh? ¿No es la carabela Niña? ¡La Niña en el Tinto! ¡Han regresado! ¡No han naufragado! ¡La Niña! ¡La Niña en el Tinto! —gritó haciendo bocina con las manos un viejo marinero en el muelle.

—¡No han naufragado! ¡Han retornado de las Indias! ¡Vienen de la Antilla! ¡La Niña! ¡La Niña! —corearon otros, que oteaban el horizonte con los ojos achinados al borde de la Fontanilla.

—¡Dios sea alabado! ¡Retornan! Ya empezaba a pesarme haber animado tanto a Colón y a Martín Alonso durante la preparación del viaje. Ahora ya puedo sentirme orgulloso de haber colaborado con mi experiencia al descubrimiento de la Antilla. ¡Y zarparon de nuestro pueblo! ¡Será una gloria para Palos! ¡Gracias a nuestra Señora de los Milagros! —exclamó Pero Vázquez de la Frontera, exaltado.

—¡Sí, viva nuestra Virgen y nuestros marineros! ¡Viva la gente del Tinto y del Odiel! —compartieron júbilo algunos jóvenes presentes.

—Ya veis, muchachos, yo les hablé de esas tierras y de cómo las buscamos en una expedición portuguesa en que yo iba como piloto al servicio del infante don Enrique. ¡Fijaos si estaré contento! —confirmó acercándose más al muelle.

Con gran atención se fue escrutando el lento descenso de hombres y cargas. La perplejidad anegó a los mirones ante lo insólito, el pintoresquismo de los indígenas con su piel cobriza, sus tocados, sus taparrabos, las plumas, los collares de oro y un loro amaestrado posado en su hombro como una escultura.

—¡Cata!, ¡mira, Nuño! Ahí está el capitán mayor en la Niña, ¿el genovés en la Niña?, pero… ¿cómo es eso? ¿Él no iba en la nao, en la Santa María? Algo ha pasado. ¿Habrá perdido el navío? —inquirió a un compañero el viejo marinero que la había divisado antes que nadie.

—¡Sí! ¡Es verdad! Viene en la Niña, el barco en que Vicente Yáñez iba como capitán. No sabemos qué pasaría con la nao. ¿Y la Pinta con Martín Alonso? ¿Habría desgracia? ¡Dios no lo quiera! ¡Pero, cata, cata, los indios! ¡Qué extraños! ¡Mira, allí está Juan de la Cosa, al lado de Colón! ¡Qué raro! ¿El propietario de la nao en la Niña? Eso pinta mal… Hay que preguntarles por Martín Alonso. ¡Ven, ven! —le contesta su compañero.

—¡Mirad, mirad los indios! ¡Esos son los indígenas que habitan las islas! ¡Los han traído! ¡Qué curiosos! ¡Y van casi desnudos, pobrecillos! ¡Que piel tan rojiza! —exclamaba un muchacho, asombrado.

—¡Y adornados con oro y con plumas! Seguro que en su tierra son felices, pero aquí están pasando frío y miedo —contestaba otro con lógica.

—¡Alonso, Alonso, esposo mío! ¡Aquí!, ¡cata, aquí! ¡Soy yo, tu Leonor, la que te ha esperado, la que te ha llorado creyéndote ya muerto! ¡Qué alegría, Alonso! ¡Qué alegría! —gritaba una dueña divisando a su hombre.

—¡Mi Andrés, mi niño, hijo mío! ¡Hijo! ¡La luz de mis ojos, que se creyeron ya ciegos para siempre! ¡Qué alegría! ¡Gracias Dios mío, gracias! —exclamaba la madre del grumete Andrés de Yébene.

La confusión era tremenda entre oleadas de vecinos, agregadas progresivamente al grupo de bienvenida en el muelle. Muchos no encontrarían allí a sus deudos y algunos no los verían nunca más. El abanico de incógnitas no traía sino inquietud y expectación. La vista de los aborígenes encendía la fantasía de familiares y amigos, al tiempo que los evadía fugazmente del miedo a no encontrar al ser querido.

Colón llega en triunfo al monasterio de la Rábida, donde los frailes lo reciben como a un héroe.

—¡*Gaudeamus*, querido almirante! ¡Son tiempos de gloria para toda la cristiandad! Después de la toma de Granada, el descubrimiento de las Indias Occidentales, nada menos. ¡Qué júbilo para los soberanos! —resumió a modo de saludo el prior y anfitrión fray Antonio de Marchena.

—¡*Gaudeamus*, su paternidad! ¡*Gloria in excelsis Deo*! El júbilo debe ser general desde los reyes al pueblo llano, pasando por magnates y prelados, pues el que yo haya descubierto las Indias supondrá ampliar el ámbito de nuestra fe y la riqueza de todos. ¡Es incontestable!

—Efectivamente, señor almirante. Me siento muy orgulloso de haberle vendido la mula que llevó a su señoría a Santa Fe cuando Diego Prieto trajo los dineros y la carta de los reyes. Aunque sea muy humilde mi contribución, estoy muy contento de haber participado en algo —explicó vacilante el propietario moguereño Juan Rodríguez Cabezudo.

—¡Es bien sabido que no hay ayuda pequeña! Hace bien vuesa merced en sentirte colaborador, como vecino honrado que es de esta villa de Palos. ¡Palos de la Frontera, el lugar del triunfo para Castilla y para el mundo, presidido por nuestro convento! —confirmó exultante fray Antonio.

En ese momento, un lego llama a la puerta de la celda para anunciar la visita del escribano Alonso Pardo y dos religiosos inquisidores: un procurador fiscal, investigador de reos, y un calificador, teólogo encargado de discernir en cada proceso si hay o no delito contra la fe. Ambos se encontraban de paso en Moguer, quizá tratando algún caso de falsa conversión de judíos en la vecindad, acción muy frecuente en el momento para evitar el funesto exilio de *Sefarad*, su patria bien amada. Estimulados por la noticia, los visitantes desean hablar de la Antilla con el almirante y conocer a los indios de la carabela. En las villas de la Tierra Llana, en casas, calles y tabernas no se hablaba de otra cosa. La arribada se vivió como un sortilegio mágico contra la rutina del invierno, hechizante por su exotismo y los fabulosos tesoros pregonados por los marineros.

—¿Su paternidad da su permiso para franquear el paso a las visitas? Desean hablar con el señor Colón.

—Naturalmente, hermano Enrique, traiga aquí enseguida a los funcionarios del Santo Oficio y al escribano, y discúlpese por haberlos hecho esperar —apremió fray Antonio.

—¡Paz y bien, hermanos! Perdonen la interrupción, pero estamos ávidos de conocer noticias del hecho que está en todas las bocas —se expresó con aplomo el jurista procurador fiscal.

—Vuestras reverencias y vuestra señoría son bienvenidos a esta casa siempre. Precisamente, hablábamos del tema y ahora oiremos juntos el relato del señor almirante. Tomen asiento, por amor de Dios —invita el padre Marchena haciendo un gesto a Colón para que continúe.

—Les decía a su paternidad y a los presentes que debemos celebrar haber encontrado tierras tan hermosas y fértiles, llenas de palmas, flores, frutos, semillas y árboles de tal altura que parecían llegar al cielo. Los pájaros, de mil clases, tan musicales, coloridos y espesos que oscurecían el sol. Hay minas y sembrados de un modo de trigo recio, de grano grueso, que llaman maíz; una raíz de carne anaranjada y dulce que nombran batata, en fin, yuca, calabaza y otros muchos productos desconocidos aquí. Además, los indios dan todo lo que tienen por cualquier pacotilla, andan desnudos, incluso las mujeres, y son muy dóciles y aptos para cristianizar —sintetiza el genovés, encantado.

—¡Dios Nuestro Señor sea alabado! ¡Y a vos os guarde, almirante, por haberlo conseguido! —exclamó entusiasmado por el discurso colombino el escribano Alonso Pardo.

—Y eso que este viaje ha sido solo para descubrir, así de presto, pero en Barcelona diré a sus altezas que, con muy poca ayuda que me den, yo les daré oro, especiería, algodón, almáciga, lignaloe, ruibarbo, canela, y de tantas otras mil cosas cuanto hubiere menester. He dejado asentada la primera colonia española, la villa de Navidad, y mucho más hiciera si los navíos servido me hubiesen como razón demandaba —Colón termina su autopropaganda con aire final de héroe incomprendido.

—Ya no cabe duda de que Castilla es un reino amado del Señor, pero su almirante debe tener en cuenta la labor de los hombres de Palos y, sobre todos ellos, de Martín Alonso Pinzón, que tanto os ha ayudado y se encuentra ahora gravemente enfermo. Mucho me complacería, estimado amigo, que los dos limarais vuestras diferencias como cristianos devotos que sois —aprovechó fray Antonio para erigirse como mediador entre los dos hombres admirados. Colón, incómodo, cortó seco:

—Su paternidad me escuchó en privado y, por ahora, el tema se queda en suspenso a la espera de mejor ocasión. En cuanto a su enfermedad, quizá no sea tan grave como pensáis.

Pese a su muy exteriorizada fe religiosa, el ansia por la pospuesta venganza de Colón estalla en cuanto pisa tierra castellana. Sentimiento que ya había explicado en el *Diario*, el ocho y nueve de enero de ese año, al aludir a la separación de las naves como un abandono de Pinzón «sin causa alguna ni razón, sino por su desobediencia [pero] no era tiempo de entender en castigo».

ITINERARIO TRIUNFAL

Entre el quince y veintinueve de marzo, el almirante estuvo alojado en la Rábida, pero alternando su estancia entre los frailes con la invitación de Juan Niño a su casa moguereña de la calle de la Ribera. Precisamente el día dieciséis, Colón cumplió el voto prometido en alta mar de ir en peregrinación al monasterio de Santa Clara. Allí hizo celebrar una misa en acción de gracias y rezó toda la noche, acompañado por la congregación de clarisas, ocultas en su clausura tras las celosías del coro. La noble abadesa doña Inés Enríquez había sido colaboradora y corresponsal de Colón en los malos tiempos; ella lo había relacionado con personajes influyentes, por lo que sería natural que viviera el momento sintiéndose copartícipe del triunfo. Otra celebración se hizo en la iglesia monacal de la Rábida, con *Te Deum*, cánticos y banquetes, y lo mismo quiere hacer el almirante en el santuario de la Virgen de la Cinta de Huelva.

Luego, al partir para Sevilla a pie, el Viernes Santo, con los seis indios protagonizando el exotismo de su escolta, Colón escenifica la propaganda de sí mismo, de Palos a Barcelona, como un general romano que desfilara por la vía Sacra. Es el director de escena, elige el simbolismo de las fechas y preside, organiza y decora la comitiva: hombres, animales, joyas, todo debe estar situado a mayor gloria de su hazaña. De este modo, al procurar que solo haya ojos y oídos para su gesta, rubrica el olvido para Martín Alonso. Lo mismo expresan reiteradamente los escritos colombinos en el *Diario* o en las cartas, sean sus destinatarios los soberanos, Luis de Santángel o doña Juana de la Torre, ama del príncipe don Juan. Así, ya precedido por la fama, identificándose con el Redentor, el treinta y uno de marzo, Domingo de Ramos, el almirante hace su fulgurante entrada en Sevilla. Luego, en su vía triunfal, pasa unos pocos días en Córdoba. A la llegada a la ciudad, se separa del gentío para abrazar a sus hijos, que venían hacia él vestidos de limpio, cogidos cada niño de una mano de Beatriz; dedica un tiempo a pasear con ellos, los mima comprándoles dulces de miel y frutos secos en las tiendas moriscas y habla con su amante, pero ya con otro tono y distancia.

—Hijo, Diego, ¡cómo ha crecido en poco tiempo! ¡Hernandico, qué hermoso está! ¡Doy gracias al Señor por haber podido reencontrarlos, hijos míos! ¡Cuánto los he echado de menos! ¿Qué hacen que no vienen a abrazar a padre? ¡Dios guarde a vuesa merced, Beatriz!

—¡Él le proteja, Cristóbal! ¿Vendrá ahora a casa donde hablaremos mejor?

—¡Sí, mujer! ¡Pero tendré que partir enseguida a reunirme con los soberanos! ¡Tengo que informarlos de mi glorioso triunfo, el que me ha

transformado en almirante, visorrey y gobernador!

—¡Qué lástima, Cristóbal! Después de harta inquietud por vuestra suerte y harta espera… ¡He deseado tanto vuestro regreso!

—¡Estoy aquí, mujer! Ya ha pasado el peligro. Más tarde iré y hablaremos. Entre tanto, duerma vuesa merced tranquila —asegura inquieto, mientras se aleja pensando en cómo hará ver a su antigua amante que las cosas entre ellos han cambiado.

Él ve clarísima la situación: Beatriz nunca podrá estar a la altura de la vida que ha conquistado.

—Lo que vuesa merced diga, Cristóbal. Le esperaré. De todas formas, las inquietudes no me dejarán dormir.

—Pues procure hacerlo, amiga mía. Mañana lo comprenderá todo. He sufrido mucho… pero no es el momento, debo ir a la tertulia de los italianos, me están esperando, quizá vuelva tarde. ¡Hemos de hablar mañana, Beatriz!

Cuando avanzada la noche, Colón vuelve a la que fue su casa, satisfecho por los agasajos y felicitaciones de amigos y conocidos; al entrar, experimenta una extraña sensación: era como si el antiguo hogar hubiera encogido y todo lo que veía, por fuera y por dentro, se hubiera transformado a la baja, en más pobre y menesteroso. Entonces sintió claramente que esa etapa de su vida había quedado atrás. Sin embargo, le resultaba embarazoso el diálogo con la mujer. No parecía intuir nada, era como si una nueva Babel los envolviese para hablar distintas lenguas, pero mañana se lo explicaría muy claro. Efectivamente, al día siguiente después del almuerzo, como recitando un texto ensayado, Colón le soltó a la Beatriz anhelante:

—Mi buena amiga, debe entender mis circunstancias actuales, tan diferentes a las de nuestro encuentro. Ellas me obligan a prescindir de una relación íntima entre nosotros, muy inconveniente en estos momentos.

—Pero, querido Cristóbal… Entonces, ¿nada de todo lo que vuesa merced me dijo se va a cumplir? Pero… ¿por qué, amado mío?

—¡Deje de llamarme de ese modo, Beatriz! ¡No se da cuenta de lo inoportuno que es! Resulta asaz impropio. Yo ya pertenezco a otros ámbitos y me debo a ellos. Y, de algún modo, vuesa merced ya lo sabía, me lo dijo antes del viaje.

—¡No! No es así, entonces, al confiárselo, yo solo expresaba un temor, pero siempre acredité en su palabra.

—¡Basta! ¡Ya está bien! Estoy muy cansado… No sabe los sufrimientos que he tenido que soportar. Está hablando con otro hombre. Uno que le agradece mucho los servicios, sobre todo, el cuidado de mis hijos, los que por

cierto, todavía dejaré con vuesa merced el tiempo que necesite para organizarlo todo en la Corte.

—Entonces, Cristóbal, ¿me está diciendo que se va y que ya no lo veré más o vendrá a buscarlos y aún hablaremos?

—Tendré harto trabajo con los documentos y las relaciones cortesanas que, muy probablemente, me impidan venir en persona, pero no se preocupe, la avisaré y enviaré por ellos en breve. Los zagales tendrán un gran porvenir; debe alegrarse, mi buena Beatriz.

—¡Lo que diga vuesa merced, Cristóbal! Puede estar seguro de que tendré mano de ellos como hasta ahora siendo una madre para los dos.

—Lo sé, mi buena Beatriz. Rogaré para que Dios proteja a vuesa merced y procuraré recompensárselo. Enviaré algunos dineros para que pueda vivir dignamente.

—¡Cristóbal! Pero ¿ya se aleja así?

—Sí, mi buena amiga, considere que, aunque las cosas hayan cambiado para nosotros, siempre estaré agradecido a vuesa merced por el cuidado maternal que ha dado a mis hijos. Han de ir a la corte, donde nuestros señores los reyes me han prometido educarlos a la vera de su primogénito, el príncipe don Juan.

—¡Ya comprendo, Cristóbal! Veo que cuando creía vivir un venturoso comienzo, me encuentro una despedida.

—Así es, mi buena amiga, ¡quédese con Dios y que Él la guarde y le dé ventura! ¡Adiós! —corta, incómodo.

Nunca más se volvieron a ver pero, con el paso de los años, Colón comprendió su ingratitud con esta mujer y la deuda moral contraída. Al menos, eso parecen rezumar las últimas recomendaciones escritas a su primogénito para que la ayude económicamente facilitándole una vida digna: «A Beatriz Enríquez hayas encomendado por amor de mí atanto como teníades a tu madre; haya ella de ti diez mil maravedís cada año allende de los otros que tiene en las carnecerías de Córdoba». También en su testamento, pensando en estar muy pronto rindiendo cuentas a su Creador, el almirante muestra remordimiento por el abandono de la amante y pide a sus hijos generosidad para ella «por mi descargo de conçiençia, porque esto pesa mucho en mi ánima. La razón d’ello non es líçito de la escrevir aquí». Los hijos de Colón, instalados en sus prejuicios de clase, nunca mencionan el trato de ella recibido: el propio hijo de Beatriz, Hernando, no la nombra, y el primogénito Diego lo hace con distante frialdad en su testamento: «por cuanto

el Almirante mi señor me dexo encomendado a Beatriz Enríquez vecina que fue de [Córdoba] por ciertos cargos…».

Después de su estancia cordobesa, ya recobrado el camino a Barcelona, Colón se detiene a cumplir el voto en el monasterio de Guadalupe, donde hace bautizar a dos de los seis indios que lo acompañan con los nombres de Cristóbal y Pedro. Todos los indígenas eran taínos, menos los cuatro ciguayos, mestizos de arahuaco y caribe, que fueron los últimos apresados en La Española. De los diez que había traído, con la idea de convertirlos en útiles intérpretes, uno murió durante el viaje y tres, que venían enfermos, se quedarían luego en Sevilla, solo los seis restantes acompañaron a Colón a Barcelona. Otros tres, también taínos, viajaron con Martín Alonso a Baiona, donde uno de ellos murió y fue enterrado en el cementerio que había en la villa al pie de *Monte Boi*.

LA PINTA EN PALOS

Crecía la inquietud entre los deudos de los ausentes al escuchar el relato de los recién llegados sobre su encarnizada lucha con la tormenta. En casa de los Pinzones, nadie se atrevía a poner palabras al desasosiego. Pese al esperanzado discurso de Vicente Yáñez, la tensión de la espera provocaba un estado de ánimo sombrío y espinoso. Todos querían aferrarse a la imagen del navío arribando enseguida, pero oscuras incertidumbres invadían su espíritu con volatilidad gaseosa. Afortunadamente, sin embargo, la tarde del mismo día en que llegó la Niña se dejó ver la silueta inconfundible de la Pinta recortada en el horizonte. La estampa multiplicó el regocijo en la villa; muchos se dispusieron a observar su entrada en la Barra del Saltés y su característico modo de aportar ocho largos meses después en el mismo lugar de donde había zarpado el tres de agosto del año anterior. ¡Dios sea alabado! También los religiosos de la Rábida, exultantes de alegría, bajaron al puerto mientras un lego hacía repicar las campanas conventuales. Abajo la nerviosa multitud, entre exclamaciones solidarias, rodeaba a familiares y amigos, ávidos de contemplar el desembarco de los seres queridos.

—¡Mira, mira, Francisco Martín Pinzón, el maestre! Sí, es el que ahora está bajando al sollado. Y al lado de la escala está su mujer, Ana de la Peña, esperándolo. ¡Qué alegría, el reencuentro! ¡Temíamos que hubieran naufragado! —comentaba excitado un vecino de los Pinzones.

—¡Sí! Y ahí están los pilotos, Juan de Umbría y Juan de Jerez. Al que no cato es a Martín Alonso, el capitán, pero ahora bajará, es claro —comentaba otro.

—¡Mira, mira allí!, en la jarcia de estribor, es Antón Calabrés, criado de Martín Alonso, pero no cato a su amo, aunque tiene que estar, pues si hubiera pasado algo, nos lo dirían los de la Niña. No, no, ahora bajará —razonó el vecino.

Pero en el estridente alborozo de la espera, se hizo un silencio tenso cuando vieron bajar al enérgico hombre de acción postrado en horizontal. Era incontestable, en la parihuela, sostenida por sus incondicionales, yacía un Martín Alonso difícil de reconocer.

—¡Vaya por Dios! ¡Y cómo torna el capitán, parece enfermo de gravedad! ¡Y qué mal semblante trae, el pobre! ¡Mira, mira, se lo llevan! —exclama el segundo vecino acercándose afectuoso al paciente hasta que lo para en seco el expresivo gesto de uno de los porteadores.

—Pero ¿qué hacen…? ¿No lo llevan a su casa? No. Se dirigen a otro lugar con él, probablemente a su finca de Moguer. Sí, ese es el rumbo, y los acompaña el físico García Hernández. Él es la única persona a la que han dejado acercarse.

—¡Es verdad! ¡Por los clavos de Cristo! Solo el físico cabe ellos, como una lapa, adonde quiera que vayan. Estará tan impresionado como nosotros al ver al bravo capitán de semejante guisa, enfermo grave y, desfigurado ¿no? ¡Si casi no parece él!

—¡Ya ves! El diablo trueca el gozo en pena, es bien sabido. Siempre se habló de la Mano de Satanás en el océano, nunca mejor dicho. Y mira, es como si ella le hubiera tocado. Un jarrazo de agua fría en el entusiasmo de los Pinzones. ¡Con lo contentos que estaban al ver retornar la Pinta!

—¡Y que lo digas! Desde la casi certeza de haberlos perdido hasta que la esperanza se abrió como el amanecer… ¡Y todo para esto! Si después de haber descubierto la Antilla, se muere Martín Alonso, será como un castigo de Belcebú. ¡Voto al diablo, qué injusto!

—¡Todos estamos sometidos a sus caprichos, si Dios no lo remedia, amigo mío!

—Vuesa merced lo ha dicho, esto que vemos es una prueba más, ¡y en un hombre de tan altas prendas…!

El enfermo pidió que no lo llevaran a su casa de Palos, sino a la finca de su madre en Moguer, donde las mujeres de la familia lo cuidarían amorosamente lejos de visitas indeseadas, al calor de hijos y hermanos. El

que había sido vital batallador, ahora grave del cuerpo y del alma, desfigurado, amenazado e injuriado por el odio del almirante, prefiere alejarse para adolecer en paz sin escándalos ni violencias. Sabía que las novedades del retorno y su dolencia provocarían en sus convecinos gran deseo de visitarlo, pero el lastimoso estado que padecía lo indujo a buscar refugio donde solo la familia, el físico García Hernández y sus queridos amigos fray Juan Pérez y fray Antonio de Marchena tendrían puerta franca. El fraile astrólogo se acerca una tarde con muy definidas intenciones.

—¡Paz y bien, mi querido amigo! ¿Cómo os encontráis hoy? Me consta que rodeado del amor y cuidados familiares, os sentiréis mucho mejor que a bordo, ¿no es así, capitán? —saludó, cordial, el fraile sin inmutarse ante el extraño aspecto del enfermo.

El que tenía ante sí en el lecho era otro hombre, muy distinto a su amigo y feligrés de antaño: pálido, extremadamente delgado, casi sin pelo en cabeza y cejas, con la nariz hundida en silla de montar y un rosario de úlceras en la frente. El religioso había venido sin avisar, basándose en la gran amistad que mantenía con el paciente y su familia. Quería dialogar tranquilamente con él y llevar la conversación hacia el tema de su discordia con el almirante. Como párroco y amigo de los dos, necesitaba mediar entre ellos, convencido de poder crear en cada uno el ánimo pacificador propicio al encuentro. Había escuchado los agrios reproches de Colón contra el capitán de la Pinta y también los comentarios de los marineros acerca del choque del seis de enero. La situación era deshonrosa para una persona tan estimada y, por extensión, para todo su pueblo de Palos. Necesitaba la versión de Martín Alonso para ser equitativo y eficaz en su tarea.

—¡Sed muy bienvenido, fray Antonio! ¡Ya me veis aquí, postrado por decreto divino, pero sí, tiene vuesa paternidad razón, le estoy agradecido al Altísimo porque me dejó arribar y ver a mis hijos! —contesta el enfermo, contento de ver al fraile.

—Habéis vuelto para ver a vuestros hijos y para curaros, si Dios quiere, bravo capitán. Que no se diga que no ponéis, en este trance en tierra, el mismo valor, encarecido por todos, que siempre tuvisteis en la mar.

—Estoy dispuesto y conforme con la voluntad de Dios, padre Antonio. ¡Será lo que Él disponga!

—¡Amén! Es gratificante ver que seguís siendo el mismo buen cristiano de siempre, conforme con la divina providencia. No esperaba otra cosa, pero ahora querría que vuesa merced me explicara cómo es eso de vuestra

discordia con el almirante. A mí me parece que es tiempo de perdonar y deponer resquemores.

—¡Ay, padre, bien se ve que no habéis visto su variación! Es él quien mantiene el odio y rencor hacia mí. Se lo explicaré a su paternidad —el enfermo, con esfuerzo va relatando la historia—. ¡Esta es la situación!

—Pero Martín Alonso, él era vuestro capitán mayor y luego vuestro almirante. Es natural que todos en la flotilla le debierais obediencia y lo tratarais con el debido respeto.

—¡Así lo hicimos siempre! Todo eso fueron calumnias de un hombre al que el triunfo volvió soberbio. Cuando me necesitaba, se mostró humilde y obsequioso, pero en cuando arribamos a las islas, trocó el trato con mi persona y con la tripulación. Se volvió arrogante e incluso cruel.

—¡Pues esto no puede seguir así! Es una vergüenza para los dos y para los marineros de Palos. A mí me gustaría que tratarais de buscar un entendimiento. Yo podría acompañarlo en una visita aquí, hablaría con él y le mostraría vuestra disposición.

—¡No, fray Antonio! ¡No lo creo posible! Vuestra paternidad ya habrá hablado con él y habrá notado su resentimiento. Nada conseguiríamos con la injusticia de una humillación mía. Yo siempre le ayudé. En el viaje de ida en alta mar, el diez de octubre, por ejemplo, él se hubiera tenido que volver para salvar la vida, cuando los vizcaínos de su tripulación, aborrecidos por sus promesas incumplidas, amagaron con amotinarse y tirarlo por la borda, si no retornaban. Yo hablé con mis hermanos y con Juan Niño para respaldarlo, reconducir la situación, y descubrir.

—Sí capitán, ya he oído hablar de esa jornada a vuestros marineros, que le admiran. El triunfo es de todos, pero el almirante es quien lo representa formal y jurídicamente, por eso sería bueno restablecer la concordia que hizo brotar esta gran hazaña. No debería ser muy difícil, los dos son hombres piadosos, devotos de San Francisco…

—¡Fray Antonio, es inútil! Y le pido que cambiemos de conversación, pues viene a visitarme mi primo Hernán Pérez Mateos y no quiero que se disguste; además, también está al caer el físico García Hernández, que últimamente no se separa de mi cabecera. ¡Tengamos paz y tranquilidad!

—Está bien, Martín, pero por la amistad y admiración que yo siento por los dos, ¡piense en lo que le he dicho!

Hasta el momento en que la tempestad forzó a las naves a separarse a la altura de las Azores, los dos marinos solo se habían comunicado lo necesario para llegar sanos y salvos, tal era su enemistad. Así lo recordaron los testigos:

«vinieron muy diferentes», «venían reñidos de allá de la mar». Los dos se consideraban agraviados; Colón por lo que censuraba como sostenida rebeldía de un subordinado y Martín Alonso por verse tratar desconsideradamente, insultado e humillado como criado insurrecto por el antiguo extranjero menesteroso. La amenaza lanzada a gritos por Colón de hacerlo colgar a la puerta de su casa en Palos, oída por sus hombres, retumbaría en la mente de Pinzón como el decreto de un sátrapa. Eran palabras como puñales agudizando el tormento de las *bubas* y junto a la desazón enfermiza crecida en la discordia, la conciencia de su terrible aspecto impidió al enfermo la alegría del retorno. Solo el amor de los suyos en la paz de la finca de la madre, todavía a la cabecera del lecho, le daba la preciada serenidad.

Ahí había gozado los espléndidos días de la niñez, ahora evocados como un cálido refugio; ahí, ahora, desde su postración resguardada, podía revivir el paraíso de los juegos infantiles, su curiosidad por las cosas de la mar, la ensoñación de lejanías, muchas ya cumplidas… Todo recreado al fervor de las presencias femeninas: la invocada allende la mar, inquietantemente placentera, y las inmediatas familiares: Leonor, inocente, frágil y tan querida, sus hermanas, la abuela y su propia mujer. También pensaba en los chicos: Arias, que tanto le confortó con su fuerza y alegría en el retorno desde Baiona, y Juan, su hijo pequeño, ahora ausente, en viaje comercial a las Canarias. El presente, de amorosos cuidados, se le mostraba enmarcado entre dos bellas y difuminadas lejanías: la temporal de la infancia y la espacial de la experiencia isleña. Gran deleite le producía recordar aquellos días extraordinarios, aunque la enfermedad hiciera más cruel el regreso de sus evasiones.

Sabía que se hallaba en las últimas, se veía empeorar a cada momento hasta ser prisionero de su cuerpo; así, pese al ánimo que le trasmitía la familia, el físico y los monjes amigos, podía descifrar mejor que nadie el doloroso mensaje de las úlceras: «recuerda que morirás». Era entonces cuando su espíritu religioso se ensombrecía con el remordimiento de haber caído en la tentación, de ser reo del pecado por un momentáneo olvido de sí mismo. En cierto sentido, no acababa de entenderlo. Él, un hombre casado, sensato y fiel, había sufrido en las Indias una extraña lasitud frente al placer carnal, goce ofrecido tan alegremente que se había creído en un cielo sin culpa y sin sanción. Debía asumir, por tanto, la expiación necesaria. ¿Cómo se había dejado desfallecer así? Antaño nunca acabara de entender algo repetido por los religiosos: que el hombre es débil ante la tentación. Ahora, desde la irrefutable experiencia, le resultaba evidente. ¿Le había ocurrido a él

como a Adán? El enfermo reflexionaba en silencio, apaciblemente y sin quejas. Había habido una transgresión y asumiría las consecuencias con todos los recursos de su alma, pensando solo en la salvación y en dejar a su familia confortada.

Fueron días terribles, en que la enfermedad hizo crisis con tal rapidez que sus hermanos, su mujer y su madre lo trasladaron, por indicación suya, al monasterio de la Rábida, donde obtendría dos beneficios simultáneos: la piadosa preparación para una cristiana muerte y el refugio inviolable del recinto sagrado. El padre Marchena, fracasado como mediador, en vista de la inquina constante del almirante, se transforma en anfitrión del paciente en la paz conventual. Tal como había previsto Martín Alonso, el almirante hizo oídos sordos a la reconciliación y mantuvo su rencor hasta el punto de enfriar relaciones con fray Antonio, al parecer por su labor mediadora.

COLÓN EN BARCELONA

La comitiva del almirante había supuesto un aliciente de enorme diversión para campesinos y gentes de ciudades y villas a lo largo del trayecto. Todos quedaban muy impresionados a la vista de los indígenas desnudos, tocados de plumas, enjoyados y, como un broche en sus hombros, los multicolores guacamayos, nunca vistos en Europa. Ante tan insólita ruptura de la monotonía, las ciudades se engalanaban con arcos de flores entre hierbas aromáticas y tapices colgando de los balcones; gentes del pueblo llano, burgueses y nobles, cada uno a su manera, manifestaban su alegría con festejos, músicas y tremolar de gallardetes. Paralelamente se iban celebrando misas cantadas y procesiones para dar gracias a Dios por el triunfo castellano. Colón llegó a Barcelona en apoteosis popular, coronada luego por los monarcas con los más altos honores y la confirmación de sus privilegios.

La noticia se extendió muy pronto por el extranjero a través de embajadas, comerciantes y viajeros provocando sorpresa, admiración y codicia en las distintas cortes, sobre todo, en aquellas que habían desdeñado el proyecto colombino, como Portugal, Inglaterra y Francia. Todo ello, a pesar de que todavía se ignorara la importancia real del Descubrimiento, solo se creía haber encontrado unas islas adyacentes al mar de la India, por eso se las llamó las Indias Occidentales. Nadie contaba con un continente nuevo. La reina Isabel encargó reiteradamente a Colón la confección de una carta marina como guía en próximos periplos, pero el almirante nunca la dibujó, por eso

ella le aconseja como colaborador para el segundo viaje al excelente astrónomo fray Antonio de Marchena. El fraile, sin embargo, nunca lo acompañó. Quizá Colón no quiso invitarlo desde el enfriamiento de sus relaciones por haber estado a favor de la concordia con Pinzón.

Las cartas de Martín Alonso desde Baiona y las de Colón, cuatro días después, desde Lisboa, maravillaron a los reyes como un regalo de la Providencia, sentían que era el premio por su triunfo en la guerra de Granada y quedaron muy sorprendidos de haber ganado tan fácilmente, sin derroche de sangre —aún se desconocía el destino de los treinta y nueve hombres del fuerte de Navidad— ni grandes dispendios, un nuevo, ignorado y quizá opulento imperio. Ese sentimiento de gratitud hizo que, para recibir a Colón con la mayor pompa posible, pusieran sus tronos en el exterior, bajo un dosel tendido de tal modo que no impidiera la vista de la ceremonia al gran número de súbditos congregados. Por sus contactos diplomáticos, los monarcas conocían el deseo del rey portugués de explotar el hallazgo en beneficio propio, de ahí que se apresuraran a pedir una bula al papa español Alejandro VI, concedida el 3 de mayo de ese año 1493, por la que se les reconocía la soberanía de las Indias recién descubiertas y a Portugal, las tierras africanas. Al día siguiente, otra bula papal dibujaba las líneas divisorias de lo correspondiente a los reinos castellano y portugués en las conquistas del Descubrimiento. Naturalmente en la corte española había ido aumentando la avidez de noticias de su homóloga lusitana y de la experiencia colombina en su peligrosa arribada lisboeta.

El cortejo de Colón llega a la Ciudad Condal el 20 de abril. En el recibimiento, los monarcas expresaron de muchos modos su alta estima por el almirante: se le hizo sentar en su presencia, se le recibió a toda hora, se le invitó a paseos a caballo con el rey Fernando y el príncipe Juan a sus flancos. Y, coronando todos los honores, se le concedió escudo de armas, con las reales de Castilla y León y un grupo de islas rodeadas de olas en los cuarteles. Su lema, dos octosílabos pareados: «Por Castilla y por León / Nuevo Mundo halló Colón». Se le adjudicó también a él la pensión prometida a quien primero viera tierra y, como siempre sucede, el favor de los soberanos le granjeó el de los nobles y el pueblo. El cardenal Mendoza, como anfitrión, lo sentó a su derecha en un banquete honorífico, donde se sitúa la difundida anécdota del huevo de Colón.

—¡Almirante! Me gustaría plantearle una pregunta, que me he hecho yo mismo y quizá muchos otros, si su señoría me lo permite —alzó la voz uno de los comensales un tanto altanero.

—Naturalmente, señor conde, puede preguntar lo que guste.

—¡Gracias, almirante! Se trata de situar su gesta en términos razonables. ¿No cree que de no ser vuestra señoría el descubridor de las Indias sería cualquier otro el que realizara el mismo viaje con los mismos hallazgos?

Colón no respondió inmediatamente, sino que cogiendo un huevo de una fuente próxima, invitó a todos a mantenerlo derecho en la vertical, lo que entre risas intentaron infructuosamente varios comensales.

—Pues efectivamente no parece posible, la misma redondez de sus extremos lo impide —razonó la evidencia Gutierre de Cárdenas, mayordomo mayor del príncipe Juan, casado con doña Teresa Enríquez, prima del rey.

Entonces Colón, con el aplomo de un malabarista, dándose un tiempo para dejar acrecer la expectación, cogió el huevo y le dio un calculado golpe sobre la mesa por uno de sus extremos. El impacto cuarteó la cáscara sin romperla, dejando una base plana para sostenerlo derecho sobre sí mismo.

—¿Consideráis ahora respondida vuestra pregunta, señor hidalgo? —preguntó al preguntón, con acento y dignidad de prócer.

—¡Efectivamente, mi querido almirante! Con este sencillo y simbólico acto, nos habéis convencido. Solo el primero, con mucho ingenio y esfuerzo, vence la dificultad y disfruta del hallazgo abriendo la senda que luego recorren fácilmente los demás —explica didáctico y admirado el cardenal Mendoza.

En las Reales Atarazanas de Barcelona se alojaban, entre tanto, las tripulaciones. Esperaban a que se les efectuasen los últimos pagos antes de ser licenciados y seguir cada uno su rumbo, tomando el de Sevilla quienes desearan enrolarse en el segundo viaje. En esos momentos, mientras se exaltaba al máximo la figura de Colón, nada se hizo para agradecer los méritos y colaboración decisiva de Martín Alonso. Ni su nombre ni el de los demás se pronunciaban en las conversaciones. Ante esa evidencia, el veterano Juan Niño dialoga con su amigo Vicente Yáñez en la libertad que les brinda su discreto alojamiento:

—Mi querido amigo Vicente, ya ve que aquí solo se ensalza al genovés, vuesa merced, sus hermanos Martín Alonso y Francisco, en fin, todos los Pinzón, nosotros los Niño, Juan de la Cosa, pilotos, maestres y marineros, ante estos fastos, pareciera que no hubiéramos hecho nada. Solo somos los oscuros comparsas del extranjero —se desahogó el patriarca.

—¡Así es, a mi fe! Para trabajos, peligros y sufrimientos éramos iguales, pero en el reconocimiento, ya lo estamos viendo, hay un único protagonista. No parece sino que haya hecho el viaje solo.

—Con el entusiasmo, la inteligencia y el esfuerzo que derrochó en la empresa vuestro hermano Martín Alonso y todos los que le seguimos. Parece mentira. ¡Vivir para ver, amigo mío!

—¡Cierto es, vive Dios! Y lo que más siento es que no pueda estar aquí participando del espaldarazo que le corresponde al que fue imán en el rol y brújula en momentos cruciales a bordo —se lamentó Vicente, todavía ignorante de la muerte de Martín.

—Lo peor fue verlo tan maltratado por la enfermedad. Clama al cielo, es muy injusto. Dios quiera que el cariño de la familia y los cuidados del físico lo mejoren —expresó Juan Niño como en jaculatoria.

Ambos ignoraban que un heraldo real había llegado a Palos con la invitación de Isabel y Fernando para que Martín Alonso fuera a Barcelona a comunicarles las nuevas del viaje y que, cuando el mensajero llegó a la villa, se encontró con la triste noticia, acaecida dos días antes, de la muerte del capitán. Los monarcas al saberlo se apenaron, pero no hicieron ningún homenaje inmediato; mucho más tarde, sin embargo, expresarían su aprecio cuando el rey arma caballero a Vicente Yáñez en Granada el 8 de octubre de 1501, en un acto solemne que reconoce méritos propios y familiares. Don Fernando «sacó de la vayna una espada quel dicho Bicente Yañes Pinçón, e dixo: ¡Dios Nuestro Señor i el Apóstol Santiago te fagan buen caballero!». Y en 1519, veintisiete años después de la muerte del capitán de la Pinta, el emperador Carlos, concedió escudo de armas a los herederos de los Pinzones para que pudieran exhibir su nobleza en los reposteros. No obstante el reconocimiento no tuvo beneficios pecuniarios, pese a las solicitudes de compensación planteadas hasta entonces por los descendientes, alegando que Martín Alonso había invertido vida y hacienda en la empresa descubridora con el consiguiente empobrecimiento familiar. Finalmente, Juan Martín Pinzón, benjamín del capitán de la Pinta, reclamó en 1535 los derechos de su padre en la corte, aludiendo a un documento en que Cristóbal Colón afirmaba haber concertado con su progenitor la mitad de todos los beneficios del primer viaje. Pero el hijo de Martín Alonso declaró simultáneamente que cedía todo el provecho a la Corona en la persona del emperador.

¡ALÉJATE DE VENUS!

Ninguno pudo sospechar que en el nuevo paraíso de las Indias también se escondiera la traicionera serpiente. Pero cuando varios hombres empezaron a

sentir un extraño mal agazapado en sus naturalezas, afloraría en las almas supersticiosas la culpa, el sentimiento del pecado asociado al castigo y el vivo deseo de volver al hogar. En tal situación, el tornaviaje en la Pinta resultaría terrible por el brutal desequilibrio entre la fuerza necesaria para gobernar el barco en la tormenta y el desmayo progresivo de algunos cuerpos.

Debido a la admiración por el personaje y a los prejuicios morales que suscitaba un mal de transmisión sexual, casi todos los historiadores atribuyeron la enfermedad de Pinzón a la lucha con los elementos en el retorno. Su amigo, el físico García Hernández, la diagnosticó como tabardillo grave, una especie de tifus producido por agotamiento e insolación. Una nota de Colón en el *Diario* el día veintisiete de noviembre precisando que todos están sanos en la armadilla, sitúa la enfermedad del capitán como posterior a la separación de las naves el día veintiuno de noviembre. La isla de Bohío fue descubierta por Martín Alonso y sus hombres el cuatro de diciembre y, en su afán de exploración, desde el magnífico puerto de Estero Hondo al que bautizó con su nombre, el palermo y once de sus hombres recorren una gran vega irrigada de ríos donde se dedican a hacer trueques con los nativos para conseguir el preciado oro. Es de suponer que en esas relaciones se agazapó el peligro, con dulce apariencia de jovencita ingenua, deseosa de tocar a los hombres celestes. Miss Alice Gould, la autoridad investigadora que rescató la gran mayoría de los nombres de las tripulaciones, piensa, junto a otros estudiosos, que Martín Alonso volvió contagiado de sífilis, la espiroqueta *Treponema pallidum*, endémica en las islas, pero casi ignorada en Europa hasta que el glorioso capitán de la Pinta fue su primera víctima conocida.

Los descubridores se entregarían alegremente en las islas a los placeres del *carpe diem*, sin sospechar que las juveniles y seductoras bellezas estaban infectadas de un padecimiento, extendido a partir de entonces en Europa por los que volvían de Indias. Al principio las parejas fortuitas creerían acceder a una fuente de gozo de recíprocas compensaciones: lujurioso botín o elevación celeste, pero los castellanos ignoraban el peligro que manaría pústulas, fiebres y postración; las indígenas, en contraste, adaptadas por generaciones a la enfermedad, poseían defensas que hacían los síntomas mucho más leves, según asegura fray Bartolomé de las Casas:

> «Los indios, hombres y mujeres, que las tenían, eran muy poco dellas afligidos, y quasi no más que si tuvieran viruelas, pero a los españoles les eran los dolores dellas grande y continuo tormento, mayormente todo el tiempo que las *bubas* fuera no salían».

Debemos hacer un gran esfuerzo para trasladarnos desde nuestro mundo de libertades y racionalismo a un siglo donde habría que imaginarse la fascinación que ejercerían aquellas jóvenes desnudas entre hombres austeros, solo habituados al amor con mujeres aprisionadas entre sayas y corpiños después de una carrera de obstáculos sociales y religiosos. El mismo deslumbramiento habrían sufrido los marineros del prenauta, cuyo rastro genético pueden observar, sin entenderlo, las tripulaciones del primer viaje. En este sentido, Colón relata en el *Diario* la gran sorpresa de sus hombres al encontrar cerca del puerto de la Concepción a indígenas «harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España». Después de las dudas y temores del viaje, exaltados los hombres por la alegría de estar vivos, no podían imaginar que las taínas padecieran una enfermedad mal conocida en Occidente, aunque siempre existió con el nombre vulgar de *bubas*.

La palabra sífilis aparece por primera vez en el poema del médico y astrónomo Girolamo Fracastoro, *Syphilis sive morbus gallicus*, publicado en 1530 en Verona. El protagonista es un pastor que navega desde España hacia el oeste igual que Colón y, al llegar al reino de Ophir, presencia un ritual religioso con sacrificios y aspersiones sobre los fieles. El cacique explica al héroe que su pueblo sufre una enfermedad como castigo divino por las injurias del pastor Syphilus pero que, conmovidos los dioses por sus plegarias, le proporcionaron el antídoto en el árbol guayaco. Fracastoro comparte la creencia de que el mal viene de América y de que los españoles, contagiados, lo siembran por Europa. Es una idea errónea, ya que se alude a la enfermedad desde antiguo en textos asirios, en el Talmud y en la Torá, donde se sitúa entre las plagas que diezmaron a los israelitas. Pero el gran número de pacientes de sífilis en Europa a fines del siglo XV y durante todo el XVI llevó a creer que fueron los colonizadores españoles quienes introdujeron el mal en 1493 con la llegada del primer viaje colombino. A esta idea contribuyeron los escritos de Ruy Díaz de Isla y Gonzalo Fernández de Oviedo al ver que la enfermedad se fue extendiendo, lentamente al principio y con impulso de vendaval a partir de 1495.

Díaz de la Isla, autor de un estudio, editado en Sevilla en 1539, *Tratado llamado Fruto de Todos los Santos contra el mal de la isla Española*, fue el médico que curó a los enfermos en Barcelona después del Descubrimiento. Asegura que por ser contagioso lo contrajeron fácilmente los descubridores y «fue visto en un piloto de Palos que se llamava Pinçon y en otros». En esa ocasión, atendió al piloto Hernán Pérez Mateos y a Vicente Yáñez y creyó a

este último el primer enfermo ilustre del mal, pero hoy se sabe que fue su hermano mayor, Martín Alonso. Nicolás Monardes, médico sevillano del siglo XVI, explica también que los llegados con Cristóbal Colón infectaron en Nápoles a todo el ejército español del rey Fernando en lucha con el francés Carlos VIII, de ahí que le llamaran «sarna española», pero también «sarampión de las Indias», «mal muerto», «mal napolitano», «mal francés» o «morbo gálico».

Sobre prejuicios marginadores, la enfermedad tiene unos síntomas que retraen al enfermo de la relación social, se siente avergonzado y los familiares observan el cambio de carácter sin comprender su melancolía y derrotismo. A propósito de esto, un médico escribe al emperador Carlos V testificando que la afección al principio se consideraba mal de personas de poca autoridad por acercarse el enfermo a mujeres públicas y «por aquel mal tracto libidinoso», pero que después se había extendido entre algunos principales. Al leerlo pienso que el ser humano parece haber cambiado muy poco en alguno de sus comportamientos, pues los prejuicios sociales y religiosos que llevaron a ocultar la enfermedad de Martín Alonso y a explicar su muerte por el agotamiento del viaje son los mismos que se vivieron entre nosotros con el sida en sus primeros años de virulencia. Claro está que ciertos tabúes, hoy como ayer, tratan de impedir que el mal destruya, junto al cuerpo, el alma del enfermo, añadiendo marginación deshonrosa al padecer físico, pero también obstaculizan la percepción objetiva y científica de la realidad.

Es a partir del retorno del primer viaje de Colón cuando abundan los estudios sobre una enfermedad antes apenas conocida. Pero no fue sino en el siglo XIX cuando el químico francés Marcellin Berttelot encontró una convivencia fisiológica del *Treponema pallidum* en los órganos sexuales de las llamas, transmitido del animal al hombre por la zoofilia, costumbre de alguna frecuencia entre campesinos aztecas e incas, aunque estuviese severamente castigada. En el Museo Nacional de Lima, a ese respecto, se muestra una cerámica inca que representa a un indígena sodomizando a un cerdo; en otra, el hombre aparece en la misma actitud con una llama. En España se intentó atajar la zoofilia de los pastores con una pragmática a las Ordenanzas de la Mesta donde, equiparada con la herejía y la sodomía, se castigaba con muerte en la hoguera y pérdida de bienes. Pero en América, la infección produjo una pandemia que, con el tiempo, la inmunidad natural fue convirtiendo en mal endémico aunque no mortal.

Todos los médicos y científicos de los siglos XV y XVI coinciden en asegurar que el mal procede de las Indias, porque en la conquista y

exploración de las nuevas tierras por los españoles, el mestizaje y la ignorancia provocaron innumerables víctimas, anónimas y conocidas, desde los tripulantes del primer viaje a Hernán Cortés, que padeció la enfermedad en Cuba, o a Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires, sifilítico desde 1537, contagiado por su concubina india. Y es que, aunque el mal no se originara con el Descubrimiento, se multiplicó desde entonces como el incendio en un pajar, por eso no se establecen centros para el tratamiento de *bubas* hasta fines del siglo XV y durante todo el XVI.

Según criterio científico, la evolución de la plaga se va gestando en los cuatro primeros meses desde el contagio. Así que, fijándonos en su primera víctima conocida, si el día cuatro de diciembre de 1492 llega Martín Alonso a Bohío y se muere a últimos de marzo del año siguiente, en ese tiempo, la enfermedad iría de su periodo primario, pasado un mes desde que se contrae, al secundario con infección y transformación de ganglios en *bubas*, lesiones cutáneas ulcerosas; aparecerían en todo el organismo y en la zona de la frente oprimida por el sombrero, «corona de Venus», cuyo poético nombre contrasta con su fealdad. En esta fase secundaria, el aspecto exterior del paciente también cambia por su adelgazamiento, nerviosismo, palidez y calvicie, al tiempo que va perdiendo memoria y van fallándole órganos por hepatitis o nefrosis. Todo ello se agrava en un clima cálido hasta una muerte rápida.

En la descripción de la apariencia de Martín Alonso enfermo, son muy expresivos los testimonios en las probanzas del 15 de diciembre de 1535. El de Francisco Medel, por ejemplo, nos dice que al visitarlo «lo encontró con la cara y cabeza muy desfiguradas por los sufrimientos del viaje». En la misma circunstancia, Juan Rodríguez Cabezudo asegura que «le vio enfermo, muy demacrado, casi imberbe y con el semblante muy extraño, no queriendo recibir visitas». Los testigos coinciden en señalar la «cara imberbe», «cabeza desfigurada», caída de pelo en cabeza, barba y cejas, «el semblante muy extraño», «gran demacración». Y con la apariencia, también cambiaría el estado de ánimo de enfermo, desde el saludable entusiasmo a la ida del viaje, al regreso de quien se enfrenta lúcidamente a su fin.

Pese a todo lo antedicho, Hernando Colón en su obra *Historia del Almirante…* dice, entre otras inexactitudes, que los reyes escribieron a Martín Alonso que no fuese a la corte sino acompañado de Colón y que por ello «recibió tanto dolor y enojo, que se fue a su patria doliente, y en pocos días murió de pena». Tal aserto en su falsedad se muestra en contradicción con la actitud posterior de los monarcas, que enviaron un emisario a Moguer invitando a Martín Alonso a ir a la Corte y siempre trataron con la mayor

deferencia a su hermano Vicente Yáñez, al que incluyen como experto en la comisión delimitadora del Tratado de Tordesillas, y a los descendientes de ambos. Colón fue el primer historiador de sus descubrimientos, pero solo quedan dos relaciones del primer viaje, filtradas por la parcialidad de sus hijos y del amigo de la familia, fray Bartolomé de las Casas. Sus relatos han influido en la mayoría de los historiadores subsiguientes, para muchos de los cuales Colón es un héroe incomprendido por sus tripulantes y estos, la canalla anónima sobre la que vierten acusaciones y reproches. El primer descalificado y olvidado en el triunfo es Martín Alonso Pinzón, cuya temprana muerte deja al navegante genovés la prerrogativa de dar la única versión de los hechos, convertida luego en el relato canónico. En él se califica a Pinzón de rebelde y desleal para aumentar por contraste el valor y sufrimiento del almirante. Maestro de la autopropaganda, el marino genovés solo describe sus propios méritos, pero lo que nos muestra la terca realidad es que, aunque solo él disfrutara de la gloria, todos afrontaron los mismos peligros y que Martín Alonso fue codescubridor en vanguardia. Por eso, pese al menosprecio y las calumnias de los panegiristas colombinos, los monarcas católicos y su nieto el emperador Carlos I ennoblecen a los Pinzón con ejecutoria de hidalguía y escudo propio aludiendo a su generosidad:

> «Poniendo como pusieron y pusisteis muchas veces vuestras personas a todo riesgo y peligro, en lo que Nos y nuestra Corona Real recibió servicios (…) Por la presente vos hacemos merced y queremos que podáis tener y traer por vuestras armas conocidas tres carabelas al natural en el mar, e de cada una de ellas salga una mano mostrando la primera tierra que así hallaron e descubrieron, en un escudo atal como este, e por orla del dicho escudo podáis traer y traigáis unas áncoras y unos corazones. Firmada en Barcelona el 1519 el 23 de septiembre por Francisco de los Cobos».

Posteriormente, el ilustrado naturalista y geógrafo Alejandro de Humboldt, da cuenta de la injusticia histórica al decir que Martín Alonso «fue crucificado en la cruz de los cobardes y los traidores» y afirmar, ecuánime, coincidiendo con los testigos del pleito, aun sin haber leído su declaración, que «para vencer las dificultades que la superstición y la ignorancia de las gentes de mar oponían a la empresa fue precisa la intervención de los hermanos Pinzón. Sin ellos la expedición no hubiera podido realizarse». Lamentablemente, la rápida muerte de Martín Alonso, al apagar su testimonio, lo dejó indefenso ante la historia. Estudiosos modernos sitúan el

triste hecho en torno al 31 de marzo de 1493, coincidiendo con la salida de Colón rumbo a Sevilla, de forma que el capitán sobreviviría apenas quince días desde su arribada a Palos.

REGRESO DE BERNAL

A la arribada en Palos, Bernal ya tenía decidido quedarse en la villa. Había hablado de ello con el capitán, el maestre y el guardián; todos aprobaron su decisión de muchacho convertido por la vida en único hombre de la familia. Después de tan deslumbrante experiencia, el chico había fortalecido su vocación marinera pero necesitaba sentir de nuevo, durante un tiempo, los placeres del nido. En su ausencia, Rosario le había dado un sobrino, Jorgito, al que aún no había podido conocer; la querida abuela Ilduara había muerto y la madre iba siendo vencida por la enfermedad del pulmón, cosa que el muchacho percibió claramente en cuanto la abrazó en el muelle. Y sobre los afectos que tiraban de él hacia el hogar, sentía la necesidad de ir en dirección contraria a la del almirante maltratador de su admirado capitán. Pese al ansia de aventuras y conocimiento, juzgaba un deber acompañar al señor Martín Alonso en sus horas bajas, aunque solo fuera con buenos deseos y a distancia. A bordo mismo de la Pinta, en algún atardecer del retorno desde Baiona, Sancho de Rama, el marido de la apreciada Carmelina, le había comunicado su decisión de quedarse en Palos y no formar parte del cortejo colombino hacia Barcelona, por razones análogas a las suyas.

—Creo que, después de las zozobras vividas, nos hemos ganado un poco de tranquilidad hogareña, muchacho. Tu madre se alegrará de tu decisión, tenlo por seguro.

—Por ella y por el señor Martín, me quedo. No podría soportar irme en estas condiciones: enfermos los dos, yo quiero estar cerca.

—Lo comprendo harto, zagal, pues que yo siento lo mismo, además del repudio que me produce cierta presencia.

—Asaz entiendo a vuesa merced. No es menester decir más. Nos veremos en la villa, por lo menos durante un tiempo.

—Sí, cuando retornen de Barcelona los señores Vicente Yáñez y su hermano Francisco, habrá que pensar en enrolarse de nuevo.

—Vuesa merced me adivina el pensamiento, ¡vive Dios!

—Cierto, muchacho, de algo vale la experiencia, pero en este caso no era difícil. Bien me consta tu vocación de mareante, herencia de tu excelente

padre, a quien Dios tenga en la gloria.

—Así es. Muchas gracias, señor.

Ya en tierra, después de los abrazos y emociones del reencuentro, Bernal percibió más nítidamente la decadencia física de la madre al ver su aspecto pálido y macilento; luego constataría sus frecuentes fiebres. En esos momentos, la mujer le inspiraba profunda ternura y unos deseos de protección más paternos que filiales. Pensó en que pronto llegaría el resto de su paga y podría comprar para ella eficaces remedios; la idea lo hizo sentirse mejor, responsable y consciente de la ayuda que, como un adulto, podía prestar a la persona más querida. Pensó en la botica del judío don Isaac, ahora en las cristianas manos de maese Cosme, antiguo empleado y su heredero actual. Tenía por cierto que el boticario, en trance de exilio, habría querido venderle la farmacia a maese Cosme para que al menos fuera un amigo el que disfrutase su esfuerzo y patrimonio. Qué pena tener que dejar todo lo querido para ir hacia lo ignorado y peligroso; el sentimiento enlazó las divagaciones del muchacho con los desterrados Bastida, la familia de su amigo Abrahán, al que envió, a donde quiera que estuviese, un afectuoso recuerdo; trató de ponerse en el lugar del muchacho y se entristeció, añadiendo melancolía a la añoranza de los juegos compartidos. Más de una vez había visitado la botica acompañando a la abuela en su frecuente búsqueda de remedios para los constantes romadizos de su nuera Juana. De niño, el lugar le parecía fascinante, apto para hacer toda clase de alquimias y hechizos, con sus redomas, sus tarros de cerámica rotulados, las botellas de vidrio llenas de frutos secos, las ampollas de coloridos líquidos, cántaros con aceites, balanzas, libros… Recordaba también su peculiar perfume, un híbrido de olores agradables y penetrantes de algalias, azufres, sales o jarabes; y aquellas formas retorcidas de las raíces de mandrágora, el jengibre, los cuernos de animales y el zorro disecado. Todo encendía entonces su imaginación infantil transportándolo a otros lugares más brillantes, situados siempre allende la mar.

—Anímese, madre, que ya estoy en casa y he aprendido muchas cosas. A bordo, todos se acordaban de padre y me trataron siempre como a uno de su familia.

—Qué bien, hijo, eso es porque tu padre era harto servicial y dispuesto a ayudar a los demás. ¡Mi pobre Bernal! No me extraña que lo recuerden al verte. Te pareces mucho a él, hijo, y has heredado su buena disposición y su querencia por el mar.

—En el viaje de ida, madre, lo pasamos bien hasta octubre cuando algunos hombres empezaron a tener miedo de no encontrar las islas, pero eso fue en los otros navíos. Nosotros, los de la Pinta, singlábamos muy seguros con el señor Martín Alonso y los demás.

—Y cuéntame cómo es la Antilla, hijo. ¿Es verdad que las casas son tan ricas que tienen los techos de oro?

—No madre, no vimos nada de eso. Los indios de las islas que descubrimos son pobres pero acogedores. Nos trataban con harta reverencia, como si fuéramos grandes nobles, y nos hacían regalos. En las islas hay animales extraordinarios, madre; ya en el viaje, vimos una ballena, vacas marinas y muchos pájaros raros. Luego, en tierra, perros que no ladran y no tienen rabo, una especie de ratas grandes, que llaman cuíes, y se comen; ¡ah, madre, y se comen también las tortugas y hasta las serpientes! Pero los pájaros más bonitos son los guacamayos por sus plumas de colores; los indios los amaestran para que digan alguna palabra en su lengua; tenían varios en sus chozas y nos los regalaban.

—Ahora que te veo, Bernal, estoy contenta de que mi hijo haya visto todas esas maravillas. ¡Qué orgulloso estaría tu padre!

—Después del temor a no hallar la tierra o a no poder retornar, los hombres estaban felices en las Indias; el clima es cálido, el cielo muy luminoso, los colores intensos y el aire perfumado. Muchos se quisieron quedar, madre.

—Hay que ver, hijo, con lo feliz que estoy de tenerte aquí. Me hubiera muerto de angustia si te quedaras. Pero el señor Martín no lo hubiera consentido.

—No, madre, estoy aquí a pesar de que el tornaviaje fue malo, con la discordia de los capitanes y la horrible tormenta, hasta que al fin aportamos en Baiona de Galicia. Yo pasé harto miedo de no volver a verla, madre.

—¡Hijo, yo también estaba penando y rezando al Altísimo y a todos los santos y vírgenes! Ahora también doy gracias por tenerte aquí, sano y salvo. ¡Dios sea alabado! Pero, sigue contando, hijo, que me place tanto oírte como si tu voz viniera del cielo.

—Pues sigo, madre: los de la Pinta estuvimos solos muchos días en una isla, a la que llamaban Bohío, y nosotros la descubrimos y el señor Martín encontró oro en ella, pero esto no gustó al almirante, que lo amenazó. Fue terrible que lo humillara así, madre. Todos lo dicen.

—Hijo, lo peor es que haya vuelto tan enfermo, fíjate que la señora Catalina, mi ama, me ha dado dos días para estar contigo, pero luego he de ir

a Moguer, donde ahora está la familia cuidando al señor. Qué pena verlo tan desfigurado por la enfermedad, con lo que él era.

—Madre, no se preocupe, yo también iré en la barca a Moguer para verla y por si puedo ser útil al capitán haciendo algún recado o de cualquier modo que sea menester.

—Sí, hijo, ven, que podrás ayudar de alguna manera y yo le haré saber al señor Martín Alonso que estás muy contento del viaje y rezas por su recuperación como lo hago yo.

—Verdad es, madre, a bordo siempre me sentí protegido por él y por su hermano. El señor Martín no solo fue mi fiador para el rol, a menudo notaba en sus órdenes que estaba pendiente de mí. Y, una vez la Antilla descubierta y nosotros retornados, sería una gran desgracia que no se curase.

—¡Dios no lo quiera, hijo! Recemos para que así sea. Pero ahora, abrígate que vamos a visitar a tu hermana. Tienes que conocer a Jorgito, que es precioso y está muy desarrollado, ya tú verás.

—Sí madre, tengo muchas ganas de ver a mi sobrino y de hablar con Rosa, vamos.

A lo largo de las dos semanas que transcurrieron entre la arribada de las naves y la muerte de Martín Alonso, Bernal estuvo bien informado de la evolución de la enfermedad del capitán, igual que la mayoría de las gentes del pueblo, que por haber visto su desoladora imagen en el muelle, no cesaban de inquirir noticias al físico, a los parientes y a los frailes. El domingo en la iglesia de San Jorge, a la salida de los oficios, Bernal se encontró con Sancho de Rama, que lo saludó y se dirigió a él con expresión sombría:

—Bernal, en estos momentos, me imagino que nuestros rezos coinciden: los dos querríamos ver al capitán saludable y enérgico como cuando nos reclutó; qué ilusión y qué fuerza comunicaba entonces, ¿lo recuerdas? ¿Quién podía pensar que ahora lo veríamos postrado y trasladado al convento con los frailes? ¡Voto al diablo, que no se entiende la injusticia!

—Tiene razón vuesa merced, nadie lo entiende. Un hombre tan valioso y valiente. ¡Tiene que ser cosa del diablo, Dios me perdone!

Pasan los días y las noticias que Juana da a su hijo sobre el estado del capitán son cada vez peores.

MUERTE DE MARTÍN ALONSO

Atardecer en el monasterio de la Rábida. El enfermo se ha despertado de una siesta de brebajes y sinapismos prescritos por el físico García Hernández y el padre herbolario franciscano. Ambos consideran que para aumentar la resignación cristiana del paciente servirá una infusión de valeriana, romero, melisa, hinojo y salvia, tomada tres veces al día; y, junto a ella, influirán las afectuosas reflexiones de los frailes sobre la creencia de que nadie sufre sin que ello venga del cielo. Se ensayaron también otros remedios, como el suministro diario de una cierta cantidad de teriaca, preparado de muchos ingredientes, algunos opiáceos, considerado una panacea desde antiguo. Y, adaptando a su criterio las prescripciones de sus colegas musulmanes, el médico amigo dispuso asimismo lavar con agua caliente el cuerpo del enfermo una vez a la semana. En esta comprometida situación, el prior fray Antonio de Marchena, que admira la fortaleza moral del paciente y su cristiana resignación, se siente confortado al ver a su amigo cumpliendo la norma del santo cristiano: «paz y paciencia y muerte con penitencia». Ordena al hermano herbolario seguir al pie de la letra las prescripciones médicas, mientras él mismo, fray Juan y los demás religiosos se afanan por colaborar en la curación con misas, rezos y la imposición de estampas de San Francisco, San Fernando y la Virgen de los Milagros.

—¡Paz y bien, fray Juan, fray Antonio, Dios guarde a sus paternidades y a mi amigo, el bravo Martín Alonso! —saludó al entrar en la celda el físico García Hernández en su visita diaria.

—¡Que Él os guarde como merecéis, maese Garci! En apariencia, nuestro enfermo está hoy más descansado, ¿no lo juzga así vuestra más autorizada opinión? —adelantó fray Antonio, animoso.

Desde su lecho de enfermo terminal, Martín Alonso, consciente, asistía a la escena apenas esbozando una agradecida sonrisa.

—¿Cómo ha pasado esta noche el más valiente capitán en mil leguas a la redonda? —ensaya el médico sobreponiéndose a la desoladora imagen.

—¡Hay que ver qué cosas dice vuesa merced para animarme, amigo mío! La he pasado como las anteriores: adormecido por los remedios y, a ratos, despierto por el dolor.

—¡Vaya por Dios! Pero ya hace días, advertí al hermano herbolario se tuviese dispuesto un recipiente con leche de mujer para que vuesa merced la bebiese lentamente, si el dolor arreciaba.

—¡Sí, sí! Para eso tenemos apercibida a Catalina, la mujer del talabartero de la calle de Abajo, ella acaba de alumbrar un hijo que se malogró. Pero el enfermo no quiso que la molestaran, y se empeñó en decir que ya le iba

remitiendo el dolor. La mujer viene todas las tardes por si es útil. Manifiesta una gran lealtad a toda la familia Pinzón y quiere ayudar —explicó fray Juan.

—Seguro que también viene por complacer en lo que pueda a vuestras paternidades, pues me atrevo a asegurar que habéis socorrido a su familia a menudo. Pero, Martín Alonso, ¡no tengáis reparo la próxima vez! ¡Es remedio probado para el dolor y la debilidad! ¡Menudo médico estoy hecho, si el paciente no sigue mis prescripciones!

—¡Para mí sois el mejor, junto con fray Juan y fray Antonio, amigos míos! Pero ya estoy en manos de un físico excelso e infalible, al que amamos todos. ¡Será lo que Él quiera! ¡Confiemos en su misericordia!

—¡Amén! —dijeron los tres, muy serios de repente.

Los marineros y pescadores palermos, entretanto, rezaron a menudo por la salud de Martín Alonso, pero el día treinta y uno de aquel mes de marzo se les encogió el corazón al oír doblar las campanas del cenobio, seguidas por las de la iglesia de San Jorge durante largo tiempo. No fue necesario más. Todos tuvieron la lúgubre certeza: Pinzón el Mayor había muerto. Muchos marineros sintieron la tristeza de perder con el ser admirado una parte esplendorosa de sí mismos. El físico García Hernández, acompañante del enfermo durante todo el proceso hasta el deterioro final, certificó su defunción por el tifus y el agotamiento. El cadáver del capitán, con el hábito franciscano por sudario, se enterró en la capilla del convento según su deseo y el de los frailes amigos.

Al caer del sol de aquel día, la luz moribunda del atardecer arropó el duelo de todo un pueblo congregado en la capilla y aledaños del monasterio. El cortejo fúnebre no se componía solo de marineros, pescadores, calafates o carpinteros de ribera; todos los oficios de la villa se habían congregado allí para rendir homenaje de afecto al armador y a su familia: alfayates, ceramistas, herreros, esparteros, curtidores o zapateros se unían en el sentimiento a los hombres de la mar, sus vecinos o familiares. Sin embargo, solo los más allegados pudieron permanecer cerca del altar donde se enterró el féretro, cobijado por la emotiva imagen del Cristo del siglo XIV procedente de Galicia. Muy cerca del Crucificado, la Virgen de la Rábida, Nuestra Señora de los Milagros, rescatada ella misma del mar tan amado por el difunto, completaba la celeste compañía. El padre Marchena, fiel amigo y protagonista a su pesar del oficio de difuntos, pronunció las divinas palabras:

Requiem aeternam dona ei Domine.
Et lux perpetua luceat ei.
Requiescat in pace!

La tumba ofrecía al visitante una dedicatoria popular y entrañable bajo la señal de la cruz; y posteriormente, a modo de reivindicación y alabanza, también se inscribió en la lápida la declaración en los pleitos de 1535 de Juan Domínguez, vecino de Huelva, de 85 años. A lo largo de los siglos y las mudanzas de la historia, los restos del capitán se mezclarían con los de los monjes en una simbólica fraternidad franciscana, que no le hubiera desagradado.

CUARENTA Y CUATRO AÑOS DESPUÉS

Despacho del Concejo de Huelva en 1536. Francisco Medel es uno de los regidores de la ciudad, un subordinado del corregidor que, a su vez, representa al señor don Juan Alonso Pérez de Guzmán, tercer duque de Medina Sidonia. Los regidores desempeñaban poderes administrativos y fiscales, así que se debe suponer que Francisco Medel era hombre responsable, bienquisto de sus superiores, que sacó provecho de su experiencia marinera y supo conseguir la autoridad necesaria al cargo. En ese momento de un día de trabajo, sentado en su despacho, se hallaba distraído pensando en algunas vivencias de los periplos juveniles, tal como le pasaba a menudo en el declinar de su vida de sexagenario. Las evocaciones solían desembocar en la experiencia que marcara radicalmente su trayectoria de marino: el viaje del Descubrimiento, el de los hallazgos deslumbrantes, los placeres insospechados, el terror de las tormentas y el terrible epílogo del fuerte de Navidad. Volvió a recordar a aquellos hombres confiados, llenos de vida y pletóricos de ambición, sacrificados de forma cruenta por la tan criticada imprevisión del jefe. Aún ahora, después de transcurridos cuarenta y cuatro años, Francisco se dolía por la cruel desaparición de Pedro Gutiérrez, el maestresala real; Diego de Arana, contramaestre y alguacil, tan próximo al almirante; el escribano Rodrigo de Escobedo, funcionarios ellos, como lo era él ahora, y tantos otros, a quienes de nada valió el esfuerzo y la valentía. Tal fue el caso de aquel italiano, sí, creo que era compatriota del almirante, al que apodaban *el rico*. ¿Cómo se llamaba…? ¡Ah sí, Jacome! Lo llamaban Jacome, *el rico*. Qué pena y qué despilfarro, un hombre afortunado que busque así el infortunio, pues era de los más decididos a quedarse en las Indias, él mismo se lo rogó a Colón, obcecado por el oro. ¡Qué pena!

Navegaba plácidamente Francisco Medel por sus recuerdos y añoranzas cuando, como un escollo en alta mar, dos toques en la puerta lo alertaron de

súbito. Sería su subordinado, Juanelo, que lo apremiaba sabe Dios para qué cosa de poca sustancia.

—¡Excuse, vuesa merced! Aquí espera un hombre que dice ser su amigo. También dice llamarse Juan Arráez, naturalizado en Moguer.

—¡Juan Arráez… el hijo de Pedro, sin duda! ¡Hazlo pasar, presto! ¿Qué haces, sandio? ¡Espabila!

—¡Buen día tenga su merced! —saludó sonriente Juan, intimidado un tanto por el ambiente de leguleyos y escribanos.

—¡Cuánto tiempo…! ¡Buen día, hombre! ¡Pase, pase! No lo hubiera reconocido, era vuesa merced apenas un muchacho… ¿Y su padre?, cuénteme de él. A menudo me acuerdo del buen Pedro y de sus relatos en cubierta a la luz de la luna después del *Salve Regina*.

—Mi buen padre ya es difunto. Nos dejó hace diez años, vencido del reumatismo. También él me habló mucho de vuesa merced y me pidió que, si venía a Huelva, lo visitara.

—Pues no sabe cómo se lo agradezco, es muy agradable encontrar a los compañeros de tantas fatigas y buenos momentos. ¡Ay, cómo ha pasado el tiempo! ¡Y recuerdo a tantos que ya no están! El primero en irse, y tan injustamente, fue Martín Alonso… No pudo disfrutar del triunfo y eso que sus altezas lo mandaron a llamar.

—En efecto, así fue, por desgracia. Mi padre lo adoraba y, precisamente, me contó una conversación que tuvo con Pedro de Salcedo, el paje del almirante, en una taberna de Moguer, durante los días del regreso, antes de que salieran para Sevilla y Barcelona. El criado de Colón había bebido y se jactaba de que su amo iba a ajusticiar a Martín Alonso por traidor y de que, por descontado, no iba a repartir ningún beneficio con él. Decía qué el genovés era muy listo y los de Palos, unos zafios. Mi padre lo hizo callar y algunos parroquianos querían pegarle, por cuanto tuvo que sacarlo a la calle enseguida para evitar una barahúnda.

—Yo he navegado mucho con el almirante y lo conozco bien. Creo que siempre tuvo celos del magnetismo de Martín Alonso y de su intuición marinera. Y eso fue creciendo hasta que los de la Pinta nos encontramos separados de la armadilla y el genovés utilizó el hecho como pretexto para incriminarlo.

—La verdad es que en la Niña comentamos mucho el suceso y a todos, empezando por el capitán, su hermano, nos pareció eterna la ausencia de la carabela. Cuánto la echamos de menos en el naufragio, que el almirante no

supo evitar. Entonces, muchos añoraron la rapidez de reflejos de Martín Alonso.

—Nosotros seguimos el rumbo prefijado a Baneque y luego en Bohío estuvimos mucho tiempo explorando, ¿recuerda?, buscando el oro y haciendo rescates con los indios, algunos muy placenteros, por cierto, ja, ja, ja —Francisco Medel se calló un instante, se mesó la barba y, con expresión seria, prosiguió—. La verdad es que estábamos hartos de la codicia de Colón, de su actitud con el pobre Rodrigo de Triana y de tantas soberbias. Creo que por eso no nos apresuramos a reencontrarlo, pero lo esperábamos y Martín Alonso le envió mensajes para indicar nuestra posición.

—Desde luego no tenía razón para humillarlo así, después de todo lo que había hecho. Mi padre estaba indignado y pensaba que el capitán era el mejor marino que iba en la armadilla y que, si no fuese por él, nunca se descubriera la tierra, porque Colón, cuando no la encontraba, se hubiera tenido que volver. Padre decía que esto lo sabían todos.

—Y además del valor, nuestro añorado capitán sugirió el cambio de rumbo que nos hizo avistar tierra, descubrió La Española, Baneque, los ríos de Martín Alonso y el Yaque y, sobre todo, no perdió su nave en los arenales, ni provocó la muerte de treinta y nueve de sus hombres. Creo que los hechos hablan por sí mismos —argumentó el mayor, implacable como un fiscal.

—Verdad es como del Evangelio. Por eso padre consideraba su encuentro con Pedro Salcedo en la taberna de Moguer un trago más de la ponzoña que envolvió al capitán como una mortaja. ¡Padre ardía de cólera ante la injusticia!

—¿Y qué iba a decir un criado de Colón engallado por el vino? No olvide la sabiduría de los refranes, mi querido amigo; al parar mientes en la relación del almirante y el capitán, recuerdo uno que nos viene como anillo al dedo: «Reinos y dineros no quieren compañeros».

—Cierto, señor regidor. Por aquellos días, mi padre y los compañeros estaban en duelo vivo. A todos les hubiera gustado oír la inscripción que hace poco han puesto sobre la tumba del capitán en la capilla del convento. Cuando la leyó en alto el fraile, fue como si estuviéramos a bordo de nuevo, oyendo a padre o a cualquier otro tripulante. Las mujeres lloraron de sentimiento y a mí me conmovió su verdad al hacer salir los recuerdos de la jaula del tiempo.

—Pues yo no la he visto, pero con su memoria harto me estás contagiando la emoción, hijo.

—Le diré las palabras. Quise aprenderlas para decírselas a padre en su tumba, pues bien sé que serán para él como una corona de flores. La

inscripción reza así:

AQUÍ IASE DIEGO PRIETO DE SU MUJER IVANA LODRIGEE
I MARTIN ALONSO PINÇON.
QUE SI PINÇON NO HUBIESE IDO EN LA ARMADA, NINGUNA PERSONA OSARA YR CON EL DICHO COLON PORQUE NO LO CONOSCIAN COMO HERA EXTRANJERO, NI TENÍA CREDITO NINGUNO.

EPÍLOGO

PALIQUE DE LA AUTORA CON LA ESTATUA DE MARTÍN ALONSO PINZÓN EN BAIONA

Autora: Señor capitán Martín Alonso, sospecho que al saber de algunos libros que lo recuerdan, esté usted pensando en lo indefensos que están los muertos, si cualquiera puede escribir sobre ellos al aire que respira, ¿no?

Estatua: ¡Pues sí! Eso mismo vengo sintiendo desde que resido en lo que llaman vuesas mercedes «el otro mundo». Otro mundo nos parecían también las islas descubiertas allende el océano. Pero a su demanda respondo que, después del proceder del genovés, estoy curado de espantos. Ya nada me asombra.

Autora: Capitán, acaba de hacer una relación de otros mundos que dio mucho éxito a un poeta de Moguer, hoy unido a sus descendientes hasta el punto de formar una sola familia.

Estatua: El lugar resulta caro a mi corazón. Mi madre y mis primeros recuerdos felices están ligados a Moguer, adonde me place que la familia haya retornado para vivir en tiempos posteriores.

Autora: Pues entonces le gustará conocer a quien dio ámbito universal al nombre de Moguer, como usted hizo con el de Palos. Se llama Juan Ramón Jiménez, obtuvo el premio Nobel y escribió un libro sobre españoles preclaros, que tituló precisamente así: *Españoles de tres mundos. (Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo).*

Estatua: De esa guisa, entiendo que entre los compatriotas del libro que han realizado hechos notables, algunos viven en las Indias que descubrimos, otros habitan el reino de los vivos y los más, el mío, el de los muertos. ¿Estoy en lo cierto?

Autora: No podría haberlo expresado mejor, mi admirado capitán. Lástima que solo incluyera personajes más o menos contemporáneos, con la excepción de un magno pintor cretense afincado en Toledo, a quien por su origen llamaron el Greco. Si no fuera así, usted estaría retratado sin ninguna duda, pues me consta que tanto el poeta como su hermano Eustaquio admiraban mucho su proeza.

Estatua: ¡Qué curiosas las nuevas que me da, diligente dueña! Pero hay algo que no entiendo, ¿en qué estriba ese premio Nobel? No parece vocablo castellano.

Autora: Es el máximo galardón que se da hoy a un escritor, así sea de cualquier lugar del mundo que usted contribuyó a ensanchar, capitán. A Juan Ramón se lo concedieron en 1956.

Estatua: Y dígame, mi dueña, ¿cómo es que vuesa merced, pasados más de… ¿cuántos?… quinientos años, se decide a escribir un libro sobre nuestro descubrimiento de tierras en el *plus ultra*?

Autora: Pues, si usted me obliga a reflexionar sobre ello, capitán, diré que las incoherencias que he ido encontrando en lecturas o testimonios me inspiraron el asunto. Una de ellas me llevó del disfrute al estudio de la obra de Juan Ramón Jiménez, el poeta del que hemos hablado.

Estatua: Sí, pero aun parando mientes en las palabras de vuesa merced, no cato el cabo que une lo dicho a mis aventuras y desventuras cabe el genovés.

Autora: De buena gana se lo indicaré, capitán. Lo comprenderá si le digo que he pasado largos veranos contemplando su estatua en Baiona, lugar donde se le respeta y admira mucho; también he visitado Moguer, la Rábida y Palos, los que llaman «lugares colombinos», aunque también se podrían nombrar «pinzonianos». Supongo que esta circunstancia, con el acicate de la contradicción entre versiones y mi amistad con alguno de sus descendientes me motivaron.

Estatua: A fe mía, cato que vuesa merced es dueña curiosa y pertinaz, ¡vive Dios!

Autora: Con su permiso, capitán, aunque no valga la comparación, creo que usted también fue gran indagador en lo físico y mental, igual que su contrapariente el poeta. Será que la curiosidad nos ata a algunos como el cabo a la vela, por ponerle ejemplo marinero.

Estatua: Será de esa guisa, si lo quiere vuesa merced, y quizá por eso me resulta muy entretenida nuestra plática. En verdad las mujeres han mudado asaz desde mi tiempo, cosa que harto me place. Las he querido mucho, he tenido tres hijas, como sabe su pesquisidora merced.

Autora: En efecto, admirado capitán, y mi deseo sería que no me tachara usted de «curiosa impertinente», como sucedió en una célebre historia de un tal don Miguel.

Estatua: Mire, bendita dueña, le estoy agradecido por recordar mi caso y romper una lanza en favor mío. Mas, inclusive considerando que los modos cambian con los tiempos, he de confesarle que su cuento de mis relaciones isleñas me ha resultado harto descomedido. Al leerlo, he sentido juntos embarazo y melancolía. Y, en mi desquite, le diré que vuesa merced posee imaginación de dueña ventanera y que en mi tiempo se decía: «dueña que mucho mira poco hila».

Autora: Mi admirado capitán, comprendo sus sentimientos, pero ha de saber que el cuento susodicho solo desvela su completa humanidad de héroe y que en mis días no hilan dueñas ni doncellas, sino unas máquinas que, asómbrese, trabajan solas. Pero mi tejido es manual, no necesita máquina ni huso ni rueca, solo un entrelazo de palabras donde la trama conduzca la urdimbre a la verdad. Con ella he querido tejer un tapiz que revele su imagen tal como fue: la de un noble y aguerrido capitán de la gloria.

Estatua: ¡Por todos los santos! ¿Y yo qué le voy a responder? ¡Dios me libre de contrariar dueñas! Agradecido me hallo por sus trabajos y torno a decirle que, en la soledad de pedestal que padezco, nuestra charla me ha resultado harto deleitable.

Autora: Pues que regreso a los quehaceres de mi tiempo, complacida lo saludo dejándole toda mi estimación y gratitud, capitán.

Estatua: Soy yo el obligado a vuesa merced, estimada dueña. ¡Quede con Dios y que Él la proteja!

AGRADECIMIENTOS

A los estudiosos del tema indicados en la bibliografía por haber iluminado mi trabajo. A la Biblioteca Pública Municipal de Baiona y a los museos Casa de la Navegación y Carabela Pinta, donde vislumbré el primer contacto con el personaje. Al Archivo Histórico Provincial de Pontevedra y al Archivo Histórico Municipal de Moguer por el afecto y la colaboración ofrecida. Vaya también mi gratitud a Jesús Vázquez Almuiña por sus generosas sugerencias; a Francisco García Quiñonero por su aliento y lectura crítica del libro; a José Antonio Palacio Sánchez por un punto de su galaica sabiduría y a Carmen Hernández Pinzón por prestarme sus libros familiares y su ánimo.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Blázquez, José María: *Baiona e o seu mar*, Gondomar, Instituto de Estudios Miñoranos (IEM), 2008.

Victoria Armesto: *Galicia feudal*, Vigo, Editorial Galaxia, 1969.

Arranz Márquez, Luis: *Cristóbal Colón, misterio y grandeza*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Becerro de Bengoa, Claudio: *Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón codescubridores del Nuevo Mundo*, Castellón, Vinarós, Antinea, 2012.

Blasco Ibáñez: *En busca del gran Kan*, edición digital (Ebook), 2018.

Ceballos Cabrera, Leopoldo: *Fe, oro, poder*, Tánger, Editorial Cremades, 1959.

Colón, Cristóbal: *Diario de Colón* (Transcripción de fray Bartolomé de las Casas), Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1968.

Colón, Cristóbal: «Carta del almirante Cristóbal Colón escrita al escribano de ración de los señores Reyes Católicos», Madrid, Litografía e Imprenta de la Biblioteca Universal, 1880.

Colón, Cristóbal: «Carta del Almirante al Ama (que había sido) del Príncipe don Juan, escrita hacia fines del año 1500», Madrid, Litografía e Imprenta de la Biblioteca Universal, 1880.

Colón, Cristóbal: «Testamento y Codicilo del Almirante D. Cristóbal Colón, otorgado en Valladolid á diez y nueve de mayo del año 1506 (Testimonio autorizado en el Arch. Del D. de Veragua)», Madrid, Litografía e Imprenta de la Biblioteca Universal, 1880.

Colón, Hernando: *La historia del almirante Don Cristóbal Colón en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos, y del*

descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo, escrita por Don Fernando Colón, su hijo. Edición digital, Madrid, 1892.

Coll y Juliá, Nuria: *Vicente Yáñez Pinzón, descubridor del Brasil, corsario en Cataluña,* Revista *Hispania,* Instituto Jerónimo Zurita, CSIC, t. XL.

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General de las Indias*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1547.

Fernández-Armesto, Felipe: *Cristóbal Colón*, Barcelona, Ediciones Folio, 2004.

Fernández Fernández, Antonio: *Colón en la Rábida, en Colaboración a la solución de un problema coloniano* / *Cristóbal Colón en España*, Vigo, Tip. del *Faro de Vigo*, fascículo VI, 1957.

Fernández Fernández, Antonio: *Colón en la Rábida, en Colaboración a la solución de un problema coloniano* / *Colón en la Corte Española*, Vigo, Tip. del *Faro de Vigo*, fascículo VII, 1957.

Fernández Álvarez, Manuel: *La gran aventura de Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

Fernández Álvarez, Manuel: *Isabel la Católica*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003.

Fernández Duro, Cesáreo: *Los hermanos Pinzón en el Descubrimiento de América*, Buenos Aires, EMECÉ EDITORES, 1944.

Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de: *Recordación Florida*, Guatemala, Ed. Guatemala, 1932.

Gómez Domingo «Flery»: *¿Quién fue y qué hizo Martín Alonso Pinzón?*, Huelva, Tipografía «Girón», 1968.

González Gómez, Antonio y Juan Miguel: *Cristóbal Colón y Moguer en la historia del mundo*, Moguer, Ayuntamiento de Moguer, Fundación Municipal de Cultura, 2017.

González Cruz, David: *Descubridores de América. Colón, los marinos y los puertos*, Madrid, Ediciones Silex, 2012.

Inca Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales de los Incas*, Lisboa, Ed. Pedro Crasbeeck, 1609. Avala la existencia de Alonso Sánchez de Huelva.

Irisarri, Ángeles de: *Isabel, la reina*, Barcelona, Mondadori, 2001.

Irving Washington: *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, Oviedo, Ediciones Istmo, 1987.

Jos, Emiliano: *Centenario de Fernando Colón (enfermedad de Martín Alonso) e impugnaciones a la Historia del Almirante*, Madrid, Revista de Indias, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Enero-Marzo, Núm. 7, 1942.

Jos, Emiliano: *Un cosmógrafo ilustre, Luis de Angulo, y un ilustre descubridor, Martín Alonso Pinzón, Estudios geográficos*, N.º 26, Madrid, Febrero de 1947.

K. Liss, Peguy: *Isabel la Católica. Su vida y su tiempo*, Madrid, Ed. Nerea, 1998.

Landín Carrasco, Amancio: *Martín Alonso Pinzón en el primer viaje colombino*, Santiago de Compostela, *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, Núms. 55-56, Enero-Diciembre, 1950.

Levoreiro Amado, María A.: *Baiona y su tiempo*, Baiona, Concello de Baiona, 2011.

Madariaga, Salvador de: *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa-Calpe S. A., 1979.

Majó Framis, Ricardo: *Los Pinzones*, Madrid, Ed. Gran Capitán, 1947.

Manfredi Cano, Domingo: *Martín Alonso Pinzón*, Plasencia, Editorial Sánchez Rodríguez, 1951.

Manzano, Juan: *Colón y su secreto*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1976.

Manzano, Juan: *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida (1485-1492)*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964.

Manzano, Juan: *Los motines en el primer viaje colombino*, Casa Museo de Colón. Seminario de Historia de América de la Universidad de Valladolid, 1971.

Manzano, Juan: *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.

Moya Pons, Frank: *Historia colonial de Santo Domingo*, Santiago, Universida Católica Madre y Maestra, República Dominicana, 1977.

Oliveira Marques, A. H. de: *Historia de Portugal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

Ortega, P. Ángel: *La Rábida. Historia documental crítica. Tomo II. Época colombina. La Rábida, Colón y el descubrimiento de América 1485-1506. O. F. M.* Sevilla, Imprenta y Editorial de San Antonio, 1925.

Peña Santos, Antonio de la, Juega Puig, Juan, López de Guereñu Polón: *Historia de Pontevedra*, A Coruña, Vía Láctea Editorial, 1992.

Pondal, Eduardo: *Os Eodas*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1992.

Ramos, Demetrio: *Colón pudo no volver. La Fundación de la Navidad*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

Ribera, Carlos: *Martín Alonso Pinzón*, Ayamonte, Imprenta del Asilo Provincial, 1945.

Riquelme Salar, José: *Martín Alonso Pinzón: rasgos sobre su vida y enfermedad. Una teoría americana sobre el origen de la sífilis*, Madrid, Talleres de Pablo López, 1947.

Sierra Fernández, Avelino: *La carabela Pinta y su arribada a Baiona*, Pontevedra, Editorial Diputación Provincial, 2008.

Sierra Ponce de León, Vicente: *Baiona y su patrimonio monumental*, Santiago, Editorial de la Xunta de Galicia, 1984.

Thomas, Hugh: *El imperio español*, Barcelona, Planeta, 2014.

Varios autores: *Colón*, Madrid, Editorial Debate, 1984.

Varios autores. (Coord. David González Cruz): *Descubridores de América. Colón, los marinos y los puertos*, Madrid, Silex Ediciones, 2012.

MARÍA JESÚS DOMÍNGUEZ SÍO (Porriño, Pontevedra) es licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Santiago de Compostela y doctora en Filología Hispánica por la Universidad Complutense. Ha sido catedrática de Lengua y Literatura en institutos de Madrid y el extranjero y Colaboradora Honorífica del Departamento de Filología Española III (Lengua y Literatura) de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense.

Ha escrito, ediciones críticas y numerosos textos sobre diferentes autores, pero fundamentalmente sobre Juan Ramón Jiménez, el Nobel de Moguer, al que dedicó sus libros *La Institución Libre de Enseñanza y Juan Ramón Jiménez* (1991); *La pasión heroica (Don Francisco Giner de los Ríos y Juan Ramón, dos vidas cumplidas)* (1994); *Un andaluz de fuego (Francisco Giner de los Ríos)* (1998); *Viajes y sueños en Obra poética* (2005) y la edición crítica del libro de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí *Monumento de amor*. *Epistolario y Lira* (2017). Ha publicado también el libro de relatos *La bebida de las avispas* (2013) y otros, de itinerarios histórico-literarios para la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, así como ha colaborado e impartido conferencias en distintas universidades y entidades culturales de España y América.

Notas

[1] *Señora, de buen grado hoy querría, / si a Dios y a vos placiese, / que, donde vos estáis, estuviese / con vos! Y por esto me tendría / por tan afortunado / que por rey ni infante / desde allí en adelante / no me cambiaría.* <<

[2] Typhis era el piloto que conducía a Jasón en Argos, la nave de los argonautas en la obra de Virgilio. Colón se identificaría con la audacia de Typhis al leer los versos de Séneca. <<

[3] Thule era Islandia o una vaga alusión a las remotas tierras del norte. <<

[4] La ballestilla es una vara de madera sobre la que se desliza otra, cruzada, más pequeña. El marino aplicaba el ojo en un extremo del instrumento, lo dirigía hacia la estrella y deslizaba la vara cruzada hasta que la parte inferior coincidía con el horizonte y la superior, con la estrella. La altura del astro (ángulo que forma con el horizonte) se leía directamente en una graduación grabada en la barra principal. Los marinos —sobre todo, los ibéricos— usaban la ballestilla para determinar la latitud midiendo la altura de la estrella Polar sobre el horizonte. <<

[5] Un cuento equivalía a un millón de unidades de la moneda corriente, en este caso, maravedís. Todavía se emplea hoy el término, «um conto», en Portugal, y sigue existiendo en el *Diccionario* de la RAE. <<

[6] *Recherches sur les voyages et decouvertes des navigateurs normands en Afrique, dans les Indes orientales et en Amérique*, Musée Victor Hugo, Paris, 1832. <<

[7] *—¡Están temblando! ¡Pobres míos! Pepiño, ve al ayuntamiento a que te den tres mantas. ¡Vienen desnudos, hijos míos!*

—Carmiña, tú ve por un jarro de leche caliente! ¡Corre, corre! Que están sin resuello!

—¡Hay que ver, dicen que vienen de las Indias! Y allí, parece que los hombres dejan crecer los cabellos, los llevan largos como las mujeres! ¡Qué cosas, Basilisa!

—¡Y qué color de piel tienen, como de miel!

—¡Sí, hija mía, sí! Cosas veréis, si no morís. <<

ÍNDICE